

Jarchas y Glosas de Filosofía

**Tercera edición,
Corregida y aumentada.**

Por Andrés Iglesias Aguilera

A febrero de 2025

<https://www.andresiglesias.es>

PROLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN.

Este es el prólogo a la segunda edición de un libro que se escribió bajo un intenso estrés emocional, en el que tuve que soportar intentos de asesinato, envenenamientos, hostigamiento público y mediático, y delitos telemáticos de todo tipo. De hecho, aunque ningún periodista lo haya mencionado, se escribió bajo el opresivo escrutinio y estorbo de gran parte del periodismo nacional, como el grupo A3 Media, El Mundo y la C.O.P.E. Todos lo leían al tiempo que se escribía y la jodida Sonsoles Ónega todavía hace méritos cada vez que entro en el salón de la casa de mis padres, a ver si le dan un segundo Premio Planeta.

Consecuentemente, la primera edición contuvo errores de bulto, que espero haber subsanado en esta segunda. Y no porque las cosas hayan cambiado. Todo lo que se dice y se hace en mi casa, se sabe hasta en la Casa Real, parecería infantil el interés por los detalles de mi vida doméstica si no fuera porque desde lo alto de la calle San Matías, donde está el M.A.D.O.C., el Mando de Adiestramiento y Doctrina, cuesta abajo, todavía se distribuye la guerra sicológica y la desinformación a través de los mensajes y consignas por el móvil o el boca a boca que me sean más dañinos y perjudiciales. Aquí ha muerto gente por el hecho de que yo la saludara por la calle y a una de mis amigas le vandalizaron el coche tan sólo por serlo. Si yo soy un espía, y

un agente del C.N.I. en todo caso soy el más desinformado, el más espiado y el más expuesto. Me consta lo dicho de los medios de comunicación mencionados, pero sólo porque me vengo informando a través de ellos. Naturalmente, el Gobierno puede utilizarme para atacarlos o tenderles trampas, de la misma manera que me ha venido utilizando para sus propósitos, o para blanco de sus ataques.

Tengo cincuenta años. Mi padre, que murió el veintisiete de abril de este año, me ha desheredado, y precisamente por ello el insigne filósofo Salvador Illa dijo heredar la tierra de Cataluña tras haber sido elegido para presidirla. Mi padre me dejó con sólo el usufructo, pero no la propiedad, de la vivienda que ocupo. Si yo me declarase el Gibraltar de mi familia, algún tío mío diría: "Gibraltar... ¡Español!" No tiene gracia, ya lo sé. Lo saben el sudor y la sangre que he derramado junto con otros en Granada. Aquí lo dejo, porque ningún libro me las devolverán.

En Granada, a cuatro de septiembre de 2024.

Prólogo.

De la misma manera, lector, que llamamos a las primeras nómulas en castellano jarchas y glosas, escritas con ese barro primigenio de que acabó tomando aliento el castellano, y en que se mezclaban, como en un licor bien fermentado, el destilado o corrupción hispana del latín, el árabe bereber con el vandálico del Norte de África, y el gótico con las pocas reliquias, que todavía perduran, de la lengua hablada por los indígenas prerromanos y preindoeuropeos, que en Grecia se llamaron pelasgos... he querido bautizar estos textos con el nombre de *Jarchas y glosas de filosofía*. No las considero ni mejores ni peores que otras... la vida, el lenguaje y la naturaleza son una sementera y un sedimento del que todo aprovecha; incluso los necios, que se sabe que son infinitos, sirven para copiar en una escribanía o en un monasterio lo que transmitieron las lumbreras del pasado; y conocemos algunos detalles de la Antigüedad por los márgenes de los que no fueron sus mayores exponentes; *verbi gratia*... algo se saca de Jenofonte sobre Sócrates, aunque nuestra fuente principal sea Platón.

Resulta curioso que en una sociedad española como la contemporánea se hayan alcanzado dos consensos básicos de convivencia: uno, que la que hubo entre judíos, musulmanes y católicos en esta tierra fue pacífica y tolerante durante la llamada Reconquista; y dos, que Dios no existe, o que, al menos, no se lo debe mencionar si no para cagarse en su calavera, como Willy Toledo; o como sucede con la poetisa guarra de Barcelona, para rezar en público oraciones incalificables. He citado dos ridículos exponentes del segundo consenso; los del primero, que son en su mayor parte académicos, catedráticos y profesores universitarios, se resumen en los que sostienen hoy que el mayor ejemplo de lo que afirman y creen es la escuela de traductores de

Toledo, que iluminó la Cristiandad traduciendo del árabe al latín los textos de la Antigüedad que ya eran conocidos por el mundo musulmán.

Se dice, y se dice bien, que humanamente la convivencia cotidiana estaba regida por el principio de la tolerancia... lo que no se dice es que religiosa, política e históricamente éramos todos feroces enemigos los unos de los otros... pero así era. Lo mismo que sucede hoy en día con la barbarie del terrorismo musulmán, según Américo Castro a los papas medievales no les terminaba de cuadrar que se pudiera matar a seres humanos en el nombre de Cristo, Dios y Hombre verdadero. Y que se pudiera recurrir a la violencia en nombre de la religión; atiéndase a este pareado del poema de Mio Çid, que se recita durante la narración de una batalla entre moros y cristianos:

Los moros llaman Mafómat

E los cristianos Sancti Yagüe

Aquí la religión, y no sólo como género literario sino también como fe de vida y de práctica, fue una épica, no una lírica, ni una mística; una doctrina de salvación vista (y lograda) a través del martillo y de la espada, no la del Cordero que se ofrece en sacrificio, ni la de los mártires perseguidos por Roma y devorados en el Coliseo. Tampoco se dice que, a buen seguro, tanto los hebreos como los árabes que tradujeron en Toledo por aquellos días estaban sometidos, en mayor o menor grado, por las autoridades católicas y que muy probablemente algunos, si no la mayoría, fueran esclavos e hicieran su trabajo como tales.

Nadie quiere decir la verdad, o si la dicen, lo hacen en voz baja, porque les parece como aventar un avispero en un mundo que ha visto la barbarie terrorista de todo signo: la vasca, la irlandesa, la musulmana... El problema se resume en la situación actual, en la que Putin, subido al hombro de la Iglesia Ortodoxa rusa, y en nombre de la tradición y los valores conservadores, está amenazando públicamente con utilizar armas nucleares

si no le dejan obrar a su antojo con Ucrania. Si al final cae la Bomba, y si al final nos metemos todos en una Guerra Termonuclear, ninguno de mis esfuerzos habrá valido la pena... de hecho, no habrán valido la pena ni los de mayores y mejores filósofos que yo... ni los de Sócrates, ni los de Platón, ni los de Aristóteles. Porque la Historia siempre ha presupuesto, de aquí para atrás, que quedarán lectores vivos sobre esta tierra, que siempre habrá posteridad, y que en algo aprovecharán las buenas semillas que un día se sembraron. En un milisegundo, todo ello se puede volatilizar. Ni siquiera Putin El Destructor será recordado por sus proezas viriles y sus gestas militares.

Yo no dejaré ni hijos, ni nietos que vivan y mueran. Lo único que dejo son mis textos, el fruto de leer y de vivir. Si en algo les añadí veneno, quítaselo tú, lector, porque a buen seguro es de mi cosecha, que no puede ser de la tuya si es que todavía lees... y si es que me lees a mí. La leche, el pan y el aceite siguen subiendo de precio; a día de hoy, empiezan a verse estanterías vacías. Y al que nos van a salir los ansiolíticos, es lo más barato que te puedo ofrecer. Conocí a un vegano, de los que ni siquiera prueban el huevo ni los lácteos, que se aliñaba el arroz y los puerros con un total de veinticinco lexatines al día. Y aquí lo dejo, que el abrazo te lo daré cuando cierres, después de haber leído hasta el final.

El enano Zercone y los generales del Káiser Guillermo.

Supongo que es mejor parecer ridículo que no malvado o monstruoso. Se ha vertido mucha sangre en nombre de conceptos como "honor", "gloria", "hombría", et cétera. Son pocos los ejemplos en los que la Historia con mayúsculas deja entrever el aspecto ridículo o ínfimo de sus protagonistas. El humor queda relegado en favor de los solemnes bustos de grandes guerreros y el mármol pétreo y ceñudo de belicosos emperadores. La gente con menos sentido del humor es la más dispuesta a apretar el gatillo. Y lo primero que se debería enseñar en la escuela es a reírse de uno mismo y de los demás, pero ésta es una asignatura para la que los chavales tienen un talento innato que parece más prudente no estimular.

Cuando los Hunos acampaban en las inmediaciones del Limes, la línea repleta de fortificaciones que vigilaban los límites del Imperio Romano, en sus últimos estertores, reinaron sobre ellos dos hermanos: Bleda y Atila. Bleda, según parece, era un Rey encaprichado de su enano, un bufón de la corte, que llevaba por nombre el de Zercone. Y además el primogénito, así que, cuando el Rey murió, heredó el trono, y se limitó a cobrar los tributos que Roma se había acostumbrado a pagar a los bárbaros a cambio de la paz en sus fronteras. Probablemente dedicaba el día y la noche a beber, fornicar y reírse a mandíbula batiente de las bufonadas de Zercone.

Sucedió sin embargo que una mañana, en la que probablemente se levantase con resaca, nadie pudo encontrar a Zercone en el campamento Huno. Bleda dedicó un gran esfuerzo a recorrerlo, doblando la corva tienda por tienda, carromato tras carromato, aprisco tras aprisco y si hubiera podido hubiera hecho segar los herbazales crecidos de

toda la cuenca norte del Danubio, en busca de aquel enano negro que tanto le divertía. Al medio día, dio por primera vez en su vida una orden militar; movilizó a todas sus huestes para que batieran los marjales y bosques próximos al campamento. Al caer la tarde, un grupo de feroces guerreros le trajeron a su enano querido, maniatado a la grupa de un alazán imperial; lo habían encontrado en un soto, escondido tras unas matas en la ribera de un estero. Bleda, conmovido por la emoción, le preguntó lastimosamente por qué había decidido huir y abandonarle. Zerkone le dijo, lisa y llanamente, que no podía encontrar una mujer que quisiera casarse con él, porque todas preferían a hombres grandes, barbudos y belicosos. Bleda, traspasado por el llanto de alegría, le prometió solucionar el asunto. Y lo mandó casar con una princesa escogida entre las mejores familias romanas.

Al cabo de poco tiempo, Atila, el hermano menor de Bleda, mandó asesinar en secreto al monarca gordinflón y heredó el imperio de las huestes hunas, cuya furia se desató sobre Roma y empapó de sangre toda la Europa Central, hasta la Galia. La historia no refleja el destino último de Zerkone, una vez desaparecido su amo. Pero sí se sabe que Atila se avino a conversar con el Obispo de Roma, el cuál le explicó la suerte que había corrido el primer y último bárbaro que había logrado saquear la capital del imperio en toda su milenaria historia, quien había muerto pocos meses después en el sur de Italia. El Rey de los Hunos, impresionado por el ominoso augurio, se retiró de los muros de la ciudad, y se dedicó a saquear lo que quedaba del Imperio. El último general de valía que quedaba en Roma, llamado Aecio, le hizo frente en los campos cataláunicos, una región limítrofe entre la Galia y Germania, y el resultado de la batalla parece que fue un empate. Atila, avaricioso y bestial, murió en su cama, rodeado por cada uno de los lujos y la sensualidad que había conseguido arrebatarse a sangre y fuego durante toda una vida de campaña.

Este episodio podría dar lugar a una coplilla española que empezase así:

Atila tenía un hermano

Y el hermano tenía un enano...

Pero dejó el encargo a los futuros ingenios de la patria.

El Káiser Guillermo, emperador de Alemania a principios del siglo pasado, heredó un pueblo adornado por todas las virtudes que cabría imaginar en un héroe. Alemania era culta, disciplinada, vigorosa material y espiritualmente, y era feroz en su avidez de ciencia, de poesía y de gloria colectiva. Probablemente no exista nunca un pueblo más capaz, tanto en la paz como en la guerra, un pueblo que es como el espinazo medular de Europa. Sin embargo, el Káiser tenía por diversión hacer que sus generales bailaran delante de él vestidos con ropa de mujer. Imaginad la más severa virtud prusiana bailando en corpiño y faldas delante del emperador, mientras a éste le llenan la copa de buen vino. La Historia, hasta dónde yo la conozco, nos ha hecho llegar este detalle por un gravoso accidente que tuvo lugar en mitad de aquellos espectáculos: uno de sus generales cayó muerto de un infarto mientras bailaba de semejante guisa, y no puedo imaginar una muerte más cabrona para un general prusiano, ni tampoco evitar preguntarme cómo se la tomaron los circunstantes, y si alguno pudo aguantar la risa en tan luctuoso ridículo.

Poco después, Guillermo hizo que Europa se deslizara hacia una pendiente de atrocidades sanguinarias que llegarían a implicar a cada rincón del planeta y que no se detendrían hasta muchos años después, saciada por fin la furia de la Humanidad.

El general afgano, el caudillo ibero y Moctezuma.

Ha cosa de pocos años atrás que leí en un periódico la fiesta que un general afgano había organizado en su ministerio, rodeado por todo su estado mayor. Es bien sabido que Afganistán es un gran exportador de opio, un negocio que pervierte y trastoca todos los aspectos de la guerra que Occidente ha librado contra los talibanes, hasta el punto de convertirla en una guerra contra la droga, de cuya experiencia nunca se escarmienta, porque la droga puede más que todos los fusiles, lo mismo que las ganas de juerga revientan cualquier asunto medianamente serio; y al final, el mundo civilizado se retira de aquel país, dejando invictas a las amapolas y a los talibanes que cuidan de ellas.

El periódico no lo aclaraba, pero seguro que en aquella fiesta corría de vena en vena algo más que el alcohol. Lo que el periódico sí mencionaba, porque era el titular de la noticia, fue la denuncia que un *sheyk*, uno de los venerables ancianos y la cabeza sapiente de un remoto pueblo del país, había interpuesto contra el general. Según él, le habían utilizado para su diversión, llegando a introducirle el cañón de un Kalashnikov por un lugar que Alá no me permite pronunciar. ¿Hay algo más indigno para un anciano tribal, para un venerable sabio que ha mantenido a salvo a su comunidad a través de todas las salvajadas de la guerra, aconsejando a los guerreros, protegiendo a los débiles y hablando, en fin, en nombre de todos delante de los soldados, que ser violado con un Kalashnikov en una orgía repleta de heroína? Hasta la muerte le debía de parecer preferible.

En todo lo que se ha conservado del historiador romano Tito Livio, el único rasgo de humor que se deja entrever es la impresión que causó un caudillo ibero en las legiones acampadas en su territorio. El resto es la historia sangrienta de la severidad romana, la

de un pueblo que, braceando para no sucumbir a sus vecinos, llegó a conquistar el mundo conocido.

Resulta que debía de ser una costumbre sancionada por la tradición el probar bocado en tienda ajena, más que nada para demostrar la confianza que se depositaba en el hospedaje. Al oír este cacique la embajada de que el cónsul le esperaba en la suya, se arrefaldó el manto y acudió a la carrera, apabullado por el aparato y el nombre romano, a la tienda pretoria, donde el *imperator* presidía la audiencia sentado en la silla curul. Haciendo honor a la tradición, el bárbaro pidió que le dieran de beber. Y se le extendió una copa de agua. Pero los nervios debían de haberle secado la boca. Y tras apurar la primera pidió una segunda copa, lo cuál provocó una explosión de carcajadas en todos los presentes, que a buen seguro conocían por Heródoto la costumbre persa de exigir la sumisión pidiendo la tierra y el agua. Y Tito Livio se toma la molestia de comunicar a la eternidad que los legionarios se pasaron aquella jornada ofreciéndose unos a otros tragos de vino con toda la ceremonia de dos embajadores y toda la sorna de la que es capaz la soldadesca. También introduce el historiador una nota benévola al comentar que aquel bárbaro permaneció leal a los pactos que alcanzó con el senado y el pueblo Romano. Parece que este es un ejemplo más amable que los dos anteriores, aún con todo el escarnio y burla de las armas españolas.

Mil quinientos años después giró aquella broma sobre España como sobre un pivote y recayó medio mundo más allá, con la Mar Océana de por medio. Tras echar a pique sus navíos Hernán Cortés se internó por tierra firme con un puñado de soldados. Los pueblos por los que pasaba señalaban hacia poniente, tierra adentro, y hablaban del Imperio Azteca, que era el centro de poder y civilización de aquellas regiones, al cuál odiaban todos sus vecinos por serle tributarios. Para Moctezuma los castellanos eran una experiencia nueva, y cuando le llegaron noticias de que le buscaban para hablar con él, después de curiosidad sintió temor, porque se iban abriendo camino a golpe de espada, ballesta y culebrina. Al emperador azteca no se le ocurrió más feliz idea que mandar decir a Cortés que por sus palacios rondaban panteras, jaguares y otras fieras

peligrosas que podrían atacar a los invitados. La rechifla general de los cristianos ante la embajada la remite Cortés al soberano español en una de sus *Cartas de relación*.

Victor Frankle y el nazi brutal. Mi novia católica, el macetazo y el adolescente chino.

Viktor Frankle fue un reputado siquiatra que por su nacimiento judío sufrió el internamiento en un campo de exterminio nazi, probablemente uno de los lugares de la Historia dónde menos se podría encontrar un momento para la risa; sin embargo, Viktor lo halló, y pudo vivir para contarlo. Fue mi novia católica la que me regaló un libro suyo en el que se relata la siguiente anécdota.

En cierta ocasión, él y otros pocos internos se habían reunido a la luz de una vela, en un apartado nocturno de los barracones, para practicar una sesión de espiritismo. Resulta que durante la misma apareció de improviso un guardia de la SS, al cual se le conocía y temía por su notoria brutalidad en aquel lugar brutal. Pero le habían pillado de buenas, y casi como que ellos eran justo lo que estaba buscando, es decir, admiradores. Ni corto ni perezoso, el guardia sacó un papel y aprovechó la ocasión para recitar un poema que había compuesto para su novia, en los ratos muertos entre los fusilamientos y las palizas. Aquel poema, evidentemente, debía de ser de la misma delicadeza, altura y elevación que un rap de Pablo Hasel o Valtonic. Pero el problema no era ése: era que los oyentes no podían soltar la crítica que aquellos versos les producían sin incurrir en la ira del poeta... y convertirse sumariamente en uno de aquellos espíritus a los que estaban invocando. Ya se sabe que cuando emociones como la risa se intentan disimular o reprimir, se potencian y resultan más difícil de contener. Debe de ser extraña, casi delirante, la sensación de que tu vida depende de que seas capaz de aguantártela.

Frankle relata tales momentos como uno de los más extraños ejemplos de humanidad que se daban en aquel lugar inhumano.

El año que me eché aquélla del libro, que fue mi primera novia, se helaron todos los olivos de esta parte de Andalucía, Jaén incluido hasta Despeñaperros; tuvo lugar el maremoto de Indonesia, en el que pereció un cuarto de millón de personas; el papa Juan Pablo II rindió el callo y murió todo lo pacíficamente que se pueda morir. Y Zapatero fue elegido presidente. Las cosas buenas de aquella relación las guardo para mí. Pero hay otros casos y sucedidos en esto del amor. Yo no sé si lo he soñado, si alguna vez tropecé con esto por casualidad o si la misma malicia del demonio me lo pone en la boca; pero creo recordar de mi juventud que en un pueblo de Granada hallaron en su patio a un hombre sentado muerto contra un muro, con los calzones en los tobillos y una gallina clueca ensartada entre sus piernas abiertas y batiendo las alas inútilmente para intentar escapar; junto al cadáver había restos de loza quebrada, tierra y remanentes vegetales. Los del SAMUR liberaron a la gallina, que fue ingresada en el asilo que hay en Cataluña para gallinas víctimas de la violencia de corral, y los locales reconstruyeron los hechos intentando aguantarse la risa; al parecer, en el frenesí carnal, aquel gallardo amante se apoyó con demasiada violencia contra el murete, a resultas de lo cuál recibió un macetazo mortal al caerle encima uno de los tiestos que tenía colocados sobre el poyo del mismo.

Toda mi vida adulta he oído historias sobre aquél al que le tuvieron que extraer un mando a distancia del tracto rectal. Pero no fue hasta hace bien poco, movido por el desatino del confinamiento, que busqué tal caso por Google. Me enteré entonces de que el paciente de urgencias era un joven chino que apestaba a alcohol, e ingresó con la mínima consciencia necesaria para indicar el dolor abdominal que notaba. Según parece, en la habitación en la que fue reconocido en primera urgencia había un televisor y uno de los enfermeros reparó en que el aparato cambiaba de canal sin que nadie tocara la tele. Y entonces supieron, entre el pasmo y el asombro, lo que buscaban y

dónde hacerlo: efectivamente, las pruebas demostraron que tenía un mando a distancia metido por el culo. Se infiere, además, que el mando debía ser compatible.

No soy experto en humor oriental. Sé que los japoneses lo tienen amarillo, pero del de los chinos no sé casi nada, salvo que vigilan cuidadosamente las tragaperras de su barrio, y que olfatean perfectamente la que está más cachonda que una pantera en celo, casi babeando por que alguien la despoje; incluso conocí a un tabernero que les tenía prohibido a los de su raza acercase a la de su local. Pero si es que fue necesario abrir al joven con bisturí, seguro que aquélla fue una cirugía peliaguda, y que en el quirófano se harían todos los esfuerzos para evitar los accesos de risa incontenible que pudieran hacer temblar el pulso del cirujano. Afortunadamente, el personal sanitario cuenta siempre con mascarillas que les permiten disimular la risa, o al menos evitar contagiarla a los demás, si no pueden aguantarla.

La educación de los niños y la furia de Alejandro Magno.

Es una mala costumbre reírles las gracias a los chavales maleducados, pero los hay que no tienen otro pasar. Nunca se deja de advertirles que la vida va en serio, y que no es ninguna broma, porque cuando uno se hace mayor se corre el peligro de que, de bufonada en bufonada, se acabe dando lástima, como el enano Zercone. Entre las mejores y más sabias ocupaciones en las que cabe madurar y hacerse adulto, está la de saber divertirse, que es una de las facetas más serias que tiene esta vida. Los jóvenes tienen siempre la botella a mano, y si no les basta se pasan al porro y de ahí a cosas peores; todas las cuales son soluciones fáciles para una materia compleja. Una de las peores cosas que un terapeuta puede oír de boca de un joven es que se aburre, porque entonces sabe que el problema es serio. Lo cuál no obsta para que los tontos de capirote,

a los que hoy se llama discapacitados síquicos, sean de las personas más felices que cabe encontrar. Una vez me crucé con uno que yendo solo se echó una carrerilla contra sí mismo, dando saltos con la mochila a cuestas, como arrebatado por un júbilo repentino. De lo que infiero no que las personas más inteligentes son las que más se aburren, como tanto se dice de los superdotados, si no que han de encontrar la medida, por así decirlo, de su sentido del humor, que creo que es pareja de su inteligencia. Y como tal, una ocupación más complicada, extensa y ardua que llevar un globito de un cordel por la calle.

Un tonto nunca puede parecer listo, pero un listo, si quiere y lo desea, puede pasar por tonto. También se puede hacer el tonto por pasarse de listo, como la víctima de un tocomochó que, pensando ser el ladrón, acaba siendo el robado. E incluso sin expresa intención, a veces las personas más inteligentes caen en grandes errores y desvaríos. Siempre es más fácil bajar una pendiente que subirla y si se tropieza en mitad della se cae para abajo y no para arriba. Pero lo más divertido es deslizarse cuesta abajo, como se comprueba por la cara que ponen los tontos cuando se les regala un chupachup.

Las farras, parrandas y zahúrdas tienen a la vez la virtud y el peligro de igualar a los que participan de ellas. En un pub moderno ni siquiera se puede conversar audiblemente, debido al volumen de la música. Lo más gracioso que me ha sucedido en su interior fue cuando, apretado entre aquellos cuerpos, e intentando rebullirme, se levantó de aquella barahúnda el súbito hedor de un pedo anónimo. Descubrí que un pub donde no quepa un alma ni para bailar, es de los pocos lugares donde puede uno tirarse un pedo en la más próxima compañía de extraños, completamente a salvo y en cubierto. Es una práctica más sana que el terrorismo suicida buscar las multitudes para peerse confundido en ellas que hacerlo para reventarlas en nombre del Altísimo. Pero regresando a nuestro tema, cuando uno se embarca en una juerga, debe ser plenamente consciente de que puede acabar cruzando el río Indo a las órdenes de Alejandro Bicorné de Macedonia y que es una diversión abierta al extravío.

Así lo averiguó Clito, uno de los más importantes militares que Alejandro tuvo bajo su mando. Durante la larga travesía de sus conquistas, el ejército macedonio se acostumbró a beber demasiado, siendo Alejandro el primero de todos. En una de aquellas noches de Persia, acampado el ejército, el Rey daba una fiesta en su tienda; se comía y se bebía en abundancia, y las bromas circulaban tan bárbara e indiscriminadamente como cabe esperar de una corte guerrera que sostenía una asombrosa campaña de victorias. Según recuerdo haber leído, Clito fue demasiado serio al criticar los gustos de su Rey por la moda, los cortesanos y las maneras de Persia. Alejandro lo llevó a mal; pero Clito no pareció advertir hasta qué extremo llegaba el disgusto del Rey por lo que, borracho, siguió menudeando sobre el monarca. Hasta en una fiesta hay que saber de mano de quién se bebe y se come, cuándo burlar y cuándo bailar. El Rey, repentinamente, derribó la mesa del banquete de una patada y se abalanzó sobre su súbdito y compañero. Tuvieron que separarlos, y alguien ordenó a Clito que saliera de la tienda y se retirara de la presencia de Alejandro hasta que cediera su cólera. El Rey, sujeto por forzudos conmitones, siguió gritando su nombre y retándole desafiante. Arrebatado por las lágrimas y la vergüenza, Clito se atrevió a entrar para disculparse y en la confusión de aquel tumulto Alejandro echó mano de una lanza y se la atravesó por el pecho. Zanjada la disputa, se fue a dormir la borrachera. Para cuando despertó al día siguiente, recuperada la sobriedad, se pudieron escuchar sus plañidos de arrepentimiento y pena durante tres días con sus noches, y llegó a un estado en el que sus generales temieron por su salud. A veces la diversión entraña peligro, especialmente la más bárbara y alcohólica.

Pero peor aún que reírle las gracias a un gamberro es no ridiculizar lo soberanamente aburrido que puede ponerse un concejal, un alcalde o cualquiera autoridad a la que se le tienda un micrófono. Al poco de estallar la crisis financiera de las hipotecas, y mientras caían los rayos y los truenos sobre la economía mundial, compartí con mi padre el silencio en el que escuchábamos por el transistor a un concejal andaluz. El hombre explicaba con toda solemnidad, pompa y circunloquio por qué coño no se había

arreglado de una vez por todas el cauce de un torrente de su pueblo, que cuando caía el agua en el monte embarraba las calles aledañas. Mi padre no se hacía cargo y escuchaba con toda atención; su estilo retórico era muchas veces el mismo. Y me di cuenta del ridículo en el que se estaba poniendo ese funcionario. Me pareció que los dos periodistas que le acompañaban en el estudio compartían mi opinión porque al preguntarle y conducirlo, se les escuchaba inconfundiblemente burlones y parecían disfrutar con ponerle en evidencia alargando aquel suplicio. Al final, me tomé la molestia de despertar a mi padre de su letargo auditivo:

- ¡Valiente coñazo! -sentenció en voz alta. Y vaya si lo era.

Lo he dicho siempre y aquí lo repito, en disculpa y descargo de la habilidad que tenía mi padre para hablar infinitamente sin llegar a decir nada. Según es mi parecer, desarrolló esta habilidad vaciando chatos de vino en los bares de los pueblos de la Vega granadina en los que, quién más quién menos, el agricultor colocaba sus cebollas, el viajante sus seguros de vida, el cura su sorna y su faceta más mundana, el corredor las ofertas y gangas de las que tenía noticia, las mujeres tan adelantadas como mal vistas sus chismorreos y amoríos; y mi padre, una vez establecido su negocio de fertilizantes, su estiércol, que por aquellos lares se le dice gallinaza. Lo cual me enseñó que con la suficiente labia se puede vender de todo y que saber marear una perdiz es importante para cobrarla. Yo, como ya he dicho, prefiero ir directo al grano, y soy capaz de enjaretarle cualquier pedo a una pista de baile concurrida sin tener que decir esta boca es mía. El discípulo aplicado termina superando al maestro.

El aburrimiento y sus síntomas. La importancia de saber aburrirse. Un ejemplo granadino de moderación griega.

Algunas películas y ciertos tratados de Jean Paul Sartre no deberían verse o leerse sin llevar un gotero de suero fisiológico pinchado en la vena, porque pueden provocar bajada de azúcar, caída de la tensión arterial, sudoración, palpitaciones y pérdida de la conciencia. Son los síntomas que provoca el aburrimiento más extremo. Como mínimo se debe tener un botiquín a mano y puesto al día; y siempre que sea posible examinarlos sólo en la presencia cercana de alguien que sepa aplicar los primeros auxilios. Si al lector/espectador le cambia el color de la cara, si se pone amarillo, si manifiesta mareo o diarrea, se debe interrumpir de inmediato la película o la lectura. A veces basta con abanicarles un poco y darles un vaso de agua con azúcar, u obligarles a oler un pañuelito mojado en la de azahar o, en su defecto, en la de colonia. En los casos más graves, puede ser necesario tumbarles en posición de cúbito supino y levantarles las piernas para facilitar la oxigenación del cerebro. Por seguir con el símil, una perdiz lo bastante mareada puede morir de manera tan fulminante como si le hubieran acertado de un escopetazo con postas.

Es imposible discutir la naturaleza de la diversión sin considerar su reverso, el aburrimiento. A mí me parece que la diversión tiene muchas caras, muchas facetas, y que su espectro es amplio en tonos y variaciones, mientras que el aburrimiento es uno y el mismo siempre. Cabe divertirse sin llegar a la carcajada y parece que esta palabra engloba, en general, todo aquello que llamamos goce o disfrute, sea de la naturaleza que sea, sin que eso signifique que su opuesto, el aburrimiento, se identifique con el dolor, el sufrimiento o el llanto. Si la diversión es una paleta de colorida variedad, el

aburrimiento es más bien la monotonía de los tonos grises. Y nuestras sociedades, hasta que se han empezado a abatir sobre ellas los desastres financieros y sanitarios, y a la espera de los climáticos que han de sobrevenir, venían siendo muy vulnerables al aburrimiento precisamente por ser estables, pacíficas y sólidamente asentadas en ciertos prejuicios; sus guerras se libraban en países lejanos y salvo para cada soldado de a pie, cuyo era el pellejo que peligraba, eran enfrentamientos completamente desiguales que se libraban vencidos de antemano; el precio de la paz cotidiana es el aburrimiento, pero la solución es arriesgada y muchos compran una vida estable y segura al precio de su insípida monotonía. La rutina lo mata todo, lo mismo el trabajo que el matrimonio.

Yo diría que antes de saber divertirse es perentorio aprender a aburrirse. El que no sabe aburrirse no sólo no aprende a divertirse, sino que además malgasta su tiempo y el de los demás. Tengo un tío que dice y afirma y asegura que nunca se aburre, pero tampoco sabe decir cómo se divierte cuando se le pregunta; si es que todo le divierte, que a buen seguro -y esto lo digo yo-, no es el caso, será que para él la diversión no es una manera de aliviar el paso del tiempo. Muchos jóvenes se graban conduciendo borrachos a toda velocidad porque no aceptan pasarse la tarde aburridos, o leyendo un libro en su casa. No aceptar el aburrimiento es la primera de las razones por las que la diversión sana y seria es una conquista tan ardua y tan difícil como la de toda otra sabiduría. Para evitar pasarlo se ataja por mil caminos, y algunos terminan de manera trágica.

Perdida la juventud se empieza a aceptar lo irrevocable del tiempo, y puede transigirse con él sacrificándole horas de esfuerzo para aprovechar mejor los momentos felices que le robamos. O podemos negarnos a ello. Conozco un ejemplo de tal intransigencia, que le ha entregado a su protagonista cada una de las horas del día y la noche para que disponga de ellas a su antojo. Es un hombre cuerdo y equilibrado, moderado en sus costumbres, que no parece quebrantado por ninguna tragedia personal, ni hasta donde lo parece se pueda pensar que esté enfermo, pero que se ha pasado con las manos en los bolsillos el cuarto de siglo que ha que yo vivo aquí y que le veo deambular por estas calles. Todavía me acepta el cigarro que le ofrezco como haciéndome un favor; le

parezco bisoño y desnortado. El hospicio de la caridad le pareció suficiente apaño en cuanto a comida y alojamiento y se pasa mañanas y tardes charlando, siempre de manera prudente y circunspecta, con sus conocidos del barrio; en el hospicio, después del almuerzo es posible que le consientan una siesta, quizás a cambio de haber quitado la mesa. De vez en cuando se anima a dejarse ver con señoras emperifolladas de su misma edad, que debe de rondar los sesenta años. Se le puede oír opinar sobre la extrema precaución con la que hay que llevar un negocio, al verse cerrar de vez en cuando alguna tienda de toda la vida; pero se conoce que es por verse libre de tanta cuita por lo que él no emprende ninguno. Éste sólo sabe aburrirse, qué duda cabe. No sé en virtud de qué tesoro a conservar se corta las uñas, lleva la ropa limpia y planchada, y jamás se le ve borracho o enfangado en cualquier otro exceso. Sospecho que es un alma muy avarienta y codiciosa de su tiempo, incapaz de malgastarlo en preocupaciones mundanas, capaz de una lenta virtud de resistencia y vigilancia, a medias entre la resignación y el hastío urbano, la que le impulsa a seguir paseando con las manos en los bolsillos una vida que no se toma la molestia de vivir. Hasta los yonkis que se doblan en los bancos de la plaza tienen motivos para el temor y la esperanza. Éste, en cambio, ¿qué puede temer perder, si ya no espera ni persigue nada, ni siquiera un chute?

Por mucho que especularan sobre los caminos que conducen a ella, y en qué consistía, todos los griegos le temían a la felicidad, porque habían aprendido por tradición y experiencia que los dioses no regalaban ningún don que no estuviera emparejado con alguna maldición. La palabra griega *hubrys* designaba la apoteosis transitoria de un mortal que estaba pronto a ser castigado con su *némesis*, el reverso maldito de su don, que causaba el declive de su estrella. Más aún, con esa palabra se denotaba un pecado que parecía inseparable del éxito y la preponderancia, en tanto suponían una ruptura del equilibrio, ya fuera político, natural, o religioso. Es un concepto próximo a la soberbia, el más grave de los pecados capitales del catecismo católico, y el que indujo al más dotado de los ángeles a rebelarse contra su Creador. Para ellos la medida, la moderación eran la raya de una condición que ningún mortal podía desafiar sin incurrir

en su propia desgracia. Este hombre es, según todo lo antedicho, la misma encarnación de la más aquilatada prudencia griega, un *sophos* cuya presencia la vivifica y la renueva en el ágora granadina de la plaza del Campillo y aledaños.

El emperador japonés, el príncipe británico y el Rey de Macedonia. Un noble francés, un camarero bizco y otras lindezas.

Fue una lástima que el Estado Mayor japonés depusiera a su emperador legítimo y colocara en su puesto al siguiente en la línea de sucesión. Al parecer, el emperador, aun siendo ya mayorcito, tenía la costumbre, al presidir las asambleas de los dignatarios y potentes de su reino, de hacer el ademán de ir a sentarse en el Trono del Crisantemo y acto seguido enderezarse, lo cuál obligaba a todos los que ya se habían sentado a volver a ponerse más derechos que una vela. Además, según parece, enrollaba una revista de prensa y la utilizaba a modo de catalejo para escudriñar el rostro de sus generales, mientras estos intentaban explicarle los planes de campaña. A ninguna de aquellas graves autoridades le parecieron tolerables estos hábitos en el Dios vivo del Japón; así que lo incapacitaron, como digo, y eligieron al siguiente de la cola. Éste fue intachable en las ceremonias y las formas, pero bajo su reinado los japoneses entraron en la Segunda Guerra Mundial, llevando a cabo algunas de las atrocidades más feroces de aquella contienda, tanto en territorio chino como coreano. Fue una lástima, sin duda, porque si del primero de ellos se pudo haber hecho rechifla, al segundo sólo le convino el escarnio, la repulsa y el oprobio moral.

Y al revés, para que se vean los límites de la confianza con la que se podía tratar a un noble capaz de hacer valer su dignidad en cualquier situación, se cuenta que durante

una zahúrda en una taberna francesa, en la que un Príncipe de la corona real británica participaba, fue menester avisar al camarero para que sirviera otra ronda; uno de los comensales, en la fiebre del ánimo reinante, le gritó al aristócrata:

-¡Toca el timbre, Eddie, tú que estás más cerca!

El Príncipe tocó el timbre y al acercarse el camarero a tomar nota le dijo simplemente, señalando al alegre comensal:

-El sombrero del caballero, que ya se retira.

No recuerdo el nombre, pero un Rey de las estirpes de los diádocos, que fueron los generales que se repartieron el imperio de Alejandro Magno, era conocido en Grecia por su lengua rápida e ingeniosa. A su corona le había tocado en suerte quedarse con los territorios nucleares de la primitiva Hélade, que comprendían la Grecia continental y las islas del Egeo, sobre los que reinaba desde Macedonia.

Cuenta Polibio que su trono se veía amenazado por una potencia extranjera; los diádocos se pasaron siglos zancadilleándose los unos a los otros, en pos de la supremacía. Según parece, el Rey que amenazaba sus fronteras, tampoco recuerdo cuál, era ciego de un ojo y en el otro le caía una legaña membranosa que estorbaba su visión. El Macedonio, después de una derrota importante, se avino a conversar con su oponente para escuchar sus propuestas y condiciones, con vistas a firmar la paz. El encuentro se produjo cara a cara: el Rey derrotado se acercó al rompiente de una playa, y un bajel con el tuerto a bordo se acercó desde la flota invasora para parlamentar; pero su ocupante no se bajó del bote en ningún momento, temiendo una celada. Desde él, recitó de viva voz la lista de cesiones territoriales, tributos, honores y títulos que el vencedor exigía del vencido. El Macedonio la escuchó con creciente indignación y al terminar, replicó que eran extorsiones desproporcionadas, que de ninguna manera podía aceptarlas sin deshonorar su dignidad. Y añadió como apóstrofe final:

- ¡Hasta un pobre ciego lo vería!

Es fácil imaginar la furia del tuerto, y lo sangriento de la guerra que aquel comentario cáustico prolongó.

De Miguel Durán, el capitalista ciego que presidió la O.N.C.E, se bromeaba en el programa de humor de Luis Del Olmo¹ con que entrevistaba por el método Braille a todas las candidatas a secretaria en su oficina. Los Ensayos de Montaigne, de los que se aprenden muchas cosas, pero especialmente a reírse del ser humano, refieren que un noble de la más alta aristocracia francesa era ciego de nacimiento, pero se empeñaba en salir a cazar, que era el pasatiempo obligado de toda la nobleza de la época. Sus pajes y monteros le ayudaban en la empresa, le indicaban el momento de disparar y celebraban su puntería cuando le traían piezas muertas que ellos mismos habían dispuesto de antemano. Lo que no cuenta Montaigne, porque en su época era peligroso insultar a un noble, pero es lo que realmente quiere indicar, es lo que uno se imagina de inmediato, es decir, que sus ayudantes de campo se tenían que andar con ojo cada vez que su señor levantaba la escopeta para tirar; lo más seguro es que echaran cuerpo a tierra y se santiguaran. Y la coña que debía reinar entre ellos, a cuenta de estas cacerías, debía de ser considerable.

En las playas donde yo veraneaba de niño frecuentábamos cierta taberna sólo para jugar cinco duros a la máquina recreativa. Pero cada vez que teníamos que pedir cambio, yo por lo menos lo pasaba muy mal, porque el hostelero era estrábico. Ya es bastante difícil hacerse atender de un camarero, porque los clientes compiten todos a la vez por lograrlo, pero con un bizco la dificultad se multiplica; no puedes guiarte por la posición frontal de su rostro, en la que un ojo mira para Antequera y el otro para Almería. Así que aún cuando volvía el rostro para mí, yo no estaba seguro de que fuera mi turno. Tenía yo también un profesor de inglés en el colegio que gastaba unas gafas muy oscuras, Don Fermín se llamaba. Debido a este parapeto de opacidad, nunca se podía saber hacia dónde miraba y eso dificultaba las actividades furtivas en la clase. Era posible verlo mirando a un extremo del aula y extender el brazo hacia el opuesto para señalar a un alumno:

¹ Creo que fue Tip el de la ocurrencia.

-Tú, a la calle.

-¡Pero si yo no he hecho nada!

-Pues para cuando lo hagas.

Tuve un conocido de juventud que sabía muy bien lo útiles que pueden resultar unas gafas de sol en la playa, pero no para salud de la vista, si no para perjuicio del alma. Con ellas puedes explorar sin ser visto toda la extensión de los muslos, las caderas y el torso de la novia del cachas de la sombrilla de al lado.

Queda por decir, en fin, que, si al Amor lo pintan ciego, a la Justicia lo hacen con una venda en los ojos. Y que esto es así en señal de tantas abogadas a las que les van los chicos malos y de tantos buenazos que se casan con auténticas harpías. Nadie puede ver claro en las tinieblas cimerias, pero el ser humano tiene una tendencia obsesiva a escudriñarlas.

Algunas gamberradas. Algunos mores. En cuestión de palabras, un empate vale más que una victoria.

Mi padre relataba siendo yo niño algunas putadas que los chavales podían hacer durante el franquismo. Por ejemplo; como muchas calles del pueblo no estaban asfaltadas, se podía cavar un hoyo en ellas, mearse y cagarse en su interior, y luego cubrirlo con una hoja de periódico, a la espera de que alguien lo pisara. Además, la proverbial virtud moral de todas las épocas doradas permitía dejar las casas con las puertas abiertas sin temor a los okupas o el latrocinio; pero donde no se atrevían los ladrones, lo hacían los niños: llenaban un cántaro de meados e inmundicias y lo estrellaban lanzándolo para dentro desde el tranco de la calle. En mi clase del colegio

del Opus, algunos chavalotes eran capaces de arrancarse hebras de su incipiente pelambrera pública para depositarlas sobre el libro de texto de su compañero de pupitre. Tengo un par de primos en el pueblo, que eran uña y carne, como lo fueron antes sus padres, que ataban de la vespino con una cuerda al hermano menor de uno de ellos y luego lo paseaban con el amoto por toda la villa, como los generales romanos entraban en triunfo por la Urbe llevando encadenados a sus cuadrigas los caudillos vencidos en la guerra. Parece que los chavales van a alguna parte siempre que cogen la moto o el coche, pero a veces lo único que hacen es dar vueltas en círculo por su barrio, porque se aburren.

Al culto y refinado cuñado de Mussolini, el Conde Ciano, que también era su ministro de exteriores, Francisco Franco le pareció "glacial, femenino y esquivo". Pero el general Queipo de Llano tenía un humor más digno de la belicosidad hispana; le llamaba directamente "Paca la culona". A Rudolf Hess, el nazi más obsequioso con Hitler, le llamaban en el partido "Fraulein Anna" entre otras cosas por lo abyecto de su completa sumisión al Führer. Durante la democracia española se filtró a la prensa una conversación entre capitolos sociatas; en ella, al ministro de Economía, Don Carlos Solchaga, se le llamaba "El enano de Tafalla"; y se los podía escuchar preguntando:

- ¿Has hablado con Dios?

Con lo cual querían preguntar si habían telefoneado a Felipe González Márquez, presidente del Gobierno durante catorce años y la vaca más sagrada del socialismo español. Entre los esperpentos que tuvimos que presenciar en los tiempos de González, llegó a conocimiento público que todo un fiscal general del Estado, Eligio Hernández, salió de una reunión comprometedora escondido en el maletero de un coche para evitar a la prensa que se había reunido en la calle. Había hecho carrera en su juventud como luchador canario, en cuya disciplina se le conocía por el mote de El Pollo del Pinar. Y dado que ha sido una costumbre de los gobiernos socialistas echar mano de Pedro Solbes cuando la cosa ya no tiene ningún remedio, supongo que podrían llamarle "El Enterrador"; o también "Los Santos Óleos", la "Extrema Unción", el "Viático", et cétera.

Para esto de los motes, Alfonso Guerra era la víbora más venenosa de su época y conserva su saludable ruindad mucho después de que le obligaran a dimitir; bautizó a Zapatero como "Bambi" y a Rajoy lo despachó por mariposón. No se le oye opinar sobre Sánchez, pero quizá se debe a que el rasgo más señalado de ambos es lo mucho que se quieren y se admiran a sí mismos. A Pedro Sánchez se le conoce por lo vanidoso y fatuo de su persona, pero Alfonso Guerra parece que es un megalómano de libro. Si al uno le pone adoctrinarnos los fines de semana mientras caemos como moscas a su alrededor al compás de una melodía de Beethoven, al otro le daba por contar en los consejos de ministros las tardes de su juventud que se le iban en hacer el amor, mientras Mahler hacía temblar las cortinas de una ventana entreabierta a la Sevilla más bohemia.

Federico García Lorca era de un pueblo de la vega granadina que se llamaba Asquerosa en la época del poeta y luego se cambió el nombre por el de Valderrubio. Sus dos jóvenes amigos del Instituto Libre de Enseñanza, Luis Buñuel y Salvador Dalí, llamaban al poeta "El Asqueroso". Y dada la tendencia que tienen los maricones a bromear con la honra y dignidad viril, tanto la propia como la ajena, sólo puedo imaginar a sus amantes llamándole asquerosa a gritos en el clímax de sus orgías. Por cierto que como mi padre prosperó con los fertilizantes, y dada la frecuencia y espectacularidad con que yo la he cagado en mi vida, cuando me preguntaron si era verdad que en el teatro se solía decir "mucho mierda", respondí que si era por mierda yo tenía para montar la Royal Shakespeare Company.

Es muy probable que la preferencia de Platón por la palabra viva, el discurso oral, y la presencia personal del filósofo se debieran a que fue Sócrates quien le despertó el amor, la admiración y el cachondeo de la filosofía. Sócrates no dejó ni una palabra escrita, y practicó todo su quehacer intelectual de viva voz, hablando con los atenienses en mitad del trágico negocio de sus vidas. Él se llamaba a sí mismo partero de ideas, a semejanza de su madre, que era comadrona en los partos; pero también se le podría tildar de pescador de errores, porque su técnica infalible era hacerse el tonto lanzando la caña de una pregunta y quedarse a la espera del inevitable error implícito en la confiada

respuesta. Kant dijo que “los secretos juicios de la razón común” eran el negocio de los filósofos y Sócrates era experto en encontrar el prejuicio escondido en la elaborada respuesta del ufano sofista, para utilizarlo de manera implícita en su contra, o examinarlo expresamente para entender, ampliar o corregir lo que significaba.

Pero quizás se puede decir que esta preferencia de Platón también se deba a la misma causa por la que un buen empate dialéctico, una salida oportuna o una réplica acertada y feliz valen más que cualquier victoria dogmática, el cañoneo sostenido de un asalto verbal planificado y exhaustivo, o todas las ideologías por las que se ha derramado un inmenso caudal de sangre humana. Todo el mundo es capaz de tener convicciones, y de vivir a su costa, como hacen los políticos; el ingenio, en cambio, es un privilegio precioso, y por lo tanto muy raro y escaso. En cuestión de palabras, los empates denotan uno innegable en su autor. Un libro extremadamente recomendable es *El jardín de las víboras* de Jaime Campmany que, dicho sea de paso, está repleto de egregios ejemplos del donaire, estilo y coña con los que el pueblo español sabía burlarse antaño de sus dirigentes, en contraste con la brutal procacidad ramplona de los raperos de hogaño. El caso es que, según se relata en él, cuando un diputado que asistía en verano a un pleno del Congreso durante la Segunda República le preguntó al presidente de la cámara si los señores diputados se podían quitar las chaquetas. Don Julián Besteiro, comunista de pro, contestó rápidamente:

-Sí, pero cada uno la suya.

Un diputado de las cortes franquistas se quejaba contra una ley permisiva que parecía abrir el camino a la legalización del divorcio:

-Yo, señores diputados, no me opongo al divorcio per se. Pero ¿Y los hijos? ¿Qué vamos a hacer con los hijos?

A lo que otro diputado respondió:

-Por lo pronto, al suyo ya lo hemos hecho subsecretario.

Un poeta bisoño, que debía de estar dándole vueltas a un soneto en las servilletas del café Gijón, reunió el valor necesario para abordar a Don Ramón María Del Valle Inclán:

-Don Ramón, ¿Hay algún consonante de baile que no sea fraile?

-Hayle.

Et cétera.

Un conquistador hispano y las gracias que nunca tienen gracia. La higiene personal. La fama.

En un volumen escrito en la prosa iletrada y farragosa de un peón de los que conquistaron México a las órdenes de Hernán Cortés, que se llamaba Bernal Díaz del Castillo, se cuenta que, derrotada ya Temixtitán, capital del Imperio, y dueño y señor el emperador Don Carlos de aquellos territorios en la persona del extremeño, éste despachó para el noreste de la región a una fuerza castellana porque, según decían los conquistados, alojaba una de las minas de oro más productivas del país. Al mando de estos hombres puso Cortés a uno que ha pasado a la memoria colectiva no por la grandeza de sus hazañas, si no por lo malsano de su sentido del humor. No recuerdo su nombre, perdido en el inmenso volumen del relato, ni he dado con él trasteando en Internet. Pero resulta que según sus castellanos se iban dejando la piel contra los indios, las pestes, los montes, las quebradas, las selvas y las bestias que les salían al paso, a él le parecían divertidas todas estas penalidades. Y Bernal hace expresa mención del desagrado que sus risas, seguramente parecidas a las de una hiena, levantaban en sus soldados. Cuando empezaron a salirles ronchas y escozores los miraba rascarse y se rascaba entre risotadas, palmeándose los muslos y gastando bromas y comentarios que

no sé cómo calificar. Pero sí conozco que palmearse los muslos entre risas es la misma costumbre que tenía Hitler para celebrar las cabronadas por las que hacía pasar a la Humanidad. La única palabra que se me ocurre es la de cascajo, en alguna de sus acepciones: cosa vieja, en mal estado o inservible; y también persona vieja que sufre achaques, afecciones o indisposiciones leves y frecuentes. Más que carcajadas, aquéllas debían llamarse cascajadas; o risas cascadas; o cascajosas; o desconchadas. ¡Bueno yo qué sé!

Javier Marías, en la novela cuyo título es una línea de Shakespeare, *Mañana en la batalla piensa en mí*, escribió otra en la que afirma, respecto a las facetas más vergonzosas de la conducta humana, "aquellas de las que no se habla fuera de la adolescencia, porque fuera de la adolescencia no tienen excusa", que "algunos las airean por hacer una gracia que jamás tiene gracia". Creo que estas líneas aluden a la misma razón por la que no se les deben reír todas las gracias a los chavales traviesos; por la que la confesión de Mercedes Milá de que ella se meaba en la ducha no tuvo el efecto deseado; y también por la que es menester rascarse el culo con el mayor disimulo posible, y en hurto y a escondidas. Ninguno estamos a salvo de las molestias que los pelos de esta zona provocan, por no hablar de las almorranas o los palominos, pero no está bien visto aliviarlas en público y mucho menos airear el disfrute que produce. Así tampoco a ninguna tropa le gusta un comandante que se toma a rechifla no ya los peligros que afronta, si no las bajas reales y los perjuicios efectivos que padece.

A propósito de airear gracias que no la tienen, confieso que uno de los placeres que mi prolongada soltería me permite es no tener que cuidar demasiado ni mi higiene personal, ni mi aspecto. Aunque visto ropa cara, es posible verme llevándola con cierto desaliño. Y no me importa demasiado llevar alguna que otra mancha. Los jóvenes de hoy se despeinan estudiada y cuidadosamente; y lucen pelos revueltos que les dan un aspecto airoso. Pero lo que parece descuido, esconde trabajo y vanidad frente al espejo. Yo nunca salgo despeinado y me peino con una raya digna de un agente del F.B.I. Pero si alguien me acerca las narices, no descubrirá Nenuco, ni Tulipán Heno. Y cuando estoy

despeinado, mi aspecto se parece al de Boris Johnson, después de que le hayan caído encima los desastres parejos del Brexit y la epidemia china, transformando lo que era una pelambrera traviesamente despeinada en la que lucen muchos enfermos en el manicomio. También me dejó crecer la barba hasta que parece la de mujhaidín afgano, y sólo entonces me la recorto. De Alejandro Magno se decía, según la medicina de la época, que sus humores eran tan secos y ardientes que su cuerpo exhalaba el perfume de las ascuas del incienso, sin sombra de sudoración putrefacta. El mío es una mezcla de ceniza de tabaco, del que soy víctima frenética, sudoración corporal y nata montada o requesón por la grasa capilar. Mi disculpa, si es que la tengo, no es sólo que vivo solo, si no también que sólo soy literato, y que no he llevado mi descuido higiénico al Congreso de los Diputados donde, entre los de Bildu y los de Podemos, la corrupción ya es su literal realidad, no su analogía política, la cuál es dicha y nombrada por derivación de la primera. A tal punto es así, que no parece un lugar adecuado al que llevar un niño de pecho, como hizo Carolina Bescansa, no porque sea un gesto impropio de la severidad y seriedad de la Cámara, que lo es, si no porque el chaval puede pillar cualquier cosa.

Esto de la roña corporal da mucho juego al perspectivismo histórico. Los conquistadores hispanos apestaban tanto como algunos diputados de la legislatura vigente, pero la mierda de hoy en día no es más que eso, mera suciedad. En cambio, en el medioevo cristiano se la veía como a un tesoro espiritual. La causa, creo yo, es el énfasis desmedido que se ponía en la primacía del alma sobre el cuerpo. Lo único importante para un cristiano era el cuidado y la pureza del espíritu, hasta el extremo de que bastaba la mera inversión de sus términos, es decir, lo mugriento del cuerpo, para denotar lo limpio del alma. A los piojos se los llamaba "perlas de Dios" y la promesa que hizo Isabel la Católica en determinado momento fue no lavarse, asearse o alimpiarse en manera alguna mientras no cayese la ciudad de Granada. Algunas veces que he hecho notar esta circunstancia, en ocasiones como disculpa humorística, se me ha contestado que la Humanidad se ha civilizado mucho desde entonces. Nadie lo diría al oler ciertos asientos del Congreso.

Me pone más nervioso el tufillo a fama que la fama del tufillo. Soy un gran tímido, y me produce angustia concitar la atención, aunque sólo sea por mi altura, que es la suficiente como para no ir a coger brevas conmigo, si no son para repartir. Lo que más me hubiera gustado en este mundo es tener un rostro, un cuerpo, unos ojos en los que descansar la mirada, porque cuando no has encontrado ese lugar, como a mí me pasa, el milagro de la vista no sólo no tiene objeto, es que se convierte en un tormento, porque resulta agotador estar continuamente desviándola. Puede que parezca pueril, pero el único lugar donde le encuentro algo de reparo es en los chavales, cuando todavía juegan como niños. Nunca he tenido mucho aguante con ninguna mujer, pero he aprendido sobre mí que el único maricón que quiero en mi vida soy yo mismo. Quizás soy un transexual al que no le da la gana travestirse, ponerse tetas, hormonarse u operarse los genitales.

Luego hay otras consideraciones, que quizá por más rebuscadas parezcan menos creíbles. Mi padre tenía la costumbre de desistir de algunos empeños cuando los impedimentos se le acumulaban tanto que, según decía, le parecían una señal de Dios. Por ejemplo, abandonaba algunos viajes de negocios para regresar a casa cuando los accidentes del camino, como hoteles que habían traspapelado su reserva, cancelaciones de vuelos, retrasos en los trenes, et cétera, se le encadenaban en demasía. Y mi padre estuvo toda su vida convencido de que la voluntad movía montañas. Pero entendía que algunas están reservadas a los santos, los profetas, y los amados de Dios. A mí me pasa algo parecido con el amor venéreo, creo que Dios me ha mandado ya suficientes señales de que no me quiere por ese camino. Temo su juicio por no haberme alistado en su tropa, como debería haber hecho en mi desengaño. Pero le temería mucho más si hubiera sido ordenado sacerdote porque me sé incapaz de reforma y me hubiera vestido de hipócrita. Entre mis demasiadas tachas soy célibe, pero no casto, como las cookies y los trackers de mi ordenador atestiguan por todo lo más profundo de Internet.

El sexo como reinado y ejercicio de la Monarquía. Más puta que las gallinas. España es la leche.

Supongo que como no hubo mejor ni más afortunada mezcla de placer y negocios que el matrimonio entre Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, podría decirse que su parentela sufrió en grado extremo las consecuencias del desempeño heroico de sus funciones y en estricto cumplimiento del deber aprendido de sus padres. A los dos los perdió el desenfreno amoroso. Al infante Don Juan lo mandó al camposanto el exceso de celo con que se aplicó a la tarea de asegurar descendencia para la Casa de Trastámara. Su hermana Juana la Loca, lo fue por todo el frenético amor de que es capaz una mujer, el que sintió durante su larga y desdichada vida por su esposo flamenco, un príncipe apuesto y mujeriego que le fue infiel y se le murió joven de la manera más trivial y estúpida.

Los hijos de Isabel y Fernando padecieron por obedecerla en demasía, pero rebelarse ante la Naturaleza también es peligroso porque, lo mismo en el sexo que en el clima, es una mula a la que no se le debe dar de coces, y empeñarse en contrariar. Y si hay vicio en los extremos de la virtud, también puede haber algo de virtud en un poco de vicio. Por la misma razón, llevar el progreso hasta el punto de emprender una guerra contra la naturaleza humana, como hace el feminismo radical de la multa al piropo, el sólo sí es sí, o el que se preocupa por la violencia de corral entre gallos y gallinas, no sólo me parece ridículo, si no también peligroso. Un concepto muy equivocado que se tiene de la civilización es que consiste sólo en la negación del mundo natural. De la Naturaleza, ni la personal, ni la universal se dejan dominar completamente y se corre riesgo en intentarlo. Pero no creo que haya motivos para que cunda el pánico: resulta que la feminista que quiere proteger a las hembras de volatería del ímpetu de sus machos es

más puta que ellas en sus ratos libres. Nuestra tan cacareada libertad esconde una falacia porque, nos guste o no, sólo podemos ser quien somos.

A propósito de gallipavos, la mascota de la Expo 92 era uno que se llamaba Curro; pero que de su cresta multicolor podía inferirse lo equívoco de sus tentaciones; digamos que era un gallo amariconado, o cuando menos, un gallo paladín de la causa homosexual. También le salía una especie de capirote del morro, en lugar del pico, que estaba rayado con todos los colores del arco iris; era como si se lo hubieran tapado con un cono de la guardia civil de tráfico, pero a colorines. En conjunto, siempre se lo representa en actitud alegre o festiva, dando gambaladas como las de un borracho que busca su casa a las tres de la madrugada.

Resulta, en fin, que en el año de mil novecientos noventa y dos, con las Olimpiadas y el Quinto Centenario del Descubrimiento de América, se hizo celebrar el de la Circunnavegación de Magallanes y Elcano. Con tan fausto motivo, se mandó construir una réplica de galera antigua, de las que iban y venían de allende la Mar Océana, réplica a la que la Historia del ridículo conoce como *Nao Victoria*. Llegado el día de su botadura solemne, se embarcó en ella un fumeta en paro del Barrio de la Viña, al que le daban cincuenta mil pesetas en negro por enfundarse el traje de Curro, con objeto, no me pregunten por qué, de que hiciera sus payadas y mojigangas desde la cubierta; quizás sólo querían que saludara desde la banda de estribor, hacia los reporteros en la bahía de Cádiz, para que le sacaran una buena foto haciendo el panoli. Lo cierto es que el acto no pudo salir mejor y que la foto que sacaron los periodistas valía más que toda la estirada e insulsa ceremonia que Curro tenía la supuesta misión de amenizar. En cuanto estuvo a flote, la Nao Victoria empezó a hacer agua por los cuatro costados y a escorarse hacia uno de ellos. Pudo verse a Curro haciendo esfuerzos por agarrarse a la banda opuesta, intentando ganarles tiempo a las aguas, al abismo y a los profundos, con el pico y la cresta multicolores asomando por encima de la confusión de mástiles, velas y aparejos que se iban desarbolando entre crujidos; chapaleando y agitando las alas por

aguantar a flote, hasta que se le pudo echar un salvavidas y entre unos y otros, sacarle del agua.

Si hubiera sido un auténtico gallo castado, se hubiera hundido con su barco, como mandan las Santas Ordenanzas y la tradición de la Armada.

España es la leche. ¡Viva España!

El vodka “Boris Yeltsin”. Cosas del fútbol.

No sé por qué a ninguna casa rusa de licores se le ha ocurrido registrar una marca de vodka con el nombre de Boris Yeltsin, que gobernó la transición precaria y turbulenta entre la perestroika de Gorbachov y la tiranía de un subalterno suyo estremecedoramente calculador, frío y sanguinario, Vladimir Putin. He buscado semejante iniciativa por Internet, pero sin resultados; y la considero un potencial acierto de marketing en un país que mezcla el nacionalismo de vía estrecha con un gran número de alcohólicos.

Boris Yeltsin mantuvo al planeta en vilo, entre el pánico a la extinción nuclear y la coña de una taberna gaditana, llevando el maletín con los códigos de lanzamiento en una mano y en la otra una petaca de vodka. Si uno teclea en YouTube “The best of Boris Yeltsin”, puede verse en un video la lista de grandes éxitos de un Boris achispado, cuando no completamente pedo; desde pellizcar a sus secretarias ante las cámaras, hasta dirigir una orquesta de pueblo o meterse en una trifulca callejera, el antiguo tovarich era un espectáculo circense que a la par entretuvo y empavoreció a la diplomacia internacional, más o menos como Donald Trump pero al mando de un país que se desmoronaba y que ahogaba las penas de perder su orgullo de superpotencia, del hambre, del paro y de la violencia de los disturbios con lo que tuviese más a mano. Recuerdo algunos telediarios

españoles que comentaban lo amarillos que se ponían algunos rusos cuando calentaban su frío siberiano con el matarratas local.

Boris era tan bebedor como los cosacos que combatieron de uno y otro lado en la guerra chechena que mantuvo en el Cáucaso. A veces parece que a Rusia le sobran tantos hombres, territorio y cojones que los trata sin la más mínima delicadeza o miramiento. Durante la Segunda Guerra Mundial, al principio de la operación Barbarrosa, que fue la invasión nazi de la U.R.S.S., daba la impresión de que la técnica de Stalin se reducía a mandar toda una brigada de infantería contra cada tanque alemán. La insignificancia de la vida de cada soldado ruso permitía la torpeza militar de semejante derroche. La guerra de Chechenia fue también una guerra en todo su significado, encarnizada y cruel, y para mí, que no soy nadie, es la gran mancha humana que ensangrentó el periodo de Yeltsin en el poder.

Con todo y ello, Boris me caía mejor que Putin, el sobrio y maquiavélico ex K.G.B. que le sucedió en el poder y que todavía lo mantiene. Aunque el alcoholismo sea causa de mucha violencia, doméstica y callejera, creo que la mayoría de los borrachuzos, como casi todos los adictos a las sustancias, somos buena gente. Siempre recuerdo las líneas del guion de *El Hombre Tranquilo* con las que el cura católico da la bienvenida al personaje de John Wayne a su pueblecillo irlandés:

-Yo conocí a tu abuelo. Murió ahorcado en una prisión australiana. Y tu padre también era un buen hombre.

Le he comparado antes con Donald Trump, y si se parecen en el efecto que provocaron en los círculos del poder, existen entre ellos diferencias ilustrativas, siendo la mayor de ellas que el americano no necesita echar un trago para soltar burradas o poner en peligro la paz mundial. Es un palurdo ignorante hasta en la más completa posesión de sus facultades, lo cual no dice mucho en su favor. Además, Trump tiene el mismo peligro que tuvo Boris Yeltsin pero sin la más mínima gracia, la que provocaban los espectáculos

del ruso, al que a veces había que sujetar derecho en los actos oficiales para evitar que se cayera redondo.

Tabaco Marlboro, la venganza del toro; tabaco Fortuna, la venganza de Moctezuma; tabaco Chester, historias del Oeste; Tabaco Winston, la venganza del gringo; tabaco Ducados, para Toro Sentado; pídamelo paso y estudiaré su caso. Salud, amor y pesetas, lo demás son puñetas. Siempre he pensado que el güisqui JB es el güisqui de los pistoleros. No conozco películas más ilustrativas de lo que debió de ser la conquista hispana de América que las que los Estados Unidos han rodado sobre la guerra del Vietnam. Me he pasado media vida investigando en las venerables filosofías el significado del verbo ser, una afición que es una de las mejores maneras de aburrirse. Un tallador de mi barrio, quien había sido boxeador en su juventud, y al que un camarero capullo le molestaba tanto como a mí, me confió un día indirectamente lo que significaba el verbo ser para alguien como él:

-Un camarero son puntas de pollas. Dos hostias, un Valium y se acabó el problema.

Son pocos los granadinos que tolero. Hay un lotero que vende números de los ciegos en voz de falsete; es grandullón, y siempre va cantando coplas por la calle. Una vez se me ocurrió comentarlo en mi cafetería:

- ¡Qué tranquilo y qué feliz es ese hombre!

Y a los presentes les hizo mucha gracia.

Es un hombre que no pasaba de ser una molestia. Dicen que el que canta, sus males espanta. No sé si alguien se lo ha dicho, pero yo conozco el lado malo del refrán: cuando el español canta, o le han dado por culo, o poco le falta. El comentario que hice en un público no fue ni ofensivo, ni malintencionado. Fue sólo una mera observación. Pero poco a poco he aprendido a odiarle y un poquito más cada día; él mismo ha sido como el lazarillo que me condujo a ello. Mi padre, por el grado de su discapacidad visual, pudiera haberse puesto las cosas fáciles y estar vendiendo cupones de la O.N.C.E. como

este tío, que tiene tales espaldas que ya las quisiera cualquier legionario en la verja de Melilla. En vez de ello, vivió valientemente toda su vida al precio de complicársela. Todos los tontos confunden la suerte con el saber. “Al saber lo llaman suerte”, dice el refrán; y el brevísimo alcalde que lo fue de Granada, Luis Salvador, hizo atronar a todo mi barrio, incordiando el descanso de los vecinos, con una versión de *La flauta de Bartolo* justo desde debajo de mi ventana. Lo que no me esperaba es que en la C.O.P.E. la confundieran con la providencia. La actitud del lotero, que dedicó unas espaldas pensadas para el ejército a pasearlas repletas de cupones, y una lengua pensada para callarse a chafardear de unos y otros y canturrear en tono de falsete, casi como un matasuegras, es característica de la época y la sociedad en la que a mi padre le tocó vivir. Y eligió hacerlo luchando. Además, sé positivamente que a este cegato le agrada molestarme pasando cerca de mí mientras canta una copla. Ahora, cuando lo hace, me dan ganas de decirle lo que El Feo le dijo al grandullón que lo llevaba encadenado:

-Los tipos grandes y gordos como tú son los que más me gustan, porque cuando caen hacen un ruido espantoso.

Al principio no supe por qué, ni me importaba. Pero cuando pasó de molestarme a odiarle, entonces lo supe.

- ¿Quiere un numerillo, señora?

-Los millones...

- ¿Quiere un numerillo, caballero?

Todavía más. Platón² es un apodo que le pusieron al hijo de Aristón, y que significa, traducido del griego, el de anchas espaldas. Bueno, puedo todo el vestigio seminal de

² Federico Belviso, docto italiano y experto en la Historia Antigua, me comentó paseando por Granada el interesante tema con el que se había doctorado. Según él, muchos de los apelativos que se nos han transmitido eran sólo motes cargados de significado, palabras que hablaban más de la realidad de la persona que nombraban que el nombre que les

inteligencia que dejó Anaxágoras en manos de Sócrates, que Sócrates dejó en Platón, y que Platón dejó en Aristóteles es contraria a lo que este "ciego" representa: *La inteligencia es el origen de todas las cosas*.

De hecho, si hay un hilo que ata a los más grandes pensadores griegos es la idea de teleologismo, más allá de la realidad substancial de los universales y los valores. Es decir, para ellos todo sucedía por un porqué, y esta causa o motor del devenir era de origen racional, en el sentido de que tenía un propósito, y no era el ciego azar.

No quiero terminar este capitulillo, o lo que sea, con mal sabor de boca. Había en Granada, muchos años ha, un lotero pequeñajo que siempre me trató con respeto. Después de haber caído el cielo sobre nuestras cabezas, por culpa de la codicia ufana y trajeada de los banqueros, me lo encontré pidiendo limosna por la misma zona de Granada en la que antes vendía discretamente sus boletos. Solía pedirla para el autobús, para poder llegar a casa, pero yo sabía que esa muletilla era la excusa. Siempre se la dí, la limosna. Era, como digo, viejito, pequeño, calvo, con gafas y bastón. Anduvo muchos años pidiendo, después de haber vendido todas sus esperanzas. Tenía mala una pierna, o eso decía él. Yo sabía que cada temporada que pasaba ingresado en el Hospital por culpa de la pierna, comía tres veces al día, y no le fallaba la calefacción. Nunca supe cómo se llamaba; pero hace más de un año que no le veo, y doy por supuesto lo peor. El coronavirus no perdonó a la gente de su edad, y tan desprotegida. Sé que, si no lo hace ya, cuando lo haga, descansará en paz.

pusieron sus padres. Así, por ejemplo, me comentó que Sócrates podía haberse formado por la conjunción *somato critón*... que significa dominador del cuerpo, "dueño de su cuerpo", si se quiere. El ateniense era conocido hasta en el ejército por la fortaleza de su cuerpo y de su espíritu; en Frigia, donde combatió, caminaba descalzo sobre el hielo, levantando los comentarios de sus compañeros.

Acógeme, Padre, en tu pecho, misterioso hogar

Porque vengo deshecho del duro bregar.

Licenciado en Sigüenza. El vaso medio lleno o medio vacío.

En las calles de Granada he encontrado, muy a mi pesar, una manera de explicar lo que es un licenciado en Sigüenza. En tiempos de Cervantes no había ni que molestarse en explicarlo, porque la Universidad de Sigüenza, recién abierta, era conocida por la impericia de sus catedráticos; de manera que la ironía del escritor también es una elipsis. Y habría que averiguar en qué medida toda ironía lo es.

Hay un tonto por Granada que se sacó su carrera de Derecho, se sacó sus oposiciones, trabajó durante un tiempo y ha largos años ya que vive de una excedencia permanente por, nominalmente, trastornos depresivos. Es uno de los pocos a los que les he sacado algo de pasta a cambio de venderle mis publicaciones; sin embargo, no ha dado la más mínima señal de haberlas leído y he tenido que soportar sus invitaciones a unirme al club de Chesterton en Granada, antes incluso de que se haya dignado leerme. Eso te da una idea de lo que le importa la literatura. No sólo eso; te coge por banda en la terraza de la cafetería y el café al que te invita te lo cobra con creces relamiéndose con la puta ucraniana que se la chupó la otra noche por noventa euros. Yo, que también he sido putero, he aprendido a no presumir de aquello por lo que más vale avergonzarse.

No hubo menester de más presentaciones: el primer día que pareció interesarse por mí, directamente me confió que se había leído las obras completas de Epicuro. No es

que haga falta estar al día de todo lo que se dice y se comenta, entre otras cosas porque es imposible. Yo soy de tan frágil naturaleza y tan dudoso y tan incierto que cuando me lo soltó, dudé. Después, con la ayuda de Google, me reafirmé en mi primera impresión: ahí tenéis un tonto, y un licenciado en Sigüenza. Entre sus amigos se cuenta un echador de cartas, que no cartero, quien de vez en cuando me pregunta por él. Nunca se lo digo, pero no tendría que mirar muchos naipes para saber que estará peregrinando por las cafeterías de Granada, presumiendo de cosas de las que más vale avergonzarse.

El cementerio está lleno de razones, nos decían en el centro de deshabituación a las drogas. Y cuando nos sientan en el banquillo, todos somos Sócrates, apurando la cicuta de unos atenienses inicuos que no se avienen a ellas, unos atenienses que perdonan ante el lloriqueo pero que se ofenden con los argumentos serenos. Hay gente de la que ni en su más tierna infancia se dudó de su malicia innata.

- ¿Eres bueno? -me preguntaban a mí.

-Sí.

- ¡Cuándo duermes, claro!

Es a ellos a los que jamás les cae un indulto a tiempo, un indulto como el que se va a conceder a la caterva catalana del *procés*. Son ellos los que no tienen ningún poder y han aprendido desde niños que están indefensos ante el mundo, y que hagan lo que hagan, está mal y merece castigo. Si duermen, porque duermen; y si velan, porque velan. No sé por qué debería yo dejar de beber, cuando veo la cobardía y la mezquindad moral de tantos abstemios. Una de dos: o el Junqueras y el resto de los sediciosos eran payasos que sólo bromeaban o eran cabronazos más culpables que un pecado. Sea como sea, en la cárcel o en la calle, tienen muchos privilegios, y amigos tan poderosos como el mismo presidente del gobierno. Así va el mundo, de apaño en remedio y de remedio en apaño. Tampoco hace falta leer la enciclopedia Ferrater Mora de filosofía para saber que la actualizó un catalán llamado Terricabras quien, si ha hecho honor al nombre que le dieron, debe de estar buscando un garaje donde topar en firme con mi amigo, el lector

de las obras completas de Epicuro. A veces, la filosofía es tan sencilla como un chiste sobre una palabra, también llamada nombre: Fenareta, madre de Sócrates, significa literalmente "La que da a luz a la virtud". Luego se extrañan. Como el señor Tardá, que se rascaba la cabeza y se preguntaba extrañado por qué tantas lumbreras del Derecho coincidían en negarle a Cataluña el de violar la ley. Debía de ser una conspiración internacional para someter cualquiera cabeza pensante. Y para qué vamos a hablar de Gabriel Rufián.

Aun así, la gente insiste y según escribo estas líneas oigo que, para rematar la faena, a los empresarios se ha sumado el arzobispado de Tarragona en pedir los indultos. El problema de fondo que se plantea con esto es exactamente el mismo que nos trajo hasta aquí: si por muchos que sean los que sostienen una cosa, ello la convierte en verdadera. Vale decir: dado el suficiente número de votantes, podríamos legislar para que el arzobispo de Tarragona le besara el culo a Junqueras el día quince de todos los meses. Y estaría obligado a ello bajo pena de cárcel. Es el mismo principio democrático: como hay tantos independentistas, por la fuerza tienen que llevar la razón; de la misma manera, como tantas voces se unen a la petición de indulto, debe de ser justa su aprobación. Pero no es la de justa la palabra que se emplea, si no conveniente, entendiendo por ello que conduce a arreglar las cosas y a mejorar el clima político. Parece que también el argumento aquí, más que jurídico, incluso más que el interés general, sencillamente es el número de los que lo sostienen. Los atenienses nunca se cansan de pecar contra la filosofía. Pero yo no soy Tardá. Y si tantas lumbreras coinciden en desdecirse de lo que dijeron y darle ahora la razón, o el indulto a sus amigos, por algo será; habrá cambiado el viento. Qué raro. Y yo que pensaba que todos los veranos hacía calor. El presidente va a aprovechar la entrada de la canícula para darnos permiso de quitarnos las máscaras a que nos obliga la pandemia y para soltar a los rebeldes.

No sé qué catalán fue el que alegó ante las cámaras que en su casa le habían enseñado a ser honrado y lo que significa la decencia. Si quieren que les diga la verdad, es en mi casa dónde yo me tiro los pedos y dónde tengo cuidado con el volumen de la música.

Ya ni siquiera voy por las discotecas, en verdad que nunca me gustaron. Cuando escribo, que es la más cercana oportunidad que tengo de hablar en público, me pienso lo que digo, y lo examino con arreglo a lo que me enseñaron la vida y los libros, para no ir teniendo que cambiarlo y corregirlo a cada paso. Y lo mismo cuando compongo un poema que cuando rajo, lo cuelgo en Facebook, precisamente porque la gente piensa exactamente lo mismo, pero nunca lo confiesa; ponen sus mejores fotos y las mejor retocadas; todo lo demás, lo hacen, o lo dicen, en privado, pero lo callan en público; las mismas pequeñas miserias que tiene todo el mundo, con sus líos domésticos. De manera que tengo a España más entretenida en mis flatulencias, gazapos y pequeñeces que en los argumentos de algún peso que yo pueda ofrecer. Y si hay que tirarse algún pedo por la calle, mejor hacerlo que no reventar, que es en Barcelona donde prohibieron escupir en las aceras y rotular en castellano. Además, hace tiempo que el Estado Español me privó de mi intimidad; llegó un punto en que ni siquiera podía ver pornografía en el ordenador sin que un notas de la radio, como el tío de la C.O.P.E., Juanma Castaño, se pitorrease sin disimulo. ¿Para qué callarse en público, si ni en tu casa tienes garantizada la privacidad? Y luego me piden que no me justifique... que, en vez de ello, me enmiende. Que los mirones se lo hagan mirar. Porque se les permitió mirar por un motivo menos cristiano todavía que el darle gusto al propio cuerpo, como es el de envenenar las almas ajenas.

Muy ilustrativa de lo que intento decir es la película norteamericana *The Big Short*, La gran apuesta, que se rodó sobre los pocos apestados de los que todo el mundo financiero se reía y que hicieron una fortuna apostando contra el mercado inmobiliario. El planeta entero estaba muy ocupado viviendo la vida a todo trapo, comiendo deprisa, hablando deprisa y pensando deprisa; esos pocos que miraron los números acertaron, y la consecuencia de la irresponsabilidad colectiva fue, evidentemente, la miseria colectiva, de la que Pablito Iglesias Turrión culpó a los que no la pasaron con estrecheces. Pedrito Sánchez Castejón lo hizo vicepresidente y en cuanto tuvo la vida tan resuelta como los banqueros a los que culpaba, dimitió, dejando el país hundido en el desastre sanitario y

económico, como Curro saltó de la *Nao Victoria* cuando se iba a pique. Y se dice que ya está buscando un foro donde le aplaudan las excusas o, cuando menos, se las paguen al contado. Seguro que no le dejaron gobernar, ni hacer su santa voluntad. Otra coincidencia sospechosa, otro complot de la gerontocracia plutocrática, otra conspiración internacional de los poderes fácticos.

Aparte de eso, el filme da una idea magnífica del ambiente moral que se respiraba en aquellos días, repleto de zumbados que creían saberlo todo, porque todo era más sencillo de lo que algunos pocos apestados pensaban. Por aquellos días, el mismo camarero capullo que a mí me molestaba tanto como al tallista me preguntaba cada vez que asomaba por su barra:

- ¿Has comido?

-Sí.

- ¿Has follado?

-No.

- ¿Has bebido?

-Sí.

-Te doy un dos sobre tres.

El número es el que hace los ejércitos, pero la violencia no es un argumento. Por cierto que les viene bien a todas las huestes que antes de una batalla sus generales les recuerden quiénes son y qué defienden y por qué luchan, y también las ventajas estratégicas que les den esperanza en la victoria, no callando, pero sí suavizando, los puntos débiles de su situación. Mi padre, estoy seguro de ello, por temperamento y carácter, valiente, combativo, lúcido, seguro de sí mismo y capaz de liderazgo, hubiera sido un magnífico general; pero es daltónico, y ve muy mal, tiene muchas dioptrías, que no sé lo que significa; además, padece de pies planos y no le hubieran aceptado en la mili. A lo que voy es a como él me explicaba las cosas, a mí, que todo lo veía de una manera diferente a la suya. Me decía:

-Mira Andrés, al vaso se lo puede ver medio lleno o medio vacío.

A lo que yo le respondía:

-El vaso no está ni medio lleno, ni medio vacío. Tiene el agua que tiene, ni una gota más ni una gota menos.

Yo no sabía todavía explicarme y me faltaban las palabras. Por cierto, que lo que importa del vaso es el agua. Y hay la misma en una jarra llena de a litro si se la vierte en una de a diez; en un caso, el vaso está lleno; en el otro, contiene un décimo de su capacidad, lo que se dice un culillo amos; sin embargo, los dos contienen la misma cantidad de agua. Por ponerlo en términos que todos los bebedores pillamos al vuelo, si uno está seco y le dan a elegir entre un chupito lleno hasta arriba o una botella de litro medio vacía, elige esta última.

Todo esto lo digo porque acabo de oír al presidente anunciar a bombo y platillo que los pesimistas van a perder y que la prosperidad que nos vende al precio de los indultos sobrepasará lo que creímos posible. Hace tiempo ya que la gota colmó el vaso; sin embargo, Sánchez todavía lo ve medio lleno, porque no le interesa ver que Cataluña es tan insaciable como todos los borrachos; le interesa venderle, a ella y al resto de España, todo el alcohol que pueda.

Un gesto de Alejandro Magno. Los elogios y las censuras.

Entre los gestos de Alejandro Magno, hay uno que es mi favorito. Y personalmente creo que los comentarios de Montaigne erraron al interpretarlo.

El gesto en cuestión es cómo sigue. Le llegaron noticias a Alejandro de que su médico, a saber, Filipo de Arcanania, conspiraba contra su vida, y de que aprovecharía una leve

enfermedad que el Rey estaba pasando para darle a beber una medicina que, realmente, era un veneno. Filipo se presentó a requerimiento de Alejandro y le puso encima de la mesa el bebedizo. El macedonio, a su vez, le extendió la carta en la que le avisaban de la traición y observó atentamente el rostro de su médico mientras la leía. Cuando éste levantó los ojos para mirarle, Alejandro se bebió de un trago el brebaje.

Para mí, este gesto de Alejandro, que se jugaba la vida cada día en la batalla, junto a la de cualquiera de sus soldados, tenía un propósito que pudo haber resultado fatal, y era el de construir confianza. Si Filipo le hubiera servido un veneno, habría muerto y hubiera pasado a la Historia de muy diferente manera a como lo hizo. Pero lo cierto es que el general sabía que cada día que pasaba corría un riesgo, tanto durmiendo como velando, y era algo que había aceptado en el fondo de su alma: esto es, la mortalidad, viniese de dónde viniese. Y al arriesgarse con su médico, fortificó la confianza de los suyos. Les dijo que estaba dispuesto a morir, si querían traicionarle. También es seguro que Alejandro dispondría en su corte de más de un confidente, pero la inteligencia del Rey queda doblemente demostrada en este gesto al haber sabido de quién fiarse y de quién no. Parmenión, que fue el que le advirtió del peligro, fue repetidamente desautorizado con acierto por Alejandro durante toda la guerra. De manera que aprovechó esto último con aquél primer objeto.

Recientemente leí en un periódico una columna de opinión titulada *Elogio de la mediocridad*. Encuentro muy lógico que los mediocres se elogien a sí mismos precisamente por ser mediocres; de esa manera, se evitan la obligación que todos tenemos, en uno u otro momento, de hacernos mejores. Aunque estaría mejor decir que al precio al que se vende y prostituye la palabra héroe, que más o menos es el del cuarto y mitad de chóped, más vale venderse como mediocre jamón que como chóped heroico. Pero a lo que voy: un siquiatra me confió que cuando se decía a sí mismo “vaya pencho que soy”, se quedaba muy a gusto, y como descansando. Parece que es por ello por lo que tantos tontos se consuelan cuando ven imperar su necedad, que es el mal de los muchos. Y si me apuran, Cristo dijo: “Sed perfectos, como vuestro Padre en el cielo es

perfecto". Yo sé que no lo soy. Pero no encuentro ningún consuelo en ello, ni mucho menos lo hallo elogiabile. Pero sí encontré gustoso mirar el cuadro, del que ignoro el autor, titulado *Sancho Panza leyendo el Quijote*, en el que al viejo gañán se lo ve recostado contra un árbol, con el libro descansando en sus piernas y vaciando un zaque de vino con una sonrisa beatífica. Sancho no sabía ni leer ni escribir. Si aprendió, seguramente, fue porque su ridículo amo le prendió una llama en su corazón, como es el amor por la lectura. Por servirle, digámoslo así, no sólo heredó lo que Alonso Quijano el Bueno le dejó en testamento; también se hizo mejor, o como mínimo, aprendió, dentro de sus cabales, lo que la lectura y la cultura puedan aportarle a un hombre. Por lo que el cuadro nos dice, podía beber más a gusto, y con más conocimiento de causa, y ser Sancho Panza más a gusto todavía.

Lo que quiero decir es que hay una razón por la que Alejandro Magno es Alejandro Magno para toda la eternidad; y que esa razón es justamente la opuesta a aquélla por la que tantísimos españoles aspiran a ser funcionarios. El mismo camarero capullo decía, según la sentencia popular, que él querría tener el trabajo de un cura, el sueldo de un ministro y las vacaciones de un maestro. Supongo que por eso no pasaba de camarero, con todo el respeto a la profesión. Lo más viejo del mundo es encontrar a un ignorante que te diga que todo está inventado y que se moleste si le enseñas algo nuevo; las sociedades siempre tiran de uno para abajo, porque todo lo bueno y lo excelente es algo muy raro y muy escaso; de manera que la mayoría lo prefiere como monstruo de feria, enjaulado y a distancia, como una rareza por la que pagar para que los niños la vean en el circo. Así también, se conoce que son los que nunca tuvieron dinero los más propensos a maliciarse que todo en esta vida se reduce a él y que todo se explica en función del dinero. Parece que los ideales y su nobleza también son patrimonio de los adinerados. Si me preguntaran qué filosofo ha sido más influyente en la Historia, no me cabría ninguna duda: Carlos Marx; pero precisamente por la razón contraria a aquélla por la que se debe filosofar hasta que los hombres dejen de pecar; el nombre de Carlos Marx ha sido, entre los de los filósofos, el que más ha ensangrentado la Historia de la

Humanidad. Por él se han sacrificado en masa más vidas que por ningún otro pensador. Del Macedonio se han dicho muchas cosas malas y se sospecha que fue cómplice en el asesinato de su padre Filipo; el asesinato en la familia era costumbre en la corte macedonia, y ya se lo practicaba cuando Platón escribió el *Gorgias*. De Carlos Marx se diría lo que Platón le dijo a un esclavo cuando uno de sus pupilos le preguntó qué podría ganar con todas sus enseñanzas: *Dale una moneda, ya que tiene que ganar dinero por cada cosa que aprende*. De los mediocres jamás se dirá nada, como de todos los cobardes, si no que se les paga para que teman, ignoren y obedezcan.

Como escritor, creo que me gustaría ver mi obra no ya elogiada o premiada, sino, por lo menos, mencionada en algún foro público. Pero no estoy seguro; soy una persona, lo he dicho ya, tímida, ansiosa e inestable. Los efectos que un altavoz público pudieran proporcionarme serían un motivo de angustia para mí, como bien lo sabe Mark Zuckerberg. Y si yo tuviera que ir corriendo detrás de mi reputación, que es el negocio de la sociedad granadina, nunca podría parar de correr; imaginaos si esa reputación corriera más allá del pequeño rodalillo en el que vivo y medro. Leí a un crítico decir que sólo un zoquete no escribe por dinero. Pero Don Camilo conocía mejor el dinero que se gana con la poesía. Solía decirlo de esta manera:

En una mesa, hay dos que hablan de poesía:

- ¿Me prestas cinco reales?

La otra recompensa literaria es la gloria. Pero ya lo digo: al precio al que hoy se la otorga, más me vale un buen vituperio, que en castellano se dice insulto, que no indulto. Es extraña la cantidad de superhéroes que cría esta sociedad; proliferan como las setas del otoño. Qué coincidencia más sospechosa, como diría Tardá. Ayer mismo Spiderman se descolgó por el Vaticano para saludar al Papa Francisco.

La gloria, sin lugar a dudas, pertenece a Dios. Pero con ella, también el tormento, en el que una escuela de pensamiento cristiano afirma que Nuestro Señor permanecerá hasta la fin del mundo. Por eso mismo, pienso yo, todo lo que se haga por Él es poco; y es por una santa y buena razón que los costaleros cargan con el peso de su imagen. Para

escribir las líneas que siguen tengo que vencer cierta resistencia interior; sean ellas mi bebedizo de Alejandro.

Ni los elogios ni las censuras son reales; tienen algo de superfluo y más que ver con lo que de humano hay en nosotros que con lo que de divino. Me explico. Si tanto elogios como censuras son justos, no se los debe llamar por ese nombre, sino más bien decir que son la verdad, algo así como la constatación de lo que es, más que su celebración o su lamento. La verdad, esa que va tan desnuda y pobre, y de la que se dice que nadie la quiere oír. La sobria verdad, que no se emborracha ni padece resaca. Encontré a uno en el centro de deshabitación al que yo le caía mal -allí se decía focalizar- que se lamentaba en terapia de que nadie apreciara lo bastante el gesto con el que él estrechaba la mano. Marré el tiro y no se lo dije, y si no se lo dije puede que tuviera que ver con algo que también era mío, pero el muchacho estaba deseando que le confundieran con alguien importante.

Por lo demás, decir que elogios y censuras, que son muy humanos, y de vez en cuando humanitarios, tienen sus reversos malditos, que sí cumplen perfectamente la medida de lo que son, y que no tienen otros nombres que los de adulación o infundio, a los que siempre guía el interés personal, sea del tipo que sea. Llegó un punto en que Alejandro Magno sólo peleaba por la gloria personal, más allá de la conciencia que le empujó a invadir la Persia; la invadió porque sabía que ésa era su misión y su puesto en la Historia. Filipo, su padre, ya tramaba planes de campaña para ello y era lo que se barruntaba en su corte. Pero en la frontera entre lo que hoy son Pakistán y la India, su ejército, extenuado y al límite, decidió que ya tenía bastantes ínsulas que gobernar, y que no había suficientes macedonios que reinaran sobre cada una de ellas. Más tarde, algunos de sus generales en la corte no podían evitar la risotada cuando eran informados por cortesanos aduladores de que debían postrarse a la manera Persa, como las olas del mar de Cilicia, ante su Rey, al que no le importaba alimentar la leyenda de su ascendencia divina. Nunca llegó a perder los cabales, y murió siendo Alejandro Magno, ni más, ni menos.

A estas alturas de mi vida, yo sólo aspiro a que no me confundan con otro. Creo que es por eso por lo que sigo escribiendo.

Algo sobre mí.

Dado que nadie escribe ni habla sobre mí, seré, supongo, el mayor de los cobardes y el más extraordinariamente mediocre. Nunca fui de valiente, si no en poema. Pero lo he sido y también cobarde, en ocasiones, y también temerario, en otras. Amar nos infunde valor, siempre lo digo y ya hubo alguien que lo dijo antes, y ser correspondido nos infunde fuerzas. Me molesta escribir sobre esto, es un tema muy manido, como un chicle ya mascado. Nunca he tenido fuerzas, de pequeño era débil y enfermizo, y pensé que más me valía desarrollar el cerebro, que no la fuerza corporal, en la que no esperaba destacar. Me diagnosticaron esquizofrenia y después Síndrome de Adisson, una enfermedad endocrina que me priva de la tensión muscular cuando se arma una pelea, lo cual no me ha impedido meterme en más de una; más bien, he ido en su busca. Y sin embargo, no me considero valiente por ello, si no cruel conmigo mismo y con mis enfermedades, y con la gente que me quería, entre la que yo no me contaba. He sido más valiente cuando estuve sereno y sobrio, y seguía las indicaciones de los médicos; y he conocido juntarse en mí, durante un tiempo, la mayor alegría y la mayor felicidad, cuya suma se conoce con el nombre de dicha. Por eso no necesito que Antoñito Banderas, que promociona Andalucía en un vídeo que compara a uno alegre con muchas pequeñas alegrías cotidianas con uno triste que sólo espera una gran alegría me venda esta tierra, cuya verdadera alegría es la de la Pantoja y Julián Muñoz, poco antes de que entraran en chirona por haber sido los enésimos figuras en saquear el ayuntamiento de Marbella: se paseaban delante de los fotógrafos, cogiditos amorosamente del brazo, y ella le susurraba en voz baja al alcalde:

-Dientes, dientes... Que eso es lo que les jode.

Luego, en los juzgados, se hubieran sacado los ojos el uno al otro de haber podido.

Lo cuál no significa que yo no ame esta tierra, ni la sufra, ni deje de entenderla. Pero para eso están los anuncios. Antoñito Banderas, alias el Zorro, debería seguir dedicándose a vender patatas fritas. Creo que tiene una marca de perfumería. Le recomiendo un buen nombre para una línea de sus perfumes: podría ser algo así como *Pachuli*.

También sé lo que es estar enfermo, y sé lo que es no poder respirar. A mí me han dado un par de semanas tan a menudo que casi suman mis cuarenta y seis años. Por eso no se me ocurre una burla más grotesca contra la vida humana que aprobar el suicidio legal, o eutanasia, en un año en el que tantos han muerto luchando como fieras por meter algo más de aire en sus pulmones, o en los de sus pacientes. El tiempo que he vivido me enseñó que cuando uno se ha dejado la piel en algo, rendirlo voluntariamente es una ruina incomparable. El honor del suicidio de Numancia es hoy empeñarse en vivir un día más. La vida nos puede dar una gran sorpresa, si aguantamos por otro día a tantos necios como los que se sentaron a orilla de la cama del santo Job.

Sea como fuere, si he conocido la dicha, la he perdido. Si he conocido el valor y las fuerzas, ya no me quedan. Ahora mismo vivo de mi pellejo, más por inercia que por ninguna otra cosa. Además, tengo los años que tengo, perjudicado no sólo por mis enfermedades, también por mis costumbres sedentarias y alcohólicas, y ya no estoy a la altura que estuve, ni soy capaz de lo que fui. Me gusta ver a los viejecillos que siguen corriendo la maratón con cien años, dan una alegría como si la ganaran en los Juegos Olímpicos. Pero no pretendo imitarles. La sabiduría órfica, que es más antigua que ellos, pero no más vieja, dice que los mejores de entre los que van a los Juegos de Olimpia no son los corredores que compiten en la arena, ni tampoco los mercaderes que se apostan en las inmediaciones del estadio para hacer negocio, ni los jueces que deciden el resultado, si no los que se sientan a disfrutar del espectáculo.

En una célebre sentencia, José Luis López Aranguren dijo que se podía dudar de la existencia De Dios, pero no de la fe de Luis María Ansón en la Monarquía. Ahí va mi

cuarto de espadas: se puede dudar de la existencia De Dios, pero no de la malicia de los muchachos. A estos, en los anuncios de la tele, se les enseña a romper con las normas y lo establecido, a semejanza de todos los genios, pero limitándose a comprar determinado modelo de coche. Se les enseña a jugar con fuego en los de alcohol y a ser el tipo más duro de la taberna cuando piden determinada marca de cerveza. Es como echar gasolina al fuego; los jóvenes se bastan y se sobran para montar un pollo donde les venga en gana. Una de las experiencias de más delirante alegría que recuerdo es de mi juventud, cuando uno de mis amigos, un pequeñajo peleón, de rostro agitanado, que se llamaba Alejandro, le gritó lo siguiente, sin venir a cuento y de buenas a primeras, a un niño asomado a la baranda de un Club Náutico.

- ¡Niño! ¡Dile a tu padre que es un hijo de puta!

El niño, obediente como todos los de su edad, se fue para la terraza a llevarle el recado a su padre, que se asomó en seguida indignado e incrédulo, al tiempo que nosotros echábamos a correr entre risas. Es así de jodido y de puto, pero no necesitan alicientes que los encabronen más todavía. Si se pudiera vivir siempre la vida desde el burladero, sería más fácil y divertida, como en la sabiduría órfica. Pero a veces no hay otra que torear. Y el secreto del torero, diría yo, es estar a la altura del toro que le ha tocado.

Por eso Antonio Banderas

Pilló las de Villadiego

Cuando se olió coño viejo

Pero rico y con promesas.

Es en ese albero de la vida en el que los jóvenes se la juegan. Y aunque nunca haya compartido sus gustos, como las discotecas y el baile agarrado, a día de hoy estoy más dispuesto a ayudarles a poner un buen par de banderillas que a lamentarme por el toro...

Los zorros saben mil cosas

Los erizos sólo una grande

Yo, como las mariposas

Tan sólo sé lo bastante...

El anuncio de marras de Antoñito habla del triste como si esperase una grande y perfecta alegría; literalmente dice ideal, que no es sólo el nombre de un viejo periódico de Granada, alguno de cuyos ejemplares seguramente tapó el bache en el que mi padre y sus amigos de infancia se habrían meado y cagado previamente, a la espera de que algún incauto lo pisara. También viene de una antigua palabra griega que significa "imagen", o el objeto de una visión, lo que se ve. Para Platón, la imagen real no era la que se percibe con la vista o los sentidos, los ojos de la cara, si no con la mente; éste era un desplazamiento que se venía realizando poco a poco con el refinamiento de la espiritualidad, pero con el gusto de Sócrates por las definiciones, y la imposibilidad de hallar ninguna perfecta y completa sobre los asuntos humanos (los dioses, los valores, la virtud, la educación cívica y de los jóvenes) se terminó por realizar de una manera que no tenía nada que ver con éstos, que eran los que le interesaban a su maestro. Las únicas definiciones perfectas eran las geométricas. Y con perfectas queremos decir **ideales**, esto es, las únicas en las que **lo definido y la definición eran una y la misma cosa**. Platón hizo inscribir *Que sólo los geómetras entren aquí* en el frontispicio de su Academia.

Yo sé lo que es el ideal platónico, y también sé que es lo más real que hay, y también por qué lo es. Y no porque lo haya visto, si no porque veo a la gente perseguirlo o anhelarlo cada día, de una manera u otra, en todo lo que hace, dice o piensa. Lo mismo el hombre que me sirve el café, como la señora a la que le compro el periódico, como el limpiador que pasa la máquina por la plaza, procuran hacer su trabajo cada día de la mejor manera que pueden. El ideal platónico es aquello que nos pasamos el día

intentando realizar en todo lo que hacemos o emprendemos. Incluso en un sentido negativo, todos lo echamos de menos cuando no estamos a gusto con la vida, y es entonces cuando lo tomamos por aquello a lo que se parecería nuestra vida si hubiéramos tomado otras decisiones más acertadas, cuando se nos acumulan los subjuntivos del tipo “si hubiera” y cuando su realidad se nos hace palpable en la mutilación de algo esencial en ella, un miembro que no es físico pero cuya ausencia rinde inútiles y sin importancia todos los demás. Aunque nadie lo haya visto, todos somos capaces de añorarlo y todos los hemos buscado en algún momento de nuestra vida; el médico en su oficio, lo mismo que el sacerdote en su religión, lo mismo que el filósofo en su vida, o el zapatero en su remiendo. Si yo tuviera que decirle algo a los jóvenes, les diría que, si renuncian a ese ideal que buscan, si renuncian a la perfección mayúscula y a eso que los griegos llamaban apropiarse la belleza, más les vale pasarse la vida en las tabernas.³

Y para terminar de hacer este artículo redondo, decir que vi hace pocos días en el citado periódico un artículo dedicado a un joven que se ha licenciado con uno de los expedientes universitarios más brillantes de España, a quien no mencionaré por precaución. Se licenció en la misma Facultad de la Universidad de Granada en la que yo lo intenté y fracasé, aunque ello no me ha impedido conocer a fondo la filosofía, de la cual puedo decir que a la que no se la lee en los libros se la encuentra en la calle, como a la Chari. Si tuviera que apuntarle una sencilla reflexión, entre las que yo extraje de la filosofía, es que es importante, en la lectura de Platón y Aristóteles, no dejarse engañar por la identificación que el primero hace del conocimiento y el recuerdo o reminiscencia; ni por la afirmación del segundo, en su *ta meta tá physiká* de que conocemos una cosa en la medida en que conocemos su causa. Las dos son filosofías completamente teleológicas y en sentido estricto, afirman que el hombre debe pensar antes en las

³ Pero claro, esto no se puede decir en voz alta, porque muchos adolescentes ya abarrotan las clínicas de trastornos alimenticios a las que les condujo un afán de perfección... corporal.

consecuencias que en las causas. Debe mirar adelante, no hacia atrás. Y antes de dar un paso, pensarse dos veces cuál es el correcto. No todos tenemos el demonio interior de Sócrates, que le marcaba el camino vedándole doblar ciertas esquinas. Pero para eso fue para lo que él lo recorrió primero: para mostrárnoslo.

Sobre la comedia. El derroche.

Se debería elevar siempre el tono del discurso, el alma, la vida y el corazón; y caminar mirando al cielo, antes que a la tierra. Sí. Sin duda. Pero vivimos en un país, y ya puestos, en un planeta, en el que el presidente español tenía hasta hace poco una lista en Spotify, según leí ayer en el periódico, titulada *Música para cagar* y tuvimos un vicepresidente zurupeto, jorobado y con los dientes ruinosos, que presumía de macho alfa delante de sus colegialas. En cuanto Sánchez supo lo que era cagarse en los pantalones, la borró de su perfil. Y ahora ya no puede parar de bajárselos, delante de los catalanes, de los vacos, o de quién haga falta; son cosas de la diarrea. Espero que Rhodes no tenga que meter el piano en su baño para que el Guapo pueda cagar a gusto. Desde José Luis Rodríguez Zapatero da la impresión de que en eso consiste el trabajo del partido socialista: bajarse los pantalones ante quién se tercie. Y encima lo quieren disimular como la tarea sucia e ingrata de la gran política, y lo revisten con un alto sentido del deber.

Mucha gente me ha tomado a lo largo de mi vida por un tipo gracioso, o por lo menos, capaz de hacer reír a los demás. Lo soy, y a veces a mi propia costa, porque también tengo algo de hazmerreír. Lo considero mejor que ser capaz de hacer llorar. Pero, si les digo la verdad, no tiene nada que ver conmigo, ni es un rasgo especialmente típico de mi carácter. Tal y como yo la veo, la vida es a menudo irrisoria. La gracia no está en mí, si no en lo que nos traemos entre manos día tras día, o en las cosas bien miradas dos veces. Lo mismo que la tristeza o lo trágico. Tampoco es cosa mía. La risa y el llanto parecen ser dos caras de una misma moneda, que a veces cae de un lado y a veces de

otro. Pero no se moleste la gente en fatigar los libros de Historia buscándole el lado divertido. Aquí dejo los pocos, y anecdóticos, que yo conozco y seguramente se podrían encontrar algunos más. Pero pare usted de contar.

Así, al Guapo le pasó un poco como a los cortesanos de Pirro en no sé qué colonia del sureste de la península itálica. Le llegaron embajadores romanos al tirano local, expresándole las quejas de algunos de sus vecinos ante el Senado por el trato que recibían de los griegos. Para cuando Roma empezaba a ser la potencia dominante en Italia, el mundo helénico ya había pasado por todo, por así decirlo; sus ancestros habían resistido a la invasión persa y pasado al continente asiático para derribar el Imperio de Darío. Más aún, habían inventado todo el espectro de lo que hoy se conoce como ciencia, arte, filosofía y humanidades, desde las matemáticas hasta la zoología, la metafísica y la historiografía. Desde semejante altura, los cortesanos miraron a los palurdos romanos con justificable desprecio y ante la embajada, no sólo se burlaron entre risotadas si no que se cagaron, literalmente, en uno de sus mantos, el cual fue llevado ante el Senado sin la más mínima limpieza y con toda la inmundicia de manifiesto para dar entera cuenta de la ofensa. En la guerra que siguió, Pirro mandó elefantes, tropas y máquinas de asedio suficientes para conquistar un imperio, pero sólo consiguió dos victorias menores a un coste ruinoso. Fue derrotado y tuvo que volver a Grecia, donde fue muerto por una anciana encaramada en un terrado que lo descalabró con una teja mientras intentaba conquistar su ciudad.

En el mismo artículo se publicaba una foto juvenil de Sánchez que lo explica todo. Se la tomaron en una terraza, sonriendo con el pelo de pincho y un cubata en la mano. Es exactamente la misma persona que hoy gobierna en España: el Rey del mambo. Es así de ridículo, pero yo no tengo la culpa: hoy manda en España un muchacho de cuarenta y nueve años que plagió su tesis doctoral, porque el tipo sólo quería impresionar a quién fuera; en realidad, la materia le importaba un bledo, mientras estuviera a su nombre y entre dos tapas. Si uno quiere prolongar su juventud más allá de lo recomendable o sensato, nunca se debería presentar a ningún cargo de responsabilidad. Pero que

frisando los cincuenta llegues a la Moncloa sin haberte hecho un hombre de verdad, más allá de la imagen que otros puedan tener de ti, no es sólo ponerte en ridículo a ti mismo, si no en peligro al país que representas; por eso es un publicista, Iván Redondo, el que nos trata de vender la imagen que Sánchez quiere que se tenga de él. La misma cultura del escaparate explica por qué un muchacho bien trajeado y con el móvil lleno de fotos con Aznar, Aguirre y Rajoy, fue capaz de llevar coche blindado, escolta policial y colarse en el besamanos de la coronación de Su Majestad, el Rey Felipe VI, dónde Sánchez, después de estrechar la del Rey, se salió de la fila protocolaria para colocarse a su lado, esperando con cara de gilipollas a que los que venían detrás le otorgaran el mismo trato.

Históricamente la comedia es posterior a la tragedia; Esquilo, Sófocles y Eurípides ya asombraban a Atenas cuando a Aristófanes se le ocurrió burlarse de sus conciudadanos, pintándolos con un trazo grueso y simplista. No le he leído, por cierto, pero todo el mundo instruido sabe que representó a Sócrates como un personaje ridículo con la cabeza llena de pájaros, en su comedia Las Nubes, metiéndole así en el mismo saco que a los sofistas, y en el mismo saco en el que lo metieron los rumores de oídas, la murmuración de terceros y los atenienses inicuos que le obligaron a beber la cicuta. Aristófanes era políticamente conservador, y como todos los conservadores tenía miedo a la revolución que supuso el mundo sofístico, con todos sus defectos; para él, la exploración intelectual estaba arruinando su ciudad y aquellos buenos tiempos del pasado en los que uno podía dar por sentados ciertos mínimos. Atenas no sólo había padecido la miseria de una guerra con Esparta si no que, mientras ésta se libraba, también pasó por una peste bubónica que, según Tucídides, entregó al placer de los sentidos a todo el que vivía por un día más; la visión de la muerte los empujó al desenfreno, en el placer y en el crimen, y arruinó la vieja moralidad, hasta un punto en que el historiador llegó a decir, en una de las frases más notables de su gran libro, que los hombres prefieren pasar por inteligentes y malvados, antes que por tontos y bondadosos. De manera que se comprende el punto de vista del comediógrafo. Pero Platón deja entrever que a Sócrates tampoco le gustaba el hedor moral de los muelles

de Atenas, ni que los muchachos fueran demasiado perfumados y hasta cierto punto, se puede pensar que tenía la misma opinión de los sofistas que Aristófanes, aunque él se dedicó a derrotarles en persona y con sus mismas armas: las palabras y *la conversación*⁴; e hizo expresamente inseparable su labor moral de su labor intelectual; lo que se conoce como socratismo es afirmar que no puede haber bien, del tipo que sea, sin el esclarecimiento intelectual de su naturaleza, esencia, definición... Por eso no nos imaginamos a Sócrates simplemente arrugando con disgusto sus narices, como un puritano al uso, para seguir su camino con la cabeza bien alta. Sus narices eran seguramente como las postizas que tanto espantaron a Sancho Pancha. No se dice en ninguna parte de los diálogos platónicos, pero se deja leer que el enemigo mortal de Sócrates era la presunción, especialmente la intelectual. Y para presunción, la de Sánchez.

Ya puestos, y hablando de narices, siempre he pensado que la península ibérica, más que una piel de toro, en los mapas parece como una cabeza de perfil mirando América, con la nariz en Lisboa y la barbilla en el Algarve portugués. Portugal siempre fue un pueblo atrapado entre la pared del Atlántico y la espada de Castilla; la única salida la tenía mirando al Océano. Pero a día de hoy, a nadie le importa esto; ni siquiera viene a cuento, lo reconozco. La única nariz que importa hoy es la que Tassoti le rompió a Luis Enrique en un Mundial de fútbol, porque a las nueve de la noche, hora de vísperas, nos la volvemos a jugar contra Italia, con el asturiano como entrenador de la selección.

De pequeño, odiaba una de las constantes que se iban a repetir de vez en cuando en mi vida, como un sino que, aunque fuera ventajoso para mí, me resultaba odioso; solía pensar, y todavía lo hago, que cada vez que, por alguna razón, se me aceptaba en un grupo -por aquel tiempo pandillas de chavales-, alguno de sus miembros se sentía excluido del mismo; y no por iniciativa mía. Simplemente, se repite de vez en cuando en mi vida, y yo soy una de las personas menos gregarias que conozco; en el patio del

⁴ Que es algo muy distinto del monólogo o el discurso embellecido típico de los sofistas.

colegio siempre preferí estar solo, desde pequeño. Tuve buenos amigos, pero el tiempo, los accidentes y la maduración, aún sin haber salido todavía a la Universidad, me iban despojando de ellos, uno detrás de otro, por las más diversas razones. Con algunos me peleaba, otros se cambiaban de colegio, o de clase... et cétera. Me fui quedando solo y a veces no me importó. La vida me iba enseñando que las personas que quieres y aprecias te duran lo que un cambio de pupitre, lo popular que seas en clase, o lo duro que seas en el recreo. La única manera que encontraba de sentirme aceptado era burlarme de mis maestros, algo que hice durante toda mi estancia en el colegio. Pero si saco esto a colación es por sacarme una de las espinas que tengo clavadas como una de esas constantes onerosas que pesan sobre mí; y es que las peores personas -todos hombres, excluyendo a las mujeres- a las que he conocido en alguna medida se llamaban, curiosamente, Ángel, o por lo menos, llevaban esa palabra en su nombre. De todas las que conozco, los llamados Ángel son los más propensos a hacer sufrir a cualquiera, por el simple placer de hacerlo. Es un misterio, algo como la cifra de la velocidad de la luz, una constante empírica dada como un axioma matemático, sin más. Además, son los más dados a hacerse los machotes. Según mi experiencia, los hombres llamados Ángel son de una naturaleza especialmente brutal. En mi colegio hubo uno, que luego tuvo un restaurante en Granada, capaz de acercarse a un pobre chaval de color pajizo, que padecía de la enfermedad de los huesos de cristal, y que deambulaba solitario por el recreo con la mirada perdida, y decirle lo siguiente:

-Corre, corre... que la nave te está esperando.

Y de adulto, me ha sucedido otro tanto. Omito los detalles y no por pudor moral, o escrúpulo de conciencia; si no porque no me sale de los cojones, a las tres de la tarde, la hora nona en lo peor de un agosto infernal, amargarme más de lo que ya lo estoy con sus recuerdos. La crueldad con los débiles es una de las peores cosas que lleva dentro el ser humano. Si algo se merece ser salvado de él, aunque parezca pueril, es la ternura. Tanto como la inteligencia. Y sin embargo, yo soy cruel y brutal, y muy capaz del maltrato egoísta de los míos, propenso al alcohol, a los putiferios, y al onanismo. No merezco más

que nadie, de hecho, he desperdiciado mucho de lo mejor que había en mí; si algo he perdido en la vida es el tiempo, a manos llenas; con drogas, con putas, con otros imbéciles como yo. Y ahora que estoy despierto, y casi empezando a ser viejo, ya no me da tiempo de vivir. Melo advirtió un tabernero que me veía consumir alcohol a diario en su barra; el tiempo pasa, me decía, y lo que haces es como una gota malaya, que te va minando la salud; sin embargo, es él quien lleva como siete u ocho años enterrado, y ni fumaba, ni bebía, ni nos llevábamos tantos años. Y si es por perplejo, puedo defenderme diciendo que la avaricia es un pecado, y que la probidad es una virtud; y a los declarados legalmente pródigos los tienen que vigilar en su casa para que no la tiren por la ventana, que era, literalmente, una de mis costumbres de chaval (vivíamos en un sexto piso y si no descalabré a nadie fue porque Dios no quiso). También el mismo hombre me decía, a manera de crítica constructiva, que yo sólo tenía una mano derecha; lo decía de la misma manera y en el mismo sentido con el que mi padre me sugirió que estudiara diplomacia. Me doy perfecta cuenta de porqué quiso él esa carrera para mí: yo tenía la tendencia a exigir, antes que a pedir; lo único que pudiera haberle dicho a mi amigo el tabernero, y en verdad que lo pensaba con todo mi envenenado corazón de aquella época, son las palabras de Nuestro Señor: Que vuestra mano derecha no sepa lo que hace vuestra mano izquierda; la manera más directa de lograrlo, supongo, es cortarse una de las dos y vivir amputado para los restos le pese a quién le pese.

Quisiera exceptuar de mi crítica sobre los hombres llamados Ángel a uno, también de mi colegio, que se llama José Ángel López Fernández, una persona vital, cachonda y optimista. Seguro que hay excepciones para todas las reglas; por ejemplo: la lógica de acción es siempre la persistencia lineal en el mismo curso y tarea. Parece evidente. Pero son innumerables las veces que, al poco de dejar de hacer algo, encuentro una manera de mejorarlo o completarlo. También cuando desarrollaba software casero, al tener que ir a comer a la mesa, y mientras lo hacía, se me ocurría una posible solución al problema que me tenía empantanado. Así se podría decir, con cierta melancolía,

Que más que perder el tiempo

Lo he derrochado y no lo lamento...

Una buena letra para una tonada digna de Carlos Gardel.

Las mujeres. Las matemáticas de la nueva ley socialista de Educación. Rocío.

Por lo poco que sé de ellas, no hay mucho que saber al respecto. Generalizar sobre las mujeres, en un mundo feminista que fiscaliza cualquier opinión, es la mejor manera de equivocarse y cavarse una tumba social. Cuando por fin tuve a una, me di cuenta de algo que ignoraba: que todas ellas forman una especie de cola aparentemente civilizada, como en el colegio, en la que sólo están aguardando su turno para ser la siguiente. Cuando me peleé por una ellas, en la Universidad, decidí para siempre, y es un juramento firme que no pienso romper bajo ninguna circunstancia, incluso a costa de mi propia honra, que ninguna se merecía que dos hombres se peleasen por ella. La que yo quise no quiso saber nada... Tan sólo le interesaba estudiar y aprobar los exámenes.

Son un tema que, tanto viviéndole como escribiéndole, me hace sentir como Sansón después de que Dalila le cortase la melena. Siempre he pensado que los hay que se las piden a la Virgen como favor y Dios se las da como castigo. Mi padre me dijo una vez, con una de sus típicas elipsis que son iguales, pero diferentes..., una frase digna de Heráclito de Éfeso. Cuando la oí, la terminé, pero por dentro, sin malgastar ni tiempo ni aliento con mi padre; la terminé y pensé: que son iguales en dignidad, pero diferentes en naturaleza.

Del romancero viejo de Castilla son los versos que siguen:

*Estáse la gentil dama
paseando en su vergel
los pies tenía descalzos,
que era maravilla ver;
desde lejos me llamara,
no le quise responder.*

Respondíle con gran saña:

- ¿Qué mandáis, gentil mujer?

*Con una voz amorosa
comenzó de responder:*

*-Ven acá, el pastorcico,
si quieres tomar placer;
siesta es del mediodía,
que ya es hora de comer,
si querrás tomar posada
todo es a tu placer.*

*-Que no era tiempo, señora,
que me haya de detener,
que tengo mujer e hijos,
y casa de mantener,
y mi ganado en la sierra,
que se me iba a perder,
y aquellos que me lo guardan
no tenían qué comer.*

*-Vete con Dios, pastorcillo,
no te sabes entender,*

*hermosuras de mi cuerpo
yo te las hiciera ver:
delgadica en la cintura,
blanca soy como el papel,
la color tengo mezclada
como rosa en el rosel,
el cuello tengo de garza,
los ojos de un esparver,
las teticas agudicas,
que el brial quieren romper,
pues lo que tengo encubierto
maravilla es de lo ver.
-Ni aunque más tengáis, señora,
no me puedo detener.*

Y del Viejo Testamento, éstos versículos:

Una mujer loca y vocinglera y rebosando caricias y que no sabe nada, se sentó a la puerta de su casa, se sentó en un lugar alto de la ciudad para llamar a los que iban en derechura por su camino diciendo: 'El que es mozuelo o simple tuerza hacia mí su paso' Y al mentecato le dijo: 'Las aguas hurtadas y los deleites prohibidos saben mejor y el pan tomado a escondidas es más sabroso.' Y no sabe el mentecato que allí con ella están los gigantes o demonios, y que sus convidados caen en lo más profundo del infierno.

Lo repito, en los asuntos humanos no se debe generalizar; y este es uno en el que esa sentencia se verifica de manera rotunda y evidente. Una vez le cité a mi madre una frase

del pelmazo de Jean Paul Sartre: *el infierno son los demás*; a lo que ella respondió alegremente:

- ¿Y él era el paraíso?

Creo que a ellas les cuesta más que a nadie generalizar. Supongo que piensan con los sentimientos. No lo sé. No tengo ningún prejuicio en su contra, pero tampoco a su favor; si no quieren llamarse sexo débil, no se las debería dedicar ninguna protección especial. Paseando por Granada una vez topé con la mirada de una joven. Iba acompañada de su madre, que seguramente le iría haciendo mil y un millón de reconvenciones sobre cómo vivir; quizás le estaba diciendo lo que tenía que llevar a cierta cita, o la hora a la que no podía retrasarse, o las típicas formas estúpidas de hacer las cosas; me miró y supe perfectamente que aquella mirada era una súplica, una súplica de amor. Aquella mirada me estaba diciendo: libérame, ámame, me ahogo, sálvame de esta prisión, te lo suplico. Pasé de largo, claro, porque no puedes detenerte, así como así, con una madre y una hija bien vestidas y que están rebuscando en su bolso, sin despertar su desconfianza.

A pesar de haber escrito una, las mujeres están entre las razones por las que dejé de leer novelas hace mucho tiempo; no las soporto cuando llegan al punto en que se les ve acaramelados a unos con las otras. Y seguramente es porque yo no he tenido eso en mi vida, ni tampoco sirvo para ello. El médico en *Del amor y otros demonios*, de Gabriel García Márquez, explica perfectamente mi posición: el sexo es un talento y yo no lo tengo. Y en el fondo también se trata de mi temperamento personal; desde siempre me interesó más la verdad que la ficción, y una de las consecuencias de haberme hecho mayor fue la amputación de mi imaginación y el tirar a la papelera las fantasías. Leo poquitas novelas, las que me parecen imprescindibles.

Conozco matrimonios felices y longevos, con sus indudables dificultades pero más o menos satisfechos el uno con la otra y la otra con el uno. Corrijo: conozco sólo un matrimonio de ese tipo. La Cava contemporánea podría parecer Corinna Zu-Sein-Wittgenstein; pero yo me inclino más por la cantante española Malú, que se la puso dura a Albert Ribera y arruinó no sólo su matrimonio, si no también la gran esperanza de la

política española, Ciudadanos, un partido que era lo mejor que le hubiera podido pasar a este país, en el que lamentarse por su suerte es una tradición multisecular. Yo no pienso derramar ni una lágrima por él, tampoco por Cataluña, o Andalucía o el País Vasco. Por mí, toda esa palabrería vacía de promesas, idearios, partidos, facciones, ideologías, identidades, *et al*, estaría mejor si se viniese abajo como los castillos en el aire y sirviera para estercolar la tierra. Para el Estado Español, y en un sentido amplio para gran parte de la sociedad española, yo sólo existo a efectos del dinero o cualquier otra cosa de valor que me pueda sacar.

Callarse, por cierto, es una de las pocas cosas que no saben hacer ni las mujeres, ni los mudos. Pero ellas son capaces de llevarse un secreto a la sepultura, como hizo la granadina Mariana Pineda, que se lo llevó como si le arrancase una flor a esta vida con la que calentar su corazón en la fría tumba de la eternidad.

Hay hombres que apostillan firmemente la dignidad peculiar de las mujeres. Pero cuando airean sus innegables virtudes parecen un macho de muflón protegiendo a sus hembras. Espero que mis sobrinas no tengan necesidad de esa defensa, y que ellas mismas se encarguen del asunto con dos guantazos, si alguien se propasa. Íntimamente, estoy seguro de que Hillary Clinton hubiera sido mejor Comandante en Jefe que Donald Trump; y Soraya Sáenz de Santamaría mejor cabeza -y corazón- del Partido Popular que Pablo Casado.

Al leer las antiguas y venerables filosofías, quedé como encallado y perplejo ante algunos rasgos del pitagorismo; para ellos, sencillamente, algunos números tenían un significado espiritual; esto es, para ellos, creo recordar que era el cuatro el que representaba a la Justicia. Y así otros números para otros tantos valores, como el Bien, o lo masculino y lo femenino, la luz y la oscuridad y cosas así. Es extraño, tanto como la vida misma, pero llegué a la conclusión de que no merecía la pena romperse la cabeza tratando de averiguar lo que querían decir, como hacen muchos exegetas de la Antigüedad. Fue un desvarío griego, uno de esos callejones sin salida en los que a veces se mete la ciencia creyendo que es el camino correcto. No parece tener ningún sentido

porque ni lo tiene, ni hay que buscárselo. Y es una de las razones por las que Ortega, creo yo, dijo que no comprendíamos la filosofía Antigua. También la cábala judía atribuye a los números cierto significado, y la Biblia emplea siempre los mismos en determinados contextos y para denotar claramente un significado espiritual. Así pues, parece que, camino del progreso, hemos recaído en los mismos errores del comienzo, porque la nueva ley de educación que los socialistas intentan hacer aprobar por el Congreso pretende que se enseñen las matemáticas desde una perspectiva psicoemocional, o de género, sea eso lo que sea, que para mí tengo que no es más que mezclar el tocino con la velocidad, como decían mis maestros. Si la aprobasen, los señores diputados merecerían un suspenso en toda regla. Y las señoras diputadas deberían decir en voz alta lo que pensaba el peruano Felipe Sassone, y lo que piensan todas las mujeres y todos los maricas, aunque se lo callen: ¡Cuanto más gordas, mejor!

Por retomar el asunto del humor, en el que me quedé varado en cuestión de narices, la Biblia está absolutamente privada de él. Hasta donde yo la conozco, ni una sola vez nos invita a reírnos. El documento fundacional de la cultura griega, la Ilíada de Homero, en el que los aqueos y los troyanos se devastan mutuamente a causa de una mujer, sí contiene un rasgo de buen humor: los dioses se ríen y bromean entre ellos cuando Hefesto les enseña, como un marido cabreado pidiendo justicia, la pesca de su red: su mujer Afrodita y el amante de ella, Ares, cayeron en la que el astuto y receloso herrero les tendió como trampa. Los colgó del techo, y los dejó ahí, abrazaditos y balanceándose con las vergüenzas al aire delante de todos. En la Odisea, también los Cíclopes estallan en carcajadas cuando oyen a su compadre dar berracadas desde su cueva. Pero trata de explicarle esto a un muchacho, como el que yo me encontré en Cataluña, que no tiene claro ni a quién llamamos Dios: no sabía si era a José, a Jesús o a María, pero no paraba de hablar, y parecía saber todo lo que hay que saber de cualquier asunto, hasta que se le mandó específicamente estarse callado como terapia. Por el camino que va la educación española, acabaremos adorando a la burra del pesebre, o sea, la poetisa guarra que Ada Colau puso sobre las tablas de un escenario y le dio micrófono y

audiencia. En YouTube está disponible con estos mismos términos de búsqueda: *poetisa guarra de Barcelona*.

Como cristiano, tengo que confesarlo, no considero mi principal defecto el que de vez en cuando visite un prostíbulo. Me acuso, en cambio, de lo mismo que parece que era típico en las confesiones del emperador Don Carlos: era bastante quisquilloso, picado, como decíamos de muchachos, y llevaba muy a mal las ofensas, reales o imaginadas. Es difícil dormir por la noche cuando las motos pasan acelerando como bestias del infierno a las tres de la madrugada, u hacerlo oyendo a ciertos locutores de radio; esta la puedo apagar, pero la juerga que se monta debajo de mi casa, donde hay un local de copas, con todo lo que eso trae, no lo puedo cerrar, si no es con ayuda del alcalde; ni al tío de la moto le puedo tender un cable atravesado en la calle sin buscarme una ruina.

En fin, hay gente que se desahoga de manera destructiva para con su entorno; los jóvenes se dan de hostias, los banqueros, de mariscadas, los políticos, de tiros de cocaína, y de alguna manera, todos lo hacemos follando, aunque los hay que se hartan de la parienta y entonces se desahogan plantándola fuego. Mi tendencia es a desahogarme de manera autodestructiva: bebo como los cosacos y fumo más que los indios cabreados. Pero, también como cristiano, confieso que los plumíferos como yo, altivos y envidiosos, según Tolstoi, y bastante quemasangres, chicharrillas y propensos al conflicto, somos de los peores de todos, los más traicioneramente interesados y si nos dieran carta blanca, seríamos peores que la Inquisición a la hora de quemar los libros de la competencia.

Al margen de todo esto, quiero terminar este capitulillo de la manera menos frívola posible. Tengo la impresión, y escribo esto para borrarla, de que a veces parece como que no me doy cuenta de las mujeres que me quieren; y por lo menos, creo que muchas se la han llevado. Y de que desperdicio lo mejor que tiene esta vida. Me doy perfecta cuenta de que muchas me han querido, pero que no di la impresión de notarlo.

Cuando yo la conocí hace seis años, era una muchacha asomándose a la plena madurez; nunca supe los años que tenía, pero seguro que no sobrepasaba los veintipocos. Era

morena de pelo, y creo recordar que se lo peinaba lacio y con una cola de caballo. Llevaba un par de piercings, pero nada exagerado, no era ninguna mujer de hojalata. Recuerdo haber pensado que el rasgo más característico de su rostro eran sus ojos algo saltones, pero no sabría decir de qué color eran. Me cuesta decirlo, porque basta mencionar la soga para ser ahorcado. Además, parece que afirmarlo causa mala impresión, como de vanidoso orgullo o presunción estúpida. Pero sé que me quiso, de verdad, aunque nunca sabré si me deseó.

Era trabajadora social. La conocí en mi segunda estancia en Cataluña, sobre dos mil quince, más o menos. Trabajaba en la clínica; era parte del personal de la misma, que asistía dónde hiciera falta y ayudaba en lo que pudiera. Cerca de la clínica había una hípica rural y ella montaba a caballo y a los pacientes nos llevaban por ahí para tratar con los animales. Limpié sus pezuñas y los cepillé como uno más, aunque no estaba yo de salud como para limpiar muchos caballos. Les hice trotar en círculo con una varilla, y también les pasé por encima un manguerazo de agua. Me sorprendió ver lo poco que necesita un caballo para ir tirando. Allí mismo, en una esquina del hipódromo, crecían algunas hierbas al azar, un pequeño matojo de verde; y darle de comer no supuso más esfuerzo que acercarlo hasta ellas. La naturaleza hizo el resto.

Me negué a montarlos; ya lo digo, mi salud estaba muy resentida, aunque se me empujaba al gimnasio cada día y a los paseos por el monte, donde cada quebrada se me antojaba idónea para tirarme por ella y acabar con todo. Muchas veces, en el baño, vomitaba recién levantado. Me arrastré como pude en aquel infierno (y no lo digo por el trato que recibí, si no por el estado en que me hallaba) durante un mes, hasta que conseguí regresar a Granada y ponerme más o menos bien, con el cortisol estabilizado. Por cierto, allí conocí a una mujer con el síndrome de fatiga crónica a la que le habían recetado antidepresivos para su dolencia y directamente la engacharon a las pastillas y a las drogas que recetan los siquiatras. Es más sencillo extender una receta que decirle a tu paciente, *sí, sí, así estamos todos, encabronados y puteados, por favor, firme otro cheque, el banco me ha devuelto el último.*

Rocío quiso enseñarme a montar, y quiso compartir conmigo el goce que a ella le provocaban los jamelgos, y el amor que le tenía a su montura. Lo primero que me dijo cuando los dos entramos a un establo, con el impresionante animal de manifiesto, fue que me sacara las manos de los bolsillos. Obedecí y pensé que quizás se debía a que el animal tenía que tener siempre mis manos a la vista, para estar más tranquilo. Pero no sé el motivo.

Yo había ido cargado a la clínica con mis publicaciones encima. Tanto que me costaron y tan caros esos hijos míos que nunca quise tenerlos lejos. Los expertos, esto es, terapeutas y siquiátras, me vieron fatal a la primera, y no me extraña nada. Seguro que pensarían: este va para abajo de cabeza y sin frenos, y que tendrían que argumentarlo clínicamente estampando en mi hoja algún sello que no fuese *desgraciado perdido o cabrón infeliz* o *¿Cómo se lo decimos a la madre?*

Mencioné los poemas como de pasada y el personal de la clínica lo tomó como una especie de juego inocente, una de esas paridas cursis que parecerían ridículas en cualquiera que no fuese Juan Ramon Jiménez, Hölderling o un paciente siquiátrico cualquiera. Pero bueno, ¿qué mal podría hacer? Sólo son un par de minutos, y al finalizar le diremos lo estupendamente que están escritas, a ver si lo animamos un poco al muchacho.

Me llevé uno de mis poemarios al salón donde Rocío y una paciente esperaban sin esperar nada en realidad, sólo fumando. Me senté, lo abrí, y leí el primero de los poemas y mientras lo hacía, percibí claramente que un relámpago atravesaba el cuerpo y el alma de Rocío, sentada en una silla junto a mí. Seguí con otro, que no pareció tan bueno y después del tercero, me detuve. Al terminar, la vida de Rocío había dado un vuelco de ciento ochenta grados; y sus ojos estaban demudados y su expresión muy seria y cambiada. Había sido ella la que pidió apresuradamente que parase, supongo que porque era ella la que necesitaba recuperar el aliento, y aclararse y recolocarse; no es extraño que belleza y admiración y temor vayan juntos. También supongo, creo, sospecho, que aquella noche, en la soledad de su almohada, le atravesó el corazón ese

flecha que es el amor, que todo lo rinde a un ser superior. Y no lo digo porque yo lo fuera con respecto a ella. Sencillamente, siempre busqué que ese relámpago atravesara a alguien a causa de mí, desde que me dijeron de niño que los grillos cantaban para atraer a las hembras porque a mí, que me costaba dormir, me tenía obsesionado su canto nocturno, algo así como un ruido de fondo parecido al de la música de las esferas, tan acostumbrados que estamos a él que no lo percibimos, pero que las rige y las conduce de manera armónica y todopoderosa. Y ya lo digo, y lo advierto con todos sus matices: que nunca lo afirmo rotundamente, esto es, estás enamorada de mí, primero porque no lo sé y segundo porque no es mi estilo, y soy tímido y débil como un ciervo recién parido que casi no se tiene sobre sus patas. Por aquel entonces, más que nunca.

Sí que me doy cuenta. Claro. Y por supuesto que me importa; en este mundo de días tan cínicos y tristes no está cualquiera migaja de amor como para desperdiciarla.

La burra de Balaam. Maneras de dormir. Lo de Évole.

Balaam era un profeta o un santón de Israel, ahora mismo no lo recuerdo. Lo que importa del caso es que cierto día se montó en su burra y fue haciendo planes, por el camino, de estafar en cierta medida en el negocio o el asunto al que fuera destinado, que tampoco recuerdo. La burra, maguer que burra, no era maliciosa; y como le fuera viendo las intenciones al que la montaba, en cierto paso estrecho y angosto decidió pararse; y hasta que Balaam no desistió de sus malos pensamientos, no pudo hacer que la burra diera un paso más.

Yo ya estoy tan maliciado y tan harto que ahora que Carlos Herrera anuncia tomate frito Apis me lo veo venir con algún chiste fácil sobre el dios homónimo egipcio. Cuando

te sabes observado hasta el más mínimo detalle en tu propia casa, pues desarrollas la tendencia a creerte el ombligo o centro del mundo. No lo soy, ni tampoco Carlos Herrera. Es el que quiere torear el que se expone a la muerte y a la opinión del respetable.

Hay montada una polémica a cuenta de dos pobrecitos morlacos que no tuvieron la culpa de llamarse "Feminista" y "Nigeriano", a los que mataron en Gijón por no ser lo bastante nobles para el indulto, al contrario que Junqueras y asociados. La alcaldesa de la ciudad se siente ofendida, no sé si a cuenta de cómo se llamaban, por el hecho de que los matasen, o por ambas cosas a la vez. Es posible que si se hubieran llamado "Torero" y "Hombre blanco", les hubiera arrancado los huevos ella misma de un mordisco. Con pequeñeces así a veces nos distraemos del mundo exterior y sus tragedias, a las que Sánchez mira de perfil y por televisión desde Canarias, donde estuvo promocionando la Biblioteca José Saramago, mientras que sólo ha dedicado un tuit a la mayor del momento después del coronavirus, la caída de Kabul. Entre el tomate Apis y los plátanos de Canarias, esperemos que no se forme aquí una macedonia alejandrina, si no es para bautizar un nuevo género de entremeses.

Con la que está cayendo, a mí, que no pierdo detalle de la actualidad y que vivo en una ciudad que fue récord de máxima temperatura esta misma semana, me cuesta cada vez más dormir. Hay mucha gente que asegura que la mejor manera de hacerlo es tener la conciencia tranquila; cuando no se la puede tener tranquila, la manera más sencilla es echar mano de las benzodiacepinas. Y cuando hay semejante follón montado como el de estos días, te acabas sintiendo culpable por no bajar a la calle para tomarte la justicia por tu mano. A veces no se puede dormir no por algo malo que hayas hecho en el pasado, sino porque te das cuenta, sencillamente, del pitote que es el mundo, en el que cuando alguien la caga, la mierda nos salpica a todos, lo mismo a justos que a pecadores. El Buda quiso que le llamaran, sencillamente, uno de los despiertos, pero él no iba de justiciero. E Isaías habló del centinela nocturno: *Más que el centinela al alba mi corazón te aguarda*. Dejando al Buda y a Isaías, se conoce que a Platón le encontraron entre las

sábanas, el día que lo enterraron, un rollo, y no por aburrido, de Aristófanes. No sabemos lo que debieron pensar los alumnos de su Academia cuando al filósofo que había puesto a Sócrates como ejemplo de vida le descubrieron leyendo al más burlón de sus críticos a la hora de dormir. Yo estoy de parte de Platón; y muchas veces no consigo dormirme hasta que no se me ocurre algo gracioso, incluso ridículo, sobre mí o sobre cualquier otro. Pero no siempre se está de humor para dormir, y no siempre son divertidas las cosas. Por eso el optimismo no se debe recomendar de manera estúpidamente machacona, como no se cansa de hacer Pedro Sánchez, siempre equivocándose. Hay ciertas situaciones en que hay que recurrir a los gases hilarantes, que también los hay. A nadie, salvo a mí, le he oído tirarse un pedo en mi cama, pero los de mi padre, al que le pasa como a mí, que también teme al ridículo, pero es capaz de sobrellevarlo hasta cierto punto, se podían oír desde mi cuarto a las tres de la madrugada cualquier día de la semana. Creo que Montaigne mencionó a cierto monarca que dio permiso expreso a cualquiera de sus súbditos para peerse donde le viniese en gana. Y ya que estamos hablando del olfato, resulta que el pañuelo donde Lionel Andrés Messi se sonó los mocos y se secó las lágrimas al despedirse del Barça, ya se subasta a precio astronómico; no sé a qué precio se pagarían los patéticos vídeos del Pelusa, pero los principios son los mismos: tanto aplauso y estupidez enloquecida es lo que convierte a una estrella del fútbol en un drogata. Y a mí me gusta el fútbol, pero no la idolatría. En fin, también menciona Montaigne a cierto gentilhomme que se negaba a usar pañuelo a la hora de sonarse las narices. Se las sonaba directamente con la mano y luego se la sacudía hasta desprenderse de la inmundicia, como hacen los futbolistas en el campo. Cuando se lo reprochaban, replicaba que de qué privilegio gozaba este excremento para que, a diferencia de lo que hacemos con las heces o la orina, tengamos que envolverlo delicadamente en un pañuelo y guardarlo en el bolsillo como si fuera un tesoro. Yo tampoco le veo ninguna gracia, por muchas vueltas que le doy, al hecho de pagar los mocos a precio de oro, por muy famosas que sean las narices. Pero Montaigne, hijo de un militar francés y una madre judía, no fue siempre popular en Francia. Ni él, ni Dreyfuss,

ni siquiera Marcel Proust, fueron siempre populares en Francia. El primero era noble, repitió como alcalde de Burdeos y acabó escribiendo filosofía... a veces se le tachó de cobarde porque durante la pestilencia que asoló esa ciudad, al término de su mandato, no se personó en la ceremonia de traspaso del poder; el segundo era oficial del ejército... y de raza judía; se le juzgó en consejo de guerra y fue ampliamente difamado como traidor que estaba pasando secretos al enemigo, acusaciones todas completamente falsas; y el tercero era escritor, bisexual... y de raza judía; no conozco mucho del trato que la sociedad de su época dispensó a Proust, ni tampoco he leído toda su obra; sé que defendió a Dreyfuss, como otros intelectuales franceses, pero creo que nunca se le hizo mucho caso como escritor, si no hasta el final de sus días. Messi, en cambio, al que apodan la pulga, es un argentino de escaso cociente intelectual capaz de llevar una pelotita con los pies desde el punto A al punto B, sorteando a todos los que intentan evitarlo. No sé, lo repito; no le acabo de ver la gracia. Es posible que si Messi tuviera algo más de luces tampoco se la viera.

De las frutas, la manzana,

De las aves, la perdiz

De los colores, la grana

De las damas, Beatriz

Es una vieja copla de la Castilla medieval. Muchísimo más corta y sencilla que el poema de Dante. Bueno, yo soy de la opinión, y lo soy porque es un rumor muy extendido y lo he oído decir más de una vez, que para pollas, las de los nigerianos, y para feministas, las Amazonas. Hay veces en la vida, como en los toros, en que es difícil separar el humor de la crueldad. No hace tanto que la Mamen Mendizábal, en la siempre infame cadena Sexta, andaba ensuciando las palabras de uno de los periodistas españoles que mataron en Burkina Faso, junto con un francés; recordando a uno de los asesinados en aquella merienda de negros, hacía énfasis en la pequeña distancia que el periodista contó, en

alguna de sus conversaciones, que tenía que recorrer para confesarse en su vieja parroquia de toda la vida; si no recuerdo mal, eran noventa y tres pasos; pero a la Mendizábal, al evocarlo, se le notaba a tiro de ballesta que estaba pensando en que lo único que tiene que confesar un hombre es cuánto le mide el ciruelo. Muy mezquino homenaje para tan valientes periodistas.

Resulta también que el pobrecito Évole, Jordi para los amigos, no se puede reír. Parece que padece un síndrome del que yo no hube oído hablar hasta que lo escuché en televisión. En cuanto le entra la risa, pierde el conocimiento. Es por eso que no deberían parar de darle collejas y de ningunearle porque, en buena lógica, siendo la risa su enfermedad, el llanto debe de ser su medicina. Digo yo, que no soy médico, si no un malafollá granadino. Pero de llanto vamos todos bien servidos, y no necesitamos darnos un paseíto en yate por el Mediterráneo, como hizo él, fumando porros en cubierta y pontificando sobre lo que está bien y lo que está mal, para que nos enseñen cómo se está ahogando la gente en el Mediterráneo. Para empezar, porque cuando al Rey de Marruecos no le dejan desembarcar hachís en las playas españolas, o cuando le molesta que auxiliemos a un enfermo soldado del antiguo Sáhara Español, por muy cabrón que sea, sencillamente nos manda un pelotón de jóvenes bereberes, y si no, de subsaharianos. A Jordi Évole le importan un bleo los árabes y los negros, mientras la mierda nos salpique a todos y nadie pueda reírse, dado que la risa es otra pestilencia cruel. Pero lo más seguro es que acabe apareciendo en los anuncios de Coca-Cola; mientras, el Rey de Marruecos tiene que andarse con ojo para que no lo acabe linchando y ejecutando su propia gente, como a Gadafi o a Saddam Hussein, y el padre del nuestro ha tenido que refugiarse en Abu Dabi para que no lo empapelen un puñado de periodistas hipócritas, al alimón con un macho alfa zurupeto, jorobado y con los dientes ruinosos y un muchacho petulante de cuarenta y nueve años que este verano ha vuelto a cagar en la Mareta, en baños del Rey de Jordania. Como el año pasado. ¡Viva el progreso!

La Chari. Un par de amigos. Lágrimas de oro.

Estudiando filosofía en la Universidad tuve un profesor que me confió algo muy cierto, y digno de mencionarse aquí. Se llamaba Aldaz Gazolaz; por el nombre debía de ser vasco; muchos años después me enteré de su muerte por cáncer. Impartió, el tiempo que yo lo vi por allí, las asignaturas de Filosofía de la Naturaleza y Filosofía de la Baja Edad Media -esta última, básicamente, se redujo a Santo Tomás de Aquino.

Me dijo, al margen de todos los libros y los papeles, que no se necesita una vida ilustrada, culta y llena de supuestos para que sea sabia, feliz y completa; sin ser ignorante, al contrario de lo que dice el Eclesiastés, que quien aumenta su conocimiento, aumenta su dolor. Por eso quiero hablar de la Chari.

La Chari era camarera en un local de copas de mi zona, en la Plaza de los Negros, que antes se llamaba, y a la que algún pedante funcionario le cambió el nombre por el de Plaza del Centro Artístico y Literario. Era rubia y que Dios me perdone y ella también, pero estaba buenísima de parte a parte y de los pies a la cabeza. Andaba con un cirujano plástico, y se comprende que ella debía de ser su musa o modelo, lo mismo que la de un pintor o un escultor. Pero además de eso, lo que quiero contar de ella es que sabía explicar las cosas de la manera más sencilla y sensata del mundo, como tanta gente rústica que no se anda enredando con terminologías administrativas y eufemismos hasta que no quiere opositar a funcionario; ella lo lograba sin ser zafia ni soez. Estuve pasándome por su barra bastante tiempo; desde punto y hora que abrían, a las cuatro de la tarde, allí estaba yo, tratando de enredarla para racanearle otra copa. A veces lo conseguía y a veces no. Pero nunca me sentí objeto de su desprecio, como sí me sentí por parte de otras camareras que también pasaron por allí. Tampoco de su compasión.

Una vez, uno de los socios propietarios del local, que era completamente calvo, la invitó a una cena de lujo con no sé qué ocasión importante de la ciudad, a la que asistirían todos sus capitostes. Me confió que ella preferiría comerse un bocadillo de mortadela en su casa, pero que no tendría más remedio que acompañar a su jefe. En otra ocasión y en otro local, la escuché hablar, mientras yo aguantaba en la barra la molesta lectura del periódico, al poco de estallar la segunda guerra de Irak; la oí hablar dije, digo, Diego, de un tercero que andaba rondando a no sé qué compañera o amiga suya:

-Es como los niños con un fogón de la cocina... Por mucho que les dices que se van a quemar los dedos si lo tocan, ahí siguen tonteando cerca del hornillo.

El otro cliente que había en la barra y yo levantamos la cabeza de lo nuestro y cruzamos una mirada y una sonrisa. Aunque ya tuviéramos ampollas, algunos de los que rondábamos por allí le seguíamos dando vueltas a la idea de volver a poner la mano en el fuego. Además, a los dos nos pareció muy bien la manera que tuvo Chari de expresarse.

En otra ocasión me la encontré por la calle, yo, que siempre andaba perdido y cabizbajo y desanimado. Me preguntó qué hacía por allí:

-Pues... un poco perdido.

-Pues a ver si te encuentras.

Muy bien que me estuvo. Yo mismo sé que a veces no tengo disculpa. Podría valerme mi enfermedad, como a cualquiera le serviría de excusa. Pero para eso están los que cobran su pensión por discapacidad y no tienen que andar rebuscando monedas debajo de las piedras; y también los políticos que viven de las enfermedades de otros, ya que les prometen ayudas y más ayudas hasta que salen elegidos, y luego se mantienen ahí sin dejar de subirles la pensión, aunque los jóvenes sanos, fuertes y capaces, como Chari, no encuentren más trabajo que el de camarero, con todo el respeto para la profesión. Así que no pienso escudarme en ella.

Lo que la Chari y el profesor Gazolaz me enseñaron fue que, por debajo de todas las chaquetas, de todas las dignidades y títulos y másteres y cargos, está el ser humano, la persona. Así, en la rueda de prensa de ayer, donde Charles Michel y Úrsula Von Der Leyden comparecieron a calzón quitado ante la prensa, deshaciéndose en elogios a España y a Pedro Sánchez, embutido entre ambos como la mortadela de un bocadillo, había que mirar debajo de las ropas y los cargos y las palabras. Habían dado la rueda de prensa -en inglés lo hubieran llamado "scrambled into a press conference"- para dejar las cosas claras en lo que hacía a la retirada de Kabul, donde ya se olía el cuerno quemado del pánico cuando Sánchez todavía se paseaba en alpargatas por Canarias. Debajo de las ropas y las palabras y los cargos, el primero y la última parecían dos tripulantes de Salvamento Marítimo echándole un salvavidas a un negro que se ahoga en el Mediterráneo.

Durante toda esta época, cuando empezaron a indignarse con la conducta de Juan Carlos I y a inquietar el trono del Rey Don Felipe, no he dejado de mirar a la persona del Monarca debajo de su corona. Fue un niño que creció sabiendo que su padre le ponía los cuernos a su madre con quién le diera la gana y que cuando llegó a muchacho el Rey se permitía el lujo de decirle con quién tenía que acostarse y aparecer en la prensa; y ahora que él es Rey, muchos interesados utilizan las debilidades humanas que tuvo su padre (y que todos tenemos) por el posible provecho que puedan sacar de ello. La nobleza queda siempre de manifiesto, tanto en plebeyos como en aristócratas. También el ser humano. Y lo que vale para el estamento o la clase social, para el traje o el cargo, vale también para el color de la piel, o el tamaño de la nariz.

He conocido a gente más culta, inteligente, disciplinada y cualificada que yo, pero que sabía menos. Una de mis terapeutas en el centro de recuperación de drogadictos, Laura, sabía todo lo que hay que saber de este mundo, y afirmaba, por ejemplo, que la vida no tenía sentido; y que no creía en Dios; y sin embargo, aunque a veces harta de las niñerías que parecían aburrirla, no estaba tan desesperada como algunos pacientes; nos

enseñaba a salirnos de la droga y no lo hacía ni mal, ni tristemente; de hecho, daba gusto oírle hablar, y siempre lo hacía de manera esclarecida y lúcida.

Pero, en pocas palabras ¿Por qué salirse de la droga, si tanto drogatas como ciudadanos sanos vamos a acabar en la aniquilación absoluta, la completa inexistencia de la nada, después de todo lo que hayamos pasado en este mundo? No tiene sentido. Si uno no cree que hay una recompensa real y efectiva, lo mismo para salirse de la droga que para cualquier otra buena acción de las que hacemos en este mundo, que casi siempre salen tan caras y tan difíciles como el desintoxicarse y deshabituar, no debería dedicarse a rehabilitar a nadie, ni aconsejarle cómo salirse del alcohol; y no porque ella no supiera *cómo* hacerlo, sino porque no sabía dar razón de *para qué* hacerlo. Mucha gente piensa superficialmente en estas cosas. Ella había leído. Era culta. Había sido juez en Sevilla, y conocía de cerca el rostro del mal y del sufrimiento. Nos decía una cosa buena, que yo comparto también: que no juzgásemos a los demás, en la medida de lo posible. Y está bien dicho, amén de haberlo dicho el Señor hace ya dos milenios. Pero era ella la que se había equivocado de empleo, y si de jueza pasó a terapeuta quizá, como vulgarmente se dice, a la tercera le vaya la vencida y se haga monja. Rehabilitar a alguien sin profesar una fe religiosa es al mismo tiempo irreprochable y absurdo. No sólo hay que saber distinguir el bien del mal, la ley del delito, la virtud del pecado, la salud de la enfermedad, también hay que saber para qué se hace y con qué objeto; por eso, hay veces en la vida en las que cosas que aparentemente son un gran mal, resultan santas y beneficiosas y cosas que todo el mundo elogia y se revisten de bondad y de virtud, como la rueda de prensa de ayer, en Torrejón de Ardoz, que en realidad apestan y hieden como un muladar de la peor especie. Por mucho que se relativicen los valores en función de la época, la cultura, el país, la dignidad, el traje, el cargo o el color de la piel, todos seremos juzgados en términos absolutos. Pero ésa es la última instancia, en esa apuesta de la que Platón decía que es hermoso correr su riesgo.

Algunos me cuentan cosas que nunca le contarían a nadie; más de una vez me ha sucedido. No son necesariamente mis amigos. Por ejemplo, hay en Granada un abogado

que es amigo de mi hermana y que siempre me confió en secreto que yo era un número uno; pero no es a esta opinión a la que me refiero. Me lo encontré una vez paseando por la acera del Genil. Fui muy directo, cuando encuentro alguien a quién aprecio y del que no tengo noticia cierta a veces le pregunto directamente si es feliz o no. Me contestó:

-Sí. Soy muy feliz. Y siento que puedo decírtelo sin miedo. Un amigo íntimo me aconsejó no decirlo nunca en voz alta, ni a cualquiera. Que tuviera mucho cuidado delante de quién lo decía.

Aunque le aprecie, no lo considero mi amigo. Los amigos se llaman por teléfono de vez en cuando, para preguntar desinteresadamente por la vida y la salud. El único que me quedaba de la primera juventud y adolescencia me estuvo llamando por mi cumpleaños durante mucho tiempo. Aunque lo acabé mandando a la mierda, lo sigo considerando mi amigo; de manera muy lógica y consecuente ya no me llama cada día dieciséis de noviembre -dichoso mes, que empieza con Los Santos y acaba con San Andrés.

Lo que sí he notado es que a reflexionar sobre la gente lo llaman malicia, y no inteligencia, y que hacerlo en voz alta te expone, como en esto, que es literatura en tiempo real, a que cualquier mierdecilla presente pierda el culo para ir a contárselo al tercero. Lo he visto más de una vez. Por eso Santa Teresa de Ávila solía cortar la murmuración de sus hermanas diciendo:

-Hablemos del papa Marcelo.

Lo de ir a contarle a un tercero lo peor que se haya dicho de él en mi presencia jamás lo hice, ni con amigos ni con enemigos. Y no sé por qué, pero tengo una reacción de instintiva repugnancia a que alguien se me acerque a contarme lo peor que algún otro haya dicho de mí. Yo puedo reflexionar en voz alta cuando me dé la gana, lo que no hago nunca es chivarme a nadie de lo que otro haya dicho de él. Y yo hablo muchas veces mal de los ausentes, de manera equivocada o justa, verdadera o falsa, pero nunca de manera insincera. Digo lo que pienso, y a veces me equivoco y a veces no. Pero lo que no hago es lo que hacen algunos, que van corriendo al tercero a contarle lo que uno haya dicho de él. Ni tampoco acepto que me digan lo malo que otro haya dicho de mí.

Para eso no estoy. Y los valientes que se dicen las cosas a la cara están en el Congreso, que es una especie de diálogo de sordos, como en una revista cómica del franquismo que se llamaba La Codorniz, en la que había un apartado con ese nombre que siempre empezaba así:

-Buenos días.

-Buenas tardes.

De adulto y a la presente, me quedan dos amigos; una es gallega, extremeña de adopción, y la edad no la digo. De profesión, bibliotecaria; en excedencia por migrañas, se jubiló hace poco. Se ha mudado a su Galicia natal, donde reside felizmente con su familia, cerca de Atlántico, bravo y tempestuoso. El otro es un cocinero italiano, de apellido árabe latinizado, que lo ha pasado bastante mal durante el coronavirus, como toda la hostelería; pero ha logrado aguantar y creo que ya tiene trabajo. Estos me llaman de vez en cuando para interesarse desinteresadamente por mí y por mi vida y salud y esas cosas; y por eso, entre otras, los llamo amigos. Nunca me gusta que me pregunten cómo estoy, porque esa es la fórmula de trámite que utilizaba mi siquiatra para empezar la terapia, hacerme hablar y poder cobrarme la factura. Pero con ellos dos, aunque me moleste, pues no le doy importancia. Me conocen y se hacen una idea de mi situación. Mateo, el cocinero, es un hombre de pocas palabras, con el pulso muy firme en la mesa de billar. Mi amiga María, la bibliotecaria, es una señora tranquila como la mar serena, además de una madre de dos hijos y separada.

Luego está la mujer que yo más quiero, mi exnovia católica, de la que ya he dejado algo escrito. Me tiene bloqueado el teléfono; no me llama. Me gustaría que de vez en cuando me echara el teléfono, para saber algo de su vida. También le diría que cada vez que le salga de las narices, le haga un buen corte de mangas a quién se tercié, en el trabajo o donde mejor le parezca. Este mundo de estúpidos casamenteros de pueblo te va arrinconando hasta que, si no pasas por la vicaría, te convierte en un payaso de feria. Cuando era joven, algunos me aconsejaban casarme; ahora que soy mayor, algunos que son casados me aconsejan que no lo haga. Es lo que hay. Ella me dijo, cuando la pedí en

matrimonio, que yo no sabía lo que quería. Desde que supe lo que significan el mal, la enfermedad y el pecado quise ser buena persona, una carrera para la que no hay titulación; eso sucedió más o menos a mis veintiuno o veintidós años. No siempre lo he conseguido, me doy perfecta cuenta. He hecho lo que he podido, en la medida de mis fuerzas y mi caletre. Entiendo que no se me puede pedir más. Aunque algunos lo sigan haciendo.

Como Antonio Ramallo Calatayud. Es un hombre que no padece ninguna enfermedad mental. Duerme en la calle cerca de donde yo tomo café a diario. Es flaquillo, de mediana estatura tirando a corta, el pelo moreno y el cuerpo sucio y desgastado por la incuria personal. Ya he decidido que le voy a dar tabaco siempre que lo pida y yo lo tenga, y de vez en cuando alguna moneda; me saluda y le devuelvo el saludo y a veces me paro a preguntarle si necesita algo; pero no siempre lo necesita; sólo quiere un amigo, que en la trena se dice socio y compinche. Pero a lo que voy.

James Joyce, que fue un escritor mítico del siglo XX, siempre anduvo sin un penique y al final vivió como le dio la gana porque tuvo una buena mecenas, Hellen Weaver, que editaba la revista en la que él publicó por entregas mensuales *A Portrait of the Artist as a young man*. En su juventud hizo amistad con un tipo calavera que estudiaba para médico, del que tampoco recuerdo su nombre pero que es el Málachi Mulligan de su gran novela *Ulysses*. Durante un tiempo formaron lo que se podría llamar una comuna hippie al estilo de principios del siglo XX en Dublín; ellos dos y un inglés chalado que siempre dormía con una escopeta cerca de su cama se alejaron del mundo en una de las torres Martello, fortificaciones en la costa irlandesa construidas durante las guerras napoleónicas para vigilar posibles desembarcos; desde la cual soñaban con darle lecciones de cultura a Irlanda, por ejemplo, helenizándola. Joyce era casi un jesuita rebotado, con un padrazo venido a menos por el alcoholismo... y por su lengua rápida e ingeniosa.

En su biografía sobre él, Richard Ellman menciona lo que se traían entre manos Buck Mulligan y Joyce para ir consiguiendo dinero que malgastar en alcohol. El primero tenía

en Oxford un amigo con cierta riqueza, al que mantenía informado de todas las payasadas que el futuro escritor iba improvisando para sacar cuartos a los demás; cuando Buck le confesó tal correspondencia y que su amigo rico de Oxford se divertía mucho con ella, le dictó un telegrama:

-Estimado Mr. Fulano. He tenido conocimiento por Mr. Mulligan de que mi conducta es para usted motivo de diversión. Como no puedo seguir divirtiéndole sin mantener mi soporte corporal, me tomo la libertad de pedirle prestada la cantidad de XXX libras. Atentamente... Mr. James Joyce.

En otra ocasión, el amigo le escribió a Múlligan que se sentía muy apenado por la reprobable conducta de Joyce. A lo que este replicó:

-Le haremos derramar lágrimas de oro.

A Antonio Ramallo Calatayud se le ocurre de vez en cuando darme el coñazo con sus penas y los papeleos que tiene pendientes con los servicios sociales de la Junta, y me lo dice haciéndome sentir culpable, o por lo menos como si yo tuviera la culpa o la solución; antes de ayer mismo lo hizo. Y yo le confesaría de corazón que si pudiera derramar lágrimas de oro, se las regalaba de muy buen gusto. Pero no puedo. Las mías son tan amargas como las de todos, una gota en un Océano. Lágrimas y mocos los hay de muchos, pero sólo los de Messi se subastan a precio de oro. Y hasta aquí llega este capitulillo, o lo que sea.

El fútbol, Lorca y Granada.

Joyce, según Harold Bloom, crítico literario estadounidense, quería ser el Dante de la lengua inglesa y para ello intentó encajar a Shakespeare en la horma de Virgilio, poeta de la Roma imperial. Yo no sé lo que significa semejante disparate; entiendo que el

monólogo interior, la técnica que Joyce usó en su libro, puede pasar en cierta medida como una versión de los grandes monólogos -o soliloquios- shakesperianos; pero Joyce no sabía nada sobre teatro y la pifió con su único drama. Como no sabía teatro, no pudo encajar a Shakespeare en la horma de Virgilio. Mirado a través de la miopía de Joyce, el hombre parece más pequeño y cómico, no más grande y trágico, como en Shakespeare. A lo que voy. Joyce quería ser Dante y ahora Guardiola quiere ser seleccionador de la Roja, mientras intenta, o por lo menos eso dicen las noticias, llevarse a Cristiano Ronaldo al Manchester City. Leí en una revista, en un dominical de hace muchos años, que Pep (para los amigos) pasaba por ser uno de los jugadores más cultos de La Liga, al habersele visto pasear por Barcelona con el *Ulysses* debajo del brazo.

Por cierto que yo no intento ser Federico García Lorca. Me enteré por un primo hermano de mi madre, próximo al mundillo cultural que rodea Valderubio y Fuente Vaqueros en la Vega granadina, que a la mañana siguiente de dispararle por la espalda, algunos de los presentes en aquel paseo cogieron al capataz de la finca del padre de Federico y lo subieron a una camioneta. Al poco de rodar por la carretera, uno de aquellos miserables le alargó un cigarrillo al pobre hombre, diciéndole:

-Este se lo quité yo anoche al maricón del hijo de tu jefe.

Y le prendió el cigarro.

Granada no ha cambiado mucho a pesar de que ha muerto Franco y vino la democracia y ese rollo del cambio pendular de la Historia. Todo el mundo sigue ganando dinero con Lorca y si hay que matar por un cigarrillo, se sigue siendo capaz de hacerlo. Todos los payos en Granada sabemos que los gitanos de hoy no tienen nada de romántico. Más bien son como el caballo de Atila, hermano de Bledda, del que se decía que por dónde pisaba no crecía la hierba... de la buena, se entiende. Hay demasiado dinero en juego, como en el negocio granadino de la marihuana, y aquí nadie quiere matar a la gallina que pone huevos de oro, y todo lo que la rodea; desde el presupuesto municipal hasta

las zambras de Paz Vega y el Capullo de Jerez en Alfacar. Además, aquí la cultura se confunde con la mariconería.

A mí nunca me ha gustado la poesía de Lorca y esto que digo no es ninguna pose, pero aquí, en Granada y en poeta, casi que podría pasar por blasfemia. Si les digo la verdad, prefiero a Antonio Machado. Hay dos estrofas tuyas que retratan muy bien a la clase de gente que mató al granadino hace ya pues la pila de años.

*Abunda el hombre malo del campo y de la aldea,
Capaz de insanos vicios y crímenes bestiales,
Que bajo el pardo sayo esconde un alma fea,
Esclava de los siete pecados capitales.*

*Los ojos siempre turbios de envidia o de tristeza,
Guarda su presa y llora la que el vecino alcanza;
Ni para su infortunio, ni goza su riqueza;
Le hieren y acongojan fortuna y malandanza.*

Llevo viendo a esta clase de gente todos los años que ha que nací en esta ciudad. No todos los granadinos la son, como no todos los vascos son malas bestias, ni todos los catalanes son ruines. Pero esos no muerden, los que muerden son los otros. Y ya digo que les da igual la derecha o la izquierda, cuando se trata de matar por un cigarro. También conozco a un fascista que pensaba en los mismos términos:

-Los hijos de los ricos no salen güenos peones...

Es posible que no haya nadie interesado en escarbar demasiado en las verdades de la muerte del poeta para que se sigan pagando peonadas fraudulentas y exhumaciones y

romerías gitanas en Alfacar, que van a cantar al diablo, en vez de a la blanca paloma. La gente peregrina a los lugares lorquianos casi como se va en romería hasta Almonte o hasta Santiago de Compostela desde Francia. Los gitanos tendrán sus valores, pero son de los colectivos más racistas de todos: los hijos no los quieren ni con buenos principios, ni de otra raza que no sea calé. Que alguno debe de haber bueno no lo digo yo, lo dice todo el mundo casi siempre que se generaliza y se juzga a un colectivo, en vez de a un individuo. Un comandante de las SS en Auswitch, al declarar en Núremberg, los llamó "sus más bienamados prisioneros". Cuando se daban fusilamientos en masa, los gitanos eran descubiertos porque a veces se tiraban antes de sonar el disparo, esperando confundirse con los cadáveres. También hay un chiste que dice así:

El sargento que pone en guardia a su tropa y le avisa de que hay que cavar una trinchera, porque los mandos han recibido el soplo de que mañana atacará el enemigo. Y el gitano que responde:

-Mi sargento... ¿Por qué no atacamos nosotros y que haga la trinchera el enemigo?

El payo sabe lo mismo que el gitano... y un punto más. Yo ya sólo le doy tabaco a quien me da la gana. Pero sé perfectamente que los hay que se ofenden por ello y que son capaces de repetir el drama lorquiano, sólo que en versión original. Ya se sabe, el pobrete que tiene que agachar la cabeza, sudando bajo la carga enorme de la opresión de los ricos, a los que siempre favorece la fraude, el interés y el enchufe. Vuelvo a Antonio Machado:

Que das al pobre trabajos y esperanza

Y al rico, favores y pereza.

Los pobres de hoy no son los que duermen en la calle. Tampoco lo son por casualidad, ni por opresión de los poderosos; son los que en vez pensar en cómo enmendar los errores y equivocaciones que cometieron en el pasado prefieren seguir siendo pobres, a ver si cae algún cigarrillo; es lo más cómodo; de esa manera, se justifican las ocupaciones de inmuebles privados y el alcalde de Marinaleda puede atracar los supermercados que le dé la gana, delante de las cámaras, porque hay que dar de comer a los churumbeles y de fumar a los peones. Y no hablo de enfermos mentales, que esos son los que nunca matan por un cigarrillo, sino al contrario, son los más propensos a sufrir el abuso de cualquiera. Fue por éstos últimos que empezó el exterminio nazi y con su matanza se refinó la técnica del envenenamiento colectivo por gas. *Aktion T4* se llamaba el programa de eutanasia, como la terminal de Barajas que volaron los etarras.

Una vez vi matar a un joven de una puñalada, en una reyerta callejera en Cataluña. Pero vi que el miedo estaba en los ojos del asesino, después de cometer el crimen; no en los de la víctima. Los dos eran jóvenes y quizás el verdugo se estaba dando cuenta de lo que había hecho y de que tendría que seguir matando hasta que se acostumbrase, porque una de las verdades del asesinato es que siempre hay que rematarlo con una segunda víctima que no tiene nada que ver con el asunto. Siempre queda algún testigo o algún cabo suelto. Por cosas como esta se nos enseña que las hay peores que la muerte, como es el vivir con miedo. Como perder el alma, en vez de ganarla.

Que todos los gitanos no son malos lo sé por experiencia. Hace poco que murió uno, Cecilio se llamaba, que fue el primer niño que nació en la Maternidad del hospital homónimo de Granada, en el que trabajó de celador. Le conocía de vista, y alguna vez me había sentado con él a una mesa, muchos años ha, en la terraza de un tabernero que también murió. Era delgado e iba siempre como un pincel, pantalones limpios de un rojo desvaído y chaqueta de azul oscuro; el pelo, rizado, y la estatura, corta. Me enteré de que había sufrido un accidente en su casa y tuvo que arrastrarse hasta el café Fútbol, que abre temprano, donde Bernabé y Sánchez lo recogieron para llevarlo a Urgencias. Al poco tiempo estaba otra vez por este barrio. Sé de esta historia por los vendajes por

los que le pregunté. Luego dejé de verlo durante un par de meses y cuando pregunté por él me dijeron que había muerto, al parecer de una larga enfermedad de la que yo no sabía nada. En las calles de Granada se conoce de vista casi todo el mundo, pero son pocos los que saben de la procesión que cada uno lleva por dentro; sobre todo, de la de gente como Cecilio, que con el ser de día se acercaba hasta una barra de conocidos y desayunaba su copita de anís; en la hostelería, lo último que le interesa a un camarero es la vida y milagros de sus clientes. Y estos se conocen entre sí de vista, de vez en cuando cambian unas palabras, pero a muy poquitos les dicen lo que les pasa por dentro. De hecho, aquí en mi barrio no ha dejado nunca de morir gente y si te enteras es por un conocido. En la ciudad de la malafollá, todos los que se acercan a una barra a primera hora aprenden poco a poco que la vida te va buscando las piernas, a ver por dónde te las puede romper. Y que por eso las confianzas salen tan caras. Es así. No es tan divertida como en los chistes de Andrés Cárdenas.

No sé por qué Guardiola se fue de Cataluña a Manchester. Supongo que no fue en busca de un país que no llevara la cuenta de sus pasos, porque a Guardiola en Cataluña le sobraba la buena gente, y en Madrid gobernaba Zapatero; quizás ahora que Sánchez caga en la Mareta, Guardiola nos quiere demostrar lo valiente que es al rescatarnos de Luis Enrique. Otras personas que conozco ya no soportaban la peste a cotilleo de portera y por eso se marcharon, como James Joyce se marchó de una Irlanda violenta, pueblerina y nacionalista. El dicho *reza pueblo pequeño, infierno grande*. Por eso España es tan provinciana. Ya no es Santiago el que la cierra, sino los porteros de discoteca y las viejas trasnochadas, y lo asfixian de manera imposible. Ya no puede uno ni ofrecer un cigarro sin que la noticia corra como la pólvora. Es curioso cómo un país tan yermo y tan vacío, y de tierras tan anchas como Castilla, da tanto de qué hablar a sus habitantes. Yo creo, y no sé si alguien lo ha dicho ya, que de las putas se aprende que antes de preguntar por el precio del pan, hay que mirar a cómo está el kilo de vergüenza. Porque son vasos comunicantes: cuando ésta se vende barato, aquél suele subir de precio. Además, dinero y vergüenza son dos cosas que se acaban al mismo tiempo. Así nos va. Que este mundo

es un pañuelo donde los mocos de unos valen más que los de otros. Pero que sonarnos las narices, nos las sonamos todos.

La justicia. La equidad.

La justicia es, entre otras cosas, el tema del diálogo principal de Platón, llamado La República. Pero a mi entender, no hay una caverna más oscura, profunda y traicionera que la Fenomenología del espíritu de Hegel, y todo lo demás que escribió el máximo representante del idealismo alemán. Es por cosas como ésta que un inglés dijo que la filosofía es Platón y que el resto son notas al margen. Y entre éstas, las hay que le esclarecen con una jarcha breve, y las hay que le oscurecen con enormes tochos infumables.

Tuve un profesor de filosofía, llamado Ubaldo Gutiérrez, que me dijo que toda filosofía que no sea idealista es falsa. Si yo tuviera que resumir la tesis principal del idealismo, diría que afirma que el cumplir años, el crecer y vivir y madurar, aquello que llamamos el albur de la vida, no puede enseñarnos nada que valga la pena saber. La experiencia, en casi todas sus facetas, se reduce a la decepción, y en cierto sentido, la verdad más verdadera que nos enseña la vida es el mero desengaño. Hasta los goces más puros que tiene se desprecian muy rápidamente, los bienes que gustamos los olvidamos al hartarnos, y en toda conquista hay un no sé qué de decepción; en un sentido negativo, yo no afirmo el idealismo poniendo el paradigma de la perfección geométrica; lo afirmo poniendo el regusto amargo de todo lo que se goza, y de lo distópico de la vida cotidiana, en lo público y en lo privado.

Algún griego dijo que ni la aurora ni el ocaso eran más bellas que la justicia; y el Filósofo dijo de él que parecía un hombre sereno entre borrachos. Y luego vino otro que dijo que no daría la belleza ni por todo el oro del Rey de Pérgamo. Así pues, concluyendo el

silogismo, la justicia no ha de darse, ni venderse, por todo el oro del Rey de Pérgamo. La menor la dijo un particular, y a título personal; pero también los jueces lo son. Y en el fondo, todos juzgamos en determinado momento, de mejor o peor manera, en un sentido o en otro, equivocada o certera o interesadamente. No todos los juicios son morales, en el sentido de calificar a una persona. Ni tampoco todos los juicios son los que se celebran en el juzgado. Otro sentido de la palabra juicio es el juzgar racionalmente o evaluar, sopesar, ponderar; de los locos se dice que han perdido el juicio, pero no que sean malvados. De lo que no cabe duda es de que todos los malvados están locos.

No es nada nuevo que se presione a los jueces; en la etapa de Felipe González, cuando estalló el caso Filesa, que fue el de la financiación irregular del P.S.O.E., se presionó desde todas las instancias gubernamentales sobre el juez Marino Barbero; se presionó por activa, por pasiva, pública o privadamente. También al juez Castro le pidieron a gritos la cabeza de la infanta Cristina, especialmente los sectores de la sociedad interesados en desestabilizar la monarquía y el gobierno de por entonces, que era el de Mariano Rajoy. También se presionó sobre la jueza Ayala, que llevaba el mayor caso de corrupción, por montante económico, que se ha juzgado en Europa desde que fue comunidad económica. Resultado: el juez Garzón nos sigue dando lecciones de jurisprudencia y de lo que está bien y lo que está mal, mientras almuerza con su pareja, Dolores Delgado, que de ministra de Justicia pasó a Fiscal General del Estado; a los etarras los siguen soltando para que los homenajeen en su tierra y los sediciosos catalanes están libres. Y hay gente que se sigue rasgando las vestiduras porque Mariano Rajoy no está en prisión. Visto lo visto, no merece la pena meterse en pleitos.

Luego está el juicio estético, que parece que es el único que interesa a las pájaras de la tele; a mi entender, la Duquesa de Alba ya era una momia antes de que la enterraran, la Carmen Lomana es una petarda que va por el mismo camino, y el Paquirrín tiene dos ojos que parecen dos alfilerazos en una pasa y un morrillo que ya lo quisiera cualquier

hambriento de Yemen. Pero claro, nadie lo dice en público, ni en voz alta. Por algo será. Quizás porque una imagen vale más que mil palabras.

Este poema lo escribió Bartolomé Leonardo de Argensola, y a mí me ayudó durante un tiempo a soportar las penalidades de este valle de lágrimas; dice así:

*Dime, Padre común, pues eres justo,
¿Por qué ha de permitir tu providencia
Que, arrastrando prisiones la inocencia,
Suba la fraude á tribunal augusto?
¿Quién da fuerzas al brazo que, robusto
Hace á tus leyes firme resistencia,
Y que el cielo, que más la reverencia,
Gima á los pies del vencedor injusto?
Vemos que vibran vitoriosas palmas
Manos inicuas, la virtud gimiendo
Del triunfo en el injusto regocijo.
Esto decía yo, cuando riendo
Celestial ninfa apareció, y me dijo
¡Ciego!; ¿Es la tierra el centro de las almas?*

Es por cosas como las que dice este poema que, si yo fuera filósofo, jamás escribiría una utopía social. El hombre está inventado, y todo lo que se refiere a él; ya se conoce el mal camino desde hace muchísimo tiempo y toda la tradición nos avisa dónde acaba y cómo termina; cada cual se adentra ahí por su cuenta y riesgo. Pero el único negocio que vale la pena es salvar el alma, aunque perezca el cuerpo. La poesía, mientras tanto, puede darnos aliento quitándonoslo con su belleza. La hermosura y la justicia son así de sencillas.

Un hecho observable a menudo en todas las sociedades es que los débiles siempre quedan sometidos a los fuertes; pero los griegos, que también lo habían constatado, a pesar de ser una sociedad democrática en su época clásica, no se limitaron a ello: lo tomaron por una ley válida, más o menos tácita, y por un presupuesto básico de su manera de pensar en la justicia y en la ley; y a veces apelaban a él, como en alguno de los discursos de Tucídides, para someter a minorías rebeldes entre las Islas Jónicas; la justicia griega sólo era racional, o mejor aún, racionalizada, cuando el conflicto se daba entre iguales en fuerza y poderío; y entonces se convertía en una batalla, militar o dialéctica; entre ellos sólo cabía agraviar, afrentar, discutir, combatir y negociar entre iguales. Pero lo que me interesa resaltar de este aspecto de la sociedad ateniense es la manera en la que un hecho cruel e inhumano pasó a ser una ley aceptada, aunque no escrita. La ley, a lo que yo entiendo, debería defender al débil del fuerte. Pero esta es la queja por la que estamos también nosotros empantanados entre los ciudadanos que la cumplen y pagan sus facturas con todo el sudor de su trabajo, mientras que la gente que no quiere dormir en la calle se apropia de chalets de lujo en primera línea de playa y hay que sobornarlos para que se vayan. También la sociedad conservadora ateniense se quejaba a menudo de que los sofistas se las apañaban para convertir el argumento más débil en el más fuerte.

En Jonia, la filosofía presocrática fue más o menos precientífica; no desarrolló un cuerpo argumentativo y racional; a este, y a la explosión de la filosofía, contribuyó la encendida vida pública ateniense; en un sentido muy lato, la argumentación legal y política; los que se conocen como sofistas eran gente que sabía cómo hablar y escribir bien; rétores que adornaban y embellecían sus discursos con el objeto de promocionar los intereses de sus clientes en la ciudad, defendiéndoles en el Ágora y en la Asamblea, y enseñándoles sus técnicas. Eran lo más parecido a una educación superior para los jóvenes; pero también descubridores del poder de la retórica, y por tanto embaucadores y liantes de la lengua griega, a la que retorcían lo necesario para hacer pasar lo blanco por lo negro. Quizá la mayor novedad que supuso Sócrates, y una de las muchas razones por las que

tanto molestó a estos tramposos, fue que se negó a falsear el Logos para perseguir el poder político o la riqueza material; de ahí la grandeza de su búsqueda, que fue auténtica y honesta. En nuestros días no hace falta ser un genio para saber que está mal robar el más importante de los bienes para cualquiera de nosotros, como es el techo que nos cobija. A pesar de ello, se sigue permitiendo. Eran cosas como esta las que echaron a perder la democracia y la moral ateniense: todo estaba permitido, porque todo se podía defender legalmente, y había argumentos para todo. En nuestros días ni siquiera cabe esperar que un político sepa hablar; lo que está claro es que saber hacerlo no significa saber distinguir el bien del mal y gobernar rectamente para el interés común. Cuando no salen los números y las urnas ya no te compran los argumentos, se recurre a las pistolas, como ha hecho Pablito Iglesias en un panfleto sobre VOX y la derecha; un tipejo que no tiene un pase, se lo mire por dónde se lo mire, pero al que le están pagando a precio de oro las excusas por el mero interés de sus patrocinadores.

Ilustraré lo que digo con un ejemplo extraído del mismo noticiario de Antena 3 de esta mañana, 7 de septiembre de 2021, emitido a la hora en la que la gente que tiene un puesto de trabajo se prepara café con un cerebro soñoliento.

La luz -eléctrica, que no intelectual- viene subiendo de precio todo el verano y no se espera que baje hasta la primavera del año que viene; pero desde primera hora quieren meter en el cerebro soñoliento del trabajador una de las tesis del gobierno, la defendida por Podemos; esto es, que en Francia existe una gran empresa pública de electricidad; y lo deslizan como si esa fuera la explicación de que Francia tenga la luz mucho más barata que nosotros; Podemos ha propuesto la creación de empresas públicas eléctricas, pero allí dónde las hay, como en el Cádiz del Quichi, la luz está todavía más cara. La razón de que Francia pague menos por la corriente es que posee decenas de centrales nucleares, algo que nadie se atrevió a construir aquí porque se temían las barbaridades que el terrorismo vasco era capaz de hacer con una instalación tan delicada. Lo que intento ilustrar con esto no es sólo la razón del precio de la luz si no lo rampante de las mentiras (sobre todo emocionales) de la televisión y de la manera que tiene de colársela a un

cerebro soñoliento que se prepara café antes de ir al trabajo, porque tiene facturas de la luz que pagar. En un mundo que, básicamente, no respeta la verdad, si no al poder, al dinero y al sexo, ni siquiera se requiere la habilidad de un sofista para encubrir, suavizar o torcer el lenguaje. Basta con pasar a la siguiente noticia, la barbaridad que han cometido en Malasaña contra un homosexual. Lo hiriente de este crimen, de alguna manera, oscurece emocionalmente y disimula el engaño anterior; y además se lo utiliza para vender la tesis sobre el precio de la luz de los abanderados de la causa homosexual. Por eso estamos tan acostumbrados a lo impresentable, a lo hiriente y a lo catastrófico que casi lo damos por hecho garantizado e irremediable. A esto lo llaman insensibilidad moral, pesimismo propio de agoreros y cenizos. Y viva la positividad.

En lo del clima, hay una gran verdad que yo sólo he oído mencionar una vez, en un informe científico de alguna institución internacional; me refiero al hecho de que ya no tiene remedio previsible en muchas décadas; y que el único aplicable ahora mismo sólo se puede llevar a efecto levantando el pie del acelerador y consumiendo menos, aún a costa del crecimiento económico, y del producto interior bruto. Es así de sencillo. Como no dejemos de verter hidrocarburos a la atmósfera, la seguiremos envenenando; y esto sólo se puede hacer parando fábricas y cortando el tráfico y encendiendo menos la tele. Ahora mismo, no se puede reducir la emisión de CO₂ de otra manera. No hay bastantes coches eléctricos en circulación y los que no pudieran permitirse uno tendrían que volver al caballo, al rucio o a la mula. De lo contrario, dentro de unas décadas, este planeta se parecerá todavía más a Venus, que presenta la atmósfera más parecida a la cuál tiende la del nuestro, debido al consumo humano.

Pero estamos hablando de la justicia; la palabra Equidad tiene la misma raíz que el latín Equo que no sólo significa igual si no que originariamente designa al rocín común, o sea, al caballo. El caballo, en la primitiva sociedad romana, era un lujo que designaba a toda una clase privilegiada: los caballeros o quirites, aquellos que poseían un caballo y lo cabalgaban en la guerra y en la paz. Pero el tránsito al significado de igual o igualitario que adquirió el término y que de ahí pasó a cierta manera de entender la justicia se

debió a que este cuerpo de Quirites, lo mismo que los nobles medievales, eran privilegiados sólo con respecto a los peatones, o si se quiere, el vulgo, la plebe, el pueblo llano; entre ellos eran iguales y a ninguno le asistían privilegios sobre los otros como no fueran electivos o de aquellos de los que regala la naturaleza: el valor militar, la fuerza física, la inteligencia, la belleza corporal, el éxito con las mujeres, la riqueza del patrimonio en tierras, súbditos y esclavos... et cétera.

Digo esto porque la semana pasada, mientras el presidente daba un discurso en Guadalajara, de donde viene el mote de El Mierda en una obra de Camilo José Cela, la antigua ministra Dolores Delgado se paseaba por la *rapa das bestas* gallega de la manita de Baltasar Garzón, como hicieran en su día por Marbella La Pantoja y Julián Muñoz. La *rapa das bestas* es un ritual de doma donde se rapan las crines a los potros salvajes del monte, como primer paso para su sometimiento. El mismo monte gallego que hoy arde por los cuatro costados. Si a la partida de bandidos a la que pertenece la antigua ministra de Justicia y ahora fiscal general del Estado le preocupara mantener equitativo el fiel de la balanza de la Justicia en vez de inclinarlo a su favor, hace ya mucho tiempo que se hubiera resuelto la renovación del Consejo General del Poder Judicial, en el sentido propuesto por los mismos jueces para que sean ellos quienes elijan su órgano de gobierno. Pero ya le digo al lector que la Historia tiene poco de humorístico, un hecho que Don Camilo conocía muy bien, porque tuvo que combatir enfermo de tisis en una guerra injusta que no era la suya, como tantos otros españoles. Bien mirados, la parejita del turismo equino y el presidente que caga en la Mareta, en baños del Rey de Jordania, hacen escarnio de la Justicia y es justo que la Historia haga escarnio de su recuerdo.

Flatus vocis, o el nominalismo de Occam. La muerte.

La semana pasada, la xenofobia catalana rechazó una inversión de mil setecientos millones de euros inicialmente destinados a la ampliación del aeropuerto de Barcelona con la excusa nominal, esto es, de nombre, y en este caso, sólo de nombre, de que había que salvar unos humedales próximos a las pistas. La verdadera causa era que Europa no iba a permitir la construcción, por las mismas razones, aunque, en este caso, no sólo de nombre. Lo cierto es que la hedionda burguesía catalana sólo quería el cochino dinero, como de toda la vida, y hubiera presionado hasta dónde se pudiera, con los escaños que se pudiera; la hedionda C.U.P. quería salvar los humedales; y el hediondo Pere Aragonés se sintió ofendido por la retirada de la propuesta sanchista, que es muy capaz de vender España al mejor postor. Todos sabían que Europa también tenía algo que decir en el asunto y en verdad, si Dios quiere, algún día representarán esta historia los cristobicas, esos teatros de marionetas que son como los de Ginés de Pasamonte en el Quijote, y que ya no se ven por la calle en las fiestas populares; cada cual interpretó su papelín hasta el esperpento final.

Al punto, esos mil setecientos millones se convirtieron en un goloso excedente para tantas cosas buenas, necesarias y razonables que se han dejado de hacer en comunidades menos privilegiadas por el hediondo nacionalismo, ya sea el vasco o el catalán. Por ejemplo, la izquierda no dejó de poner el grito en el cielo, cuando se vino abajo el mercado inmobiliario, por el despilfarro que supuso el aeropuerto de Castellón, que se quedó con las pistas vacías, sin personal ni tráfico, y del que creo que lo están destinando para aparcadero de aeronaves ruinosas; mientras tanto, aquí en Andalucía, la Junta socialista dejaba el agua de la presa de Rules, en la que se gastó un dineral con la intención de abastecer a la costa de Andalucía oriental, para la práctica de deportes

náuticos, mientras sus políticos se metían cocaína y se gastaban el dinero público en putiferios; el montante del fraude andaluz de los E.R.E. es una porción muy sustancial de esos mil setecientos millones; su cuantía, al parecer, supera los seiscientos ochenta millones. Por lo tanto, cuando aquéllos quedaron liberados y en el aire, José Manuel Moreno Bonilla, como tantos otros presidentes de comunidad, le envió un recadito a Sánchez: a nosotros nos hacen falta. No sé para qué, pero no es eso lo que quiero contar; si no que en el tonillo soberbio de la Junta se adivinaba una especie de risilla ruin y carroñera. Por eso, ahora que Sierra Bermeja, en la Axarquía malagueña, arde como el infierno, un alcalde de aquellos pueblos blancos se nos echa a llorar, comprensiblemente, delante de las cámaras: el gobierno andaluz no quiso rebajarse a pedir a Sánchez la intervención de la Unidad Militar de Emergencias porque el incendio le pilló a contrapié, pensando en aquellos mil setecientos millones y en negociarlos desde una posición de fuerza arreglándoselas ellos solitos con el fuego. Ahora es demasiado tarde y como siempre, las esperanzas están puestas en el cielo: se anuncian lluvias que puedan aliviar la situación.

Guillermo de Occam fue defensor una tesis filosófica llamada nominalismo, que sostenía, contra la tradición platónica, neoplatónica y agustiniana, que las Ideas, o Formas, carecían de existencia real. En Platón, las Ideas no eran nada más que los valores: la virtud, entendida como valentía, belleza, inteligencia, fuerza. Todas estas cosas eran modelos de una única perfección, llamada Hombre, con mayúsculas. Y con ellos se refería a todo aquello que era opuesto y contrario a las cosas que terminaron por arruinar la democracia ateniense; la corrupción sofística del sentido común; la cobardía, moral o en la batalla; la estupidez, como cuando la superstición del pueblo ateniense mandó llamar a Alcibíades, que acampaba con Nicias en Sicilia, con el resultado de que este anciano general perdió la guerra. Fueron cosas como ésta, es decir, la trapacería sofística frente a la estupidez del conservadurismo religioso, lo mismo que todas las simplificaciones de una parte y de la otra, las que hicieron que Atenas degenerase y no pudiera competir con Cártago y Roma por el Mediterráneo. Platón insistió toda su vida en que lo Mejor,

lo Óptimo y el Ideal no sólo son cosas reales, en todas las formas en las que se manifieste, si no que son la verdadera realidad. El neoplatonismo lo recogió y reformuló y de ahí pasó a San Agustín, el más grande pensador de la patrística de la Iglesia.

Guillermo de Occam, hacia 1300 d.C., discutió esta tesis y afirmó que todos los que llamamos universales, es decir, las propiedades comunes que se dan en lo real, sólo son palabras. No tienen otra existencia más allá de ser nombradas por el mismo verbo o palabra. Ningún color rojo es igual a otro color rojo, los dos son únicos e irrepetibles en dos camisas diferentes cualesquiera y sólo los llamamos rojos por aproximación. Aquí se da un dilema entre lo universal y lo particular, pero, por si fuera poco, este dilema, al que ya hizo frente Aristóteles, se mezcla con el tema de los valores, el Ideal, la Belleza, la Virtud, porque todo Platón, a través de Sócrates, es una búsqueda de las definiciones universales de esos términos, con objeto de convertir la ética humana en una ciencia tan exacta como las matemáticas o la geometría. De manera que de un conflicto epistemológico, entre lo universal de las definiciones y lo singular de los individuos, se hizo también un conflicto ontológico, en el que el dilema era entre afirmar la realidad del individuo o la de los valores, léase universales platónicos. Occam se decantó por lo primero y en aquel tiempo, en Toledo, esclavos hebreos y moros aljamiados estaban traduciendo a Aristóteles desde el árabe al latín, y de ahí, a toda la cristiandad. Cuando los manuscritos llegaron a Santo Tomás de Aquino, el Doctor Angélico compuso lo que hoy es el canon de la Doctrina Católica basándose en ellos; es decir, la teología y el dogma pasaron a ser aristotélicos y Stillman Drake, en su obra *Galileo*, afirma que los peores enemigos del físico italiano fueron las autoridades universitarias, esto es, los escolásticos, no la curia eclesiástica.

Con Aristóteles se perdió un componente esencialísimo de la filosofía platónica, porque su ética es la del término medio; con ello, inmediatamente y de un plumazo, contradice a todo Platón, al margen de la estéril polémica entre lo universal y lo particular. Para Platón no sólo es posible la perfección ética; yo creo que él la entrevió en Sócrates, en su amistad y maestría, conviviendo con él y asistiendo a sus conversaciones con los

sofistas; al final de sus días dio gracias a los dioses por muchas cosas, pero, sobre todo, por haber nacido en el siglo de su maestro. En fin, Occam también fue el creador de una tesis filosófica llamada *Navaja de Occam*; tiene muchas formulaciones modernas, pero originariamente dice (aunque en latín, se entiende) *No multiplicar los entes sin necesidad*. En igualdad de condiciones, la explicación más sencilla es la correcta⁵. Saco esto a colación porque la *Navaja de Occam* no es sólo una tesis filosófica; también es una práctica muy útil en el trabajo policial. Así las cosas, soy de la opinión de que lo que pasa en Cataluña, en Moncloa y en Sierra Bermeja, es tan llano, tan sencillo y tan mezquino como queda de ayuso explicado. Y que por eso España ha llegado a ser una sociedad tan perfectamente distópica como lo fue Atenas en sus peores días. Nos quieren vender

⁵ El mejor de los ejemplos que la Historia de la Ciencia nos ofrece de esta tesis filosófica es el de las órbitas planetarias del sistema solar. Desde Ptolomeo hasta Copérnico, se intentó modelar el sistema solar empleando órbitas circulares para ello, y a fin de que el modelo reflejara fiel y puntualmente la posición de los planetas en cualquier momento dado se tuvieron que multiplicar estos círculos y añadirles además epiciclos y deferentes, un centro variable para algunos de ellos, con lo que tanto el geocéntrico como el heliocéntrico eran modelos parecidos a un complejo mecano, a un reloj clásico repleto de engranajes y variantes. Las leyes de Kepler barrieron por completo esta complejidad de los mapas estelares y ofrecieron la más sencilla solución al problema de las órbitas planetarias, reduciéndolas a simples elipses. Por cierto que no hay ninguna razón cinemática, a priori, para que el movimiento de los planetas sea una elipse, sus órbitas se pueden definir de manera infinitamente compleja, por aproximación, a cualquier conjunto de constantes y variables proporcionalmente relacionadas entre sí. Es decir que, en un espacio absoluto, no hay ninguna diferencia entre decir, con el Libro de Josué, que Moisés detuvo al Sol en su órbita en torno a la Tierra, como que la Tierra se detuvo en su órbita en torno al Sol. La única diferencia es descriptiva: la de Kepler es más elemental y sencilla que la Ptolemáica o la Copernicana.

a corto plazo el ansiado retorno a la normalidad, entre otras cosas para que nadie aprenda nada de los errores del pasado y todo vuelva a ser tan mezquino, tan ruin y tan deleznable como cuando había dinero a espuestas, el pueblo tenía pan y televisión, y los políticos cocaína y putas de sobra.

Se podrían hacer mil y un chistes fáciles a cuenta de ambas navajas: la de Occam y aquélla con la que marcaron en unas nalgas la palabra maricón, la misma con la que Antena 3, desde el ser de día, nos quiso ir conduciendo serenamente hasta la Sexta, que a hora de vísperas nos explicaba como a niños tontos por qué hay semejante embolado con el precio de la luz. Resulta que lo que hizo el muchacho homosexual fue simular un delito, atribuyéndoselo a ochos encapuchados de Malasaña que, al no aparecer por ninguna parte, le obligaron a confesar que todo era una simple mentira: el tatuaje era producto de una práctica consentida por él, en una relación sadomasoquista previa. Lo que no hizo Susana Grisso, en Antena 3, fue pedir perdón por haberse llevado las manos a la cabeza y aireado teatralmente su escándalo en el programa en el que denunciaron la agresión y el precio de la luz. Se dice de las mujeres que pueden hacer dos cosas a la vez; yo creo que ésa es la mejor manera de dejarlas todas a medio hacer. Pero en esto son iguales las personas, hombres y mujeres, que conducen las noticias: ninguno pide públicamente perdón por sus excesos, si no los obliga el juzgado. Pero no quiero extenderme más sobre el asunto; esto, que empezó como un ejercicio humorístico, también tiene que tratar un asunto serio, como es la muerte.

Ahora que la pandemia da sus últimos coletazos, todo el mundo está muy dispuesto a sacudirse de encima ese gran descubrimiento que se hizo al comienzo della: la fragilidad del ser humano; Marco Aurelio, para el presentador de la Ruleta de la Suerte; o tantas otras cosas con las que mucha gente de la que no sale dando saltos en la tele lleva conviviendo toda su vida.

Quiero decir algo sobre la muerte, y es que sólo la conocemos en tercera persona, como al Espíritu Santo, al que llamamos Señor y Dador de Vida en el credo católico. Dios es una hipótesis, pero también la muerte lo es. Quiero decir con esto que no es una

experiencia comunicable; no existen ni la primera persona ni la segunda del pretérito perfecto del verbo morir. Nunca se dice yo morí o tú moriste, todo lo más, se dice en tiempo compuesto: he muerto, o has muerto, como lo decían los niños que fuimos los de mi edad, que todavía jugábamos a indios y vaqueros; y se dice de esta forma en sentido analógico o metafórico o figurativo, siempre como artificio retórico. Nadie muere en persona, ni yo, lector, ni tú, el que me escuchas y me lees. Mientras lo haces, estás vivo, lo mismo que yo. De la muerte, ambos sólo sabemos de oídas, es decir por lo que se dice y se cree sobre ella; no tenemos ni testigos ni experiencia directa. Los médicos sólo certifican el óbito y sus causas, pero no su naturaleza, su esencia, su definición, si se quiere. Es un hecho observable biológicamente, pero misterioso ontológicamente. También se observa un detalle en los moribundos y es lo que se llama euforia pre mortem ; parece que dejamos este mundo con cierto alivio.

Sabemos que el ser humano empezó a ser humano, es decir, inteligente y civilizado, cuando empezó a llorar a sus muertos y a fabricarles pequeños túmulos o grandes pirámides donde enterrarlos. El llanto por los muertos y los rituales con los que se los entierra fue no sólo nuestra primera muestra de civilización, sino también un testimonio de que se empezó a elaborar el aprecio, la amistad y el amor en los clanes que enterraban llorando a sus seres queridos. Instintivamente, no hay un impulso más poderoso que el de la supervivencia; el peligro, real o imaginado, pone muchos mecanismos en marcha en el cuerpo humano: la hormona ACTH eleva el cortisol, la adrenalina acelera el pulso cardíaco y tiene efectos en la respiración y la tensión muscular... et cétera, actividades todas ellas destinadas a hacer frente a una amenaza. Esto es lo biológicamente observable.

Pero de la muerte y de su llanto y su dolor, también se puede extraer una conclusión ontológica. ¿Qué nos dice con mayor énfasis el instinto de supervivencia, sino que hay una diferencia de valor entre ser y no ser, entre existir y no existir, entre estar vivo y estar muerto? Es tan obvio que llega a mostrenco, pero la confusión de los académicos la suele pasar por alto, por muchas y muy humanas razones, también por una mala

inteligencia de la de Sócrates, que aceptó la suya. Pero creo que ésta es la razón de que exista algo... "y no más bien la nada", como diría Heidegger: sencillamente, porque así es mejor. Ninguna filosofía debería ignorar este hecho, tan primitivo que lo confundimos con un barbarismo salvaje. Según la naturaleza, es mejor ser que no ser, la vida que la muerte, y la salud que la enfermedad.

Y hasta aquí alcanzo, de momento.

Las posibilidades. La inteligencia artificial. Un mensaje por los altavoces del Corte Inglés.

A cuenta de las posibilidades me referiré sólo al Universo entendido según la física moderna, sin embargo de los paralelismos que se puedan hacer en cualquier otro sentido.

Al cosmos, o Universo, lo conocemos por un pequeño número de constantes empíricas fundamentales, como la velocidad de la luz, la escala Kelvin de temperatura, o la carga eléctrica del protón, que guardan entre sí proporciones expresadas mediante un conjunto de ecuaciones matemáticas llamadas Modelo Estándar, o también física moderna. Conocemos las que son y lo que miden, pero no por qué lo son, ni por qué miden lo que miden, ni tampoco por qué razón guardan la que guardan. A priori no existe ninguna para que la velocidad de la luz sea la que es, ni sabemos por qué hay doscientos setenta y tres grados Kelvin entre los cero grados Celsius y el cero termodinámico, el punto inalcanzable en el que los electrones se paralizan en sus órbitas alrededor del núcleo atómico. Estas constantes parecen arbitrarias, pero sobre ellas se construye la vida biológica, la tabla periódica de los elementos, el planeta Tierra y el Universo conocido. Y digo parecen arbitrarias porque, si no fueran las que son, no existirían ninguno de aquéllos. Un decimal de más o menos podría determinar que los átomos de carbono no dieran origen a aminoácidos, polipéptidos y proteínas, moléculas imprescindibles para los seres vivos.

Hagamos tabla rasa con un experimento imaginario, situándonos en el lugar De Dios en el momento de la Creación, cuando eligió, como los parámetros de una función, cuántas eran y qué iban a medir estas constantes que hoy conocemos. Pudo haber

elegido algunas más o menos, incluso diferentes medidas para cada una de ellas; de hecho, pudo no haber creado nada, o creado otra realidad compuesta por elementos que no fueran físicos o sensoriales; esto es, pudo no haber creado ni espacio-tiempo ni materia, y sin embargo *crear*... otra realidad de la conocida. Lo que me interesa resaltar de esto es que, desde ese punto de vista, el De Dios al dar origen a la Creación, sus posibilidades eran infinitas, y que, de éstas, sólo conocemos una, que fue la que nos hizo no sólo posibles, sino reales; una sola posibilidad entendida como un conjunto de constantes cuyas proporciones matemáticas dieron origen a seres vivos como nosotros. Si de infinitas que eran *en potencia*, como diría Aristóteles, sólo una es real en *acto*... yo infiero que es la *única posible*. Leibniz lo dijo de otra manera; dijo que éste es el mejor de los mundos posibles. Cambiad mejor por único y sabréis lo que intento decir. Lean los interesados en enredarse con este tema en aquel tartamudeo y en aquel farfuleo de Aristóteles sobre un viejo combate naval. La vida es puro destino, porque sólo hay una posible.

Tal y como la conocemos. Considero un error característico del orgullo científico suponer que la realidad se limita a la que conocemos. Que nosotros, los seres humanos que han llegado a medir y a calcular el Universo, sus medidas y sus proporciones, tengamos esta perspectiva de él, no significa que sea la única posible. Ni siquiera las matemáticas más puras, el modelo de perfección en el que se miran todas las ciencias, serían posibles si no hubiera ni espacio-tiempo, ni materia; las hemos aprendido de manera empírica, contando los días y las manzanas, y luego hemos aprendido a separarlas de los unos y de las otras; la geometría euclidiana, aquella en la que lo definido y la definición son una y la misma cosa, la del cuadrado y el círculo perfectos, no es sólo un Ideal: también es una *idealización*. Consulten además los interesados las dos versiones del principio antrópico, la débil y la fuerte. La que yo recuerdo dice que si el Universo no fuera como es, no estaríamos aquí para preguntar por qué es tal y cómo es. Para la mentalidad de un físico moderno, equivale a decir que la respuesta es la causa de la pregunta, y no al revés.

Si hay un juego peligroso es el de jugar a ser Dios, o a suplantarlo, que es precisamente la ocupación del progreso técnico-científico humano; no seré yo quien lo critique, porque sin su ayuda la muerte volvería a ser un hecho tan frecuente como lo ha sido durante el resto de la Historia humana, cuando no se conocían ni los antibióticos ni la importancia de la higiene pública; pero sí considero muy criticables sus excesos, más aún, extremadamente peligrosos. Se sabe que algunos griegos atribuyeron la derrota de Jerjes a su *hubrys* contra el Helesponto, cuando pasó tanto miedo al cruzar ese brazo de mar que mandó echarlo unos grilletes. El caso moderno, aunque pueda parecer paradójico, es exactamente el mismo: la *hubrys* del progreso nos derrota por nuestro maltrato al mundo natural; no me refiero sólo a los cambios en el clima; otro ejemplo es la pandemia de coronavirus, de la que se puede construir un caso no sólo verosímil y creíble, sino incluso probable⁶, sobre su origen en un laboratorio de virología en Wuhan, China. Un laboratorio que parece que fue llevado con descuido en cuanto al cumplimiento de los protocolos de seguridad, según consta en las repetidas inspecciones, y del que el virus de marras muy bien pudo liberarse por accidente. Y de la amenaza termonuclear, una amenaza más antigua, tampoco estamos libres. Pero quiero hablar sobre el empeño moderno en construir máquinas “pensantes”, la llamada Inteligencia Artificial.

Para empezar, yo no creo que sea posible separar la inteligencia de la vida, aunque no haya todavía una definición clara y científica de ninguna de las dos. El Santo Padre Francisco, fue educado en una orden, la de los jesuitas, que exige el mayor sacrificio que se le puede pedir a un intelectual: el sacrificio de su inteligencia. En el caso de la Artificial, yo estoy completamente a favor de sacrificarla en pro de la vida y la verdad; es decir, si yo pudiera elegir entre la inteligencia y la vida, elegiría la vida. No se puede hacer de nuestra mente una herramienta, es una de las falacias más comunes y simplistas. La

⁶ Comprueben los interesados los trabajos de Nicholas Wade sobre la morfología de este coronavirus.

inteligencia humana se resiste, en cada uno de nosotros, a ser dominada. Una de mis compañeras de oficina solía decir de buenas a primeras:

- ¡Qué ganas tengo de no tener gana de lo que tanta gana tengo!

El cuerpo y la mente forman un matrimonio conflictivo e inseparable; a veces domina uno sobre la otra y al revés. Cuanto más se los trata de acallar, con más fuerza gritan. Los cuerdos, me dijo mi primo Jorge, sicólogo y educador, se acaban suicidando. La Esperanza, la Vida, el Compromiso, la Fe o *pystis*, son realidades que ninguna máquina comprenderá jamás, a menos que comparta con nosotros una sobre la que sólo Dios tiene derechos, que es la vida, la nuestra y la de todos; es un fenómeno siempre sagrado, dónde quiera que se lo halle. Y no todo en la vida es amor, ni felicidad, ni amistad; pero es lo único que merece la pena de todo lo visible, hasta dónde alcanza nuestra vista. Una máquina jamás será inteligente. Y es una irresponsabilidad muy peligrosa poner en sus manos decisiones que nos afectan a todos. Intentar dotar de poder e inteligencia a una máquina me parece la mayor de las blasfemias, desde que el mundo es mundo y lo habita un ser al que llamamos Homo Sapiens. No creo que haya una mayor perversión ni enajenación de nuestra naturaleza, la única con el privilegio de hablar y la única capaz de conocer y reconocer, en cierta medida, la verdad, que intentar construir una máquina que nos ahorre el trabajo de hacerlo; el trabajo de pensar y de conducirnos de manera sabia, un destino del que a veces nos gustaría escapar, pero que es el que nos corresponde por nacimiento. Cuánto pesa la corona, dicen a veces los reyes de este mundo; pero nosotros, en nuestra locura, estamos deseando entregársela a un mecanismo, a un autómatas, por tal de aligerar ese peso. Tengo para mí que, aunque Dios lloviera reinos sobre nuestras cabezas, ninguno asentaría bien en una máquina inerte. Los que trabajan en desarrollar la Inteligencia Artificial son los mismos atenienses inicuos que prefirieron acallar la sabiduría que tanto les molestaba invitando a Sócrates a beber la cicuta o a traicionar todo aquello por lo que vivió y murió, sencillamente porque no quisieron tomarse la molestia de pensar. Ése trabajo se lo dejaron al verdugo. El que no conoce la vida, no puede conocer.

En fin. Para terminar de dar la peonada de hoy no quiero dejar de poner un punto humorístico. Me parece importante para mí no acabar de perder la gracia, la poca o la mucha, según le parezca al lector, que tienen algunas cosas de Granada. Entre otros motivos, porque mi trabajo viene siendo con cada vez mayor frecuencia no entrar al trapo de las provocaciones. Pensaba escribir sobre el alma, y examinar las perspectivas sobre ella que hemos heredado de las religiones y las filosofías antiguas, hasta donde yo las conozco. Pero voy a terminar con un mensaje que acabo de escuchar por los altavoces del Corte Inglés, cuando buscaba entre las estanterías un paquete de filtros para el café, después de llevar todo el día recorriendo colmados chinos que me cogen más cerca. El mensaje en cuestión decía así, con una dulce voz femenina:

-Gracias por utilizar nuestros servicios...

Jorge me enseñó muchos de los secretos más sucios de Granada, por el tiempo que dediqué a recorrer sus calles con él, siempre en busca de algo de hachís, de alcohol y de líos y de problemas. Fue para mí un descubrimiento, no sólo la droga, si no mirar el mundo subterráneo que conlleva, y su delincuencia y su locura. Es tan horroroso como todo el mundo lo pinta, pero bajo sus efectos tuve la impresión de que nunca había visto las calles de Granada, tal y como son en realidad. Esto fue sólo al principio, todo lo demás fue de mal en peor. Creo que es otra de las paradojas de la vida que no se pueda conocer el bien sin conocer el mal. Lo cierto es que cuando uno se convierte en drogadicto, puede llegar a perder la capacidad para distinguirlos, así como para separar lo real de lo delirante.

Al caso al que viene el inciso es el que me contó sobre los usos que se daban, en aquellos tiempos al menos, a los servicios del Corte Inglés, que no eran todos tan dignos y tan sanitarios como el de aliviarse las tripas; según me dijo, la comunidad homosexual -mi primo empleó otro término, ya se pueden imaginar cuál- los utilizaba para mantener relaciones con extraños, con amigos, o con amantes. Ya he dicho que no tengo nada en contra de la comunidad homosexual, de hecho, soy una persona que le da muy poquita importancia al sexo, seguramente menos de la que se le debe. En fin, sabiendo lo que sé

y lo que ahora sabe el lector, sólo queda manifestar que no termina de saber uno cómo tomarse que le den las gracias por utilizar los servicios del Corte Inglés de Granada. Pero que sí puedo afirmar con seguridad que es el único establecimiento que hoy ofrecía por el centro los filtros para el café que yo buscaba.

El amor. Hasta que el cuerpo aguante. Margaritas a los cerdos.

Bien mirado, el mundo es un inmenso vacío que la gran mayoría de la gente intenta llenar con excusas. Yo mismo he sido una de las grandes de este gobierno para la colusión en el delito o la mentira más rentables o convenientes. Con sólo enchufar la tele o la radio te das cuenta del ritmo que llevan y cuánto más perentorio y preocupado, más deprisa es que se desinflan aquéllas. Los pocos que lo intentan llenar con amor suelen ser sus más desengañados.

Acabo de ver a ¿cómo se llama? Al tío del capitán Alatraste... Arturo Pérez Reverte. En la tele, me refiero. Lo aclaro porque, en el arte, la obra es el autor y el autor es la obra; de manera que, habiéndole leído, ya le conocía, y no necesitaba verle en la tele.

Salía para decir lo mucho que le interesan el demonio, las virtudes de "*killer*" de Pedro Sánchez, y la cultura de Pablito Iglesias, que para mí tengo que es la del cultureta de barrio, el típico poeta local que se pasea en chanclas y apestando a marihuana. Yo no estuve allí, por aquella época yo debía de tener dieciocho años, pero gracias a gente como él, que sí lo estuvo, todavía recuerdo aquel pobre chaval al que dispararon desde un piso franco en Sarajevo, y que siguió gritando desde la puerta delantera -abierta- del coche junto al que lo derribaron. De hecho, el comienzo de la edición del Hormiguero, con Pablo Motos, en la que entrevistaron al escritor me recordó el incidente porque consistió en el acto de serrar por la mitad un coche gris, como aquél de Sarajevo. El periodista que grabó la escena experimentó reparos a la hora de difundirla, pero fue el

deseo expreso de la familia del fallecido que se le diera la mayor publicidad, para que la gente supiera lo que estaba pasando allí. Por estas cosas que dice Don Arturo, académico de la lengua, importante y celebrada autoridad de las letras españolas, da la impresión de que no aprendió nada ni de aquel grito de agonía, ni en todos los años que pasó retratando el dolor ajeno; sabe ahora lo mismo que sabía entonces, es decir, cómo se hacen negocios con él. Para rematar el esperpento, Pablo Motos le preguntó si había hecho el amor muy a menudo en aquel festival de sangre y de dolor que fue la guerra civil yugoslava. Esas tenemos.

Del mío, es decir, de mi amor, he de confesar que muchos días le pido perdón a Dios por haberme obstinado en él. Quiero decir que ella vivía con otro, en el pequeño pueblo de Alfacar, al norte de la ciudad de Granada, en el número dos de una calle que se llamaba Granados. Era una edificación pequeña, ruinoso y solitaria, colindante con un descampado. Y su dueño, un hombre llamado Jaime. Fue él quien acabó rompiéndome la cara, pero es a él al que le pido perdón delante de Dios en esos días, y no a ella. Me lo merecía, entre otras cosas por la soberbia con la que quise avasallarle, y por los perjuicios, de cualquier tipo, que yo le haya causado.

Tampoco me he convertido en uno de esos que me encuentro de vez en cuándo por la vida, que dicen reírse del amor. Ya he dicho que no sé mucho de él, tal y como lo entiende Pablo Motos. Pero soy mayorcito, y no ando fardando con cuantas mujeres estuve, ni mucho menos de con cuántas pude haber estado. A muchos hombres los sacan en la tele para que cuenten su sufrimiento en la lucha victoriosa que han librado por convertirse en mujeres. Yo he luchado toda mi vida por convertirme en un hombre, a pesar de haber nacido en un cuerpo completamente masculino. Ahora tengo cuarenta y seis años, y sigo siendo humano. Eso es todo lo que me importa de mí, en esta edad. No sé los que tiene Pablo Motos, pero a mí me parece que no está para dar muchas lecciones de amor, aunque provengan de un petardo inglés como Bernard Shaw. Ni aquí ni en el maravilloso mundo de Disney lo tienen por tal si no pueden convertirlo en un espectáculo fabuloso con el que hacer dinero. Es un mal endémico, una especie de

epidemia intelectual, el que haya tanta gente en el televisor tan ansiosa por enseñar - política, sicología, economía, derecho y lo que se tercié- que nadie parece tomarse el tiempo y las molestias necesarios para aprender.

Pero quiero decir algo en descargo de Arturo Pérez Reverte y es que a día de hoy sólo vende su propio sudor, el que le cuesta escribir sus novelas. Pero allí, en Sarajevo, se debieron de pagar con creces hasta los más mínimos actos de humanidad o decencia. En las guerras es peligroso permitirlos. Por eso tiene más delito que le sigan resultando interesantes las virtudes que conducen a ellas, que son siempre cosas como lo carismático que es el demonio, las virtudes del “killer” que es Pedro Sánchez, la locuacidad de Pablito Iglesias... sí, las virtudes entendidas en el sentido renacentista. De las cuales siempre he pensado que al que le dan igual tanto las armas como las letras lo único que le importa es el virtuosismo con el que se las maneja.

Ahora que todos, quién más quién menos, hemos tenido o tenemos los huevos de corbata, a causa del coronavirus, a causa del volcán de la Palma, a causa de las cifras del paro, o de cualquier otra fobia más personal e intransferible, repasando por la wikipedia las edades geológicas de este planeta di con algo que se llama *La gran extinción del terciario*. Empecé a rebuscar a causa del clima porque es probable que la humanidad, si no se acaba extinguiendo, compruebe que la gente de nuestra época, la del siglo XX hasta nuestros días, haya provocado una nueva edad geológica en la Tierra, a la que tendrán que bautizar según les parezca⁷. Según la wikipedia, en dicho periodo murió el noventa y cinco por ciento de la vida sobre la faz de este lugar. Nadie sabe con certeza la causa; puede que se debiera a una coincidencia de múltiples factores. Pero no es esto de lo que quiero hablar. El punto central que traigo a colación es la inmensa capacidad de resistencia y adaptación que demuestra la vida, en todos los órdenes.

⁷ Al año de haber terminado este libro, sin haberlo aún publicado, el consenso general de la comunidad científica bautizaba esta nueva edad geológica como *Antropoceno*.

Me gusta cultivar geranios. Se me da bien. Tengo dos macetazos mastodónticos y los dos son de plantas que cualquier jardinero aficionado hubiera descartado y hubiera desechado como definitivamente muertas. Una de ellas, incluso, llegó a perder toda la mata y no quedó visible de ella nada que asomase sobre su tierra; fue a causa de una plaga que transmite una polilla grisácea, parduzca, la polilla del geranio, como la llaman. En primavera, en la época de floración, cuando se la vea rondar por la terraza hay que rociar las plantas con un líquido que mata sus larvas. Se consigue sin mayor dificultad en una tienda de jardinería, fitosanitarios o fertilizantes comunes.

A esta maceta le salió un día un tímido tallo que por el verde color claro, el de la hoja con la que saludaba, daba clara señal de estar sano. Era como si el geranio le hubiera dado un gorrazo a la polilla, y con esto no me refiero más que a la manera con la que el vecino de cierto personaje en *Lazarillo* de Tormes se quitaba el sombrero para saludar a otro, al tiempo que le decía:

-Manténgaos Dios, buen hombre.

Lo cual provocaba la rabia de este otro personaje, porque daba en pensar que en el saludo estaba la malicia de decirle que no podría mantenerse de otra manera, dado el miserable estado de ruina de los solares que descuidó por su holgazanería hidalga; hasta que un día se le echó encima y tuvo más que palabras con él. Este es el sentido original de la palabra sombrero, el descubrirse en señal de saludo o respeto.

Ese geranio, con tiempo y mimo, llegó a ser, junto con su gemelo, la planta más grande que hoy hay en mi balcón. He comprobado que los cultivos que sufren en cierta medida, por las causas que sean, en cuanto la tierra y el agua les dan un respiro, y mejoran sus condiciones de vida, florecen con redoblada fuerza. A lo que viene toda esta digresión es al asunto del lotero. Me refiero al viejecillo del bastón y la mala pata. De ayuso quedó dicho que al no verle durante todo un año, el de lo peor de la pandemia china, no esperaba volverle a ver. Pero contra toda mi lógica, hará un par de semanas que me lo encontré por el lugar habitual de su mendicidad. Es algo que he visto suceder muy a

menudo. Gente que malvive en la calle, con su peligro, su insania y su delito, entierra muchas veces a vidas aparentemente lozanas y prósperas. Es un testimonio a favor del poder y la fuerza de la vida comprobar que hay gente deshecha que sigue pidiendo tabaco o algunas monedas mucho después de que algunos que prefieren no reparar en ellos haya sido enterrada. Me alegro por este hombre, pero también por muchos que he visto resistir hasta la última gota de su sangre, en medio de su inimaginable calamidad personal, mientras el mundo, a su alrededor, festejaba y se entretenía con polladas.

Yo me planteo si merece la pena seguir con esto. Ayer le dije a un amigo que es como echar margaritas a los cerdos, que prefieren la mierda. Y lo digo porque sé que mientras lo escribo, lo leen y reaccionan en consecuencia; y a muchos de los que lo hacen les molesta, y algo más, que se piense con el corazón y con la cabeza, y no con los genitales o con la cuenta corriente del banco. Por lo que cada mañana me veo en la obligación de hacerles frente desde punto y hora que piso el tranco de la calle. Como hoy, sábado dieciséis de octubre de 2,021. La ministra Robles me ha mandado un pelotón de cadetes para que me insulten de manera pública y bien a la vista de todos al pasar corriendo por mi lado.

Un antiguo cuarteto castellano señaló los dos modos que de ganar el Cielo había en su época:

Los nobles e caballeros

Peleando contra moros

Los plebeyos con sus diezmos

E los curas e los frailes

Con sus rezos, y sus lloros...

A pocos días de llegado a Rota el último avión repleto de afganos sacados de la barbarie de su país, un musulmán somalí ha matado a cuchilladas a un MP católico en

una iglesia metodista de Londres mientras Boris Johnson se lucía por Marbella. La sociedad española lleva muy a gala cuidar de los afganos que nos ayudaron en esa guerra. Pero nadie parece haberles dado una explicación coherente de por qué, es decir, para qué la emprendimos. Porque nadie la tiene. Nada ha cambiado en Afganistán. Lo único que hicimos fue regarlo con más sangre y cubrirlo de más cadáveres. Y ahora que salimos por patas, presumimos de nuestra humanidad y nuestra decencia. En Valencia, donde hoy se celebra triunfalmente y por todo lo alto un Congreso Federal del P.S.O.E, tienen un refrán que señala perfectamente las ocasiones oportunas: *els diners i els collons per a les ocasions*, el dinero y los cojones son para las ocasiones. Si yo tuviera una forma privada de hacérselo llegar a la ministra de Defensa, lo haría esta misma noche.

En fin, en el caso de Zapatero y Sánchez sucede que, no pudiendo presumir de cojones, presumen de humanitarios. Y en el caso específico de Sánchez yo diría que, si no pudiera presumir de feminista, presumiría de machista. Y cuando él y sus compinches se hayan gastado todo nuestro dinero en presumir, empezaremos a sacar las andas del Cristo en rogativas para que llueva y tengamos algo de pan que llevarnos a la boca. Porque es la primera medicina del mundo y la más efectiva. Más aún que las vacunas o los antibióticos.

La economía. Sobre la verdad. La prostitución.

La perspectiva económica es inflacionaria. Esto lo puede decir cualquier gurú para hacerse el interesante, como los antiguos oráculos de la Grecia más arcaica y misteriosa. Lo que significa, en realidad, es bien sencillo: es previsible que el dinero pierda valor; me refiero al euro, la moneda comunitaria, porque es la que utilizamos aquí. Esto puede suceder por muchas razones, pero la primera y principal es que el dinero es sólo un

medio de intercambio, es decir, lo utilizamos para intercambiar los bienes reales, como la cesta de la compra y todo lo demás. El dinero en sí no tiene valor; una moneda de un euro no es más que un trozo de níquel, cuyo mínimo valor posible es lo que valga este metal, pagado al peso. En la antigüedad se utilizaban metales que, dependiendo de lo preciosos que eran (oro, plata, bronce, cobre) marcaban su valor. Por ejemplo, el sólido del bajo Imperio Romano contenía una cantidad tasada de oro; y se conoce que algunos avispados limaban los bordes de las monedas para rebañar un poquito de este metal porque el de algunas de las desenterradas de aquella época lo muestra claramente.

En tiempos modernos no se utilizan estos metales. En la ciudad granadina de Alhama, durante la conquista de la ciudad, el dueño de la plaza arrebatada a los moros, ante los asedios de aquéllos para reconquistarla, tuvo que idear un método para que los habitantes locales y la soldadesca de la guarnición no se sacaran los ojos, engendrando disputas internas que pudieran minar la moral de resistencia, de manera que los primeros tuvieran la seguridad de recibir un precio justo y los segundos pudieran comprarles carne, pan y vino. Empezó a firmar papeles que eran, en realidad, una promesa respaldada por su autoridad, la de un noble castellano. Estos papeles eran el registro de los intercambios realizados que luego, una vez conquistada Granada, el noble se ocupó de sustanciar en maravedís a cuenta del tesoro Real.

El experimento⁸ para apaciguar los ánimos resultó tan provechoso que hoy se lo utiliza de manera universal. El dólar norteamericano tiene una raíz hispana: si no recuerdo mal,

⁸ En realidad, el proceso fue el mismo por el que se originó la escritura, cuyo primer vestigio conocido es la cuneiforme. De la Sumeria arcaica se han encontrado tablillas inscritas con un registro minucioso de las compraventas del tesoro real. Así también el egipcio, otro pueblo semita como el sumerio, fue de los primeros en escribir. De hecho, el primer alfabeto impreso fue de origen fenicio, una evolución de la escritura sumeria y egipcia. De ahí pasó a Creta, Jonia, las Cícladas y toda la Hélade, siempre la gran beneficiara y consumada refinadora de las mejores prácticas y experimentos de sus vecinos. El

era cierta medida de plata española, que en el billete era expresada en un papel firmado por una autoridad competente. El dólar acabó abandonando el patrón oro, como lo llaman los gurús; que no significa más que decir de que a partir de entonces dejaron de medir su valor según el precio del oro; o lo que es lo mismo, la cantidad de oro que se pagaba a cambio de cada billete de dólar y viceversa. Winston Churchill, con su típico orgullo imperialista, se obstinó en mantener el patrón oro para la libra cuando fue *Chancellor of The Exchequer* en la época de entreguerras.

Que vivimos en un panorama con perspectiva inflacionaria no significa otra cosa más que se prevé que el dinero vaya perdiendo valor de aquí en adelante, y hasta donde es previsible. Ya se ha dicho que sucede por múltiples causas. Por ejemplo, Venezuela, que tiene más petróleo que nadie en América, apoyada por esa industria, valor refugio, se dedicó a regalar su moneda dentro de su país para satisfacer a todo el mundo, chicos y grandes, pobres y ricos. Con esa política regalista el bolívar empezó a perder su valor. Por lo arbitrario de su distribución, pero también por otras razones. El precio al que se pagaba el petróleo estuvo muy bajo en el mercado. Y, además, si bien recuerdo, Estados Unidos restringió su compra como castigo por encarcelar a opositores internos y quebrantar los derechos de sus ciudadanos.

Contra este dinero barato, lo único que puede hacer un Banco Central es encarecerlo subiendo los tipos de interés, es decir cobrar más por cada billete que imprime a quienes se los distribuye, como la banca privada. Esta endogamia económica se ha de

Mediterráneo oriental era un punto de intercambio mercantil, lingüístico y religioso. En él se cruzaban las dos grandes culturas del Creciente Fértil, de raíz semita, con los pueblos indoeuropeos, de raíz esteparia y los primeros domadores del caballo. También tuvo su ruta de la seda y de las especies indias, que en la Antigüedad se conocía como ruta o camino de los Reyes. Saliendo de Babilonia y el resto de Súmer, pasaba por la ciudad de Palmira, en la Siria actual, bajaba por Palestina y cruzando el Sinaí llegaba hasta Egipto, y de ahí a toda Libia, el Sahel y la cuenca alta del río Nilo. Es posible que la fiesta de la Epifanía del Señor, el seis de enero, esté relacionada con esta ruta o camino Real.

contrapesar, lógicamente, con bienes del exterior del país como, por ejemplo, divisas extranjeras, o con esos valores reales y seguros como el oro y otras especies. Pero en el caso de Venezuela, y por seguir con el paralelismo de Alhama, no hubo en el exterior del país ningún tesoro real con el que substanciar sus deudas internas, si no Rusia e Irán, que son los que hoy lo mantienen en pie. De manera que su moneda no vale nada y tienen que juntar como... pues yo no sé, quizá millones de bolívares para comprar pañales.

Pero esto está sucediendo de manera generalizada. Los excesos de la F.E.D., desde Obama en adelante, son un riesgo para todo el planeta. A lo que me refiero es a que allí se dedicaron a imprimir moneda como locos para salir de la crisis de las hipotecas *sub prime* y desde entonces no han dejado de hacerlo. Trump lo empeoró todo presionando por un dinero barato y desregulando el mercado financiero, que fue como reabrir la verja de la especulación rapaz y fraudulenta. No sólo rebajó los impuestos a los grandes emporios milbillonarios, también incrementó el gasto público, que en Defensa llegó a alcanzar, si no recuerdo mal, seiscientos billones de dólares. Si uno ingresa menos, pero gasta más, su dinero mengua, evidentemente. Llegué a leer en algún periódico estadounidense que lo único que sostenía el valor del dólar era la reputación monetaria del país, y el valor refugio de su moneda. Si hubiera sido cualquier otro, la cotización de su moneda estaría por los suelos. Ahora, todavía renqueando del coronavirus, Biden quiere gastar todavía más para paliar la situación. Imprimir billetes sin freno y ponerlos a disposición de cualquiera es la misma manera que tuvo Venezuela de regalarlos. El tan denostado austericidio europeo que ejerció el B.C.E. fue la política contraria. El Banco Central se resistió a regalar su moneda, hasta que llegó un punto en que Mario Draghi se sacudió el yugo alemán y puso remedio; en Alemania le tienen pánico a la inflación por muchos motivos. Uno de ellos puede ser el tabú sicológico del nazismo, cuyo éxito populista fue, en gran medida, el resultado de la inflación desbocada del marco después de la primera guerra mundial y el crack de la bolsa de 1929.

Cuando se vive en un panorama con perspectiva inflacionaria, lo mejor que se puede hacer es invertir en los bienes reales, aquellos que se intercambian mediante el dinero. El oro, por ejemplo, es un recurso siempre seguro. Porque resulta que a medida que la moneda pierde su valor, el precio de todos aquéllos, como el oro, o los huevos de corral, digámoslo así, se dispara. Por eso sube el precio del pan, y el de la tortilla opresora, que dirían los catalanes: porque la moneda vale menos, y hay que juntar más para comprar lo de todos los días. Con lo cual, la onza de oro que ayer se compró por X, en época inflacionaria se dispara de precio, y se la puede vender sacándole porcentajes de beneficio enormes, que te ayuden en el manejo diario del efectivo y la manutención. Lo cual no se puede hacer siempre con los bienes perecederos, como son los agroalimentarios, que tarde o temprano se echan a perder en el frigorífico; y además dependen de factores como el clima y la estacionalidad. Pero con el calentamiento de la atmósfera y los mares, año tras año se merma la fertilidad de la tierra y se envenenan el aire y el agua. Por si esto fuera poco, se le suma encima el embotellamiento del tráfico internacional de mercancías, que a día de hoy está dejando en los muelles barcos cargados de contenedores que no pueden soltar amarras por el desajuste producido entre la oferta y la demanda; desajuste debido al parón repentino e inmediato de todo el comercio mundial, cuando se declaró la epidemia, durante el cual todos los proveedores de mercancías tuvieron que replantearse sus planes; se pararon fábricas y algunas se rediseñaron según las circunstancias y las previsiones de aquellos meses, hace apenas un año y medio; y cuando hemos querido retomar "la nueva normalidad", tan repentina e inmediatamente como la paramos, las fábricas tienen que deshacer lo que hicieron, algunas de ellas más que las que supieron planificar inteligentemente para esta "nueva normalidad". La actividad se retoma una vez vacunada la población de los países desarrollados, pero sobre estos sigue planeando la amenaza de una mutación del virus en los subdesarrollados, donde la gente no se inmuniza por muy diversas razones, desde la falta de viales y dosis hasta la superstición religiosa. No voy a hablar de la energía, cuyo precio al alza es el que está generando, en España y otros países, el encarecimiento

de los bienes. Lo que es yo, la seguiré pagando mientras pueda. Desearía que en la azotea de mi comunidad se instalaran placas solares para reducir el gasto en la medida de lo posible. Pero existe, claro está, la estúpida legislación municipal, cuya burocracia no permite estropear el paisaje urbano. Si quieren que les diga lo que pienso, vivo en un bloque que es todo un insulto a la belleza urbana. Es imposible que unas placas solares lo empeoren.

En fin, por cosas como éstas es por las que se deben odiar las mentiras más que ninguna otra cosa. Yo personalmente, prefiero un borracho que dice lo que piensa a una persona sobria e insincera. Por cosas como éstas tampoco se deben regalar micrófonos a los periodistas como si fueran chupa-chups para los niños, niñas y niñes, como hacen en la Sexta. Muchos profesores universitarios de filosofía piensan en la verdad en términos académicos; pero cuando se vive al pie de la calle, te das cuenta de que nuestra vida, nuestro pan y el de nuestros hijos, depende más de ella que del magisterio sobre la misma que pueda ejercer un profesor universitario, que lo único que hace es pagarse el suyo. La verdad, como la filosofía, no es una antigualla de la Grecia clásica. Porque muchos desastres que nos aquejan como sociedad provienen, para empezar, de la insinceridad; una actitud que, como principio, garantiza que la verdad no le importa al que la adopta. Solemos dar por sentado, y además tolerar y legitimar, una prensa libre; pero lo que damos por sentado y legitimamos cotidianamente es la libertad de la prensa para ocultar, mentir y manipular, según sean sus intereses materiales. Un periódico es una empresa; y ninguna empresa funciona sin dinero. Y en una gran medida, viene siendo costumbre que a la verdad se la tuerza y se la manipule por intereses que no tienen nada que ver con ella. Y que se tolere su malversación o su prevaricación en un debate público. Los encargados de conducir la máquina limpiadora por las calles y plazas del centro de la ciudad paraban en el bar donde yo tomaba algo más que café hace ya muchos años. Cuando pedían el Ideal, un viejo periódico de Granada, lo llamaban burlonamente *el mentiroso*:

- ¡Deja de venderles el agujero del donut y acércame el mentiroso, coño!

Pero el uso está generalmente extendido y autorizado. Hoy en día, la verdad es como una olla de quisquillas motrileñas en la cocina de un restaurante. Hay que hervirlas. Yo las prefiero a la plancha, y sobre ella hay que salar las quisquillas mientras se queman. Y luego, en la mesa, averiguar quién las quiere con limón y quién no antes de exprimirlas sobre toda la bandeja, una vez servida. Y para comerlas, es menester quitarles la cabeza para chupar su interior; y luego la cáscara y las raspaduras, para meterse en la boca todo el cuerpo hervido o salado, rociado y descascarillado.

Es diferente la mentira de la estupidez. Quiero decir con esto que la mentira es inexcusable, pero no la estupidez, porque equivocarse debería ser siempre un derecho tan sacrosanto como el sentido del humor; y me resisto a creer que tengamos más periodistas estúpidos que maliciosamente interesados, especialmente en un país donde todos se las dan de listos. Santo Tomás definió la verdad como la adecuación de la mente a la cosa; yo definiría la inteligencia como la capacidad para reconocer la verdad donde quiera que se la encuentre. Y la virtud como la capacidad de actuar en consecuencia y vivir conforme a ella.

Para terminar mi peonada, hablaré sobre la prostitución -sexual, que no intelectual-, que el gobierno pretende ilegalizar. Aclaro las cosas desde un principio: he probado los tres sexos, el femenino, el masculino y el neutro, que lo llaman transexual. Concretando más, las personas las prefiero con tetas, tengan lo que tengan en la entrepierna. Personalmente soy liberal en cuanto a la sexualidad; considero que el pecado está en el daño que los seres humanos se infligen los unos a los otros, no en el placer que se dan en el disfrute y el goce de sus cuerpos. Como conozco bien la prostitución, puedo hablar de ella legítimamente: ilegalizarla sólo conducirá a ahondar en su marginalización. Las putas, putos e intermedios, tendrán que buscar refugios cada vez más delincuentes, miserables y peligrosos. Yo he de confesar que jamás maltraté a ninguna de las que me vendieron su cuerpo; ni tampoco les falté mínimamente al respeto. Algunas estaban allí porque necesitaban pagar su drogadicción; cuando una persona se engancha a las drogas, si es hombre suele recurrir al robo, con o sin violencia; si es mujer, le queda el

refugio de la prostitución. De manera que habría que examinar qué grado de voluntariedad existe en la decisión que toma una persona adicta a las drogas de prostituirse. Y luego están los negocios de esclavización sexual, del tipo que sea, ejercidos por mafias poderosas, que son harina de otro costal, porque empiezan por engañar a las mujeres, luego las enganchan a las drogas y si es menester, las amenazan a ellas o a sus familias, donde quiera que se encuentren. Negocios como estos no tienen un pase; y se los debe perseguir y criminalizar con todo el peso de la ley. También he hecho uso de sus servicios, pero me negué a rematar mi locura esnifando la coca que allí me ofrecieron, aunque ya iba de alcohol y de porros hasta el culo. Aunque, por mucho que lo intente, mi conciencia me dice que no tengo excusa ni por el grado hasta el que me drogué y me rebajé en estas ocasiones.

De modo que es cierto que algunas personas ejercen este negocio para poder pagarse la droga. Y debe de haber también las que lo hagan para pagarse el pan. Pero el reproche moral se lo hacen a ellas los que pretenden ilegalizarlas y el estigma social que imprimen en ellas y en los puteros.

???. Sobre la libertad. Las ínsulas.

Se necesita esperanza para vivir, pero no para escribir. Creo que la mejor escritura nace del escepticismo. El Quijote es un gran ejercicio de escepticismo, teñido con la guasa consecuente. Escepticismo hacia los valores caballerescos, los mismos que Cervantes encarnó en su vida soldadesca y errante. Si hay una vida caballeresca en el siglo XVI, Cervantes la vivió al pie del espíritu y de la letra; y al final de sus días, de buen humor se despidió de ella, y de los que escribían sobre ella sin haberla conocido; y se fue en paz a la tumba.

Yo suelo decir, como mucha gente, que el mejor dramaturgo moderno fue Shakespeare. Se dice que el mejor poeta es Dante, pero yo nunca he pasado de su

Inferno. Lo que nunca he oído decir es que el mejor prosista moderno, que no novelista, en cualquier lengua europea siempre es Don Miguel de Cervantes Saavedra. Una afirmación de la que no tengo ninguna duda. Antonio Carvajal, poeta granadino a cuyos seminarios asistí en mi juventud, apuntó durante ellos algo importante sobre la prosa de Cervantes: nos hemos acostumbrado a leer con los ojos; pero si se lee bien a Cervantes, se conoce que su prosa se respira perfectamente. Y que los pulmones del lector son parte de su perfección. Para mí, Cervantes es la cumbre del castellano que empezó a formarse con Gonzalo de Berceo, mío Cid, jarchas y glosas, Garcilaso, Teresa de Jesús, Nebrija... el de Don Miguel es el mejor de todos. Y yo le daría de muy buen gusto la medalla de haber pulido, cribado, tamizado el castellano de su época para producir nuestra lengua moderna. Cualquier otro texto contemporáneo que se le contraponga resulta más primitivo y remoto y con oscuridades puntuales que hacen más difícil su lectura a día de hoy. No sólo los de tipo caballeresco. También Lope de Vega, Calderón, Quevedo, Góngora, contienen residuos de un castellano arcaico. El de Cervantes es el más moderno, preclaro y luminoso.

Los que quieren quitarle hierro a Dios, y a la Biblia, suelen decir que sólo es un texto literario más, como cualquier otro. Pero con ello sólo demuestran su desconocimiento de lo que es un texto literario; y llevando al extremo esta afirmación, también ignoran lo que nos separa de los animales, que es la capacidad discursiva, la capacidad de hablar y dialogar entre nosotros. Lo mismo que las palabras que nos hacen humanos, un libro no es un juguete, ni tampoco un fetiche que regalar a los jóvenes, como ha hecho Sánchez con el bono cultural de cuatrocientos euros. Yo me abono a esa teoría que leí en un periódico, que dice que nada hay más peligroso en este mundo que un hombre que sabe leer y que practica a diario la lectura. Regalar cuatrocientos euros a los chavales para que se los gasten en leer, en ir al cine o al teatro, es como vender hachís en la puerta de un colegio: el resultado puede ser explosivo. Pero Sánchez todavía no lo sabe, porque es un adolescente de cuarenta y nueve años al que le va la marcha.

Yo me enamoré de la literatura con una edición infantil de *La isla misteriosa*, de Julio Verne. Los tres signos de interrogación que titulan este punto son los de la tarjeta con la que Los Tres Investigadores, Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Robert Andrews se presentaban a sus clientes. *Los Tres Investigadores*, que tenía el patronazgo -si no la autoría - de Alfred Hitchcock, fue de las primeras series novelescas que leí; *El Testamento Sorprendente* es el primero de sus títulos que se me viene a la cabeza. La serie narraba la historia de tres adolescentes norteamericanos dedicados resolver crímenes y misterios, algo así como las novelas de Agatha Christie, aunque en un nivel inferior. Cada título era la narración de uno de tales casos. Una mala edición de la novela titulada *El gran Sol de Mercurio* escrita por Isaac Asimov me dió mucho coraje, porque sus páginas, casi en la mitad del ejemplar, volvían hacia atrás y se repetían desde un punto que yo ya había pasado, de manera que el apasionante texto quedaba tronchado e incompleto.

Los hay que escriben por dinero; y los hay que ganan el premio Nobel. Por mí, como si el jurado sueco se mete un cartucho de dinamita por el culo y luego le prende la mecha. Digo cosas como esta por cosas como que la élite cultural francesa no sólo padece la típica endogamia literaria que se reparte los premios y el dinero; también está repleta de pederastas idolatrados por el mundillo intelectual francés. Por cosas como que el último ganador de habla castellana, Mario Vargas Llosa, no se lo merecía por su literatura. *La ciudad y los perros* no aguanta ni la más mínima comparación con cualquier texto de García Márquez. Y se le acaban de descubrir cuentas bancarias en paraísos fiscales. Siempre pensé de él que no sólo se vestía como un banquero, es que parecería un banquero hasta en bermudas. No hace mucho que Carlos Herrera le saludaba con cainita regocijo a primera hora en su programa de la C.O.P.E. Luego quiso vendernos el relato del abuso sexual al que un sacerdote le sometió de niño. Cuando la imaginación se agota, el recurso al victimismo sale rentable. Además, del amor de Isabel Preysler, con la que se casó en la vejez, después del Nobel, siempre he pensado que es frío, profesional e interesado, completamente digno de un prostíbulo de lujo; al contrario de lo que pienso del de Isabel Pantoja, al que el último pedazo del amor de su vida que le queda

en este mundo es su hijo Francisco; y de la que pienso que siempre ha sido más sincera y que ha amado, y consecuentemente, sufrido, muchísimo más que aquélla; pasó por la cárcel, mientras la otra se pasea por las fiestas de lujo de Madrid.

En este mundo hay hombres que se empeñan en ser mujeres, camareros que se dan los aires de un general de infantería, políticos que pasan de hacer fotocopias en la oficina del partido a ministros de Fomento. Es uno donde los ciegos se empeñan en ver y en salir de montería; donde los viejitos siguen corriendo la maratón con cien años, y si quieren mi opinión, poniéndose en ridículo y renunciando a la dignidad propia de su edad; y en resolución, donde los sordos se empeñan en escuchar y los que oyen fingen no haber oído; y que no tiene mudo que no hable por los codos.

Cuando en algunos casos este empeño de contrariar sale bien, es un milagro que no tiene precio, ni el oro más sagrado podría pagarlo. Es el caso de Beethoven, que se quedó sordo al empezar su carrera musical y hasta el día de hoy nadie ha escrito música tan increíblemente hermosa como la suya; en verdad, muchas de sus obras responden a esquemas simples; son como estribillos que se repiten en variaciones maravillosas al profundizar en el tema. Pero lo más doloroso de todo es que él se fue a la tumba sin haber escuchado ninguna de sus más grandes obras, ni tampoco los aplausos de su público. Así también, Dios puede parecernos sordo. Beethoven, como creador, no tiene parangón que en la música se le iguale. Pero ¿De qué fontana que no manaba bebía, a qué zarza ardiente que no se consumía escuchaba, desde qué profundo silencio cantaba el Gran Sordo la más grande música jamás creada?

A mí me confundieron con un general en Cataluña, y hablo de las altas instituciones del Estado. Pero no lo soy, ni se me dan bien las enemistades: padezco Síndrome de Addison, y no genero el cortisol necesario para defenderme físicamente. Quizás es por eso por lo que me confundieron con un general. Porque no pudiendo defenderme, he procurado, más que atacar o huir, no vivir con miedo, y si para ello considero necesario y oportuno pasarme a los que me rodean por el arco del triunfo, lo hago y punto. He comprendido

lo inerme de mi condición, y por eso prefiero -e intento- no temerle al destino que Dios me reserve, por muchos esbirros, cadetes y matones que este ridículo país me envíe.

También tengo que decir que durante una vida en la que me han tenido haciendo dibujicos como a los párvulos, y mirando manchas de Rosarch, he desarrollado el síndrome de la jaula de oro, es decir, un profundo temor al amor adulto, sincero y honesto, que también lo es a perder mi cómoda situación embarcándome en aventuras amorosas como el matrimonio. Mi primo Jorge, el del pueblo, se tenía que andar con cuidado en esas cuestiones; solía decir:

-Pum, pum... ¡Un churumbel! ¡Ni que fuera una broma!

Pero no me da ninguna vergüenza confesarlo, porque no pretendo irme a la tumba dándomelas de adulto, ni de sabio, ni de estoico. Procuraré aceptarla, cómo venga, dónde venga y cuándo venga. Y ya está. La preferiría como la prefería Julio César: rápida y sin tiempo para pensarla.

Una de las razones por las cuáles esto que escribo es un gran motivo de orgullo para mí es porque en una cloaca siquiátrica de Alicante donde yo estuve recluso y pintando monas con ceras por la época en la que El Curita y la alcaldesa de Valencia se paseaban en un deportivo de lujo por el circuito de Cheste... allí y entonces, digo, repito, sostengo, los terapeutas me recomendaron leer a un psiquiatra argentino de cuyo último título ya se habían vendido un millón de ejemplares. El libro, por llamarlo de alguna manera, se titulaba *Déjame que te cuente*, y es todo un monumento a la simpleza y a la ramplonería literaria. Y su éxito de ventas es todo un deshonor, profesional y moral, para la editorial que se enriqueció con él. Hubiera preferido leer *La ciudad de la euforia*, de Rodrigo Terrasa, que sólo ahora se publica y es, por lo que se dice, un retrato de aquella época en una Valencia que era moralmente odiosa. Una época que también es la del Arlequín, la Carmen de Mairena y el Yonki del dinero y otras hierbas. Pero ahora mismo no tengo el estómago necesario, y hay días en los que debo conservar las fuerzas hasta para digerir el arroz hervido.

La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres.

Son palabras de Cervantes en boca de Don Quijote.

Ubaldo Gutiérrez, de quien ya he hablado, impartió en el bachillerato, entre otras materias, la de Filosofía. He oído decir que siempre pensó de mí que yo era uno de sus alumnos más inteligentes, pero también de los más tontos. Yo me reservo la opinión que siempre tuve sobre su capacidad intelectual, porque esto que escribo no es un cuestionario para medir el cociente de los que lo leen, ni siquiera a ojo de buen cubero.

Nuestra libertad también depende de nuestra inteligencia, que es la que debería mandar sobre nuestro sudor. Porque hoy en día la libertad la granjea el dinero. Y *el pocero*, que no sabía ni leer ni escribir, hizo millones levantando de la nada un pueblo que hoy se llama Seseña. Si juntas los suficientes, puedes librarte de esa esclavitud bíblica que es el trabajo y buscarte otro tipo de problemas, como son la filosofía y esas cosas que no sirven para nada y que hicieron que Tales tropezara en un bache de Jonia mientras caminaba mirando el firmamento de Jonia.

El conocimiento moderno que convierte en más problemático y espinoso el tema de la libertad es el descubrimiento de la química del cerebro, y de cómo ésta nos condiciona para pensar, sentir, vivir, hablar y actuar. Lo mismo que el que se mete cocaína, el que se medica con benzodiacepinas o antidepresivos se está drogando y altera la química de su cerebro. Y se sabe, lo repito, que de ella dependen nuestras emociones, sentimientos, pensamientos y actos en la vida diaria. Es el cuestionamiento más directo de la libertad entendida en sentido canónico, que dice que somos unión de alma y cuerpo. Y que nuestra mejor parte es aquella primera, la cual, por definición, es inmaterial y por lo tanto libre de las ataduras de la carne, entre las que se incluye la química de nuestro cerebro; pero es también la parte que nos hace culpables de nuestros pecados y legalmente

responsables de nuestros actos. Es por esta creencia que hay ocasiones en la vida en las que hay que empeñarse en contrariar nuestras emociones y pensamientos, y mejor que no hacerle caso a nuestra cabeza, ir y obrar directamente en sentido opuesto de lo que nos sugiere. Por eso mucha gente que pasamos por ser de los más tontos, sabemos perfectamente lo que hacemos y decimos y pensamos, aunque no lo hagamos a voz en grito. Vuelvo a recurrir a Antonio Machado, para que lo diga mejor que yo:

*Es una tarde mustia y desabrida
de un otoño sin frutos, en la tierra
estéril y raída
donde la sombra de un centauro yerra.*

*Por un camino en la árida llanura,
entre álamos marchitos,
a solas con su sombra y su locura
va el loco, hablando a gritos.*

*Lejos se ven sombríos estepares,
colinas con malezas y cambrones,
y ruinas de viejos encinares,
coronando los agrios serrijones.*

*El loco vocífera
a solas con su sombra y su quimera.*

*Es horrible y grotesca su figura;
flaco, sucio, maltrecho y mal rapado,
ojos de calentura
iluminan su rostro demacrado.*

*Huye de la ciudad... Pobres maldades,
misérrimas virtudes y quehaceres
de chulos aburridos, y ruindades
de ociosos mercaderes.*

*Por los campos de Dios el loco avanza.
Tras la tierra esquelética y sequiza
-rojo de herrumbre y pardo de ceniza-
hay un sueño de lirio en lontananza.
Huye de la ciudad. ¡El tedio urbano!
- ¡carne triste y espíritu villano! -.*

*No fue por una trágica amargura
esta alma errante desgajada y rota;
purga un pecado ajeno: la cordura,
la terrible cordura del idiota.*

La firma sueca de mobiliario doméstico Ikea se anunció en la tele como un felpudo con el que limpiarse los zapatos antes de entrar en el domicilio personal: "Bienvenido a la

república independiente de tu casa". De mi literatura, soy de la opinión de que la mejor que llegué a escribir tan sólo fue un ejercicio completo y perfecto de libertad; pero de una libertad regia, es decir, privilegiada y digna del que manda en su casa y en su sudor. Y del que asume el riesgo de habitarla, defenderla y mantenerla. En otras palabras, la de todo un Rey, un monarca con todos los títulos de nobleza, por pequeña que sea su ínsula. Y así lo considero y lo estimo porque en todas las épocas y de manera egregiamente eterna ha sido un lujo peligroso decir lo que se piensa. Un lujo que, paradójicamente, nuestro Rey Don Felipe no siempre puede permitirse, no sólo por el bien de su Corona y su familia, si no por el de toda España. Pero lo más insultante de decir lo que se piensa, y lo que menos perdonan los hipócritas, es decirlo de manera hermosa y consecuente.

En la geografía de hoy ya no quedan ínsulas vírgenes, y las que se conocen te reciben a flechazos, como todas las que recibieron a los castellanos cuando descubrieron el Catay, Cipango y Xanadú. Ya no es posible un Mundo Nuevo, el hogar de los valientes, donde todo pueda empezarse de cero para construir una sociedad mejor que las que hemos dejado atrás, cruzando la Mar Océana. Mucha de la ilusión romántica y de la esperanza aventurera que fueron el motor del progreso de la Humanidad desde el Renacimiento, cada día tiene menos de auténtico y más de marchito, como una flor en el vaso de Rubén Darío. Galileo y Cristóbal Colón comenzaron algo que se extingue progresivamente, cada vez a más rápido paso. Ahora damos por buenas y heroicas las vacunas del coronavirus, y en verdad que lo son. Pero cada día el margen de la ilusión se estrecha, y no es por motivos socioeconómicos, o por diferencias culturales, ni tampoco porque la alegría vaya por barrios, como dicen el refranero y Joaquín Sabina. Si no porque antiguamente la expresión *todo lo descubierto de la tierra* tenía un significado literal, es decir, designaba la geografía conocida del planeta. Si el margen es hoy más estrecho es porque se conoce cada rincón de la superficie terrestre. Y así pasa con cada conocimiento adquirido, que cuanto más liliputiense es, más esfuerzo en inversión e infraestructura requiere. Por ponerlo con un ejemplo palmario: no hace

muchos años que el acelerador de partículas C.E.R.N., en Ginebra, obtuvo pruebas empíricas, es decir, mensurables, de la existencia del bosón de Higgs. Se tuvieron que gastar miles de millones de euros en construir el acelerador, con sus gigantescos electroimanes, para descubrir una parte infinitesimal -y genérica- de nuestro Universo. Por el contrario, para descubrir América bastaron las joyas de la reina Isabel y un puñado de marineros locos y desharrapados dispuestos a embarcarse en la Niña, la Pinta y la Santa María. Parece que se da con el conocimiento la misma paradoja que con el experimento de Galileo: que la pluma y el plomo caen a la misma velocidad en el vacío; lo que, en términos relativistas, equivale a decir que la masa inercial es igual a la masa gravitatoria, el pensamiento que condujo a Einstein a descubrir la Relatividad. A lo que el conocimiento del bosón de Higgs nos conduzca, tengo para mí que lo veremos en un espacio de tiempo más largo que el que costó a la expedición colombina cruzar el Océano. Lo mismo que con cualquier otra amenaza global, como el botón nuclear o la experimentación con el ADN de los virus, si el clima sigue calentándose progresivamente, podría llegar a un punto de ruptura repentino, cataclísmico, y la esperanza de la Humanidad tendría que reducirse a sobrevivir a semejante cambio, antes que a ingeniarse lo que hacer y en qué emplear el bosón de marras.

Viene todo esto a cuenta de la independencia catalana o vasca, la autosuficiencia del sabio estoico, o la Isla Misteriosa, cercana de la de Tábor, que el ingeniero Ciro Smith, con su sirviente Nabucodonosor, el lobo de mar Pencroff, el periodista Gedeon Spillet, y un joven naturalista y entendido en la botánica y la zoología, pusieron como los chorros del oro, tan lujosa y habitable como un ama de casa moderna puede poner su cocina limpiando con el Milagrito y cocinando con un poco de mayonesa Ligeresa. Porque hasta el amor por una mujer, el único ingrediente que les faltaba en sus vidas es, si auténtico, una dependencia afectiva, y comporta una carga de celos y exclusividad. El relato de la independencia es como la promesa de la ínsula Barataria con la que Don Quijote enroló a Sancho en sus aventuras. No es sólo que el mundo de hoy sea interdependiente, es que lo ha sido siempre, y la autosuficiencia estoica una mentira emocional, como el

ponerle buena cara a las penalidades. El jesuita rebotado James Joyce, que vivió en la eclosión del nacionalismo irlandés, y cuyo padre conoció de cerca la vida de Parnell, el líder de una Irlanda que quería ser libre, sabía bien de lo que hablaba y sólo hay que acudir a su vida para desmontar este mito. En una ocasión en la que conversaba con un amigo, le fue llevando con hábil dialéctica a reconocer los ejemplos -y los razones que los justificaban- de naciones cada vez más pequeñas. Al final, concluyó subiéndose a la silla en la que estaba sentado y proclamando *ad hominen*:

- ¡Pues entonces yo soy una nación!

Es absurdo. La independencia sólo es posible mediante la emigración; así ha sido siempre en la Historia. Si no se estaba a gusto en un lugar, como los puritanos ingleses, se hacían las Américas: se emigraba a un Nuevo Mundo para poder empezar allí de nuevo. Y resulta que hoy ya no quedan ínsulas tan vírgenes como la de Barataria. Pero la verdad sobre ellas sigue siendo válida: si uno quiere independizarse, se aboca sólo al desierto y a la soledad, la interior o la exterior.

Granada, la bella. El Faraón Psamético y los medos. El silencio interior.

Un hecho que viene a corroborar la afirmación cartesiana de que el buen juicio es la cosa mejor repartida del mundo es que los que siempre recomiendan la novela llamada La conjura de los necios suelen llevar un cartel en la frente diciendo: dos dedos... y pare usted de contar. Suelen ser los más estúpidos, y no sólo los paranoicos, los que se dejan seducir por teorías conspirativas y relatos de conjuras como Los Protocolos de los

Ancianos de Sión o la conspiración judeo-masónica, en tiempos de Franco; o las sospechas del señor Tardá y Pablito Iglesias, en estos arrabales de nuestra democracia.

Hay una gran parte de nuestro mundo que lo vive y lo lee de buena fe, pero hay otra que, por las razones que sean, siempre cree que todos se lo están llevando calentito menos ellos, como si fuera presa de la ilusión de que, si no te estás comiendo el mundo, es porque te están regateando el servírtelo en bandeja. También es una perversión de la caridad el pensar que si tienes dinero, o cualquier otra cosa de valor material, tienes que entregarlo al que tiene menos, so pena de insolidario, injusto y poco caritativo. La semana pasada fue la del DOMUND y la Iglesia misionera, pero a ratos se la publicitó casi como un reproche a los que no participamos en ella, y hay mucha gente que tilda de grave el hecho no repartir gratis lo que tienes, ya sea un cigarrillo o una limosna.

La gente que intenta culpar de insolidarios a los que juntan algo o ya lo poseen, lo único que encubren es su envidia y su codicia, dos pecados capitales más antiguos que la necesidad. Ese viejo amigo de la infancia que ya no me llama por mi cumpleaños tiene un primo que quiso ser sacerdote y viajó a las misiones africanas. Y siempre dice que allí los chavales no tienen de nada, pero que son felices, muy felices, felicísimos, que no superfelices... Yo lo creo que es así verdaderamente para los chavales africanos, que no tienen ni móvil, ni ordenador, y que, si quieren saltarse una soporífera clase de la escuela, y toda la infelicidad, la disciplina y el sacrificio que les pedimos aquí a los nuestros -los padres, tutores y ministros que lo hacen, claro-, no tienen más que ir a jugar al campo, o al río con los amigos. En fin, sea como sea, si el África negra es de tan feliz cimiento y fundación, no se explica por qué cuando mucha de su gente se hace mayor se encarama en las verjas de Ceuta y Melilla, o se arriesga a cruzar el estrecho en patera. Y lo que vale en África vale también en España, que tiene las okupaciones, al alcalde de Marinaleda y a la señora Colau en Barcelona. Que son todas personas que culpan de sus miserias, como sus votantes, a los que no cometen la irresponsabilidad de votarles, que es como votar por la ignorancia, la codicia, la envidia y la irresponsabilidad. Diego Cañamero Valle, comunista y palurdo, renunció con toda la pompa mediática aciertos privilegios que le

correspondían por ocupar escaño de diputado en el Congreso; no recuerdo exactamente los términos de su renuncia, pero sí que era, lo mismo que muchas preguntas de los señores diputados que pasan por finas ironías, una renuncia retórica y sin efectos prácticos, ni en su sueldo, ni en sus privilegios legales como persona jurídicamente aforada por ley.

Ninguno y ninguna de a las que doy unas monedas en el café de la mañana se acuerdan de mí cuando vuelven a pedirme durante la cerveza de la noche. Así también, uno puede dar cien cigarrillos a lo largo del día, que el único que no das es aquél por el que te maldicen y por el que se acuerdan de ti.

Cada cual a lo suyo y cada loco con su tema. Si la filosofía dicta que te ocupes de lo tuyo, para que veas qué pequeñas y ligeras de sobrellevar son tus obligaciones, en esta ciudad mucha gente piensa que ocuparse de lo suyo es estorbar lo de los demás. Mi padre, dicho fríamente, siempre tuvo algunos rasgos paranoides de manía persecutoria; la mejor lección que me dejará ha sido el equilibrio más difícil para él: vivir deportivamente, mirar tan sólo tu carril de la pista de atletismo, no dedicarse a repartir zancadillas a derecha e izquierda. En esta ciudad, la tierra del chavico, a ratos cicatera y mezquina, es un equilibrio muy difícil; y tal vez lo mejor que se podía decir de la sociedad catalana, antes de que empezase con los delirios de grandeza, es que sacaba lo mejor de uno, y que allí podías prosperar sin tener que arrasar la huerta de tu vecino; al menos, así era aquélla con la que yo conviví durante tres años. Aquí es más difícil conseguirlo, y requiere una paciencia y una capacidad de sufrimiento mayores.

Granada no es lo bastante grande como para poder ser un desconocido en ella con sólo mudarte a otro barrio. Su perímetro urbano, el casco viejo que hoy se conoce como el centro, pero que los de mi edad siempre entendimos por toda ella, se recorre a buen paso en una hora. Pero tampoco es tan pequeña como el mundo rural, donde tanto amigos como enemigos te conocen bien y a fondo. Comparte con las grandes capitales el defecto de que antes que recurrir a un buen amigo, tengas que pensar en recurrir al

siquiatra. Y con los villorrios, que lo primero que te cuentan de alguien es si maricón o lesbiana, no que padece un cáncer o que tiene problemas de otro tipo.

Antes de que el término filosófico trascendental tuviera un sentido kantiano, es decir, referido al criterio epistemológico o al modo de conocer, designaba la pobre herencia de misericordia, la pobre limosna filosófica que la Iglesia medieval y la escolástica aceptaron del idealismo platónico; designaba, por decirlo sencillamente, las propiedades metafísicas por excelencia, aquellas que no se le pueden arrebatar a lo que es, desnudándolo de todo lo demás con lo que lo revestimos; aquello que compartimos, sub specie, con lo más singular y específico del resto de las cosas que son. Siempre tuve una duda respecto a ellos, y es de tipo fundamental: cuántos y cuáles eran. Dos de ellos siempre los veo formulados y presentes en todas las enumeraciones: los de verum y bonum, verdadero y bueno. Lo que veo algunas veces es que a estos dos se le juntan de manera impar y excluyente los de unum y pulchrum: o uno, o bello. Juntando los cuatro, el enunciado básico de los trascendentales dice que todo ser, en cuanto ser, es uno, bueno, verdadero y bello. De los valores platónicos o Ideas, esto es todo lo que la Iglesia aceptó. Nada de El Bien en sí o La Belleza en sí, universales y reales, reales y universales. Por resumir los trascendentales con la traducción de un verso de Whitman:

Ni una partícula, ni una pulgada de una partícula es vil, y ninguna debe ser menos querida que las otras.

Lo que nos devuelve al asunto de la caridad, que en latín se dice charitas, una palabra que designaba, antes que la limosna material, el diezmo eclesiástico, o el pan pordioseado, designaba, digo, lo que podríamos llamar amor, afecto, cariño. Y es una de las virtudes teologales, junto con la fe y la esperanza.

Como algunos pensadores cristianos, pienso que la más importante es la caridad, porque el pan, consagrado o sin consagrar, transubstanciado o sin transubstanciar, siempre alimenta donde haya hambre. Y es el mismo bien *material* el que obra un ateo

sin fe ni esperanza cuando da de comer al hambriento, que el que realiza de la misma manera un creyente o un sacerdote. Pero yo añadiría que el sentido antiguo de la palabra caridad, la *charitas* romana, estaba más cerca de las primeras predicaciones de la cristiandad. Entre otros motivos, porque cuándo te interesas realmente por el bien de alguien, cuándo le tienes amor, amistad, aprecio, cariño o afecto, todo lo demás se da por añadidura, tanto lo espiritual como lo material. Yo siempre hablo de la caridad espiritual, y por ella se puede entender el amor, en todas sus formas; y pienso que es la única que, bajo autoría divina, obra los milagros reales, las curaciones sorprendentes y las coincidencias benefactoras, no las que nos tiende el diablo, o aquéllas con las que Dios nos confunde. Nada existe más terapéutico que el amor. Y cuanto más sabio, en lo duro y en lo blando, mejor medicina para todo.

Por otra parte, las dudas que la Iglesia tuvo en incluir la belleza entre los trascendentales se explican solas con asistir a una buena representación de Shakespeare, con oír una gran sinfonía de Beethoven o con, válgame Dios, entrar en una página pornográfica. Cuando uno se coloca con drogas más o menos duras y se sienta en un banco de Granada a ver pasar la vida, se da perfecta cuenta de que la belleza, con todos sus infinitos matices y con la perspicacia que otorga la droga para verla y distinguirla en cualquier detalle de la vida cotidiana, puede tener un componente terrible, algo perturbadoramente bello... y peligroso. Y, sin embargo, la *charitas* romana, en sentido estricto, tiende por definición a la belleza; dicho de manera mostrenca, se ama lo bello, no lo feo. Pero en el amor no se trata tanto de que el amado sea guapo o guapa -o guape-, como de que este afecto lo convierte en hermoso y lo embellece; y como dijo Ortega y Gasset en sus *Estudios sobre el amor* es clarividente para distinguir lo mejor de la persona amada, y para fortalecerlo y andar al quite de sus debilidades. La virtud teologal de la *charitas* romana, el amor y el afecto, está íntimamente ligada con ese trascendental de la escolástica que es la belleza. Sin la más importante de las virtudes teologales, no sedaría el más polémico y peligroso de los trascendentales.

Por eso, en las primitivas Misas del Imperio Romano, no sólo se tuvo que limitar el consumo del vino consagrado, la sangre de Cristo, al sacerdote; también se dictaron reglas para evitar el abuso que los feligreses practicaban los unos con los otros en el momento de darse la paz como hermanos. Las primeras Misas ofrecían, además del pan y del vino, una buena excusa para propasarse con el prójimo al calor de Dios. Ahora todo el mundo sabe cuál es su sitio. Un ejemplo de caridad al que acabo de asistir mientras tomaba una cerveza donde siempre es el que dos ancianas de buen aspecto y bien vestidas, la una cargada con una bolsa de flores, me han dado al pararse a tomar un vino y una cerveza allí mismo. Se les acerca un pobrete a venderles pañuelos. Y lo intenta con un énfasis lastimero y suplicante en su voz; lo rechazan sin más, y cuando se aleja se dicen la una a la otra que ni banco de alimentos, ni nada.

-Para lo único para lo que lo quiere es para disfrutar con las drogas.

Luego se pusieron a hablar de la Misa del Domingo. Lo que no saben esas buenas mujeres, ni están obligadas a ello, es que el sufrimiento del drogadicto, el mono de la abstinencia, es tan poderoso, tan patológico y tan criminógeno como el hambre del hambriento. Cuando uno está enganchado, no se droga para disfrutar, para lo único para lo que se droga es para evitar la abstinencia. Cuando ese drogata, como cualquier otro, la palme en la calle de una mala muerte, ellas dos se sentarán en primera fila en la Misa, confesarán sus pecadillos de mierda y luego comulgarán tranquilamente. Y después, si se tercia, a tomar un pisolabis por el centro. Esa es la buena gente de Granada. A la que conviene arrimarse y tener de tu parte.

Tanto monta, monta tanto

El drogata como el santo...

Los dos acuden llorando

Al socorro de los bancos.

Se dice que aquí, en Granada, los diez mandamientos se resumen en dos: en verano a la sombra y en invierno al Sol, como los lagartos. Por esta broma yo entiendo no sólo la gran amplitud térmica que se da en el clima de la capital, donde en verano te achicharras y en invierno te congelas; también entiendo aquel vídeo que alguien colgó en YouTube donde se veían los cuarenta tíos que el actual alcalde, Paco Cuenca, había contratado para arreglar un tramo de acera. Todos iban con el uniforme reglamentario, pero la mayoría se arracimaba en grupitos para pasarse el porro. Y ahora dice que quiere ahorrar en policías revistiendo a los basureros y jardineros con autoridad legal para ejercer algunas funciones policiales.

De sus mujeres se dice: Granadina, puta y fina. Y de las de Loja, que la que no es puta, es coja. A Pinos Puente lo llaman Villamaría por la gran cantidad de marihuana que cultiva. Allí se hizo enterrar el patriarca del clan de Los Tontos, el mayor narco del pueblo, debajo de su efigie, que se hizo labrar con reloj de oro, paquete de tabaco y un turismo de lujo, de color azul, a tamaño natural. Seguramente llevó muy a gala el nombre de su clan durante el tiempo que el narcotráfico le permitió conducir un deportivo caro, llevar un reloj de oro y dictar la política del municipio, que fue exactamente hasta el día en que lo enterraron. Juzgue el avisado lector lo que se entiende aquí por la palabra tonto.

El tonto que ves no es

Tonto porque tú lo creas

Es tonto... pero al revés.

El Puente de la Virgen de este pueblo tiene una hornacina con una imagen de Nuestra Señora, que conmemora el lugar donde le dio alcance el mensajero que la reina Isabel despachó detrás de Cristóbal Colón, quien ya se retiraba para llevar sus propuestas a Francia. Este puente hoy en día también separa dos mundos, como el Atlántico; uno es el de la gente más o menos civilizada; el otro es el de la calzada que sube hasta la barriada de las cuevas, donde cualquier Guardia Civil que se adentre corre serio peligro

de ser recibido a pedradas. En el cruce de este puente, si se va en coche, hay que andarse con ojo; cuando los que habitan el primer mundo lo intentan cruzar, los del segundo se arrojan debajo de las ruedas del vehículo, buscando cobrar una indemnización del seguro. Cataluña no tiene nada nuevo que enseñarnos sobre el victimismo.

Pero yo cada día me doy más cuenta de que prefiero que me maten en la calle de una puñalada por escribir lo que pienso, o por negarle a cualquiera lo que es mío, que morirme de asco en mi casa soportando a las petardas de Canal Sur, que pasan de restregarnos por la cara un desayuno a la frigiliana a comentar el asesinato de un niño de nueve años en Logroño. La frigidez no es sólo la impotencia sexual femenina; también hay mujeres que meten la conciencia en el congelador cuando se levantan por la mañana, sólo para poder asaltarlo por la noche, dándose un buen atracón. Pero las hay aquí y en la C.O.P.E., que anoche, al hijo de una churrería granadina lo coronaron Rey de la croqueta holandesa; de madrugada, con nocturnidad y alevosía.

El Rey de la croqueta es a la churrería

Lo que la Zorrebieta es a la hiperdulía:

La puta que gritaba mientras que se corría

Rogándole al Señor y a la Virgen María.

O también, si lo prefiere el lector:

No se debe suponer

Que sea buena por mujer...

Que lo esté, bien puede ser;

Pero sólo por mujer, y no por buena

Que, aunque no lleve cadena

De alguien más, ella la es.

Y anoche también tuvimos que soportar al último opusino que enseña filosofía en Navarra, Miguel Ángel no sé cuántos, autor de una tesis sobre Nietzsche, al que sacaron al directo como al conejo de una chistera, de madrugada y para explicar en dos frases rápidas lo bien que se filosofa en Navarra, donde todos los opusinos acaban estudiando y enseñando en la Universidad. Y lo fue, dicho en pareado:

De madrugada, con nocturnidad y alevosía,

Pensando que uno duerme en buena compañía

Yo no estoy a favor de hacer personalismos a cuenta del bien que se hace en este mundo. Pero sí lo estoy en señalar al autor de cualquier mal, aunque no sea yo quien los distinga y los señale. De la misma manera que Mariano Rajoy se llevó todo el mérito por el vuelco súbito que dio España en el invierno y la primavera de 2014, con sólo haber opositado a registrador de la propiedad y leer nada más que el Marca, me parece justo que Pedro Sánchez y sus secuaces se lleven toda la culpa, la indignidad, y la responsabilidad por la miseria que van a dejar detrás de sí, a pesar de cuantos *Manuales de resistencia* escriban, o de lo abultado de los cheques con los que premien a los autores de lo que ellos entienden por cultura. En los equipos de fútbol que formábamos los chavales de mi edad, la tarea que mejor se me daba era defender; no tenía el instinto asesino, el fuelle pulmonar, ni la explosividad muscular del delantero. Ni tampoco sabía oficiar bien de portero, que es desde dónde se construye un equipo... y el que se lleva los balonazos; es por algún motivo que los que se ponen de barrera se cubren los cojones para protegerlos del golpe franco. Defensa central, o donde hiciera falta, se me daba bien. Y defenderse, en la vida y en el fútbol, no es nada más que saber parar los golpes. Por eso creo que se debe señalar a los culpables, antes que hacer personalismos con los buenos. Porque la vida, a diferencia del fútbol, no es ningún juego; y también por la misma razón expresada en la frase de Tucídides, al que mencioné más arriba; o por la respuesta que Don Quijote le dio al que le preguntó:

- ¿Cómo va, buen hombre?

Que fue la misma noche, en una venta castellana, en que Maritornes se refocilaba con un porquero, o arriero de mulas, que acertó a hospedarse allí.

Si no recuerdo mal fue Ciro, el fundador del Imperio Aqueménida, el que derribó al egipcio y se lo apropió. Heródoto menciona la tortura psicológica a la que el Persa sometió al faraón Psamético. Hizo desfilar delante de él, entre otros muchos de sus prisioneros, el cadáver de sus hijas e hijos, y también a los que de ellos hubo capturado con vida. Ciro le observó atentamente, pero al egipcio no le vio derramar ni una sola lágrima. Para su sorpresa, cuando también pasó delante de él, entre los presos, un viejo amigo de su corte, Psamético estalló en el llanto. El Aqueménida, intrigado, le preguntó por qué no había llorado cuando vio pasar la desgracia de sus descendientes, y sí cuando la de su amigo.

-La pena por los primeros no se puede llorar ni con lágrimas y sobrepasa cualquier medio de expresión. A un viejo amigo sí se lo puede llorar de esta manera.

No todos los golpes en esta vida se pueden parar, y las víctimas del terrorismo, cualquiera que sea su origen, el islámico o el vasco, lo saben muy bien. Lo único que les queda a las madres, a los padres y a los hijos de sus víctimas es una pena que no se puede llorar ni con lágrimas. Ni tampoco vengar con la sangre de sus verdugos, porque eso es lo que las diferencia de ellos. Que, aunque estos sean capaces de derramar la sangre de inocentes, aquéllos no lo son de derramar la de los culpables. También por eso considero un error la obsesión de los estados modernos por asegurar a sus ciudadanos de que están a salvo de cualquier peligro, el de la droga, el del hambre, o el de la violencia. Una obsesión que es prominente en una cultura, como la moderna, antitética de la clásica; una cultura que le tiene pánico al sufrimiento, y que jamás habla de la muerte si no es para vender las lágrimas de sus supervivientes en los informativos. Aquí, en España, nuestro Gobierno no sólo mintió respecto al número de fallecimientos, directos o indirectos, a causa del coronavirus; también ocultó celosamente la imagen de los cadáveres apilados, al tiempo que su presidente, que en mala hora lo fue, mostraba sus condolencias por el etarra que se suicidó en prisión, todo ello a cambio de un puñado

de votos en el Congreso. Y encima se arroga el privilegio de legislar sobre nuestros sentimientos, como cuando persigue los delitos de odio; y se inmiscuye en la vida más íntima de cada uno de nosotros, persiguiendo cualquier violencia en el ámbito doméstico; un hombre y una mujer se unen en el bien y el mal, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad. Sin embargo, es el Gobierno quien se mete en nuestras sábanas, para decidir lo que es amor y lo que es odio, lo que es el bien y lo que es el mal, y cometer todos los abusos que pueda sobre unos y otras. Hay cosas que son odiosas de por sí, como es legislar sobre los sentimientos, lo más personal que tiene cada uno de nosotros. Más odioso que el odio es el prohibirlo; entre otras cosas, porque sucede con él como con el amor más auténtico o con la risa, que nadie puede evitarlos ni somos libres de elegirlos. Así también, el tono en que se dicen las cosas no tiene nada que ver con las cosas que se dicen; eso puede suceder en China, que utiliza un lenguaje tonal. Pero las mujeres y los siquiátras occidentales se fijan antes en el tono, o *el timos*, que en la palabra o el *logos*. Ninguna mujer atiende realmente a lo que se le dice, si no a cómo se le dice; y es por eso que no soportan que se eleve el tono o se les levante la voz; uno lo hace, sencillamente, intentando penetrar en su sordera intelectual y mental, a ver si escuchan lo que se les dice. Pero ellas lo interpretan como la sordera sicológica del que les habla, que no se da cuenta de sí mismo, ni tampoco de ella. Lean los interesados en saber lo que es el amor femenino los inigualables versos de Sor Juana Inés de la Cruz, monja en una clausura de la Nueva España. Y también un hermoso romance castellano sobre el odio masculino que es objeto de culto en las mismas universidades modernas en las que hoy se penaliza cualquier sentimiento que no sea el que dicta la política de lo aceptable.

*Ya cabalga Diego Ordóñez, del real se había salido
de dobles piezas armado y de un caballo morcillo;
va a reptar los zamoranos por la muerte de su primo,*

que mató Vellido Dolfos, hijo de Dolfos Vellido.

—Yo os riepto, los zamoranos, por traidores fermentidos,

riepto a todos los muertos y con ellos a los vivos,

riepto hombres y mujeres, los por nacer y nacidos,

riepto a todos los grandes, a los grandes y a los chicos,

a las carnes y pescados y a las aguas de los ríos.

Allí habló Arias Gonzalo, bien oiréis lo que hubo dicho:

¿Qué culpa tienen los viejos? ¿qué culpa tienen los niños?

¿qué merecen las mujeres y los que no son nacidos?

¿por qué rieptas a los muertos, los ganados y los ríos?

Bien sabéis vos, Diego Ordóñez, muy bien lo tenéis sabido,

que aquel que riepta a conejo debe de lidiar con cinco.

Ordóñez le respondió: —Traidores heis todos sido.

Una de las cosas más difíciles de soportar que tiene el ser humano es el silencio interior. Dicho con palabras de Heidegger, traducidas por José Gaos: *La conciencia no voca nada. Es silente*. Esta, creo yo, es la principal causa del enajenamiento humano. Si fuéramos sólo mecanismos, no lo padeceríamos. Pero este silencio nos hace libres, y con ello, responsables de nuestros actos; y también es algo atormentador, y que mucha gente prefiere acallar con un psiquiatra, con drogas legales o ilegales, o como en el poema de Machado sobre la locura, yendo por la vida hablando a gritos, tan sólo por no escucharlo. He oído a gente que piensa y que dice que todos llevamos una brújula dentro, que siempre nos indica el norte; el bien y el mal, la luz y las tinieblas, la verdad y la mentira;

y no lo que deseamos, como la de Jack Sparrow, el pirata más famoso de Hollywood. Pero es gente aniñada, que prefería la seguridad y la estabilidad de la esclavitud franquista al caos y al peligro de la libertad. Cualquiera que tenga mi edad y haya intentado vivir libremente en una sociedad supuestamente libre, sabe perfectamente el precio que se paga por ello, que es el tener ocasión de perderse, en el más amplio y terrorífico sentido de la palabra. Sufrir ese riesgo y vivirlo con todo su peligro. La prudencia no siempre es el camino correcto; ni tampoco nos toca, ni estamos llamados a ello, el refugiarnos entre cuatro paredes. Y a veces, también, es más prudente dar un paso adelante que darlo a detrás, como se dice repetidamente en la *Ilíada*.

Ángel Ganivet, el escritor granadino de *Granada, la bella*, que se suicidó arrojándose a las aguas del Riga, en un remoto país escandinavo donde ocupaba un puesto diplomático, tiene una céntrica calle en esta ciudad, la cual viene a desembocar en la plaza Mariana Pineda, donde se yergue una estatua al silencio y al secreto que la granadina se llevó consigo a la tumba. Pues bueno, no deja de resultar curioso (como diría Tardá), que todo el vocerío de Granada se junte aquí año tras año. Ahora son los locales de copas los que no dejan dormir durante la noche; pero antes había un pordiosero, al que yo bauticé como Jeremías, porque parecía en verdad todo un profeta bíblico, que se compró un megáfono para colocarse en los soportales de este lugar y de este edificio, y airear sus maldiciones a todo volumen; cuando alguien se lo confiscó, o cuando se lo rompieran encima, siguió gritando a pleno pulmón; durante años, quizás décadas. Lo único que ha terminado por alejarlo de esta zona es el escándalo nocturno de las discotecas.

Que la conciencia sea silente, no es excusa para que algunas mujeres la metan en el congelador por la mañana, cuando se levantan. Ni tampoco para intentar acallarla a base de churros granadinos, croquetas holandesas o tres o cuatro frases rápidas para demostrar lo bien que filosofan los opusinos en Navarra. Es el mismo mecanismo que expliqué más arriba: el silencio interior es el que nos enajena, a hombres y mujeres por igual. De éstas últimas también las hay que lo acallan confesando sus pecadillos de

mierda, tan sólo por no ahondar en él, como quien prueba la temperatura del agua antes que su profundidad. Resumiendo a Nietzsche:

Cuando alguien mira un abismo por mucho tiempo, el abismo también mira dentro de él.

El demonio de Sócrates. La temporalidad.

La excepción a ese silencio interior es lo que fundó la gran filosofía, la de Platón y Aristóteles. Se llamaba Sócrates, hijo del cantero Sofronisco, del demos de Antióquida, empobrecido por la guerra del Peloponeso en la que salvó heroicamente la vida de Alcibíades, que fue quien recibió la medallita al valor y quien, llevado por la vanagloria y la *hubrys* de su éxito con las mujeres, con los caballos en Olimpia y con sus riquezas materiales, provocó el desencadenamiento de las segundas hostilidades contra Esparta, trastocando lo que había sido una victoria ateniense firmada en la paz de Nicias en la derrota completa de su patria.

Sócrates fue bendecido por los dioses con un regalo que jamás se debe malograr, donde quiera que se lo reciba. Un regalo como el rayo interior que despertó a Jenofonte en mitad de la vasta campiña de la Media, con los diez mil hombres de Clearco perdidos en tierra enemiga y rodeados por los ejércitos a los que ya habían derrotado en la batalla. O como la caída del caballo de San Pablo. Era su demonio interior, esa brújula de la que antes hablé, pero que no le indicaba el norte, si no más bien, le prohibía doblar ciertas esquinas de la vida, hacer o decir ciertas cosas. Y que le ayudaba a distinguir su camino vedándole tomar algunas decisiones cuando se hallaba en un dilema o una duda.

Los griegos de la Hélade clásica, aqueos, jonios y dorios, empleaban un lenguaje tonal, como son el mandarín o el cantonés moderno. Una gran parte del encanto y del carisma personal de Sócrates, en los mejores diálogos de Platón, se pierde en sus traducciones a las lenguas modernas, tanto las romances como las germánicas, porque estos idiomas no dan pistas tonales sobre el significado de las palabras. Más aún, aunque se conozca el griego clásico del Ática, y se los sea capaz de leer, el esfuerzo se redobra tratando de fabricar, al mismo tiempo que se lee, la tonalidad de las palabras y los personajes cuando dialogan. La aparente falta de vigencia de Platón no sólo se debe a las costumbres sociales y sexuales de las clases ilustradas de Atenas, ni al hecho de que los griegos utilizasen mano de obra esclava. También es una cuestión de oído musical, oído para lo que se entendía por lo dicho, dependiendo de su entonación. Esta degeneración de la inteligencia de Sócrates empieza con el mismo Aristóteles, cuyos escritos esotéricos se perdieron en una rocambolesca historia hasta que Andrónico de Rodas los publicó. Se oye perfectamente al leerlos que son monótonos, aburridos, burocráticos, con una voz casi como la de los enfermos avanzados de Parkinson. La Metafísica empieza hablando de las abejas en el mismo monótono de su zumbido, y afirma explícitamente que se desconoce si tienen el sentido del oído.

Lo que es yo, no tengo esa brújula interior; ni siquiera mi cuerpo autorregula sus niveles de ACTH, cortisol y adrenalina, porque padezco enfermedad de Addison. La única manera que encuentro de mantenerlos estables dentro de lo posible practicar un férreo horario cada día, levantándome, medicándome, comiendo y acostándome a la misma hora. Una necesidad que no sólo depende de mí; aparte del escándalo y el vocerío nocturno debajo de mi ventana, todos los años, cuando llega el momento de cambiar la hora del día, por el ahorro económico, mi cuerpo se resiente más que los que se autorregulan de manera natural y sin medicación. Lo único que puedo hacer, al levantarme y al acostarme, es pedirle a Dios una buena travesía, una mar serena, y una jornada tranquila, es decir todo un lujo para el que vive en el centro de Granada. Y, sin embargo, Dios me la concede. Milagrosamente; y en esta afirmación no hay nada de

dramático, ni de teatral. Es así. Día tras día voy saliendo adelante gracias al bien que propios y extraños practicamos a diario. Salimos adelante todos nosotros; cristianos, musulmanes, gitanos, payos, negros, amarillos, católicos, ateos, drogatas, sobrios, pobres, ricos, homosexuales, heterosexuales... En el dar y en el negar, en el callar y en el hablar. No paso momentos alegres, que mi padre está enfermo, lo mismo que yo. Y no estoy para reír, ni nunca lo estuve desde que me hice mayor. La risa es otro de los milagros que a veces me asaltan, pero con mucha mayor escasez que el ir tirando, que es mi pan nuestro de cada día. Aunque mi felicidad, lo mismo que la pena que no se puede llorar ni con lágrimas, también fue silente durante el tiempo que la conocí y la gocé. Estaba dentro de mí, más allá de las palabras o las imágenes. Sobre la duración de una y otra, se explica mejor por un soneto que encontré en Agudeza y arte de ingenio, de Baltasar Gracián. El autor es el tercer Duque de Osuna, Pedro Téllez Girón:

*¡Oh si las horas de placer durasen
como duran las horas del tormento!
¡Oh si, como se van las del contento,
las del pesar tan presto se pasasen!
¡Oh si en algo los tiempos se mudasen,
de mal en bien, siquiera algún momento,
o, ya que no se muden en su intento,
en aumentarnos el dolor cesasen!*

*¡Oh si el mal se midiese con la fuerza
del que padece su trabajo fiero,
o fuese el sufrimiento cual la pena!*

*O, ya que no hay quien la desgracia tuerza,
un daño no nos fuese mensajero
de mil, a quien, viniendo, nos condena.*

Antes de que empezara la pandemia, hubo un gitano, limpiabotas para más señas, que tenía la costumbre de gritarme y maldecirme al pasar por mi lado, y se conoce perfectamente que lo hacía por la misma avaricia y envidia de los que mataron a Lorca, cantor de los gitanos. Cuando dejé de darle tabaco, lo único que hizo fue redoblar su odio y su crueldad. Tiempo al tiempo, decía uno. Sigue pasando por la terraza donde yo tomo café y donde antes me gritaba y me maldecía, a pesar de que sé perfectamente que él sabe dónde está y quién tiene el reloj que se le robó a mi padre en la terraza una churrería granadina, donde atendieron la barra durante los veintiséis años que ha que yo vivo aquí los camareros Bernabé, que tiene seis dedos en una de sus manos, y Sánchez, también llamado Beltrán, pero no Duguesclín. El único hijo de esa churrería que la atiende no es el Rey de la croqueta holandesa, éste se pasea en Harley Davidson y es catedrático de farmacia en la Universidad de Granada.

En una urbanización del triángulo que forman Deifontes, Pinos Puente, y la pedanía de Calicasas, hay un pantano, el del Cubillas, de cuyas tierras proviene mi familia por parte materna, que se crio en la cortijada de Silva, se mudó a Caparacena antes de la Guerra, donde fueron colonos del Duque de aquella zona, y se trasladaron a Pinos Puente unos cinco años después del cautiverio y desarme del Ejército Rojo. En esa urbanización hay un chalet, no sé si todavía está en pie y con la inscripción indemne, que señalaba debajo de un reloj de sol, en letras bien manifiestas:

EL TIEMPO HUYE.

La única respuesta que se me ocurre ante esta sentencia es:

LA ETERNIDAD ESPERA.

La fugacidad es otro de los vicios de la cultura moderna, y particularmente de la televisiva. Lo único que importa en ellos es instrumentalizar la actualidad, el último grito, para hacer negocios con ella. También Benjamín Franklin, al que cito a través de Max Weber en su obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, dijo que el tiempo es oro; y que quién pierde su tiempo, está perdiendo su dinero. Y señala hasta las formas, la frecuencia y la actitud que hay que mantener para tomar café en la plaza pública; de manera que no parezca que uno se tira allí todo el día, perdiendo su tiempo, ni tampoco que no pueda permitírselo un par de veces cada jornada. Para un hombre como yo, que se pirra por un local con terraza donde beber y fumar, esa doctrina es la esencia del fariseísmo.

Y todo el Apocalipsis de San Juan, el libro que cierra la Biblia, lo único que nos dice es que el tiempo se nos acaba a todos, chicos y grandes, pobres y ricos, feos y guapos. Y que después de él sólo queda el juicio de Dios, el particular, con la muerte cada uno de nosotros, y el universal, dónde se ha de juzgar a todos los nacidos. Al principio del texto se nos enseñan cuatro bestias en torno al solio de Dios. Lo que tienen en común es estar llenas de ojos abiertos en toda la extensión de su piel. Y lo único que yo interpreto por esos ojos, es que hay que vivir despierto, y andar alerta y velar durante el tiempo de nuestra vida, como el centinela nocturno de Isaías. O si lo prefiere el castellano lector, en versos de Machado:

Yo amo a Jesús que nos dijo:

cielo y tierra pasarán.

Cuando cielo y tierra pasen

mi palabra quedará.

¿Cuál fue Jesús tu palabra?

¿Amor?, ¿perdón?, ¿caridad?

Todas tus palabras fueron

una palabra: Velad.

Como no sabéis la hora

En que os han de despertar,

os despertarán dormidos

si no veláis; despertad.

Entiendo que la queja porque el asesino del niño de nueve años en Logroño hubiera disfrutado de permisos penitenciarios y salido de la cárcel antes de que se le aplicara todo el rigor de la ley penal es más una expresión de la rabia y de la pena de los padres de Alejandro que un argumento racional y sosegado; porque a mí se me ocurre que, si este hombre hubiera salido unos meses o unos años más tarde, no es que hubiera salido reinsertado, es que la víctima hubiera sido otra.

A la muerte, que es el fin de la temporalidad, o de lo temporal que hay en nosotros, se la teme. Pero también muchos filósofos, y mucha gente que llegó a conocer bien esta vida presente, hallaron un gran consuelo en ella. Yo también; considero un gran consuelo y un gran alivio poder decirlo con esta paradoja: que Dios nos llama cuando ya no nos necesita. Pero sé que Él, según la filosofía, no nos necesita, ni tampoco necesitó crear el mundo; si no que fue un acto de amor.

¿Quién soportaría de manera eterna las cargas y penalidades de la vida temporal? Y entiéndase la palabra vida en el sentido en el que Séneca la expresa en alguna de sus Cartas: que no todo el tiempo de vida es vida, mucho de ella es enfermedad, dolor y

supervivencia. De lo que se concluye que mucho del oro que hoy se acumula en el mundo se lo consigue a base del sufrimiento, el propio o el ajeno. Pero a lo que voy es a que, si la ciencia médica y la tecnología nos vienen prometiendo y asegurando que la inmortalidad física y corporal es algo realizable en un futuro previsible, yo no la querría. Sin la muerte no hay descanso eterno que valga. Esto no lo puede comprender quién sólo aspira al bienestar y a la comodidad. Ni toda esa gente que dice que los años se les han pasado volando, como a los niños que se divierten en el recreo. Ni los que sólo aspiran a evitar su sufrimiento o su dolor personal. Este punto de vista puede parecer insensible para alguien que tiene un hijo en la U.C.I. soportando los efectos de la quimioterapia. No sólo lo parece, lo es. Pero yo, que tengo a mi padre anciano y enfermo, le pregunté a mi madre una vez, confundido por las filosofías, que no sabe uno dónde está la virtud: si en el llorar abiertamente y desesperarse, o en el darse argumentos que sean consuelo, como los del Fedón, o como los que saque cada uno hasta de debajo de las piedras para ayudarse y consolarse. Tampoco yo sé cómo afrontaré la de mis padres, ni siquiera si la mía tendrá lugar antes que la suya, ni tampoco la virtud, la nobleza, ni el valor con que las afrontaré. Una vez escribí en un terceto:

Ya cobarde o ya valiente

Has de morir igualmente;

Muere, pues, valientemente.

A mí los mejores remates se me ocurren a destiempo. Por ejemplo, muchos años después de haberme examinado de Filosofía Bajomedieval con Aldaz Gazolaz, se me ocurrió la respuesta correcta a la última pregunta de la prueba, en la que saqué sobresaliente, pero no llegué a matrícula de honor por no saberla. La pregunta era definir lo que se entendía por la expresión aristotélica "forma substancial". Me acordé, andando

el tiempo, de algo que el profesor explicó en voz alta y como de pasada, y por lo que luego preguntó en ese último lugar del examen:

-La forma substancial aristotélica es la idea platónica metida en la cosa.

Ya sé que suena a chino, y que para la mentalidad moderna suena como el pepino que algunas mujeres sacan de madrugada de la nevera para darse un atracón. También la corrección del último terceto de uno de mis sonetos, el que lo remata y lo convierte en perfecto, se me ocurrió mucho después de haberlo escrito y publicado. Y para terminar de rematar esta glosa o apartadillo no se me ocurre nada mejor que empezar con el siguiente.

El argumento ontológico o los meandros de la hermenéutica.

En su obra *Historia de la filosofía griega* W. K. C. Guthrie examina un aspecto del aristotelismo en el que raramente se repara: lo que vendría a llamarse, verbi gratia, la *causa por definición*; y con ello se entiende la posibilidad de que algo exista meramente por ser lo que es, esto es, por su esencia, siendo la esencia, ahora y siempre, lo recogido en la definición. En este rinconcillo de la doctrina aristotélica se asienta el argumento ontológico de San Anselmo. Que dice que algo mayor que lo cuál nada puede pensarse, tiene que existir *por definición*; porque si se lo puede pensar y concebir tiene que estar fuera de la mente del que lo piensa y lo concibe y tener existencia real, dado que su pensamiento o concepción lo implican *por ser mayor que estos*: si no fuera lo que ella piensa o concibe, ésta no pasaría de ser una ilusión; de manera que, si a Dios se lo puede pensar y concebir *con verdad*, como algo mayor que lo cual nada puede pensarse, en la verdad de su definición reside la certeza de su existencia. En buena lógica y razón, si la realidad divina no sobrepasase al concepto que nos hacemos de ella, no estaríamos

hablando de lo mismo. Estaríamos confundiendo un ser con otro. El argumento se asienta en el prejuicio de que la realidad de Dios es *mayor* que la idea que nos hacemos de Él, o de lo mayor que podamos pensar. Prácticamente, en esto consiste la fe. Para bien o para mal, también en el hecho que se menciona coloquialmente, en la discusión diaria, de que la realidad supera a la ficción.

Este razonamiento de Anselmo, que parece peregrino y oscuro para el que no está familiarizado con la jerga filosófica, se explica muy bien por el experimento que descubrió pruebas empíricas de la existencia del bosón de Higgs. Lo que Aristóteles llamó la *causa por definición*, intelectual y formalmente no tiene nada que ver con el tamaño de lo definido; el bosón de Higgs es de las cosas más pequeñas que se puedan descubrir, pero el mecanismo intelectual y formal que pasó de deducirlo de las ecuaciones matemáticas que Peter Higgs usó; esta definición formal o matemática del bosón, digo, fue la que llevó a concluir su existencia real, la cual quedó luego manifiesta en el experimento del C.E.R.N. De la definición del bosón se concluyó que tenía que existir, si es que los supuestos matemáticos de los que el físico inglés partió para deducirlo eran científicamente válidos. Esto es lo que se quiere decir con la causa por definición aristotélica: que la esencia o definición de una cosa implica su existencia real.

Una de las cosas más curiosas con que me he topado en la filosofía de Tomás de Aquino es su postura ante el argumento ontológico de San Anselmo. Lo rechaza de un plumazo y sin más miramientos; dice que implica un paso erróneo (¿o dijo ilícito?) de la mente a la cosa, una inadecuación de la una a la otra, por decirlo con su propio lenguaje. Lo rechaza pero, y es algo en lo que no he visto reparar a nadie, lo reintroduce y lo reformula sintetizándolo, o simplificándolo, con sus propios términos: dice que la esencia de Dios es su existencia. Esto es casi lo mismo que el argumento ontológico de San Anselmo: si la esencia es, entre otras cosas, lo recogido en la definición, aquí se da la misma *causa por definición* que en el argumento de Anselmo. Tomás de Aquino expresó este argumento identificando en uno solo los dos términos de esencia y existencia; y llamándole Dios. Lo que Anselmo hizo con una aparente dualidad, Santo Tomás lo

simplificó y lo sintetizó. Y también es único entre los aristotélicos en considerar a la existencia como el acto, y no la potencia, según la doctrina del movimiento del estagirita. Es una de las razones por las que se le llama, a veces, existencialista.

Dios existe por definición, dicen tanto Anselmo como Tomás de Aquino, cada cuál en sus propios términos. Más adelante en su *Summa Theológica*, el Doctor Angélico expone sus famosas cinco vías o pruebas para demostrar la existencia de Dios. Pero a lo que voy es a que muchas veces perdemos de vista lo esencial, cegados tan sólo por cuestiones de énfasis, dónde se pone el acento y dónde la tilde, aquí, en Roma y en el medioevo católico. Esta también es una muestra de lo que Jaime Campmany, en su *Jardín de las víboras*, llamó "los meandros de la hermenéutica". La anécdota es la que sigue:

Hubo dos monasterios en Galicia, cuando Franco era corneta, a los que separaba un río. Por derechos forales, diocesanos, o los que fueran, uno de ellos se alimentaba del cerdo ibérico que criaba en abundancia, mientras que el otro, su vecino, de la pesca en el citado río. Sin embargo, los monjes de aquél primero se quejaban de que, debido a las prescripciones de vigilia, ayuno y abstinencia, no siempre podían aprovechar a sus gorrinos, y pasaban hambre cuando los del segundo se daban todo el festín cada día de la semana sencillamente por alimentarse del pescado tan graso del río. Los monjes se quejaban expresamente de que lo que se pescaba en el río era tan graso como los cerdos que ellos tenían prohibido comer en los días señalados; de manera que estaba sujeto a la misma prescripción bíblica. El Obispo de la diócesis, por quitarse el problema de encima, lo despachó diciendo que, según la doctrina católica, se podía comer "cualquier animal sacado del agua". Después de esto, lo que hicieron aquellos monjes fue meter a los marranos en el río, antes de pescarlos, sacrificarlos, embutirlos y comerlos en el refectorio de la hora nona. El murciano Campmany celebra la ocurrencia con la expresión: "¡Oh, los meandros de la hermenéutica!".

A propósito de ellos también menciona Michel de Montaigne, al que siempre se debería leer, lo que sucedió en su época con la conquista de una plaza fuerte. La mención de nombres concretos, fechas y personajes en este siglo de Wikipedia, en el que basta

teclear un vago indicio del texto o de la anécdota para obtener el caso no ya documentado, si no sobredocumentado, resulta superflua. No los recuerdo, pero sé que los tengo en la punta de los dedos, con sólo hacer un click. Antiguamente había que levantarse y buscar en la estantería; o buscar la palabra en un tocho que pesaba un quintal, llamado diccionario. La facilidad con la que se hacen hoy estas operaciones le resta valor a la mención documental, pero permite centrarse en lo que se quiere decir del caso concreto. No es extraño que la pedantería académica se obstine en las formas rituales y en el número exacto de las menciones bibliográficas: en las universidades españolas, el número de los trabajos publicados computa a favor de la nómina o el grado académico de los docentes. ¡Publica, que algo queda!, pensaría Campmany si estuviera vivo.

Montaigne escribió en la edad en la que España, bajo el Rex Imperator Don Carlos, les había dado a los franceses hasta en el carné de identidad, llegando a tener preso a su mismo Rey Francisco. El filósofo era de ascendencia hispana, su madre, una judía que se exilió en Francia cuando los Reyes Católicos obligaron a la conversión de los hebreos o a su expulsión de la península, junto con la de los musulmanes. También coincidió la escritura de su libro con las guerras de religión en Francia, y en toda Europa, dividida entre protestantes y católicos. En aquellos días, que ya conocían el uso militar de la pólvora en la artillería, todo el mundo estaba en pie de guerra; eran días turbulentos, como siempre lo son cuando las aparentes certezas y consensos sobre las que se asienta la estabilidad social se ponen en cuestión o en evidencia. El Renacimiento vino a sacudir las del milenio medieval católico, mil años después, aproximadamente, de la caída de Roma bajo el godo Alarico.

La anécdota tuvo lugar cuando una plaza fuerte, creo que francesa, conferenció con el noble cuyo ejército la asediaba sobre las condiciones de su rendición. Este hombre, enfurecido por sus pérdidas y la obstinación de la plaza, lo único que ofreció antes de continuar el asedio, que ya tenía ganado, fue que las mujeres salieran de la ciudad cargando con lo que pudieran llevar a cuestas. Al subir la puerta enrejada de la muralla

el noble distinguió, estupefacto y boquiabierto, que las mujeres salían en fila india cargando sobre la chepa a todos los hombres; las esposas a los esposos, las hermanas a los hermanos, las primas a los primos... Y ante aquel espectáculo, entre lágrimas indescriptibles, el noble cedió en su cólera y se apoderó pacíficamente del lugar.

- ¡Oh, los meandros de la hermenéutica!

Bromas aparte, en el argumento anselmiano hay otros prejuicios implícitos a examinar; el primero y principal es que a Dios se lo puede pensar con verdad en los términos en los que se lo define en él: algo mayor que lo cual nada puede pensarse; y con *mayor*, yo voy a entender de aquí en adelante *mejor*, y a Dios como la suma de todas las perfecciones posibles; con lo cuál, en este aspecto, lo haré parecerse a una de las vías de Santo Tomás, que dice que si en las criaturas vemos perfecciones en cierto grado, también debe de existir su grado máximo y su realidad substantiva, a la que llamamos Dios. Algo así como lo que Platón concibió como el Ideal, lo Óptimo, lo Perfecto, en el Bien, en la Belleza, en la Inteligencia. En el Ser, en definitiva.

El otro prejuicio de San Anselmo, del que ya hemos apuntado su fundamento, reside en el paso de la mente a la cosa; de la esencia a la existencia. No se trata aquí de la controvertida exégesis de la frase de Parménides, quien dijo que Ser y pensar son uno y lo mismo. Porque en Aristóteles el problema es ya meramente epistemológico; al renunciar a la ética socrática y platónica, que es una ética de acción, su mayor discípulo mostró implícitamente que él sólo estaba interesado en el conocimiento. Y en cierto modo, ya era tarde para el vuelco aristotélico de Santo Tomás, dado que la cristiandad había asumido la tesis platónica de que la Perfección, Dios y el Cristo, existen y son una y la misma cosa. La cuestión, por así decirlo, estaba fuera de dudas, en sus dos extremos.

Primero, en cuanto a la existencia de Dios. Para todos los ejércitos del medioevo, el *Deus est* era como las *fascas* que precedían el paso de los magistrados romanos, en señal de su autoridad; o como el blasón de sus legiones, que imponían la *Lex Romana* bajo la enseña *Senātus Populusque Rōmānus*, en nombre del senado y del pueblo romano. E incluso en los duelos a vida o muerte por cuestiones de honor, se daba por supuesto

que la providencia de Dios tenía algo que decir en su resultado, aunque al derrotado no se le negara la gracia del perdón divino en su última agonía.

Y segundo, en cuanto a la esencia de Dios. Que la esencia de Dios es la suma de todas las perfecciones es una tesis platónica, por donde quiera que se la mire; lo mismo que la que afirma que toda perfección es divina; y quizá por ambas fue que Santo Tomás se vio obligado a trastocar el punto aristotélico, afirmando que la existencia es el acto, y no la potencia. Que Dios es real, es decir, existe, nunca se puso en duda. La cuestión de la perfección y la existencia es justamente la que se señaló al hablar de la escuela de traductores de Toledo: un dilema epistemológico, entre lo universal y lo particular, se entremezcló con la realidad del Ideal platónico, el Bien en sí, la Justicia en sí, la Belleza en sí... que son todas perfecciones, todas universales y todas reales. Y que pasaron a llamarse trascendentales, las propiedades metafísicas de las que ya hemos hablado, en forma limosnera y de por Dios.

La cuestión que debería plantearse a propósito de esto, creo yo, es si la existencia es una perfección. La cual también implica su reverso, es decir, si la perfección existe; porque, si es una de ellas, a la suma de todas no le puede faltar la de la existencia. O, dicho de otra manera, si por el hecho de que se la pueda soñar, pensar, desear, anhelar, perseguir, amar, lo mismo vendiendo periódicos que sirviendo café, lo mismo recogiendo la basura que filosofando por Granada, se debe suponer que existe. Si no existe, el único mecanismo que guía nuestros sueños y nuestros actos cotidianos es un mero automatismo, la definición de la locura, una rutina que no tiene propósito, ni finalidad, ni sentido real, más allá de replicarse hasta el infinito. Las cosas se hacen para bien, o no se hacen.

Que la existencia es el acto antes que la potencia, y que disfruta, por lo tanto, del mayor grado de perfección del primero frente al de la segunda, era una tesis única entre los teólogos católicos. Pero visto a través de Aristóteles, el problema parece más bien un dilema entre lo particular y lo universal. No tiene sentido hacer en ese contexto ningún juicio de valor, como el que implica la palabra "perfección". O si se quiere, el Bien, la

Belleza... et cétera. Lo único que importa en el dilema aristotélico es que sólo existen los particulares, pero que la ciencia o *epistémē*, sólo puede progresar generalizando, mediante conceptos o universales, abstracciones de lo que comparte, por poner un ejemplo, un mismo conjunto de coches rojos, de la marca que sean: el concepto de "coche", y el concepto de "rojo". Que hay coches más potentes, fiables y seguros que otros es de hecho lo único que importa de un coche, al margen de la marca o el color. O algunos mejor diseñados que otros para un mismo propósito. Este es el juicio de valor implícito que mueve al mercado automovilístico, con todos sus mercados subsidiarios, desde los de microchips, hasta las empresas publicitarias. Pero nada de esto se menciona en la expresión "coche rojo" o, si se quiere, "coche Ford de color rojo..."; son nombres, *flatus vocis*, que usamos para mencionar conceptos abstractos, o generalizaciones. Aunque la Ford presuponga que en la última de las dos también hay implícito un juicio de valor, que es el nombre de su marca. Pero en definitiva, las dos designan un conjunto de coches rojos, el segundo siendo un subconjunto del primero, el de los de la marca estadounidense. Para terminar de esclarecer el asunto, me queda comentar que yo tuve un coche Ford de color rojo, y que mi padre me lo vendió cuando di clarísimas señas de no estar dispuesto a conducirlo según su voluntad. La diferencia entre todos los coches Ford de color rojo y aquél que yo conduje durante un corto periodo de tiempo es que el mío era perfecto. Por ser mío.

Como nota final de esta glosa, me gustaría incidir en un aspecto de la inteligencia artificial, relativo a la diferencia entre los juicios de valor o los que se podrían llamar meramente "descriptivos". Todas las máquinas son capaces de estos segundos, pero ninguna de los primeros. Una calculadora es capaz de sumar dos números, o de reconocer visualmente, en máquinas más elaboradas, cada coche de color rojo que pasa por una calzada, incluso llegando a distinguir su marca y su matrícula. Pero todos, por así decirlo, le parecen igual, dicho esto en el sentido de que nunca sufrirá la diferencia social que nosotros establecemos entre conducir un seiscientos de color rojo o un Ferrari último modelo; sólo nosotros somos capaces de preferir el uno al otro, o el otro al uno.

Tampoco la máquina se juega nada de valor entre conducir un coche antes que otro, ni siquiera la vida en los piques que se improvisan por la autopista entre dos cabestros al volante, seguramente fumados y hasta arriba de cocaína. Una máquina es capaz de la verdad meramente descriptiva, pero ninguna es capaz de hacer juicios de valor, y de reconocer la verdad que los ilumina. Es capaz de la inducción aristotélica y se las alimenta con monstruosas cantidades de datos de todo tipo con objeto de que abstraigan de ellos patrones comunes que los diferencien y clasifiquen. Y uno de los mayores errores que hay en la fabricación de esta inteligencia es suponer que la nuestra también procede según el mismo automatismo aristotélico.

Resumiendo, en toda esta discusión hay que distinguir los términos "esencia", "definición", "existencia" y "realidad". El segundo es la expresión verbal, en género próximo y diferencia específica, de la primera; el tercero, "existencia", sólo pide una respuesta de tipo binario, algo existe o no existe. Del cuarto, "realidad", su desambiguación es muy importante en este contexto; porque con "realidad" podemos querer indicar tanto si algo es real o no, con la misma respuesta binaria que con "existencia", como preguntar por su esencia o responder con su definición. Lo que designa el término "real", o "realidad", se parece más a la Idea platónica. Pero la diferencia con ella es de valor, porque para Platón la Idea, aparte de ser lo real, lo era precisamente por su perfección, en la que lo definido y la definición eran una y la misma cosa. Esta diferencia es la que opone la filosofía del *realismo* aristotélico a la del *idealismo* platónico.

El agro. La vejez.

A Ulises, Rey de la isla de Ítaca, los mensajeros que el Átrida Agamenón, Rey de la aquea Micenas, despachó para reclutarle en la venganza que planeaba contra Troya por haber hecho cornudo a su hermano Menelao, Rey de Esparta, con el rapto de su esposa Helena; a la que secuestró Paris, príncipe teucro, Narciso entre los Narcisos, guapito de cara y cobarde, follón y malandrín al que tuvo que defender su hermano mayor Héctor, pagándolo con la vida; a este Ulises, dije, digo, Diego, para los castellanos Odiseo, tales heraldos le hallaron empuñando un arado sujeto a una yunta de bueyes. Y allí mismo, al pie de sus campos, se hizo el loco pensando librarse de la mili. Pero no engañó a los embajadores y tuvo que navegar hasta las playas de Troya.

De Catón el Viejo, que fue censor en la República romana y como tal, encargado de vigilar la moral y las costumbres del pueblo, se sabe que antes de esto se lo eligió para el consulado junto con un patricio romano, que era su valedor aristócrata, dado que él era de origen plebeyo; y que de los dos, fue al que se despachó para emparejar la situación en Hispania, en la segunda guerra púnica, donde combatió victoriosamente a los cartagineses y ganó para Roma los territorios púnicos de la península; después de lo cual, se empleó con extrema dureza en el sometimiento de los indígenas, que nunca dejamos de ser un incordio para la Urbe, ni siquiera con Julio César, cuya obra *Guerra civil* termina con un discurso, seguramente apócrifo, en el que nos amonesta severamente y nos promete toda la furia de su castigo por levantiscos, revoltosos y traidores. Pero cuando Catón regresó a Roma y acabó el periodo de su consulado, con las mismas manos que soltaron las insignias de mando y depositaron en los templos las riquezas ganadas en despojo, agarró el viejo arado de sus campos y siguió labrando la tierra, como le habían enseñado sus antepasados. Durante toda su vida política, y en cualquier magistratura que ocupase, nunca dejó de repetir algo que nadie en esta España de hoy debería dejar de repetir con respecto a Sánchez y sus secuaces: *delenda Carthago*,

destruid a Cártago. También se cuenta que, para educar a sus hijos en el trato correcto de los esclavos, delante de su parentela estranguló algunos de ellos.

Como nota reveladora sobre éste, todavía nuestro país, y al pelo de todo esto, cabe mencionar que Raymond Carr, historiador inglés, nos dice que a principios del siglo XX algunas poblaciones del levante español todavía usaban el arado romano. Hugh Thomas reseña lo tragicómico de algunos catetos de aquellos pagos, que cuando recibieron el primer tractor de manos de la República, cogieron sus horcas, sus hoces, escardillas y azadones y lo redujeron a chatarra; pero que recibieron con la alegría del progreso el segundo que se les envió, después del levantamiento militar y ya durante la guerra; y que un villorrio se comunicó con la autoridad competente del bando republicano al estallar el conflicto señalando que se habían apoderado del cabildo y de las tierras adyacentes. Y terminaba su comunicado preguntando:

- ¿Qué hacemos con el cura?

El origen del nombre romano de Hispania se discute todavía; puede que sea de origen tarteso, dado que la Sevilla moderna era la capital de la primera gran civilización indígena y que, por entonces, cuando el agua del Mediterráneo llegaba hasta la ciudad, se llamaba Híspalis. También se dice que puede derivarse del nombre latino para designar al conejo vulgar, ya que aquí pudieron abundar esos roedores.

Platón tenía de los ancianos a los que el final de sus días los pillaba todavía estudiando la misma que yo tengo de los que hoy se empeñan en correr la Maratón con cien años; decía que el que siempre está aprendiendo y nunca pone en práctica lo aprendido es como el que sólo labra su campo, pero nunca lo siembra. Este también es un modo de señalar la diferencia entre la ética socrática y la de Aristóteles; la primera es intelectualista, pero, bien entendida, es una ética de acción, y de poner en obra consecuente lo aprendido en ella; la otra, la dirigida a Nicómaco, es una ética eudemonista, que recomienda la virtud del término medio para pasar una vida cómoda y feliz.

Pero a lo que voy. Hubo un comisario europeo de agricultura que se plegó a pasear por los olivares de Jaén y Granada, dónde se le hizo ver el tesoro gastronómico y agrícola que producen las tierras más baldías, sequizas y difíciles de ambas provincias; mientras oía las explicaciones, arrancó una aceituna de un árbol y se la llevó a la boca para darle un mordisco, como si fuera una breva temprana. Evidentemente, probó al saborearla el lexema de la palabra agricultura: la parte agria de ese trabajo eterno y sufrido, que da el arroz y el trigo de las marismas del Guadalquivir, el aceite y la tapa de la aceituna jienense y granadina, las brevas de la higuera y los higos chumbos andaluces, y el aguacate, el mango y la chirimoya de Motril. El comisario en cuestión no tenía ni la más elemental idea de la agricultura mediterránea, la cual era, hoy como ayer y con mucha diferencia, la más importante de las que estaba destinado a representar y a gestionar en Europa.

En este mundo moderno pasa como con la burbuja de los tulipanes holandeses; lo único que importa en él es la velocidad; el dinero no es dinero si no es rápido de obtener, con poco sufrimiento o trabajo y en la mayor cantidad posible. La agricultura no enseña ninguna de las virtudes cardinales. Es evidente que nadie siembra su campo sin las teologales... sin la fe de que germine, ni la esperanza de un buen precio, ni caridad del sudor con el que lo trabaja. Lo que quiero decir es que el vicio y el pecado que en la ciudad pasan por civilización, en el campo, a veces, son bestiales y brutales. Recuerden el poema de Machado a cuenta de la gente campesina de su época. No toda es así, hoy como ayer. Pero la agricultura, por la misma naturaleza de su actividad, enseña una virtud que no se lee en el catecismo católico y que escasea profundamente en la sociedad tecnológica y su economía del pelotazo: la paciencia. Después del duro trabajo diario, en el campo sólo queda esperar que llegue el agua en tiempo, forma y cantidad suficientes; lo mismo la lluvia torrencial que el pedrisco echan a perder el fruto; el topillo leonés asola las estepas del Duero, en la vieja Castilla; del conejo andaluz hay que proteger los esquejes de olivo envolviéndolos en una malla protectora; también hay que segarle los chupones a este árbol, según crece; son brotes y retoños que les salen por la base del tronco, aún cuando son ya bien adultos, y que tardarían en dar fruto si no se

los segara, chupando, en mientras tanto, la savia y los recursos hídricos del árbol. Por lo demás, el proceso vegetal es de un metabolismo lento: antiguamente se debía esperar todo un año para recoger la cosecha. Ahora, con los transgénicos, la agricultura intensiva, la mecanización y la mejora de los fertilizantes, hay tierras donde los cultivos dan hasta tres cosechas al año.

Por lo que llevo dicho, se conoce que la agricultura también enseña otra virtud que hoy escasea, que es el saber perder, la de resistir a la frustración, y de saber digerirla. Porque el sudor en el campo y el fruto de todo un año se malogran en un par de días por una granizada, o cualquier otra contingencia. Mi abuelo⁹ materno decía que el suyo era un negocio a la intemperie. Al final de su vida, cuatro años después de que yo naciera, había conseguido cultivar sus propios olivos, y algunos almendros, por la zona de *los caballitos del Rey*; que era como llamábamos los niños a una ladera de la serranía de Elvira, donde usábamos una formación rocosa y plana como resculiza o tobogán. Por allí también se abren oquedades en el terreno donde al asomarse se percibe el calor del interior de la tierra. Respiraderos de aquella sierra caliza, que no fumarolas volcánicas. En la misma hubo una mina de cal romana; creo que todavía se ven las marcas de la cantería de sus esclavos en algunas paredes y tajos de la sierra. Hubo una población romana, aneja a la mina; y luego una medina árabe, y un camposanto islámico. Cuando se levantó la Azucarera, que a principios del siglo pasado sacaba el cristal dulce de la remolacha de la Vega, al escarbar para echar los cimientos sacaron joyas arqueológicas de incalculable valor. Mi abuelo paterno trabajó en la aceitera de Carbonell, por aquellos mismos contornos, llevando la contabilidad de una oficina. Mi padre es hoy el propietario de los terrenos de esa Azucarera, al pie de la montaña, por ambos lados de la carretera de

⁹ Fue uno de esos hombres de entendimiento que no tuvo el privilegio de leer, una clase de hombres que abundaba más en tiempos en los que el analfabetismo rural era más frecuente. Sabía leer y escribir, pero se crió en un cortijo y fue colono de un aristócrata local, de modo que no tuvo acceso a los libros.

Córdoba; en ellos también hay fontanas ferruginosas y cálidas, aguas termales y salutíferas sobre las que se podría levantar un *hamman* digno de un *sheyk*, de un *cadí*... y apurando, con una buena mano de estuco y algo de marfil, hasta de un *emir*. Mi padre quiso construir chalés urbanos en Pinos Puente, y también en estos terrenos, pero se aliaron con él la providencia divina y la burocracia de la Junta socialista, que objetó el bien de interés cultural del sitio. De manera que a mi padre el reventón de la burbuja inmobiliaria no le pilló con el culo al aire y astronómicamente endeudado.

Aristóteles decía que un hombre no se debe casar hasta los treinta y cinco años. Yo siempre he considerado una ventaja que las madres y los padres sean jóvenes, para comprender mejor a sus hijos y también porque tienen todavía la chispa y la energía para criarlos y cuidarlos siguiendo más de cerca su mismo paso y su mismo ritmo. Y también les da la oportunidad de crecer con ellos, y de disfrutarlos por más tiempo. Un hombre que tiene hijos con cuarenta años ya lo ha visto todo en la vida, y la de los niños le parece un recuerdo que ha tiempo que murió en él, marchito por los desencantos de la edad adulta.

Y Montaigne añade que un hombre siempre será ridículo cuando se case a los cincuenta y cinco. También menciona la sorna y el pillaje que la servidumbre de un noble conocido suyo practicaba con su dueño, por el mero hecho de que éste, todavía ciego en lo más profundo de su vejez, intentaba hacer valer una autoridad que la senilidad y la ruina de los años ya le habían arrebatado. Si el Rey Lear se retiró voluntariamente en la obra cumbre de Shakespeare, a éste lo despojó poco apoco cada uno de los días que cumplió por el mero hecho de intentar retenerlos. Otrosí cuenta Montaigne que a un vecino que le habló de la incomodidad que le suponía tener en su casa a un hijo con su esposa, y a los nietos que le nacieron de ellos, le recomendó que fuera él quien se apartara un poco, y se recogiera con menos espacio y menos preocupaciones, que son la principal carga de la que nos libera el llegar a una buena vejez. Si de niños aprendíamos a soltarnos de manos en la bici, lo bueno que tiene conducir una silla de impulsión eléctrica en la vejez es que puedes soltarte de pies al pasear. Y también cumplir los años sirve para tirar

algunos libros y quedarse con la relectura de los esenciales. Lo mejor que puede ofrecer la vejez a los demás es retirarse un poco para darle una oportunidad a los jóvenes; es la última renuncia, la más dolorosa y la más generosa. Y un acto de ceguera espiritual el resistirse a ella en detrimento de los hijos. Así, al menos, debería ser entre padres e hijos. Pero esta sociedad sólo quiere el heroísmo de los abuelos en corriendo la Maratón o en tomando la última píldora de la eutanasia. Y a los hijos que se acuesten, se casen, se divorcien, engendren, conciban o aborten con quién y cuándo les venga en gana. Y a los nietos en su casa y enganchados al móvil o a la consola, en vez de con las bicicletas o el balón de fútbol en la calle. Aparte de todo ello, estamos viendo que son los abuelos los que siguen tirando del carro de la economía familiar, y que la única solución de los legisladores a las estrecheces domésticas es retrasar la edad legal de jubilación, subir las cotizaciones y penalizar la pensión anticipada. Lo que es un disparate en sí y de por sí, también tiene su redondez y su perfección platónica, la pista de un circo donde se pone el carro delante de los bueyes.

Otra de las virtudes que enseña la agricultura es que no te deja hacer trampa para sacarle fruto; la mecanización, el cultivo intensivo y la mejora transgénica y de los fertilizantes que alimentan y catalizan su metabolismo ayudan, pero hasta cierto punto también la presionan indebidamente. Ya no se practica el año de barbecho, el de dejar a la tierra y al árbol descansar y reponer fuerzas; la sobreexplotación de los acuíferos acabó por agotar el caudal de las reservas hídricas este año, al que se le junta una gran sequía. También me comentó mi padre que el gran acuífero subterráneo de la Vega, el agua de las tierras de aluvión que vierte Sierra Nevada en la llanura, con el deshielo anual, al filtrarse por la tierra abajo se está envenenando debido a las sales minerales que se echan a ras de suelo como fertilizante... urea, sulfato amónico y complejos inorgánicos. Lo que quiero decir con que la labranza, siembra, regadío y cosecha no te dejen hacer trampa, lo digo en comparación con lo fraudulento de la especulación bursátil, cuyo delito en la burbuja de 2007 se intentó mantener hasta que ya no fue posible el disimulo y la sonrisa feliz, al cundir el pánico, se transformó en mueca irrisoria.

O también con los márgenes que sacan los intermediarios que llevan la fruta del campo a la gran superficie, donde se le añade todo el sobrecoste y el margen que al supermercado le parezca mejor. El campo es un trabajo sufrido en paciencia y sudor, injusto por lo abierto a la intemperie y lo sujeto a las inclemencias, y que da poco dinero, en los años que lo da. Pero la tierra es para con el que la trabaja todo lo honesta que puede ser la vida, simple y llanamente dicho. Esto no sucede siempre en Wall Street, ni en el Íbex 35. La tierra, si no da dinero, siempre da de comer, ya sean patatas, lácteos de la cabra, de la oveja o de la vaca, carne de cordero en la sierra de Baza, hureles de Motril o espárragos de Huétor. Por ser un valor real, y el primero y más importante de todos, es por lo que el dinero que cuestan aquéllos puede variar en el supermercado. Pero a día de hoy, si no se los consigue vender, siempre pueden comerse. En la ciudad se conocen antes que en el campo la miseria y el hambre de las carestías. La ruralización del medioevo, el éxodo poblacional al campo que conllevó el declive y caída del Imperio, tuvo que ver con las guerras, las pestes... y el hambre.

Yo soy de la opinión de que el mercado de la fruta y la hortaliza debería ser lo primero en descentralizarse en este país; que se vendieran sólo en origen, en el mercado del pueblo donde se las produce. Lo cual ayudaría también a eso que se llama despoblación rural. Antes que cambiar de sitio los Ministerios de Madrid y repartir a sus inútiles funcionarios, asesores y enchufados por toda la geografía española, preferiría que se prohibiera, o regularizase restrictivamente, el comercio de frutas u hortalizas fuera del municipio dónde se producen. Al menos, las que no van destinadas a la exportación. Las legumbres y el cereal son otra cosa; son la base alimentaria más barata y abundante. Al arroz y los demás cereales de la Andalucía occidental, que se siembran en esta época, en otoño, y se recogen en verano, se los ha favorecido en las restricciones al regadío publicadas hace poco por la Junta de Andalucía. Pero yo me hago la hipótesis, que no es falsable ni por ello mismo es científica; o por mejor decir, como los abuelos, me malicio que en los cálculos del gobierno autonómico ha entrado el de que la gente no puede pasar sin pan, y que el aguacate, el mango y la chirimoya de Motril, que algunos dan ya

por perdidos en la cosecha de este año, son en cierto modo productos de lujo para un invierno que se prevé que será duro hasta en los precios de la tahona. Tampoco tendría la Junta de hoy necesidad de tomar una decisión tan dolorosa si la de ayer hubiera terminado las obras de la presa de Rules, que lleva más de una década acabada y que todavía no ha regado ni una sola hectárea de la Costa Tropical.

Mis hermanos y yo nos criamos por temporadas entre camioneros y ensacadores, las que pasábamos en los terrenos de Pinos Puente donde mi padre tenía sus almacenes de abono. La gallinaza, el abono orgánico quiero decir, se ponía detrás de ellos, bien lejos del caserón antiguo, rancio y decrepito donde vivíamos. Para que todos pudiéramos usar la piscina, aparte de las otras razones que llevaran a mi padre a tomar la decisión, hubo que dejar de comerciar con ella. De otro modo, la peste del estiércol no hubiera permitido disfrutar del baño veraniego. Pero sigue siendo, hoy como ayer, el mejor fertilizante para la tierra. Las sales minerales, el abono inorgánico, si me permiten mi opinión los expertos, son áridos que se echan sobre una tierra árida de por sí, a la que le vendría mejor compensar sus carencias con una capa de material orgánico; me refiero a la del suelo del poniente granadino, sobre el que se cultivan los mayores olivares de esta provincia, es una zona muy estéril donde llueve poco. Pero por algo el olivo es el olivo, un árbol resistente y adaptado a este tipo de suelo, y de cielo, mediterráneo. En la Aldea Global se sacan a subasta barcos de guano, o mierda de murciélago; pero vete a saber lo que traen, porque en las cavernas de la China este excremento es un reservorio de los virus más peligrosos.

Los camioneros eran el paradigma de la virilidad. Y allí, cuando había que cargar un camión de ensacado, alguien tenía que subirse al remolque y recoger el saco, de 25 ó 50 kg, de la cinta transportadora, echárselo al hombro, despecheretado en verano, y colocarlo por orden. La carga por pallets supuso una gran ayuda, como la tolva para el granel. Pepillo nos arreglaba las bicicletas y Antonio Martínez Puertas salió corriendo una vez detrás de un par de gitanillos que nos las robaron en un descuido y los pilló en el cruce de la carretera con la calle Briones. Hoy el manto cardenalicio no está de moda,

ni el arzobispado de Manila parece ninguna ganga ni sinecura honrosa. Hoy todos queremos ser escritor, dramaturgo, novelista, poeta o filósofo, astronauta o ingeniero de software, y el que se mete en política lo hace para presidente. Pero hay un cuarenta y cinco por ciento de paro juvenil. Y en el campo son los temporeros inmigrantes los que doblan la corva para recoger el espárrago en febrero, o los que varean el olivo en diciembre y enero. Yo nunca quise seguir los pasos de mi padre, y se lo dejé muy claro desde niño, aunque a él le pesara. Cuando por fin no tuve más remedio que entrar a trabajar en su oficina, ya estaba demasiado vapuleado, drogado y parkinsonizado por la vida, los somníferos y los neurolépticos como para aguantar ni una sola bofetada más, ni la más mínima. Mientras yo estuve allí, todos los camioneros cobraron puntualmente, algo que no venía sucediendo antes de que yo entrara. Era yo el que mecanografiaba sus cheques. Ya sabía manejar con rapidez un teclado QWERTY por mi temprana afición a la informática; pero nunca entendí, porque no había nada que entender, que los cheques se hicieran a mano. Antes de trabajar allí, lo hice en una academia de software en la que me conocían desde pequeño, donde diseñé un programilla en CLIPPER que tomaba la cifra en dígitos y la pasaba a letra latina, verbi gratia, el entero 1950 lo convertía en "mil novecientos cincuenta". Y el jefe que me lo pidió, Guillermo, lo hizo con la expresa intención de usarlo para automatizar la impresión de los cheques.

Voy a cumplir cuarenta y siete años y nunca he trabajado por más de los seiscientos euros que se me pagaban en la oficina, si es que por cobrar se entiende cobrar dinero. Porque "vas a cobrar" es otra de las expresiones que ya no se utilizan en Granada como advertencia o amenaza; los profesores del Opus y muchos educadores, entre ellos mi familia, la usaban para ponerle una raya a los chavales, la que no podían traspasar sin recibir su merecido. Pero, gracias a Dios, a mi padre y al respeto con el que la profesión le trató en la hora de su ruina, cuando la crisis bancaria de las hipotecas le cortó el crédito, y a muchos los dejó sin casa, a él, que siempre fue un pagador puntual, un cobrador comprensivo, un empresario serio y un hombre honrado a carta cabal, no se le tiró al cuello ningún competidor rapaz. De las entidades financieras, la Caja Rural y Monte

de Piedad de Granada fue la única que quiso hacer leña del árbol caído, y se portó de manera indigna y vergonzante con él. No es por ella, si no por todo lo antedicho, que hoy podemos seguir pagando la calefacción, que es una de las cosas que más se agradecen al ir envejeciendo. Y vivir con desahogo gracias al buen oficio de mi hermano menor.

Desde muy joven me enseñaron la diferencia entre lo viejo y lo antiguo. No son lo mismo. Lo primero comporta decrepitud, fragilidad proveya y falta de vigencia, quebradiza como una ilusión. Lo segundo es viejo cronológicamente, pero ontológicamente -o si se prefiere, para que no se molesten ni Heidegger en su tumba, ni Pedro Cerezo Galán en su cátedra, en lo que hace a su naturaleza o esencia-, sigue tan válido, tan robusto y tan joven como el primer día que lo parieron. En realidad, desde la religión hasta las costumbres, pasando por la metafísica y la ropa, todo en el devenir de la Humanidad es una cuestión de moda. De ahí su incansable búsqueda de lo eterno, de lo que no es desechable. Y la primera manifestación consciente, exhaustiva y completa de esta búsqueda es la Filosofía. En su nacimiento tuvo mucho que ver un descubrimiento que hicieron los griegos, como es lo convulso de la Historia; el turbulento devenir de la guerra, la política y la civilización, y el vendaval intempestivo de cambios y alteraciones que traen. Su búsqueda de lo eterno es en ellos, entre otras muchas cosas, un anhelo, la reacción ante tantos y tan imprevistos vuelcos del albur y la fortuna. ¿Por qué? es lo que se dice uno, a manera de lamento, cuando un millón de bárbaros persas han quebrado las urnas más sagradas de Atenas.

El otoño de este año, dos mil veintiuno, es más frío de lo que venía siendo normal. Han bajado pronto las temperaturas; y con "pronto" quiero decir, a su hora. Cuando enciendo mi radiador y me meto entre mis mantas, cansado y deseoso de terminar el día, me doy cuenta de que conforme me adentro solitario en la vejez, más echo de menos un lugar en el que nunca estuve, y algo que nunca tuve. En lo más profundo de mi vida no hay descanso, ni jamás lo hubo. Siempre está el día siguiente, con lo que traiga. Yo no considero a Freud un gran intérprete de los sueños, porque no creo que éstos hablen

del pasado, ni sean condicionados por él; más bien son el don profético que mira hacia delante, hacia el futuro. Y que nos ayudan a sortear sus dificultades y a esclarecer el día de mañana. Más que a ventilar las cuentas de la jornada que dejamos atrás, los sueños nos ayudan a sobrevivir al día que nos tocará vivir cuando despertemos. Son ese milagro real y profético, como las antenas de un insecto que le indican lo que tienen delante, antes que lo que ha dejado atrás; como el don profético de José ante el Faraón, o como la bola de cristal que sólo una bruja hermética es capaz de interpretar. Lo que está claro es que para poder cultivar y medrar en este mundo hay que tener un no sé qué de zahorí.

La trascendencia del ser en Aristóteles.

Desde el Filósofo, que es como le llamaba Santo Tomás de Aquino, se sabe que el ser no encaja en la definición canónica de lo que es una definición: género próximo y diferencia específica; la cual se puede explicar muy bien mediante la teoría de conjuntos: el género es el conjunto al que pertenece el subconjunto de la diferencia. El hombre es animal racional; comprende su ser el género o conjunto de lo animal, con la diferencia o subconjunto de lo racional -algo que, por otra parte, para el imaginario griego y la palabra empleada (*zoon logon*) es similar a la capacidad única que tiene el ser humano de hablar y conversar.

Es así que al ser no se lo puede definir mediante esta expresión; porque se daría el caso paradójico de que el género y la diferencia serían exactamente el mismo conjunto. Vale decir, en lo que tienen de ser, tanto el género como la diferencia son idénticos. Pero la mejor manera que se me ocurre de ilustrar lo que quiso decir Aristóteles la refiero a continuación.

Gorgias fue un sofista siciliano que se hizo famoso en Atenas con tres tesis provocativas: Nada existe. Si algo existiera, no podría conocerse. Si pudiera conocerse, no podría comunicarse. La tradición ha perdido la línea argumental que las sostiene; no se conocen los razonamientos literales que llevaron a Gorgias a concluir o a demostrar sus tesis, aunque se han hecho aproximaciones verosímiles. No son estas las que vienen al caso. Lo que quiero decir es que la trascendencia del ser, en su expresión aristotélica, es justamente el hecho que refuta las tres tesis de Gorgias, para empezar la de que nada existe. Porque si en lo que tienen de ser el género y la especie son idénticos y no cabe entre ellos diferencia posible, *todo existe*. Todo existe... *sui generis et sub specie*. Hasta el error y el vacío son palabras, *flatus vocis*; a la mentira la siguen efectos orgánicos detectables por un polígrafo, o consecuencias reales en el mundo real; y las figuraciones falsas, los unicornios y las sirenas, significan algo para mucha gente, y tienen una realidad

cerebral, como los delirios de un enfermo mental. Todo existe, hasta Teruel, es la tesis trascendental del ser. Y convendría aclarar que el ser, en el mundo griego, tiene fronteras neblinosas entre la esencia y existencia. El concepto de existencia sólo ganó fuerza y preponderancia por el Dios hebreo que creó al mundo ex nihilo, a partir de la nada. La gran aportación del mundo cristiano, durante los estertores de la religión pagana y grecolatina en la que ya nadie creía, fue revitalizar la savia religiosa de Europa resaltando el hecho de que Dios existe, entre otras cosas porque era parte de su Evangelio y de su testimonio el que hubiera caminado, padecido y resucitado en Palestina bajo Poncio Pilatos, como reza el credo católico. El cristianismo puso el acento en la existencia, antes que en la esencia. Esta última siempre fue la tendencia dominante de Platón y de Aristóteles, en cada uno a su manera; para el primero fue la esencia un universal de mayor realidad y más elevado que sus manifestaciones sensibles. Para Aristóteles, un hombre que definió al filósofo como un especialista en generalidades, fue lo imprescindible para poder hablar con cierto grado de entendimiento; quiero decir, para Aristóteles los universales no fueron más que generalizaciones de dudosa realidad. En Platón, como en Sócrates, epistemología y ontología eran inseparables; Aristóteles se quedó sólo con la primera.

Lo cual nos lleva a la segunda tesis de Gorgias, si algo existiera, no podría conocerse. Es muy interesante este punto y de suprema importancia para esclarecer el cruce que se dio en Toledo al traducir a Aristóteles, con la confusión que conllevó entre los universales aristotélicos y las ideas platónicas.

David Ross, en su obra Teoría de las Ideas de Platón, notó algo que viene aquí muy al caso y es el descubrimiento que hizo Platón de que, en todo predicado, en todo juicio o conocimiento, está implicado o supuesto un universal. Todo juicio contiene una generalización, implícita o explícitamente. Lo que llamamos conocimiento sería imposible sin universales. Y no hay otra palabra para entender o definir un universal más que la de conocimiento. Es el correlato verbal o epistemológico de lo que llamamos la esencia, el quid, el qué. Platón fue un hombre empeñado en averiguar la definición del

Bien, de la Belleza, del Valor, de la Justicia, en cómo darles expresión verbal. Pero a todos los efectos, la definición de filósofo era para él una mera ostensión, le bastaba señalar con el índice a su maestro para decirla. En la persona de Sócrates, lo definido y la definición eran una y la misma cosa. La definición aristotélica del filósofo según el género en *especialista* y la especie en *generalidades*, es la doble inversión o anástrofe donde se cruzan y se intercambian estos cuatro términos. Si la definición es la herramienta más básica para conocer, en el caso del ser se da exacta y únicamente la tesis platónica. Decir que el conjunto del género y el subconjunto de la especie son el mismo equivale a decir que lo definido y la definición son una y la misma cosa.

Sólo idealmente se puede conocer. Pero es que, además, según esto, el ser es lo único que se puede conocer, y no se puede conocer otra cosa más que el ser. No se lo puede definir, salvo si es matemático. Pero es lo único de lo que se tiene noticia.

Se entiende que tanto género como especie, en la fórmula canónica de Aristóteles, son dos universales, generalizaciones que engloban a un cierto número de elementos. Si se desciende lo bastante en la cadena epistemológica, se llega al elemento único en su especie. Pero en lo que hace al ser, y ontológicamente, lo somos todos y cada uno de los individuos que poblamos el Universo y que tenemos existencia real en el mundo que nos rodea, tú y yo y el recuerdo que ambos tengamos de las filosofías antiguas, y la paloma granadina que un gitano desaprensivo ha pintado con un spray de los colores del Barça. En lo que hace al ser, sólo se lo puede experimentar. Sin generalizaciones. Su ser no es ni género ni especie, es un nombre propio, como Sócrates, el hijo de Sofronisco. ¡Y por el perro, también como Linda, la yorkshire de una vecina mía! El ser no es un concepto, ni un universal. Pero esto no significa que no sea una Idea platónica.

Un apotegma de Aristóteles que la escolástica conservó y transmitió dice así: Lo conocido y el que conoce, en el acto de conocer se identifican. Esto arguye experiencia real, única como todo lo que existe. Cualquiera que lea a Aristóteles se da cuenta de que la idealidad del conocimiento era para él más bien una *ideación*, una aptitud humana

mediante la que somos capaces de discurrir íntimamente, a la que llamó entendimiento. Se diría que el *nous* aristotélico discurre y averigua *lo que está debajo*, el *hipokéimenon* como substrato o forma substancial de las apariencias; mientras que el *nous* platónico dialoga para averiguar *lo que está por encima* de todas ellas, prestándole realidad, realce, sentido y valor. La dialéctica platónica, el diálogo como esgrima conceptual, es la herencia erística de haber visto a Sócrates batirse y vencer en todos sus duelos con los sofistas. En Platón se percibe, bajo las buenas formas y las ironías socráticas, que la verdad es victoriosa, y que siempre triunfa y prevalece por encima de aquellos que la desprecian, la odian, o la retuercen por un beneficio o interés personal. La esencia y el ideal platónico invitan al hombre, al ciudadano y al pensador, a erguirse en toda su estatura y hacerse dignos de su ser, de su nombre y de su patria.

A pesar de todo lo antedicho, confieso que mis preferencias filosóficas no son racionalistas. Considero prioritaria la reforma moral del individuo, y de la patria, sobre la reforma política o de la Constitución. Porque ninguna reforma puede salir bien si los que la levantan utilizan fieles torcidos y no saben tirar ni una línea en un muro. No es lo mismo idealidad que ideación, y no es lo mismo racionalidad que racionalización. Pero esta diferencia ilustra una tendencia ínsita en el hombre que, en lugar de cambiar de hábitos, lo primero que hace es darse razones para seguir en la mierda. Y racionaliza sus peores facetas tan sólo para justificarlas ante el tribunal de su conciencia. Es más fácil igualar el pensamiento con la vida que la vida con el pensamiento. Porque pensar bien y a fondo es de las cosas a las que más le teme la gente. A poco que se intente, se da uno cuenta de que camina en tinieblas por un hilo muy fino. Y se empiezan a sentir la duda, el frío y la oscuridad. El mundo se vuelve cada vez más extraño y el parloteo social le hace sentir profundamente solo, aún cuando anhele, busque o tenga la compañía de otros. Tan sencilla es esta reforma, tan claros y manifiestos sus caminos, como difíciles de asumir y duros de recorrer. Un pie detrás del otro; pero, por lo general, cuesta arriba antes que cuesta abajo. Y la virtud de un barrendero vale más que una lección magistral

sobre ella. También confieso que esta es una batalla que yo tengo perdida. Y que cada día que pasa me queda menos tiempo y tengo menos recursos para darle la vuelta.

A lo nuestro. La libertad de expresión, sencilla y llanamente dicho, es la habilidad expresiva que cada uno de nosotros tenemos. Gente como Valtonic, Willy Toledo y Gabriel Rufián poseen esta libertad, a la que apelan furiosamente para expresarse libres de las consecuencias de sus palabras; pero lo importante aquí es que la poseen sólo hasta donde alcanzan sus propios límites cognitivos, que son el insulto soez, la amenaza terrorista y la incitación a la violencia. De ahí no pasan, esa es una raya congénita en ellos, la misma de la idiocia que se define como un cociente intelectual inferior a ochenta. La libertad depende de la habilidad, en todos los órdenes; hasta para forzar la cerradura de una prisión se la requiere; también para juntar el dinero de una fianza hay que haberla tenido para ganarlo o para conservar o tener amigos que lo tengan. El dinero, en este cochino mundo, también da la libertad; no es que compre la felicidad, al contrario de lo que piensen tantos cínicos. En un mundo en el que el tiempo es oro, poseer riqueza te libera de muchas preocupaciones. Pero para ejercer el supuesto derecho a la libre expresión hay que ser artista, es así de sencillo: la capacidad lingüística (o pictórica, o musical...) limita la libertad expresiva de la persona. Mucha gente, en la España que ha llegado arrastrándose hasta hoy, entendió la democracia como un permiso para hacer lo que le diera la gana y la libertad de expresión como venia para el infundio, la calumnia, o el insulto directo y sin consecuencias. También para una terminología sacrosanta, consagrada por el uso de los políticos, que cuando hablan de la democracia, sólo lo hacen para contraponerla a la dictadura franquista de la que provino la nuestra. *Ahora mus toca a nusotros* es lo que dicen algunos que viven de allanar propiedades, robar camiones y entrar en los pisos vacíos. Otro de los equívocos que promueve el discurso político es que cuando se quiere torcer al Estado de Derecho en las resoluciones y las leyes que a la parte política no le gusten o no le convengan, se habla de que tales resoluciones y leyes son antidemocráticas, con lo cuál, a mi parecer, se insinúa que nos están negando el derecho a incumplir y a permitir el incumplimiento de las leyes. El

Estado de Derecho lo entiende los catetos como los derechos que tienen para abusar del Estado, tanto desde dentro como desde fuera de él, porque también los hay que aprovechan su funcionariado, desde el presidente para abajo, para abusar de los ciudadanos. Sin embargo, en puridad tan sólo significa el imperio de la ley, algo que les parece mal a todos los que la quebrantan de un modo u otro; y también a los que le suena mal la palabra imperio en todas sus acepciones. El mal uso de un término lo deprecia tanto como el abuso, tal y como se debilita una moneda de la que para sufragar su derroche estéril e improductivo se imprimen demasiados billetes. Tampoco me gustó nunca que se hablara de "las reglas de juego de la democracia". La vida, decía Aristóteles, no es un juego; si fuera un juego, después del *Game Over* se podría empezar otra partida. Y si la democracia es un sistema de convivencia, tampoco es una partida en la que no nos jugamos nada. Esto, mejor que nadie, lo saben los guardias civiles y los policías nacionales, padres, madres, esposas e hijos, que el terrorismo vasco asesinó durante años. Poner los puntos sobre sus íes es importante, de otra manera, la convivencia, la lengua y la ley se convierten en un barrizal babélico.

Pero en fin, en lo que hace a la comunicación sucede lo mismo que con la distancia profiláctica que ahora estamos obligados a mantener a causa del coronavirus... es cosa de dos, no es sólo el problema de cada uno de nosotros. Y lo que vale para el emisor, también vale para el receptor; así, el éxito de un texto sobre su lector no es sólo mérito del autor, también depende de la inteligencia lectora de aquél.

Llevo días dándole vueltas a la mejor manera de encarar este punto, y al final he decidido que lo voy a utilizar para ilustrar la distancia del dicho al hecho, que en castellano se dice trecho.

Muchos filósofos son como Occam: para ellos el lenguaje, del tipo que sea, verbal, lógico o matemático, es un mero formalismo cuyo único sentido al emplearlo es el respeto de sus reglas. Emilio Lledó, por ejemplo, era un filósofo del lenguaje. Por decirlo sencillamente, si la filosofía fuera una simple cuestión de palabras, nos bastaría con despojarlas a todas de su contenido material, de la chicha y la médula y la carne que

poseen, para ver, como a través de una máquina de rayos X, el esqueleto que las une y las coyunda. Yo llamaría a estas filosofías las del desierto, en el sentido de que son tan áridas que no tiene ningún objeto el estudiarlas, porque habiendo tanta sed de sabiduría en el mundo, en ellas sólo se encuentra de vez en cuando un pequeño pozo por el que tribus salvajes son capaces de cortarse las cabezas unas a otras. Por ejemplo, Bertrand Russell, un lógico británico, escribió un tocho que el austriaco Kurt Gödel leyó, se sentó con lápiz y papel, y explicó por qué se equivocaba; y lo explicó dándonos a conocer un teorema que es el mayor logro de la lógica desde Aristóteles. El británico, para estas cosas, era verdaderamente ridículo en su soberbia. He visto algunos vídeos suyos en YouTube, y el hombre parece un petimetre atildado y petulante. Se pasó media vida criticando al griego que, en este sentido, sabía mucho más que él cuando dijo que hay cosas que no cabe discutir y que preguntar sobre ellas es propio de gente obtusa y sin educación. Lo que se llaman axiomas o verdades supuestas de las que se parte, son la principal herramienta que se utiliza académicamente para enseñar matemáticas y lógica; Russell, cuestionando este método, intentó lo que muchos otros filósofos antes que él: demostrar lo evidente, lo mismo en lógica que en matemáticas.

Para alguien con la cultura de Russell criticar en el siglo XX a Aristóteles, un hombre que murió trescientos veintidós años antes de que Cristo naciera, era como criticar a los dinosaurios por haberse extinguido. Y fue otra de las manías de Nietzsche el criticar también a Sócrates (469 - 399, a.C.), en pleno siglo XIX. Es la descortesía de los filósofos renegar de lo que unos a otros se enseñaron a través de los siglos, y vivir y pagarse el pan y la cátedra de las pequeñeces con las que se ponen la zancadilla. Sigmund Freud nunca leyó a Nietzsche simplemente porque no deseaba ser influido por él. Al alemán le iban los Bacos que servían a lo escita, vino puro y en cantidad, y al austriaco los tiros de cocaína, con el resultado de que del uno tenemos borracheras y orgías wagnerianas y del otro la cantidad de drogas que fabrica el psicoanálisis y el trastear con la química del cerebro. La vida no es sólo cuestión de palabras. Cualquier filosofía que ignore este hecho es falsa o, sencillamente, una especialización académica, que es la mayor

ignorancia que puede darse en un filósofo. En su época, Montaigne decía que su criada hablaba mejor que el pedagogo que enseñaba gramática y sintaxis, y que lo que el otro enredaba y confundía pedantemente, aquélla lo ponía en su uso, en su sitio y en su momento. Porque lo que distingue a la filosofía es que abarca todo lo digno de saberse, y se reduce, básicamente, al ansia de conocer, y al deseo de saber. Anoche releí algunos proverbios del libro de la Sabiduría, en la Biblia. Sabiduría 6, 23:

Tampoco me acompañará en mi camino la envidia mezquina, que nada tiene que ver con la Sabiduría

Y también:

Pues ella misma va por todas partes buscando a los que son dignos de ella: se les muestra benévola en los caminos y les sale al encuentro en todos sus pensamientos.

Yo soy una persona que, aunque no sea sabia, ni tan inteligente como otras, ha sido sincera en su búsqueda de la sabiduría. He visto gente más inteligente que yo rehacerse de los vicios que yo mantengo, aún sin haberse mirado Platón o Bertrand Russell. Los libros sólo están llenos de palabras, en ellos no se encuentra más que el aviso y el escarmiento de los hombres que quisieron saber y que nos transmitieron su recorrido en este empeño. Y se los debe leer como si fueran una compañía para los extraviados y los solitarios. Y en lo que hace a compañías, las hay que son buenas y las hay que son malas. En mi opinión, los mejores entre ellos no repiten nada más que lo mismo que se necesita para rehabilitarse de la drogadicción, del tipo que sea:

Contra la soberbia, humildad

Contra la ira, mansedumbre

Contra la envidia, caridad

Contra la avaricia, probidad

Contra la lujuria, castidad

Contra la gula, templanza

Contra la pereza, diligencia

Cuanto más profundo es el pozo que se cava uno por cada pecado de los capitales, más esfuerzo se necesita para salir a flote mediante estas virtudes. La única diferencia entre la rehabilitación de un drogadicto que pueda intentar un ateo o un creyente es que el primero no sabe decirle para qué rehabilitarse y el segundo sí. Por eso no hay que confundir inteligencia con sabiduría.

Ayer por la mañana escuché en la C.O.P.E. a una petarda decir que el ocio es el enemigo del alma; en el catecismo católico que a mí me enseñaron, los tres enemigos del alma son el mundo, el demonio y la carne. La más próxima enseñanza a lo que esta dijo sobre el ocio es que la pereza es la madre de todos los vicios. Pero no se confunda el ocio con la pereza. Son muy diferentes empleos del tiempo libre, desocupado lector. Y Séneca sabía de lo que hablaba cuando dijo que hay gente que no tiene sentido para su ocio. A lo que lo dedican algunas, añadiría yo, es a trabajar en la radio como cotillas, cotorras...

O porteras,

Lo que el lector prefiera.

Por esto también es diferente el joven que se divierte conduciendo a doscientos por la carretera, para grabar su hazaña y colgarla en las redes sociales, que quien emplea su ocio en ocupaciones más provechosas, sabias y divertidas.

De todo lo antedicho en este punto, que se refiere a la tercera tesis de Gorgias, Si se pudiera conocer algo, no podría comunicárselo, la principal conclusión, entre otras, que yo extraigo, es que el Sacramento de la comunión no es un ritual supersticioso, vacío y sin sentido, como las palabras que no tienen ni carne, ni fundamento, ni substancia... En ella comemos al Verbo De Dios, y al partir el pan consagrado con los feligreses, nos hacemos hermanos con ellos. El significado profundo de este Sacramento también es que la vida no es una simple cuestión de palabras; en ella se unen el hambre del cuerpo por el pan con el hambre del alma por la sabiduría. Comunicar el ser también es darlo, engendrarlo, concebirlo, cuidarlo o alimentarlo. Dado que sólo se puede conocer idealmente, y que sólo se puede conocer el ser, comunicarlo no significa sólo decirlo mediante palabras; al ser, se ha dicho ya, no se lo puede definir, pero es más importante ser y existir que saber especificar lo que estas palabras significan para cada uno de nosotros. Por cierto, como nota curiosa y anecdótica, se sabe que Santo Tomás de Aquino era propenso a la gula, un benedictino rechoncho al que le gustaba la buena mesa.

Pero es en este punto donde me siento más cerca de Gorgias, cuando habla de la comunicación interpersonal. Facebook acaba de proporcionarme unas palabras de Carl Gustav Jung que creo que comparten casi todas las personas reflexivas. Dicen así:

De niño me sentía sólo, y todavía me siento así, porque sé cosas e insinúo cosas que otros parecen no conocer y la mayoría no quiere saber. La peor soledad no es la de no tener personas a tu lado, sino la de no poder comunicar las cosas que te parecen importantes, o la de estar obligado a callar ciertos puntos de vista porque otros los encontrarían inadmisibles.

Muchas veces no es que nos fallen las palabras; lo que nos falla es el valor para decir lo que pensamos, o para confesar lo que callamos. Por eso Sócrates, un hombre dispuesto a todo cuando se trataba de la conversación -hasta el punto de que Catón el viejo lo

comparó a una solterona chismosa- sentaba tan mal a los que creían saber de lo que hablaban. No es sólo que los atenienses inicuos que le condenaron no pudieran entender lo que les decía; es que ni querían saberlo, ni les importaba. Ya se ha dicho, la comunicación es cosa de dos, el emisor y el receptor. Y lo que vale para la vista vale para el oído, porque no hay peor sordo que el que no quiere escuchar. Pero ya se ha dicho que, en los asuntos humanos, no se debe generalizar; y soy realista en lo que hace a las sociedades. No creo en las utopías sociales, ni que haya una forma ideal de organización política. Lo único que hay es el consejo de Platón en *Las Leyes*, cuando dijo que debían de ser pocas y más destinadas a promover la amistad que el castigo. O el amor, la *charitas* que Cristo subrayó.

Número cuarenta y siete. En defensa de Arcadi Espada. Contra envidia, caridad.

Son los años que cumplí el pasado noviembre. Pero también tienen un significado personal para mí, lejos de toda cábala judía o pitagorismo griego, lejos del Zoar, del tamaño de mi polla (15 ó 16 cm., aproximadamente) y del dinero que me queda en la cuenta corriente del banco. También es el número del dorsal de uno de los personajes de literatura que más me han marcado. Es el que Raymond Garraty llevó a la espalda en un libro de Stephen King, que en castellano se tituló, hace ya muchos años, *La larga marcha*. La novela es una fábula social y terrorífica, que no posee ninguno de los

elementos infra o sobrenaturales que caracterizan a este autor, ni parapsicología ni ningún otro de sus temas favoritos. Sencillamente relata el paseo que cien adolescentes, voluntarios todos, fueron obligados a dar a punta de pistola y para diversión de la gente, más allá de todos los límites humanos de sufrimiento o cansancio. Vamos, como esas marchas en las que el ejército alemán en retirada disparaba sobre los desdichados que no podían dar ni un paso más, al cerrarse los campos de concentración en Europa del Este.

Este libro me ha obsesionado desde que lo leí. El mundo académico no le hace ningún caso al autor, y él casi siempre expresa la queja en sus novelas, de un modo u otro. Me lo regalaron con diez u once años y lo tuve arrinconado en mis estanterías durante mucho tiempo. Recuerdo que mi madre, cuando a los quince años tuve que pasar un mes en el hospital, por una crisis asmática aguda, en una de esas ocasiones en las que me han dado un par de semanas de vida, lo leyó a la orilla de mi cama, en el hospital. Yo no recuerdo cuándo, pero lo despaché antes de hacerme mayor. Como niño enfermo, en los ratos en los que todo el mundo estaba en otra cosa, mis hermanos en el colegio, mi madre en la cocina, mi padre en el trabajo... no tuve más compañía que las novelas y los libros.

Empecé a perder amigos desde los catorce años, cuando tuvimos que enterrar al primero de ellos, que no llegaría a los doce. Luego vinieron muchos otros; no sólo fue Carlos, luego vinieron Jaime, y luego Ángel Robledillo Ruiz, Sebastián Gallegos, Encarna Ortiz Parejo y también Sergio Do Peso... pero la lista siempre está incompleta...me parecen demasiados como para contarlos. En el libro, el protagonista va perdiendo los amigos que hace durante la marcha, sencillamente porque ya no pueden dar ni un paso más. Desde el primero hasta el último todos caen, y se conoce qué amigos son los amigos porque se van salvando la vida unos a otros, aún en contra de sus intereses personales y del deseo de sobrevivir a la competición y llevarse el premio... todo lo que su corazón pueda desear.

Nunca tuve muchas luces para esto de mis culpas, ni siquiera para la del superviviente. Probablemente la mitad de Granada las conoce mejor que yo. Las tengo con muchos, propios, extraños, amigos y enemigos. No he sido un buen hijo, ni siempre he sido un buen amigo o un buen hermano, ni tampoco un ciudadano ejemplar. No me importa. Mucha de la gente que ni va ni viene se pasa la vida pitorreándose de los pocos cuya compañía es de las que valen la pena. Si alguna virtud tuve en la amistad, es que fui incapaz de ser cruel. Y que nunca aproveché las debilidades de los que fueron mis amigos para ponerles la zancadilla. O para incidir en ellas. Más que a censurarlas, procurábamos reírnos de ellas, según esa peligrosa asignatura que no se enseña en las escuelas. Sea como sea, me doy cuenta de que muchos de ellos tendrían perfecto derecho a pensar lo contrario. Y no se lo reprocho.

John Joyce citó a Virgilio al prestarle dinero a su hijo: "Habiendo yo sufrido, también sé que hay que ayudar a los demás". Aunque la verdad sea cruda, jamás me he propuesto serlo con ellos y ellas. Eso es algo que no he podido encontrar muy a menudo, aunque he tenido indicios de ello en otras personas que conocí. La banalización de la amistad es también la banalización de la crueldad. Aunque entre amigos se deban reprochar las faltas, nunca se lo hace de manera despectiva. Entre otras cosas porque las hay que no se pueden corregir y entonces las llamamos rasgos de la personalidad.

Íntimamente, todos despachamos los asuntos que más nos preocupan corriendo y a la ligera. No nos gusta pensar en la verdad, porque cuanto más verdadera es, en peor lugar nos deja. Y en verdad, en un Universo que tiene unos trece mil millones de años luz de radio, lo que haya en la parte opuesta del diámetro, la que expandiéndose en sentido contrario nos junta más rápidamente cada día, nos importa un bledo. Nadie quiere mirarse a un espejo, si no es para maquillarse o decirse lo guapo que es. Y darse besitos, muchos besitos. Es terrible ver la imagen de uno mismo, tanto la mejor como la peor, reflejada en un objeto material que sólo tiene unos pocos milímetros de espesor. Además, siendo tan pequeños comparados con el todo ¿A quién podemos importarle? Que nos falten unos euros para el alquiler ¿Qué puede importar sabiendo que todos

viamos en un pedrusco que da vueltas en torno a una explosión nuclear de fusión a razón de unos cuarenta kilómetros por segundo? El tío que vive en la plaza, durmiendo en un banco de la calle, es casi el mismo que vive en una torre de lujo y ostentación. Si bien se piensa, es como si viviéramos en un columpio de la feria, entre luces y bocinazos, subidos al más vertiginoso:

- ¡Qué alegría! ¡Qué alboroto! ¡Todos queremos un perrito piloto!

Y hasta cuando matamos una mosca, o cuando salvamos un mosquito de ahogarse en la piscina veraniega, como Vanesa, una de las más dulces y guapas enfermeras que conocí en Mollet del Vallés, delante de la inmensidad del universo, la mosca y yo y Vanesa y la piscina somos casi del mismo tamaño. ¿Cuántas veces es el cuerpo humano el tamaño de una mosca, por muy cojonera que sea? Ahora comparadlo con el múltiplo que el Universo conocido tiene con respecto a nosotros, criaturas que no superamos los dos metros. Haréis una proporción razonable, en lo que hace al tamaño, a menos que le pongáis la diferencia específica que nos distingue de una mosca, seres inteligentes capaces de hablar y razonar que no suelen superar los dos metros de altura.

Arcadi Espada y yo diferimos en una cuestión decisiva, que es la que separa la inteligencia de la sabiduría. Que no es otra que lo fundamental de Dios, y de su realidad, esencia y existencia para dotar de sentido a todo lo que hacemos cotidianamente. En verdad, Arcadi lleva razón en todo. Y no sólo por sus argumentos, también por su valor personal en una Cataluña capaz de tratar y de comerciar con cualquier zorro. Acabo de leer una entrevista suya con un neurocientífico de Alicante que nos asegura que somos la última o la penúltima generación sujeta a esa esclavitud eterna que es la carne y su mortalidad. Me pone los pelos de punta, si quieren que les diga la verdad. Sobre todo, porque puede llevar tanta razón que las consecuencias sean impensablemente horribles.

Pero en fin, yo he sido un lector optimista de la ciencia ficción, y la primera aplicación práctica que yo le daría a la inmortalidad es la colonización humana del Universo. De Marte nos separan pues, no sé, ¿dos o tres años de viaje? Pero del próximo planeta

habitable puede que nos separen varios millones de años solares de viaje, de manera que la única manera que tendremos de llegar hasta él será prolongando el periodo de vida de los astronautas. Pero seres privados de la mortalidad jamás encontrarían ningún motivo para hacer ese viaje, ni para luchar por este mundo, por los demás y por la supervivencia de sus seres más queridos. Ni siquiera les merecería la pena pasar diez mil años en la compañía del resto de los tripulantes por mor de algo llamado "propagación de la especie". De lo que no tengo duda es de que al Sr. Espada ni siquiera se le han ocurrido ninguna de estas aplicaciones prácticas de la inmortalidad, sino que en lo primero en que ha pensado es en la anestesia mental, física y emocional de evitarnos el dolor de morir. La ceguera típica del pensamiento científico, acostumbrado a pensar antes en las causas que en las consecuencias, es la que produce un avance del que luego se siguen efectos indeseados. No estoy en contra de estos avances, pero el ejemplo del coronavirus, que probablemente se escapó de un laboratorio chino, demuestra el cuidado que hay que tener con ellos.

En defensa de Dios es el título de un libro de Karem Armstrong, una interesantísima estudiosa del fenómeno religioso y Premio Príncipe de Asturias. Básicamente, sus conclusiones son que las religiones conocidas se basan en el altruismo, y usando una palabra de sentido más lato, en todo lo que tenga que ver con la generosidad. Yo no desprecio a Arcadi Espada, ni soy quién para despreciarle; probablemente se la traiga floja lo que yo piense sobre sus columnas de opinión. Suele comentar como de pasada su desprecio por la idea de Dios. Tampoco soy de los que van tocando porterillos y timbres para preguntar a los inquilinos si alguna vez dejaremos de sufrir y decirles que la respuesta está en la Biblia. Tuve ocasión, mientras estuve en Cataluña, de comentarle a un grupo de estos prosélitos que me salieron al paso, camino del gimnasio, que es más bien el diablo quién nunca duda y el más creyente en Dios, por tal de arruinar ese milagro que es la vida en este planeta. Pero claro, el dicho popular reza que hay que tener amigos hasta en el infierno; que más sabe el diablo por viejo que por diablo. Y por aquellos lares siempre se ha dicho que la pela es la pela y aquello de *Barcelona es bona si la bolsa sona*.

Pero la autora nos dice que el sentido originario de la palabra fe, *pystis* en griego, no es la adherencia a pies juntillas a una serie de creencias, mandamientos o normas; antes bien, significaba una práctica diaria, difícilísima, que tiene que ver con el compromiso que suponen y en el sentido en que lo indican. Como cuándo prometemos o juramos guardar y hacer guardar la Constitución, o prometemos serle fiel a alguien en la pobreza y en la riqueza, en la salud y en la enfermedad; como el juramento Hipocrático del que se licencia en Medicina. Cuando uno se adhiere a una religión, se compromete a practicarla, antes que a aferrarse ciegamente a una serie de creencias. Esta última es otra degeneración del sentido originario, como lo es el de la *charitas* romana de la que hablé más arriba.

Creo que fue Einstein el que dijo que si alguien te asegura que entiende la física moderna es que no sabe ni de qué va el asunto. La fe ciega en la ciencia es tan bárbara, tan incivil y tan primitiva como la Inquisición cuando quemaba vivos a los herejes que hicieron progresar al mundo. La religión de la ciencia no es más que otra superstición; otra cerril obcecación de una mente primitiva. Su diferencia con la *pystis* es que no nos obliga, ni nos compromete a practicar diariamente la generosidad con el prójimo. A principios del siglo XX eran miles los alemanes que se levantaban temprano cada mañana para enseñar física en las Universidades; y algunos de ellos parece que tenían algo en la punta de la lengua, como vulgarmente se dice, al descubrir que las cuentas no terminaban de cuadrar; recuérdese el experimento de Michelson y Morley, que comprobó que la velocidad de la luz permanece estable y la misma sin que el estado cinético del foco emisor respecto del sensor receptor sea un factor en ella; y las ecuaciones consiguientes de Konrad-Lorenz. Pero lo que grandes prebostes académicos y autoridades universitarias no supieron decir, lo dijo un judío perdedor desde su rincón de la oficina de patentes de Zurich, después de calcularlo conversando con un compañero de trabajo, Michelle Angelo Besso, que ni siquiera era científico. Por eso, cuando Cataluña termine de echar cuentas, sólo podrá pagar a los amigos que tenga en el infierno. No creo que haya muchos otros dispuestos a rehacer lo que sus gobernantes

deshicieron como no sea construyendo sobre las ruinas de lo que quede. Yo que Arcadi, en vez de airear tan inútilmente sus opiniones como yo mismo vengo haciendo, sencillamente dejaba que las cosas se cayesen por su propio peso. Por cierto, Albert Einstein nunca trabajó en la oficina de patentes de Zurich, Suiza, que lo hizo en la de Berna.

Aldaz Gazolaz también me enseñó algo en la Universidad que quisiera mencionar aquí. Me dijo que una de las notas que definen un entendimiento maduro es el saber distinguir lo fundamental de lo accesorio; el alma de la espada y ésta de la vaina; o el agua del vaso que la contiene. Aunque la física trate de cuestiones de detalle y hable de un decimal de más o de menos, en la vida nos lo jugamos todo, como comunidad o género y como individuos. Por la parte primera no siempre estamos en nuestras propias manos, ni somos dueños de nuestro destino. También en el amor sucede esto: no sólo es cuestión de la voluntad personal, ni de la intensidad del amor que se profese; siempre fue uno de los errores de mi padre creer que todo estaba en sus manos y que todo dependía de la voluntad de uno. Si así fuera, no existirían ni los contagios por coronavirus, ni la muerte, ni esas que Shakespeare llamó "las penas del amor menospreciado".

Para que el Sanedrín de la C.O.P.E. y su sumo sacerdote Carlos Herrera se queden tranquilos, he de confesar que sí, que las invitaciones a su programa que él despacha como si fuera un sátrapa oriental repartiendo la gracia de una audiencia real, me producen envidia. A veces son palmariamente malintencionadas y ponen el dedo en la llaga que más me duele: me gustaría ser reconocido como poeta y como intelectual, sobre todo sabiendo lo que me ha costado el parir a mis hijos, tanto como a una mujer le duele traer niños a este mundo. Y sabiendo también que han venido pescando en este río, sin sacarse siquiera la licencia y de manera delictiva. Por esto digo que lo único bueno que tienen algunas personas son el bombo y el platillo que se dan; Carlos Herrera y Pedro Sánchez Castejón no son muy diferentes en este aspecto. A lo mejor es por eso

por lo que el primero le profesa al segundo el odio que destilan sus calificativos. ¡Menudo bodrio y culebrón venezolano!

Pero en fin, aplicando lo que Aldaz Gazolaz y la Chari me enseñaron, en este mundo hay cosas mucho más importantes que el lucirnos personalmente, y el éxito y el triunfo mediático. Y casi siempre estará mejor un bocadillo de mortadela en tu casa que tener que ir como puta por rastrojo, soportando las cenas de gala y los homenajes donde, aunque te sirvan caviar de Riofrío y se mida la distancia al milímetro entre el tenedor y el cuchillo, no puedes ni sonarte las narices cómo y cuándo te dé la gana. Ni rascarte el culo cuando te pique.

-Sin otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo.

No todos queremos ser como Oscar Wilde, quien dijo que sólo existe algo peor a que hablen de uno y es que no hablen de uno. Por eso y por Sabiduría 6, 23, he dejado de escuchar la C.O.P.E. La ciencia se ocupa de resolver problemas, pero lo que es la vida, en viviendo y en muriendo, es un misterio. La diferencia entre lo uno y lo otro es que los primeros tienen solución, como es el apagar la radio. Pero un misterio no la tiene. Dios nos la da como un regalo que ninguno de nosotros ha pedido, y que todos los adultos tienen que acabar pagando a crédito y con retraso. Por eso las personas pagadas de sí mismas, como Josep Borrell, Carlos Herrera, y Pedro Sánchez tienen una ventaja fundamental sobre los perdedores: suelen saber vender hasta la soga de un ahorcado por el mero hecho de guardarla en un arca recubierta de oro y de piedras preciosas. Mientras, aquéllos a los que Cristo predicó en el sermón de la montaña suelen esconder los tesoros más raros y admirables, aunque ni ellos se den cuenta la mayor parte de las veces. Yo mismo lo he visto y soy testigo de ello. Conozco enfermos mentales que tienen muchísimo más derecho a escribir un *Manual de resistencia* que Pedro Sánchez, aunque algunos no hayan hecho otra cosa en la vida que ser repartidor en una frutería. Pero lo cierto es que merece más la pena saber quién se es, aunque no se pase de frutero, que llegar a la Moncloa escribiendo esos manuales sin pasar de ser un muchacho petulante que no sabe nada. También Erich Fromm, en su obra, *El miedo a la libertad*, dijo que la

fama, en nuestros días, suele servir de justificación para todo, y que sirve para aplacar y acallar todas esas dudas que lleva uno por dentro. Del éxito personal se concluye que los caminos que te llevaron a él son todos buenos y justos y perfectos. No es un argumento muy diferente al de Hitler, Pablito Iglesias Turrión y todos los populismos modernos. Pero el triunfo en las urnas no implica una vindicación racional y justa de los puntos de vista personales. Que las urnas te elijan en plebiscito sólo es como el chute que se mete un drogata: un gran colocón, un subidón del quince. Y los mítines, la reunión de una serie de personas que se dedican a palmearse la espalda y a cubrirse de halagos los unos a los otros son de los espectáculos más ridículos que hay, sobre todo sabiendo como ellos saben de las cuchilladas traperas que se reparten en los pasillos del poder. Un mitin en el que los políticos se pasan el turno en el estrado no es muy diferente de un grupo de drogatas que se pasan el porro engañándose los unos a los otros con buenas palabras.

La nobleza. El sufrimiento y el dolor. La contemplación.

Un filósofo de la Antigüedad se halló embarcado en el Mediterráneo cuando sobrevino una tormenta repentina; la tripulación debía de estar ocupada afianzando la nave; pero el pasaje, es decir, el resto de los ocupantes del barco, se dedicaron a levantar sus manos al cielo, mostrándole a los hijos que llevaban en sus brazos e implorando a los dioses que amainara. El filósofo, al mismo tiempo rabioso y asustado, les gritó:

- ¡Callaos! ¡Que no se enteren de que estoy aquí con vosotros!

Así también, sucedió que uno de estos maestros antiguos de la virtud y la racionalidad acertó a pasar por la puerta de una taberna de Grecia y al asomarse descubrió dentro a

uno de sus colegas, el cual sintió de inmediato el impulso de esconderse entre los borrachos. Desde la entrada, aquél le gritó:

- ¡No te escondas! ¡Que cuánto más lo haces, más te hundes en ella!

Una de las cosas que esta sociedad española ha perdido es el sentido aristocrático de la vida. Ortega puede que lo dijera con otras palabras, pero él no tuvo nunca ocasión de encender la tele y comprobar lo felices que viven los marranos chapoteando en la mierda. En la dictadura franquista, ya todos los valores tradicionales, como la nobleza y la religión, eran casi su versión más fósil, una reliquia muerta de la que sólo quedaban sus decrépitos epítomes. La España de Franco fue el fósil y el remanente que quedó de nuestros mejores días; lo mismo que el empeño de Mussolini en resucitar al Imperio Romano. Ya he dicho que no se debe confundir nobleza con aristocracia. La primera se lleva dentro, la segunda son sólo las libreas de los camarleros y los títulos heredados. En España ya no queda ni rastro de su recuerdo. Han sido cuarenta años de Carmen de Mairena, de Belén Esteban, del Arlequín y el Yoyas y La Veneno; si hay algún futuro para ella, está en los jóvenes; me consta que a muchos les gustaría que el mundo fuera un lugar más honesto y más limpio, un lugar que no se dedicase a desvirgar todas sus esperanzas, a escupir en sus almas y a pitorrearse de lo mejor de ellos. Se acostumbran a que la vida nunca cese de sodomizar sus corazones y sus cerebros. Y al final, como en toda parranda, hay que unirse a la juerga o quedarse para pringado. Pero no es sólo la tele; la nobleza, bien lo supo Platón, debería ocupar el principal lugar en nuestra política; la nobleza de espíritu, es decir, lo contrario del maquiavelismo. Los partidos políticos deberían empezar a pensar en *mejor*, antes que en *más* o en *más mejor*, que es locución aborrecible. En esto, Roma fue inigualable. No es sólo que a sus patricios les importasen los hechos antes que las palabras (los romanos solían decir ¡*Hoc age!*... ¡Hazlo! Y usaban la palabra escolar o griego, como desprecio de los pedagogos). Es que tampoco en aquéllos consentían ni trampa ni cartón. Uno de sus *imperatores*, no sé si cónsul o prétor o procónsul, ganó una batalla utilizando subterfugios y engaños que al Senado de la

República, cuando recibió la noticia de la victoria, le parecieron indignos de Roma; y ordenó devolver los territorios conseguidos y ganarlos limpiamente y a la more romana.

No se debe confundir nobleza con ingenuidad. La primera es consciente del riesgo que corre y está dispuesto a pagarlo y a sufrir las consecuencias sin rechistar; la segunda suele quedarse boquiabierta como los tontos, desengañada como los Quijotes, y sentirse estafada y ultrajada cuando le toca pagar por su candidez y su bobaliconería. No creo que la sociedad que se embarcó alegremente en la burbuja inmobiliaria tuviera derecho a protestar por sus consecuencias; en la tele se vio hasta gente que se había metido en una hipoteca con el banco teniendo sólo una pensión de discapacidad por ingresos fijos mensuales. Claro, luego vino el quince eme -eme de mierda, sin perdón- y todos los comensales ultrajados que no quisieron pagar la cuenta de la mesa. Como no les dejaban hacer un sinpa a lo bestia, montaron la que montaron en Madrid, donde hasta los camareros tuvieron la decencia de oficiar de militares, protegiendo a los que se refugiaban en sus locales; es así como se dan los golpes de estado preventivos. Para salvaguardar el orden público y la seguridad ciudadana, hay que tirar de las fuerzas y cuerpos de seguridad del estado. Después de la juerga viene la resaca. Y a la mañana siguiente la izquierda reparte los carnés de fascista y de reaccionario y de tirano. Llego un punto en que no hay otra que sacrificar los ideales por haberlos malversado y abusado. No es lo mismo nobleza que aristocracia; tampoco es lo mismo libertad que libertinaje; y esto vale tanto para el dinero como para el sexo o el poder.

Están los ateos que afirman que no hay que dar gracias a nadie por las cosas buenas que nos pasan, como no sea a los compinches de turno, ni tampoco maldecir a nadie por los males de este mundo, como no sea al gobierno de turno. Luego están los creyentes. Muchos de ellos dicen que hay que dar gracias a Dios todos los días, sobre todo si uno enciende la tele y ve cómo se las gastan la Humanidad con el planeta y el planeta con la Humanidad; en Filipinas una tormenta estacional se convirtió en cuestión de horas en un tifón que ha planchado el país casi al nivel del mar. Pero muchos de los filipinos, supongo, estarán dando al diablo con la idea De Dios y maldiciendo a los Cielos

que les enviaron semejante desastre. Así también, muchos de los que dicen que hay que dar gracias al Señor todos los días, suelen abandonar su fe cuando les cae encima el techo de su casa, o cuando el diablo les aprieta con el tridente. Otros, simplemente, se ponen a malas con Él, y cabreados con todas las religiones conocidas. La existencia del mal, del dolor y del sufrimiento siempre es un poderoso argumento emocional de los enemigos de la fe.

Lo cierto es que, en una vida, la mía, que ha padecido asma infantil, esquizofrenia, síndrome de Addison, drogadicción, etc... he concluido que son precisamente el dolor y el sufrimiento unas de las más poderosas razones que tiene la fe en su favor, y que atenderlos, aliviarlos y socorrerlos, en la medida de nuestras posibilidades, es lo que más nos justifica ante Él, y lo que nos hace más merecedores o dignos de llamarnos sus hijos. Entrad en la U.C.I. de un hospital, en su pabellón psiquiátrico, en una terapia contra la drogadicción... allí están los que justifican al Señor ante nosotros... una frase capciosa... mejor se diría los que justifican nuestra fe ante el Señor. No son ni los obispos en sus palacios, ni los reyes en sus tronos, ni los gobiernos en sus gabinetes... ni el triunfo, ni la felicidad, ni el éxito... son el dolor, el fracaso, la pérdida y el sufrimiento. Es a ellos a los que dedicó el Cristo su paso por este mundo; no tienen necesidad de mí los sanos, si no los enfermos. Luego también están los que sólo se acuerdan De Santa Bárbara cuando truena, es decir aquéllos que se guardan esa posibilidad para el último momento. Todos los que en su última agonía se arrepienten y piden la gracia del perdón. Por la misma razón es que las iglesias están tan llenas de viejecitas y viejecitos. Yo siempre he dicho que los ateos lo son sólo de boquilla; no es sólo que se contradigan a sí mismos, porque para ser coherentemente ateo hay que pegarse un tiro o colgarse de una viga. Es que algunos, no todos, suelen pedir a gritos el socorro De Dios cuando se ven a las puertas de la muerte. Se sabe por su propia confesión que Winston Churchill nunca creyó ni le prestó más atención que la superficial a la religiosidad, si no que pronunciaba el nombre De Dios en la Cámara de los Comunes como un recurso retórico y en nombre del Imperio Británico. Pero que la única vez que rezó de verdad, con la fuerza de los desesperados,

fue cuando se vio perdido en la campiña de Sudáfrica, tras fugarse de una prisión Böer, y en una noche más oscura que el sobaco de un grajo, uno de aquéllos en el que se dice que se transformó su legendario Rey Arturo. Ganó su libertad detrás de las líneas enemigas, y al hacerlo se halló en campo abierto, sin radio (que no estaba inventada), sin brújula, y sin comida. Entonces rezó, y tocó en la puerta de una casa, aún a riesgo de ser denunciado y ejecutado. Desde ese día y para siempre obtuvo la notoriedad que tan desesperadamente buscaba, como Oscar Wilde.

Esto se está convirtiendo en una divagación que no tiene costura, ni ensarte. Lo releo y entiendo que, si cada párrafo es consecuencia del siguiente, debe de ser una costurera como Penélope la que le encuentre el hilo -si lo hay, y si no, la mera *ideación*- que los remiende. En fin, yo siempre he dicho que la mejor manera de encontrar una aguja en un pajar es meter a un desgraciado dentro, porque seguro que se sienta encima de ella. Este tratado, que quisiera ser humorístico, lo es a la medida de mi humor; que no siempre es alegre, ni optimista.

Todos hemos leído en el periódico aquel caso del que se tira al río para rescatar a alguien y acaba siendo el ahogado. Casi parece como que Dios se tuviera que cobrar una víctima en aquel río y en aquel día y en aquella hora, sin importar el nombre, la raza, el parentesco... Basta con que haya un ahogado para que el otro se salve. Con el sufrimiento ocurre algo parecido y por eso es tan deleznable el falso victimismo; el de los gitanos del Puente de la Virgen, el de los catalanes y el de Vladimir Putin, que ayer esperaba una llamada de Joe Biden con ciento setenta y cinco mil hombres en la frontera de Ucrania y se presentaba, falsamente, como una víctima inquieta por la posibilidad de que este país se incorpore a la O.T.A.N, la cual no ha demostrado intenciones hostiles hacia Rusia desde que cayó en manos de Boris Yeltsin. No sólo eso; ha sido la Rusia de Putin la que sistemáticamente ha bloqueado en el Consejo de Seguridad de la O.N.U. cualquiera de las resoluciones que pudieran haber hecho de este planeta un mundo mejor, apoyando siempre lo indefendible, las tiranías más sangrientas, y los Estados más

criminales. La Siria de Bashar Al Assad, la Venezuela chavista, la Cuba castrista, el Irán de los ayatolás, la Corea del Norte...

Pocos días antes, creo que fue un veintitrés de diciembre, de que Pedrito y Pablito se abrazaran ante las cámaras, en dos mil diecinueve, y cerraran el negocio de la colocación de Sánchez, y su empleo en la Presidencia, tres británicos de color se ahogaron en una piscina de Mijas, provincia de Málaga, porque aquel año, como venía siendo habitual, el calor duró hasta diciembre. Nadie pudo encontrar una explicación. Se examinaron la bomba de la depuradora y los esquimes del fondo, para ver si chupaban con la suficiente fuerza como para sumergir un cuerpo humano. Fueron un pastor protestante y dos de sus hijos.

Es así que resulta peligroso echarse al agua para salvar a alguien, pero es inexcusable el no hacerlo por tus hijos. Además, con los hijos hay que echarse al agua sin pensar en las consecuencias; si alguno hay en dificultades, un buen padre ni se lo piensa dos veces; no es que no tenga tiempo para pensar, es que su reacción es instintiva. Por eso Alejandro supo que tendría que mancharse con el asesinato de Parmenión después de ejecutar a su hijo, que preparaba una conjura contra el monarca macedonio.

Engendrarlos y concebirlos es lo mismo que tirarse a una piscina. Y las mujeres que abortan son como las que arrojan al neonato a una escollera. Cuando uno y una mantienen relaciones, los dos deben de saber ya que no es el viento norte, que baja del país de los Hiperbóreos, el que preña las yegadas. Tener un hijo también es cosa de dos, como la comunicación y la distancia interpersonal; no creo que deba prevalecer el derecho de la madre sobre el del padre. Además, tenerlo comporta los mismos riesgos -y placeres- que mantener relaciones sexuales: se toma una decisión y una vez tomada, hay que llegar hasta el final. Recuerden a mi primo Jorge:

- ¡Pum, pum...! ¡Un churumbel! ¡Ni que fuera una broma!

Y también me lo dijo con otras palabras:

-Si tienes un hijo, no hay otra que dejarle vivir; es como si lo lanzaras al mundo, con la esperanza de que no se estrelle del todo o de manera irremediable.

Así lo creo yo, y así parece que es. De todas formas, estuvo aquel noble castellano que arrojó un cuchillo a los moros que tenían preso al suyo en la peña de Gibraltar, y que amenazaron con degollarlo si él, su padre, no retiraba el cerco sobre la roca. Y en la Guerra Civil Española se dio un caso semejante durante el sitio del Alcázar de Toledo, cuando el general Moscardó aceptó el fusilamiento de uno de sus hijos, en poder de los republicanos, antes que entregarles la plaza. En Tito Livio se menciona la devoción con la que un hijo defendió a su padre en los tribunales, en la guerra, y en el foro, a pesar de que toda Roma conocía el trato brutal con que había sido educado y criado por éste. Tampoco recuerdo el patronímico, y lo he buscado sin encontrarlo; según creo, pertenecía a la familia de los Corvinos, una saga poderosa e influyente en la Urbe. Y además, estuvo aquél filósofo griego al que le reprocharon el maltrato que dedicaba a sus hijos, sobre todo sabiendo que habían salido de él. Escupió en el suelo y señalando al esputo, dijo que eso también había salido de él.

Entiendo que, en este río, cualquiera puede pescar a las personas que aprecio y que me importan, y dado que es de conocimiento público y universal, hacerles la puñeta por el mero hecho de que me importen, tan sólo para hacérmela a mí. También están las opiniones críticas que sostengo abiertamente, con la consecuencia, como vengo comprobando día tras día en Granada, de que me las cobren en insultos, como en el caso de los cadetes de la ministra Robles. Mi casa, ahora mismo, y a través de todos los aparatos que mantengo conectados a Internet, es casi de dominio público; estas paredes oyen, como se suele decir.

Conocí en Barcelona al heredero del imperio cubano del ron Bacardí. Era alcohólico, como yo, y nos conocimos por el mismo motivo: había llegado a un punto límite en el que nos obligaron, a mí por enésima vez, a ingresar en un centro de deshabituación. Tenía un puesto garantizado en la oficinas del emporio del fundador, evidentemente. Pero ingresó lo mismo que yo, por lo menos en aquella época: hecho una piltrafa. Estuvo los tres años que yo pasé en aquel lugar.

El caso es que farfullaba nuestro idioma, a pesar de hablarlo y entenderlo perfectamente. En las terapias, la que las moderaba y dirigía le instó a vocalizar de una manera inteligible, porque ya lo digo, no había quién le entendiera. Todos parábamos en una pequeña cafetería de Barcelona, cerca del piso donde se daban aquéllas. Esos años fueron, 2011, 2012 y 2013, los tres más felices de mi vida adulta. Ingresé un tres de agosto, jamás lo olvidaré. Estaba tranquilo, satisfecho y sereno, y con aquella felicidad a la que me referí con el nombre de dicha cuando hablé de Antoñito, alias el Zorro.

En la cafetería no necesitaba ni hablar sentado a la mesa, me limitaba a fumar y a escuchar. Si hubiera tenido que ser sincero con el compañero o la compañera que se adelantaba a todos los demás y con el que estaba a solas, sólo podría haberle contestado algo como:

-¿Qué me vas a contar a mí?

Prefería que hablaran los unos con los otros, pero para eso se necesita un mínimo de tres personas sentadas a una mesa. Es típico de mí desconectar de la conversación cuando dos personas se hablan entre sí. Y aparte, sí, me hace la vida más fácil, aunque pueda parecer insultante para con el que estoy, en este mundo de móviles. Es posible que por aquel entonces no me interesasen mucho las opiniones de mis compañeros sobre el fútbol. Además, la poca ciudad que se veía desde allí era demasiado hermosa. Pero es algo muy cierto sobre mi carácter que ni la complicidad es una de mis virtudes, ni el faccionalismo gregario es uno de mis defectos.

A lo que voy a es a que este hombre, cuando era mi único acompañante, también hablaba -farfullaba- hasta por los codos conmigo. Una vez traté de explicarle que, según los teólogos, una gran parte de la dicha de los bienaventurados consiste en la mera contemplación del rostro De Dios, sin necesidad de diálogo ni de palabrería. Me confesó que su padre se solía sentar con él en una plaza de Miami y practicar lo que ellos dos llamaban *watching people*... mirar a la gente, al tráfico, el mero contemplar en silencio el trasiego de la vida, intercambiando confidencias y comentarios ocasionales.

Una de las notas más estridentes de toda la doctrina Tomista es la afirmación que se halla en ella de que la contemplación del tormento de los condenados forma parte de la dicha de la salvación católica. Es el sadismo del voyeur el que se escucha aquí, casi, y sin casi, como el del que mira una *snuff movie*, uno de esos vídeos que se ruedan de la tortura barroca y salvaje de un inocente.

No debe uno permanecer quieto cuando alguien es torturado, ni tampoco cuando alguien se está ahogando en un río, o en una piscina; y es un gesto cristiano el socorrer el dolor y el sufrimiento ajeno. Yo no soy ningún valiente, y además estoy debilitado por la edad y los vicios. A mí se acaba el tiempo, como a todos; puede ser que una vez que se cierre el libro de esta vida no quede manera de socorrer a los atormentados. No lo sé. Pero desde luego, será un gran alivio para los cobardes que nunca se atrevieron a tirarse al agua por nadie y correr el riesgo de perder la vida.

La risa. Prohibido el uso de hinchables, ni pelotas. Café-Bar La Covacha.

La tradición filosófica conoce una paradoja descubierta por una de las escuelas antiguas, creo que la megárica, como La paradoja del mentiroso. Es única para indicar dos cosas en aquél que la examina por primera vez, como en el amor a primera vista: su inteligencia y su sentido del humor. A mí me provocó una carcajada en cuanto la leí. Dice así:

-Si un hombre grita... ¡Estoy mintiendo! ¿Dice la verdad?

Si la dice, no la dice. Y si no la dice, la dice. Para mí, esta paradoja significa simplemente lo que venimos diciendo: que la vida no es sólo cuestión de palabras, y que el lenguaje contiene siempre ciertos límites en su capacidad para expresar la verdad. Otra cosa es su capacidad expresiva, punto. Esta paradoja expresa, es decir, dice algo. Entre otras

cosas, dice que no se puede ser completamente sincero usando el lenguaje verbal; y no por deshonestidad personal, si no por los mismos límites de las palabras que usamos. El lenguaje, al que Heidegger llamó la casa del ser, contiene en sí sus propias humedades, grietas y filtraciones de malas cañerías. *¿Quid est veritas?* le preguntó Pilatos al Señor, porque como magistrado romano y gobernador de Palestina, debía de tener alguna mínima noción de la complejidad del asunto expuesta por los griegos. Con la risa pasa algo parecido, no todas son sinceras, y a veces son una maniobra de camuflaje, sobre todo si uno forma parte del coro que le ríe las gracias a un cómico, un gamberro, o un chaval maleducado. Yo cada día las soporto menos, algo de lo que se dan perfecta cuenta los que me rodean. Y albergo la sospecha de que parte de la alegría, por pequeña que sea, que recomendaba Antoñito Banderas en su anuncio publicitario sobre Andalucía era tan malintencionada como la de un depredador zorruno. Soy una persona bastante seria, desde pequeño. O si así lo prefieren llamar, malafollá. Cuando me caía de la bici, en Pinos Puente, no soportaba que mis amigos se rieran. Hasta que el Heriberto me lo explicó:

-No es con mala intención. Esas cosas hacen gracia, no se puede evitar.

Todos tenemos un punto débil, quién lo duda. Por eso considero mi deber para con la Historia, dado que representan la excepción a mi norma, mencionar las pocas ocasiones en que he podido reír a mandíbula batiente y de manera completamente sincera y desinhibida desde que me hice adulto.

La primera fue por causa de una chica que formaba parte de mi pandilla a mis veintidós años. Se llama Laura G. R. A mí todavía no me habían diagnosticado el Addison, me acababan de romper la nariz por otra mujer que conocí en la clase de Aldaz Gazolaz, y aquel verano estaba yo más negro que el tizón. Literalmente. Una frase de Hamlet en la tragedia de Shakespeare está mal interpretada en una de las traducciones que leí del autor inglés en aquella, mi juventud:

-No, Señor. Es que estoy demasiado al Sol.

Lo que quiso decir Hamlet es que estaba negro. Todos los granadinos le entendemos a principios del mes de agosto, cuando pega el Sol las bofetadas que Claudio le iba despachando a su sobrino e hijastro. Y también tiene una explicación muy sencilla para todos los que padecemos el susodicho síndrome: la hiperpigmentación de la piel, el exceso de melanina que produce esta enfermedad, va acompañada de un profundo malestar depresivo. Añádasele a ello el disgusto y decepción por el violento rechazo amoroso que yo acababa de experimentar.

Bueno, pues no sé por qué, pero subiendo un grupo de estos amigos por una calzada, camino de la casa de alguno de ellos, Laura se empeñaba en que todos éramos unos racistas. Allí estaba yo, con la nariz rota y más negro que el hollín, y tratando de explicarle que no sentía ninguna antipatía ni prejuicio contra la gente de color, ni de ninguna otra raza, lo mismo que trataban de explicarle todos los demás. Y ella, erre que erre. Fue de las risas que nunca olvidaré. De las más sinceras de mi vida. Y lo mismo que las recuerdo, creo que es mi deber agradecerse las. Además, para terminar de ser honesto con el Doctor Angélico, supongo que en mi caso se podría hablar del masoquismo del exhibicionista.

En cuanto a la cuestión del racismo, recuerdo un programa de CANAL+ que presentaban el fallecido Robinson y un Ignacio con apellido extranjero, que llevaba por banda sonora la de la película *Total Recall*, de Paul Verhoeven, en el que uno de los jugadores de cierto equipo le preguntaba a otro de sus compañeros, que era de raza negra, en tono de sorna y delante de las cámaras:

- ¿Qué te dice Fulano? ¿Cómo te llama?

Y el negro respondía con una sonrisa de circunstancias:

-Negro cabrón.

Y lo que vale para el color de la piel, valdría para el nombre, porque no me digan ustedes la coña que se hubiera podido entresacar de aquél jugador que se apellidaba Malucho, que es posible que todavía esté jugando en la Liga Española.

Así mismo, tengo un tío que toda su vida fue maestro rural de primaria. Un día un niño vino a quejársele en el recreo:

-Maestro... que esos niños me están llamando gitano.

-Y tú ¿Qué eres?

-Gitano.

-Pues ya está.

También conocí a un negro en las tabernas de Granada, de los del top manta, que me dijo expresamente que no le importaba que le llamasen negro, que él tenía muy buen oído para el tono en el que se pronunciaban las bromas sobre el color de su piel. Una vez que estaba leyendo el periódico, le grité desde el otro extremo de la barra:

- ¡Negro! ¿Tú sabes leer?

El negro entendió la broma. Y me contestó:

-No... sólo miro las fotografías.

Por cierto, de los del Robinson y el tal Ignacio, tengo el recuerdo en la hemeroteca de mi memoria de una edición de este programa en la que mencionaron el apelativo con que un cronista deportivo se refirió en la prensa escrita a cierto entrenador de fútbol de aquella época; le llamaba, como si tal cosa y de pasada, cacho cabrón; y los presentadores llamaron a semejante desahogo "un duende" que se había colado en la crónica. Ignacio tuvo que cortar por lo sano, porque Robinson no podía despedir el programa; bastante tarea tenía con aguantarse la risa.

La paradoja del mentiroso también serviría para ilustrar la deficiencia esencial del atomismo lógico, que fue la teoría de Bertrand Russell. Hegel había sido un monstruo de la filosofía, pero su idealismo era, ya lo he dicho, tramposo, verborrérico y oscuro... casi se diría mejor oscurantista. Una de las asunciones básicas de Hegel, entre otras - como la de que lo racional es lo real y lo real es lo racional-, mantiene que la verdad está en el todo. En la Europa que se deslizaba hacia la guerra, en una pendiente de angustia y asfixia irrespirable, el idealismo de corte hegeliano era la teoría en boga y de ella había ilustres eminencias; Marx fue un heredero de Hegel, con las nefastas consecuencias

conocidas por todos. Pero sus enemigos en la misma Alemania, Schopenhauer y su pupilo Nietzsche, eran absolutamente impresentables, una opinión que comparto con el inglés.

Russell desarrolló la teoría contraria a esta asunción básica de Hegel. Postuló la del análisis lógico; con su asunción opuesta, evidentemente, de que la verdad está en la parte. Análisis, que es un vocablo del griego clásico, ha venido a significar, andando el tiempo y en la jerga filosófica, la disolución de un concepto en sus partes; un concepto, o un discurso, o una semántica, o una sintaxis, o una gramática... es decir, un todo, y en el caso de Russell, un todo lingüístico. Yo no soy experto en la teoría lógica de Russell, he de confesar que ni me la he mirado, y todo lo que sé sobre ella es de oídas y a través de terceros; le conozco directamente por su Historia de la Filosofía Occidental, en la que es un brillante literato. Pero en la que también demuestra el desprecio sobrado y soberbio y la incompreensión inglesa por los logros espirituales y materiales de España - emociones británicas en las cuales, por otra parte, siempre subyace el odio anglicano contra Roma y el papismo católico. Aunque estaría mejor decirlo al revés, que en el odio anglicano contra Roma y el papismo católico subyace el odio inglés contra todo lo español. Pero en fin, si examinamos con detenimiento el átomo lógico simple del enunciado ¡Estoy mintiendo!, encontramos lo mismo que el austríaco Kurt Gödel en los *Principia mathematica*, la obra de Russell y Whitehead; esto es, que hay sentencias de las cuales, tomadas en sí mismas y en toda su simplicidad, no se puede decidir si son verdaderas o falsas.

Confieso que la siguiente vez que reí con ganas tiene muy poquito de graciosa, bien vista con la distancia que da la edad. Me fue menester tirar de lo que en la calle se conoce como cigarro de la risa, costo, chocolate, hachís, maría, marihuana, porro, canuto, petardo, fly...Para el que se haya pinchado heroína, le puede parecer graciosa la comparación, pero fumar cannabis, que nos quieren vender como una droga blanda, para un esquizofrénico es como apagar un fuego echándole gasolina. La aspirina puede que sea de los mejores medicamentos, combate hasta el infarto, limpia las arterias y

reduce el riesgo de trombosis... pero hay gente cuyo estómago no la soporta. Yo me pasé todo un verano, el de mis veintiséis años, enganchado a todas las formas de consumir THC, preferentemente hachís, sin hacerle ascos al aceite refinado ni a la marihuana, aunque rechacé la cocaína que me ofrecieron. Nada más dar una calada empezaba a reír... y reír y reír y reír... escandalosamente, a los cuatro vientos, como una vaca multicolor, la de los quesitos. Antonio Escohotado, en su monumental *Historia general de las drogas*, afirma que la intoxicación por la planta del cáñamo es única para resaltar los aspectos lúdicos en las vivencias del intoxicado. También Don Ramón María del Valle Inclán, en su obra *La pipa de khif*, le concede el primer premio en cuanto a efectos hilarantes. Heródoto menciona que los escitas, un pueblo seminómada de la orilla norte del Ponto Euxino, lo que es el Mar Negro para nosotros, en la actual Ucrania, que ahora se halla en disputa entre Rusia y el mundo occidental, se encerraban en sus tiendas; y sentados al fuego los varones y guerreros, arrojaban a él las plantas de cáñamo que crecían por aquellas latitudes, de manera que en el humarín de la tienda, como el de una zorrera, se colocaban todos entre carcajadas bestiales. Era un pueblo que tenía gran fama de barbarie para los griegos, y no era extraño que fueran contratados como milicia urbana, lo que aquí se conoce como fuerzas del orden, policía, guardia civil, maketos, picoletos, cipayos, et cétera. También en Atenas se usaba la expresión "¡Sirve a lo escita!" para pedir vino puro y en cantidad.

En cuanto a mí, me pasó lo que a cualquier otro, que a los breves excesos de placer siguieron los de una larga tortura mental, física y emocional. Fue una época muy desgraciada que se llevó los años centrales de mi vida, aquéllos en los que se supone que un hombre está en la plenitud de sus fuerzas y su inteligencia. Yo mismo era la persona a la que más temía y odiaba en el mundo... y todavía, cuando me levanto con resaca, lo primero que se me viene a la cabeza son las barbaridades que yo haya podido hacer o decir, en la calle o en Facebook; pero luego pienso bien las cosas y me digo a mí mismo que en este país y en esta situación ni siquiera el que lo gobierna está siendo mínimamente responsable de lo que hace o de lo que dice; ni los Mossos en Cataluña le

pueden pedir razonablemente al ciudadano de a pie que respete la Ley, si los que gobiernan esa comunidad autónoma son sus mayores delincuentes. Por cierto, en aquella época, la peor de mi vida, llegué a participar en una orgía financiada por la competencia del negocio de mi padre en la que, andando el tiempo y la experiencia, he llegado a maliciarme que pudieron sacarme fotografías con las que presionarle, en los tribunales o en los negocios. Dese el estimado lector entera cuenta del grado de aturdimiento con que yo vivía por entonces. Pero dese cuenta también de que conozco a esa competencia, y de que es por eso por lo que me lo malicio; porque sé que hubieran sido capaces de ello, si es que acaso no lo fueron. El año que regresé de Barcelona a Granada, su jefe ofició de Rey Mago en la cabalgata, con el alcalde Pepe Torres y un trepa granadino que poco después se mudó al tercero de mi edificio, un tapón llamado Gerardo Cuerva.

Lo único que puedo salvar de aquellos días es no haber abandonado la lectura y el afán de instruirme. A todas las drogas ilegales se les añadían la cortisona, el alcohol, las benzodiacepinas, los antidepresivos y los neurolépticos; además, a los esquizofrénicos nos suele costar mucho concentrarnos, por eso las explosiones de ira. Yo he visto a Dios hacer milagros, pero el mayor de ellos soy yo mismo, y el haber llegado a cumplir cuarenta y siete años, a veces contra mi voluntad y muy a mi pesar; y el estar aquí y escribiendo esto. Sólo me queda decir sobre estas risas, que aunque fueron desahogadas, sinceras y a fondo perdido, todavía las estoy pagando y lamentando.

En el Centro donde estuve, en Mollet del Vallés, había una piscina. Aquello era una clínica de desintoxicación y deshabituación, el tratamiento duraba hasta cinco años. Se pueden imaginar ustedes lo que el patio podía llegar a ser, más o menos como el de un colegio de gamberros, pero con algunas miradas sicóticas de personas que pesaban más de cien kilos. Por eso, me figuré en cuanto llegué, que habría sido necesaria la regulación del uso de la piscina; las reglas se habían pinchado en un corcho junto a enfermería. Una de ellas decía así:

PROHIBIDO EL USO DE HINCHABLES, NI PELOTAS

Yo también me doy cuenta de que mi castellano escrito es algo deficiente, por lo menos aquí, en este texto que escribo más relajado por haber llegado a una edad más serena y haber conseguido algunas de las cosas que me propuse en la vida. Nunca he sabido si el cuándo, si el cómo, si el dónde, llevan la tilde. Sé que es norma general, la que a mí me enseñó Don Francisco Gómez en la E.G.B., tildar los pronombres para distinguirlos de los artículos. Tampoco recuerdo a la perfección cuándo llevan la tilde y dónde se escriben juntos y dónde separados el "porqué", el "por qué", y el "porque". No soy ninguna autoridad del castellano tan ortodoxa como lo fue Don Camilo. Pero gracias a que crecí sin SMS' s y leyendo novelas, más o menos me defiendo. Cuando llega un e-mail con faltas de ortografía, en seguida hay que sospechar, por lo menos si dice ser de una corporación; de los amigos se conoce la pericia ortográfica, y no todos los míos saben poner las tildes sobre sus íes; pero también hay gente tan hábil que puede hacerte llegar un e-mail fraudulento con el correo electrónico de algún amigo. También sé que los "cómo" y los "cuándo" y los "dónde" van siempre con tilde en las interrogaciones, que a las mayúsculas también hay que tildarlas, y que la o lleva tilde cuando va entre números, para distinguirla del cero. De todas formas, la Academia ha relajado muchas de sus normas debido al crecimiento exponencial de lo que antes se llamaban faltas de ortografía y ahora, en estos tiempos más amables, podríamos llamar la heterodoxia ortográfica, muy en línea con los gobiernos socialistas que, en lugar de animar a los chavales a que se esfuercen, lo que suelen hacer es perdonarles con un paternalismo imperdonable.

En fin, supe perfectamente desde el principio que aquella frase estaba mal escrita. Pero no le di importancia; luego, cuando vi cómo se hablaba el castellano en terapia, empecé a pensar en ella. Había jóvenes a los que les fallaba el vocabulario y tenían que acudir al catalán. Además, cuando algún enfermo se ponía a la defensiva, recurría siempre al catalán. Evidentemente, ninguno de estos detalles tenía la más mínima importancia

comparado con las tragedias en nuestras vidas producidas por la droga. Más de una vez me dieron ganas de tachar furtivamente aquella regla de la piscina que estaba mal escrita y corregirla; en el colegio se me daban bien ese tipo de gamberradas. Al final, la dejé como estaba, pero hoy, seis de enero de 2022, Epifanía del Señor, no puedo resistir la tentación. La frase correcta se escribe así:

PROHIBIDO HINCHAR LAS PELOTAS

Esto va de tres en tres y quiero dar la tercera puntada con un recuerdo que tengo de la infancia donde, además, explicaré mejor una de las virtudes de mi padre como negociante, ésa que ya he mencionado de hablar y hablar sin llegar a decir nada concreto y tajante.

Una de las dificultades que siempre encontré al tratarle es que le hallé incapaz de dar una respuesta directa a una pregunta directa, incluso aquéllas que se responden con un monosílabo. En vez de ello, te daba una tesis doctoral sobre el tema... No es broma... Que fuera incapaz de responder de manera directa, es decir, de escuchar el tono y la letra de lo que se le preguntaba, no significaba que no supiera la respuesta; lo más probable es que supiera demasiado sobre la cuestión, y además supiera que son pocas las que tienen una respuesta tan fácil y tan sencilla como un monosílabo. Podía marearla, pero también ilustraba sobre ella, sin llegar a responderla. Luego, con el tiempo, he llegado a comprobar que los rodeos y los circunloquios forman parte la cultura vernácula del negociado. Parece que los ingleses son diferentes en esto: suelen ofertar y demandar de manera directa, algo que aquí, por lo menos en la Granada rural en la que creció mi padre, hubiera resultado insultante.

En tu puerta me cagué

Creyendo que me querías

Y ahora que ya no me quieres

Dame la mierda que es mía.

Otra de las cosas que aprendí con el tiempo es que muchos de los negocios que se hacen en este mundo se cierran en los bares... Como lo lees, así lo es, estimado lector; sobre un plato de callos madrileños, en La Bola de Madrid; sobre una mesa bien surtida en Castelló 9, o si es en Barcelona, en el Vía Venetto. Por extraño que parezca, todos esos despachos se quedan casi exclusivamente para el papeleo y son el lugar donde se centraliza la gestión de esas decisiones que se toman en los bares.

La Covacha era un café y bar al final de la calle Luis Braille, según se entra por ella desde la de Recogidas. Al comienzo de esta calle estuvo la sede de la O.N.C.E. antes de que la trasladaran a la Plaza del Carmen. Ahora hay máquinas que leen en voz alta para ellos, pero Luis Braille, como el lector debería saber, fue el que inventó el primer método que permitió leer a los invidentes, gracias al relieve en el papel sobre el que podían pasar sus dedos. De manera que aquélla casi que se conocía como La calle de Los Ciegos. Nosotros vivíamos al final, nuestro portal estaba justo al lado de La Covacha y en mis primeros años de vida, mi padre retrasaba su vuelta a casa después del trabajo para remolonear un poco sobre la barra con sus vecinos y conocidos. Una vez que me llegué hasta el salón de casa, encontré a mi madre sentada sola en el sillón y la noté algo rara... distinta; le pregunté qué le pasaba.

-No sé qué hace tu padre en La Covacha a estas horas ¿Cómo quieres que esté?

Mi madre tenía un gesto preocupado y tenso, algo que noté al instante. Pero el recuerdo al que hago referencia en este epígrafe es al que tengo de una noche en compañía de mi padre y de mi madre en La Covacha. Yo estaba cogido de la mano de él, recuerdo que se abría un amplio corro de gente, tomando distancia con la barra; bebedores transeúntes, viejos vecinos, conocidos del negocio o de la vida, amigos. Al centrarse las miradas en mí, en determinado momento, uno de aquellos borrachos le

propuso a mi padre que me diera un trago; en plan de coña, ya se sabe. Mi madre tenía una cara de disgusto perfectamente visible. Para ella y para él debió de ser una lucha muy dura del uno con la otra y de la otra con el uno, meter en cintura los viejos hábitos de mi padre, los de toda una vida en verdad, ya que por entonces debía de estar rondando los cuarenta cinco años, y encabezar decentemente nuestra familia. No lo sé. Esto que escribo lo especulo, el caso es que mi padre fue sobrio, dueño de sí mismo, y moderado en todo menos en las ganas de trabajar, de las que nunca tuvo hartura. En fin, de aquella noche sólo me queda recordar que me alzó con sus brazos hasta la máquina tragaperras, y me animó a echar una moneda y pulsar las lucecitas. De todo aquel episodio no conservo ningún regusto de incomodidad, en todo momento me sentía bien en brazos de mi padre, ni tampoco me sentí poquita cosa cogido de su mano. Y la tirantez entre los cónyuges a cuenta de aquel bar es sólo una mera hipótesis.

Mi padre se conocía los mejores sitios, los de más solera de esta parte de Andalucía, ya fuera en poblado o en la carretera. Muchos fines de semana, cuando volvíamos en el coche de alguna excursión dominical, le gustaba parar en El Pijos que era un lugar cerca de donde hoy está el Hiperco, al final de la calle Arabial, en el que servían pescado frito toda la noche, incluso los prohibidísimos alevines que se llaman chanquetes. Mi madre siempre protestaba, pero mi padre insistía hasta convencerla. Por el barrio de San Antón, cuya festividad se celebra hoy, estuvo mucho tiempo Rescoldo, de dónde él prefería el arroz. Casa Salvador, un local de la mejor cuchara de Granada, es uno de los supervivientes de aquellos días. Y también el San Remo, que no sólo resiste, sino incluso prospera. Aunque un poco más retirado y céntrico, también Casa Enrique, un local vecino del Hotel Victoria, en Puerta Real, donde las anchoas encebolladas eran la especialidad. Creo que ha terminado cerrando¹⁰.

¹⁰ Con la pandemia echó el cierre, porque era un tabuco dónde no había manera de parar si no apretándose con los demás clientes. Pero por el quiosco de prensa que hay en aquella

En fin, La Covacha siguió adelante, fíjense ustedes, a pesar de la voluntad de su dueño, porque él no deseaba que su hijo se quedara con ese negocio, si no que estudiara y progresara en la vida. Del hijo (¡Dios nos valga! ¡Menudo escándalo!) se supo que el profesor le contó al padre que había suspendido a propósito, y que no pensaba obedecer su voluntad, si no continuar con aquel bar. Duró bastante, pero creo que ya cerraron; que el local ha cambiado de manos, de nombre y de aspecto, aunque sigue siendo una hostelería; es posible que los nietos del dueño sean ahora los que lo lleven. No lo sé.

Contra el periodismo. El sursum corda. Geopolítica.

Las noticias vuelan y corren como la pólvora, pero la verdad no tiene ninguna prisa y camina tranquilamente. Me acabo de enterar de que hoy se celebra San Francisco de Sales, santo patrón de los periodistas. Esta es una de las pocas opiniones en las que concuerdo con Nietzsche; en la fatal democratización del saber, que desde que se inventó la imprenta se puso al alcance de todos, aunque, paradójicamente, la mayoría ha ido limpiándose el culo con él como con un papel de periódico. Es lo que tiene haber nacido lector, que te das cuenta de que la gente desprecia cualquier forma de sabiduría que no le permita vivir a todo trapo. En realidad, al limpiarse el culo con ella, mientras repasan el último grito en filosofía, ciencia o cultura, lo que hacen es limpiarse la conciencia, y sentirse aliviados y justificados en cualquiera de sus hábitos, actitudes u

acera me enteré de que el antiguo dueño estaba intentando que el cierre fuera temporal enseñándole a un pariente, en el ínterin, el oficio.

opiniones. Adaptarse a los tiempos que corren significa correr cuando todo el mundo corre y parar cuando todo el mundo para. Por eso nadie, salvo unos pocos apestados, se dio cuenta de la burbuja inmobiliaria. Por eso a la ministra Irene... ¿Montero? se le metió en el coño la idea de continuar adelante con las marchas feministas de Madrid cuando el virus circulaba ya como la pólvora por toda Italia. Por eso, ahora que todo el mundo libre les teme a las barbaridades que Putin es capaz de hacer con Ucrania, nadie se acuerda de que los féretros que produjo el coronavirus se ocultaron celosamente de la prensa. Si algo he aprendido en una vida tan triste como la mía es que la cobardía es la mayor fuente de ruina moral y económica de las sociedades modernas. Todo el mundo le teme a quedarse sin calefacción, sin dinero o tirado en la calle, pero son pocos los que tienen las pelotas necesarias para generar riqueza. Aunque el dinero sea cobarde, no se lo puede acuñar sin algo de valor. Esto es lo que Pablito Iglesias y todos los que viven de la cobardía moral de su patria jamás entenderán.

Mi padre siempre ha sido un voraz lector de periódicos. Hubo una época, al alargárselo en la mesa, en la que yo los llamaba el parte judicial, porque en verdad eran más o menos como la crónica de un juzgado de guardia. Hoy en día me doy cuenta de que se los conoce mejor por lo que callan que por lo que dicen. La psicología del hombre corriente consiste en convertir en un chascarrillo el cabo de la calle. Si por algo se distingue el populacho es por su soberbia capacidad para igualarlo todo a su mismo nivel, más o menos como las leyes de educación socialistas. Y el primer paso que da una sociedad para envilecerte y adocenarte es suponer que sólo eres un comparsa más en esta chirigota gaditana que es la vida, un cualquiera del que no se espera nada bueno, salvo el adaptarse a los usos y costumbres. Cuando uno tira de ese cabo que es la calle se le mueren los chascarrillos en los labios al darse cuenta de que el mundo es un lugar inmenso y hostil, y que en él sólo cuentan, como *wadis* en un desierto, los pocos momentos de amor y de cobijo en su violento peregrinaje. No se conoce lo que es la sed hasta que el agua del grifo deja de manar. Y mal negocio hemos venido haciendo, convirtiendo esta vida en un conflicto de intereses que sólo se resuelven por el

chanchullo o la violencia. Einstein dijo que la cuarta guerra mundial se libraría con piedras; y alguien más dijo que a la Humanidad del siglo XXI sólo le quedarían dos caminos: enmendarse espiritualmente o extinguirse. Se nos viene advirtiendo sobre la necesidad de esa reforma desde la noche de los tiempos. Y quien no le presta oídos a esas voces que nos la transmitieron, está negándole el futuro a sus hijos y a sus nietos. De hecho, el día en que Nietzsche enterró a Dios nadie se molestó siquiera en llorarle. En lugar de ello, tomaron guayaba con queso, le echaron un poco de whisky sobre la lápida y después se fueron a comer a un chino que estaba de oferta.

Casi todos los cinéfilos conocen la historia del hombre real que Orson Welles interpretó en una película rompedora, la de *Ciudadano Kane*. William Randolph Hearst rechazó la herencia de un emporio billonario para quedarse con un pequeño periódico de provincias y demostró, mucho antes de que se oyera el término *fake news*, lo que significa la modernidad respecto a algo tan venerable, tan delicado y complejo y antiguo como es la verdad; porque hizo todo lo posible desde ese periódico para implicar a los Estados Unidos de América en una guerra contra la Cuba española por tal de aumentar su tirada. Con el único propósito de hacer dinero, sencillamente, con las noticias.

Hay que reconocer que la prensa, en verdad, es un negocio redondo, sobre todo en la televisión; sirva de ejemplo el de Susana Grisso, que de yuso quedará más largamente y mejor comentado. Porque en verdad, lo que venden es el dramatismo con el que dan las noticias; el llevarse las manos a la cabeza, escandalizados, con cualquier minucia que huelga a dinero, mientras que nadie se burla del Excelentísimo Señor Ministro Escrivá, al que estoy viendo en la tele, y al que lo único que habría que decirle es que frote la lámpara de Aladino, no ya para conseguir los votos necesarios en el Congreso para aprobar la reforma laboral, si no, yendo a su propósito, arreglar el problema del mercado de trabajo y todas sus implicaciones derivadas, desde la hucha de las pensiones al paro endémico de este país. Sin embargo, la cortés Susana que ayer se escandalizaba, impertérrita hoy, conversa con él como si fuera un ser racional, pensante y honesto. Los

dos son una mierda. Y, además, es que siempre están pasando cosas. Mi primo Jorge, cuando se lo dije, me respondió:

-Eso es la eternidad. Por eso es tan jodido condenarse.

Y siempre hay noticias que vender.

De vez en cuando cedo a la tentación de escuchar la C.O.P.E. Pero cuando la enchufo, la Cristina López Schligting necesita tomarse su tiempo para rehacer su composición de lugar y empezar a representar otro papel; o simplemente quiere que yo cambie de dial y que deje de escucharla; en fin, resulta que echa como un insecticida, como el viejo Flip de toda la vida, eficaz repelente de grillos, tábanos y mosquitos. Y lo hace sacando a pasear a Antoñito Banderas, subido a la jineta y a la peineta de la peor Andalucía, que es la de la podredumbre moral del chanchullo marbellí, el P.S.O.E. de los fraudes mil millonarios y la devoción casi idólatra por la imaginería religiosa. No es lo mismo cambiar de dirigentes que de usos y costumbres, y en esta tierra los hay tan arraigados que son parejos en la derecha y en la izquierda. Aquí, cualquiera que piense, molesta.

La gente habla del Señor como de su imagen, y con las de la Virgen pasa lo mismo. En el Éfeso de Heráclito, quinientos años antes del que el Señor naciera, sucedía lo mismo, y el presocrático ya criticaba esta idolatría ignorante. Y además, me parece que, si Dios pasara por este mundo como uno de esos mendigos a los que nadie mira nunca a la cara, como esas personas invisibles en las que nunca se piensa, lamentaría con amargura el derroche de alegría en el boato y la pompa de la Semana Santa, en las intrigas de cofradía y de sacristía, y en las mujeres católicas, a las que les pasa lo mismo que a todas, que cuanto más gordas, mejor. Y yo creo que no le daría ninguna gana de tomar por esposa a nuestra Santa Madre Iglesia, que es la Suya y Mística. Porque hoy se da el caso opuesto, que no es la filosofía la esclava de la teología, sino la teología la esclava de la filosofía, ya que no hay mujer que no se satisfaga con un buen revolcón. Y no hay alegría pequeña, ni nunca se está lo bastante borracha de oxitocina. Una moda pasajera, como el vino del olvido, y como en su día la fueron los baños de luz de Luna para el desarrollo de los pechos femeninos. Si quieren que les diga lo que pienso, no hay bótox suficiente

para el alma de estas criaturas. Porque si les quedase algún músculo en ella, lo matarían por una alegría cualquiera, por pequeña que fuera. El sursum corda también es el carro al que ahora se sube el sanchismo, con la compañía de etarras asesinos y golpistas catalanes; lo primero que hace un político desesperado es vender el humo de las buenas noticias. Y a este país ni siquiera se le ha ocurrido tomarse un buen tiempo de reflexión, un retiro en el que llorar la desgracia colectiva del coronavirus, que con cada mutación nos venden como definitivamente enterrado con sus víctimas, y en el que sacar las conclusiones de tanta hipocresía en el callar y en el hablar, en el reír y en el llorar, en la obra y la omisión. Pero el caso es que para eso están los periódicos. Si no sirven para limpiarse el culo, siempre son una buena yesca con la que incendiar la calle.

-¡Ese incendio es un delito grave!

Los antiguos griegos se saludaban deseándose alegría. A mí me resulta muy fácil sentirme alegre, es una de las emociones más fáciles de conseguir. Con cualquier tontería soy como los niños con una piruleta. A una mujer le pregunté una vez si ella siempre se sentía como quería. Y me dijo que sí. Y alegre y contenta siempre. Pero luego vi que a veces lloraba sin motivo, como todas, y que también, de vez en cuando, se ponía imposiblemente terca y obtusa. Además, se enfadaba y gritaba como el resto de nosotros, los simples mortales, y hacía dramones de nimiedades, mientras que le parecían graciosas las ruindades y la picaresca ajena. Si quieren que les diga lo que pienso, están todas locas y a la mayor inteligencia que les cabe en la cabeza la llaman también, siguiendo los usos y costumbres, malicia. Todos nos damos perfecta cuenta de lo que entienden por palabras como acto y potencia, que es el más vulgar de sus significados. Eso, cuando no sufren el mismo arrebatos monstruosos que a veces nos asalta a los hombres y que empuja a algunos, llevados al límite y puestos a hervir por el paro, por el trabajo, por los hijos, por la salud, por la enfermedad, por el divorcio, por el matrimonio, por la vida y por la muerte a cometer las barbaridades que luego saltan a los periódicos. No sabría qué decirles. La pereza se confundió, en la primera patrística De la Iglesia, con la tristeza; y yo he experimentado muchas veces ese grado sumo y

culpable que se llama acedía. Pero ya he tomado una decisión con mi vida; que no he de casarme ni con mujer, ni con institución; ni tener hijos carnales. Y además, he entregado mis días a la lectura y a la escritura y es con ellas con las que estoy casado. Por eso dije más arriba que no hay que confundir el ocio con la pereza. Y este es un libro que tiene el propósito de indagar de buena fe esa sabiduría tan seria que es la de la diversión sana, no la que siempre se tiene al alcance de la mano. Ese poso amable y sufrido en el alma y en el fondo de los hombres de bien. Muy barata nos la quieren vender, tan barata como una entrada de cine.

Sé que a mucha gente le puede parecer obscenamente orgulloso el que un alcoholico que se ducha muy de vez en cuando y con un largo historial siquiátrico pretenda que sea la Andalucía que se asea puntualmente y que va a trabajar todos los días en una colocación honesta y remunerada, sin abusar del alcohol ni de cualquier otra sustancia, la que recomiende la reforma de sus usos y costumbres. Pero en verdad, pensadas bien las cosas, en mi casa hay invitados que no han pedido permiso para entrar. Son los que escuchan todo lo que se dice y los que ven todo lo que se hace en esta casa; con el propósito de usar cualquiera de mis debilidades para volver a ingresarme en el manicomio, provocarme a cometer barbaridades o simplemente, difundir la especie, el infundio o la calumnia que mejor les parezca sobre mí. Nunca los invité, ni siquiera los conozco. Están todos conectados a través de los cables de internet, en mi teléfono, en el micrófono de mis ordenadores, en mi televisión... Y sin embargo, se permiten el derecho a legislar honrada y honestamente sobre mi intimidad, y a opinar sobre los usos y costumbres de mi hogar, siendo ellos los que en primer y principal lugar están cometiendo un delito al entrar en él sin permiso. Una vez, cuando iba siempre borracho y fumado de hachís, me tiré un sonoro pedo en la barra de un restaurante de Granada. Ahora sé más, porque he dejado el chocolate, porque soy más viejo, y porque no me hacen ninguna gracia mis antiguas maneras. Hogaño, ya digo, es en mi casa donde yo procuro peerme y controlar el volumen de la música; las buenas formas las dejo para la puta calle. Por cosas como ésta es que digo las que pienso, y éste también es un libro

sobre las que venía pensando de toda la vida, sencillamente sumando días, leyendo y discurriendo. Poquito a poco, he ido sacando conclusiones. Y además, considero que las personas de mi edad tienen la obligación de decir lo que piensan, y dejar la cobardía y la prudencia para los mocitos de barrio y para los que malmeten a unos españoles contra otros.

Ahora que el precio de la luz tiene a Europa cogida por las pelotas de la inflación, en la pinza entre el NordStream 2 y el gasoducto que pasa por Ucrania, no he oído a ningún periodista mencionar una tercera posibilidad. Por eso es que la gente como yo, la que se informa a través de la prensa, no sabe lo que se cuece en la geopolítica internacional. Pero creo recordar un comentario en voz baja que alguna vez se le escapó a Rajoy, en su política con respecto a Francia. Si ese país, orgulloso y prorruso, hubiera accedido a prolongar el gasoducto que nace en Argelia, pasa por Marruecos y muere en España, hasta Francia y el resto de Europa, ahora tendría todo el viejo continente más opciones con las que defenderse del frío siberiano, del precio de la gasolina, y el de la energía eléctrica. Pero no es así, y no es así por la misma razón por la que los agricultores franceses paraban a los camioneros españoles que repartían la fruta, la leche y la carne española por toda Europa, y la tiraban por el suelo, la derramaban o dejaban que se pudriera. Porque este país nunca se pone de pie, y va siempre sufriendo debajo de los lacayos de un partido y del otro, los lacayos que nunca se plantan en Europa y que aquí son los que mandan y los que reparten el bakalao.

Francia, con su influencia colonial y sus vínculos históricos con Marruecos y Argelia, hubiera tenido algo que decir también sobre cómo calentar a los franceses, belgas, holandeses y alemanes. Pero la cuestión era aislar y estrangular a este jodido país que llamamos España, y dejarlo como una reliquia costumbrista para el turismo ilustrado del mundo, o para el que se pone hasta el culo en Magaluz, acariciando después de mear en la calle a todas las periodistas que van buscando precisamente esa imagen, y ese vídeo, el de un guiri con las manos sucias de tocársela polla intentando acariciar a una

petarda de la televisión que se gana el pan provocando esa escena, en vez de intentando evitarla.

En fin, resulta que, por todo ello, ahora es Macron quien llama a Putin, en vez de mandarlo a la mierda, como deberían hacer todos los que creen en el valor de libertad, la igualdad y la fraternidad. Y que viva el país de Levanta la cabeza, una iniciativa de Antena 3 y A3Media.

La paradoja de Russell. Gripalizar y normalizar. Andresito gurripato, el Astrofísico.

Ayer estuve repasando en Wikipedia los teoremas de inconsistencia e incompletitud de Gödel, a quien mencioné más arriba junto a la paradoja del mentiroso. En verdad, ya sabía desde hace mucho tiempo que este teorema sólo es aplicable en cualquier lenguaje que contenga la teoría de números. Esto es difícil y abstruso para mí, seguramente los lógicos y los matemáticos lo conocen mejor. Básicamente, Gödel demostró que todo lenguaje matemático (en términos técnicos, todo lenguaje que contenga en sí la teoría de números) depende de preafirmaciones o premisas llamadas axiomas, de las cuales -y cito- "si no se contradicen entre sí, entonces existen enunciados en ese lenguaje que no se pueden probar ni refutar. "

En verdad, el propósito de Russell al escribir su gran obra, ya lo hemos dicho, era demostrar lo evidente de estos axiomas matemáticos. También hemos dicho que Aristóteles sentenció que cuestionar y discutir lo evidente es propio de gente ignorante y sin educación. Parece que el niño Russell, según su propia confesión, al aprender

matemáticas se obstinaba en pedir demostraciones y explicaciones de todo. Y se llevó esta manía hasta Cambridge, desde dónde se propuso construir la matemática a partir de la lógica, y escribió la obra con Whitehead ya mencionada. En el transcurso de su redacción, topó con la llamada Paradoja de Russell, que le tuvo empantanado mucho tiempo y obstaculizó su trabajo mientras la resolvía; al final, la despachó inventando la teoría de los tipos, otro de los llamados metalenguajes; algo así como la gramática y la sintaxis que ponen nombre a las palabras y a su función en la frase... adverbio, atributo, sustantivo, complemento directo, et cétera. Como hacen los maestros de los que se burlaba Montaigne. El intento fracasó, y Gödel se encargó de hundirlo con su teorema. Este austríaco fue el mayor lógico del siglo XX, y todas sus contribuciones son fundamentales.

Aquí va un extracto de la paradoja de Russell, según la Wikipedia:

Supongamos los casos de conjuntos que son miembros de sí mismos. Un ejemplo descrito es el que supone un conjunto que consta de "ideas abstractas". Dicho conjunto es miembro de sí mismo porque el propio conjunto es una idea abstracta. Otro ejemplo sería una bolsa con bolsas dentro. Por otro lado, un conjunto que consta de "libros" no es miembro de sí mismo porque el conjunto en sí no es un libro. Russell preguntaba (en carta escrita a Frege en 1902), si el conjunto de los conjuntos que no forman parte de sí mismos (es decir, aquel conjunto que engloba a todos aquellos conjuntos que no están incluidos en sí mismos, como el de "libros" en el ejemplo anterior) forma parte de sí mismo. La paradoja consiste en que, si no forma parte de sí mismo, pertenece al tipo de conjuntos que no forman parte de sí mismos y por lo tanto forma parte de sí mismo. Es decir, formará parte de sí mismo sólo si no forma parte de sí mismo.

Por esto digo que esta paradoja, en realidad, no es más que la misma paradoja que los megáricos expresaron como aporía formal y, además, material:

-Si un hombre grita: ¡Estoy mintiendo! ¿Dice la verdad?

Si la dice, no la dice. Y si no la dice, la dice. Hay que añadirle algo más a una

simple afirmación, a un átomo lingüístico, un contexto previo o posterior, para que se pueda falsar o verificar. Es decir, hay que especificar. Por ejemplo:

-Estoy mintiendo cuando digo que, en el cuento de Carlo Lorenzini, a Pinocho no lo fabricó un carpintero, sino un filósofo.

Esta afirmación es, sencillamente, verdadera y toda la tradición de la narrativa popular infantil así lo atestigua. Y además de la especificación posterior, hace falta otra premisa previa para que la verdad de la sentencia sea rotunda e inequívoca, y no se confunda nadie al oírla, pensando que puedo no estar mintiendo, si no simple y humanamente errando; la premisa es que yo sé que a Pinocho lo fabricó un carpintero, que el cuento de Pinocho lo fabricó Carlo Lorenzini y que quién fabricó a Carlo Lorenzini es harina de otro costal. Las aporías existen desde que fueron descubiertas por los griegos y todas ellas se reducen a una sola y la misma. Algunos teoremas, entre ellos los expuestos por Aristóteles, no necesitan de contexto anterior o posterior, ni a la derecha ni a la izquierda. Se prueban a sí mismos... porque son evidentes. Pero a los lógicos y a los matemáticos les joroba mucho que todos esos lenguajes no se basten a sí mismos, si no que tengan que ir cojeando siempre del pie de la realidad y de lo evidente. Por la misma razón, si nuestra vida fuera cuestión de palabras, nos alimentaríamos de ellas; con sólo dar los buenos días al entrar en nuestra cocina estaríamos poniendo el desayuno, que es como llenan la suya la radio o la televisión cuando se meten ilícitamente en la mía. Pero el que la vida sea cuestión de palabras sólo es cierto en el caso De Dios.

Es por eso, también y además, que cambiarle el nombre a la realidad no la transforma mágicamente. Así, por ejemplo, se ve en el uso que ha puesto en circulación nuestro Amadísimo Líder, Pedro II El Cagón de la Mareta, de la palabra *gripalizar*. En realidad, a esta gente no le gusta que las cosas sean como son. Pero en vez de intentar mejorarlas, intentan reducirlas a su eufemismo. Es lo más cómodo, porque lo otro implicaría mirarse en el espejo de las colas del paro, del hambre, de las víctimas de E.T.A., de las del coronavirus y de las de todos los que se han ido quedando tirados por el camino y

empezar a pensar en la ignorancia, la hipocresía y el cinismo que nos han traído hasta aquí; e intentar reformarse en un sentido profundo, algo que no es tan fácil, porque a veces se va tan lejos que no hay punto de retorno. Hay un recodo en ese camino torcido que, una vez que se dobla, ya no se puede desandar.

En fin, luego están los nuevos usos de normalizar, nueva normalidad, et cétera. La palabra "normal", desde que el escocés David Hume lo pusiera por escrito, y en parte también desde Aristóteles, tiene un significado filosófico sinónimo de la palabra "frecuente" y de sus derivados (rutinario, regular, cotidiano, repetitivo...). Es decir, que llamamos normal a lo que viene sucediendo todos los días, como que los políticos mientan, los periódicos vendan sus mentiras, y los agricultores y ganaderos se quejen de los precios. Es por eso que a mí me parece la mayor de las locuras intentar regresar a esa normalidad cotidiana, la de antes de la pandemia, en la que sucedían exactamente todas las cosas antedichas, las mismas que, por supuesto, siguen sucediendo también durante ella. En vez de reparar los males de la normalidad, estamos deseando regresar a ella como si nada hubiera sucedido. Si lo hiciéramos, no seríamos mejores que el pavo inductivista, que se cree que por despertarse todos los días por la mañana nunca va a llegar el de Acción de Gracias. Otro sentido de la palabra normal es el de normativo, las normas y leyes, las escritas y no escritas, que regulan los hábitos y la convivencia de una comunidad. El estudiarlas, el esclarecerlas, el indagarlas... Todo ello es el propósito central de la filosofía platónica. Porque si uno mira bien debajo de Platón y al sustrato de sus diálogos, en realidad nos está diciendo que **el motor de la ontología es la deontología**, es decir, **lo que las cosas** (el hombre, las leyes, las sociedades, los valores, la realidad, et cétera) **debieran de ser**, más que lo que son. Frente a la imperfección manifiesta de la democracia ateniense, Platón pintó un hermoso fresco del ideal griego, el ideal político y filosófico de una convivencia animada y sustentada por la racionalidad y la justicia. No se confunda el españolito medio en esto: lo que pinta no es la Jauja que nos quieren vender los demagogos y populistas, ni tampoco los mundos los Yupi... No es ninguna figuración ingenua e infantil. Porque, al mismo tiempo que el retrato de la

perfección, la de un sileno, un fauno o un sátiro barrigón, narigudo, sucio y el más sereno bebedor y conversador de Atenas, también es la constatación del fracaso al que conducen la demagogia, la ignorancia y la vileza moral, desde la ejecución de Sócrates hasta la muerte de su mejor pupilo, el cual, con el desencanto de los años y la experiencia, acabó redactando las leyes que más cabales le parecían.

Que esto enhebre ensarte

Que dependa de mi arte

No lo duda, ni lo enmienda

Ni el amor, ni su leyenda...

Que el cuerpo es un reloj

Y un perro de Paulov

Confírmanlo mi arte,

Mi alma y quién la entienda.

Cuando Don Camilo quería cambiar de tema y saltar como un grillo montés o un gato serval escribía, en su lúdica obra *Cachondeos, escarceos y otros meneos*, la palabra ...mutación... Y como esto tiene que ir, sabe Dios por qué, de tres en tres, en la tercera de la vencida quisiera cambiar de tema y dar un brusco golpe de timón. Ea.

Yo quise ser muchas cosas de pequeño. Me enteré por mi hermana, cumplidos los cuarenta años, que mi primera vocación fue la milicia; por lo visto, quería ser militar. Luego, al ponerme enfermo, ya lo he dicho, me enfrasqué en la lectura. Todos los niños tienen manías inexplicables. Yo no sé de dónde me vinieron mi entusiasmo y mi fascinación por la ciencia y el conocimiento. Lo más probable, por mi carácter, es que me creyera muy listo, muchas veces más de lo que lo era. Lo cierto es que no se me pasó inadvertido, en el punto en el que se cruzaron mi narcisismo y la época que me tocó vivir, el signo de los tiempos; porque hoy en día son la ciencia y la tecnología las grandes aventuras de la Humanidad, no la Mar Océana, de la que ya hemos dicho que está descubierto todo lo de la Tierra.

En fin, uno de los regalos que más ilusión me hicieron por Reyes Magos fue un Quimicefa; también hubo un juego de electricidad, no recuerdo el nombre. Luego vino mi ordenador, un Amstrad CPC 6128, en el que me desempeñé con tanta afición, que cuando empezaron a enseñar informática en el colegio ya podía ser yo quién diera las clases. Recuerdo a Don Roberto, cuando no debía yo de tener más de doce o trece años, preguntándome en el comedor qué era un compilador. Aprendí el BASIC del Amstrad y luego, con un libro ingenioso y divertidísimo (del que recuerdo al Profesor Pimple) titulado *PASCAL a partir del BASIC*, los fundamentos de la programación estructurada. Nunca llegué a dominar el ensamblador, aunque estudié la entrada/salida de la ROM BIOS del x86, y sus *system calls*. Eso fue después de aprender lenguaje C, más o menos a mis catorce años. Sigo pensando que lo mejor para aprender informática obedece a esta regla:

SI VES UN BOTÓN ¡APRIÉTALO!

Por entonces, quería dedicarme a ello. Nunca, sin embargo, dejé de mirar al cielo estrellado. No he vuelto a verlo en Granada, desde que me hice mayor. Es cierto lo que dijo Laura, una de mis terapeutas en Cataluña, cuando afirmó que amar es la capacidad de ver el objeto amado. Ver lo amado, el amado o la amada, íntegramente y en toda su deslumbrante desnudez. Ver, que no mirar. Antonio Machado lo dijo mejor:

Ojos que han de volver,

A la tierra, ciegos,

Hartos de mirar sin ver.

Ni pude, durante mi vida adulta, volver a mirar y ver ninguna otra cosa o persona, si no en los tres años que pasé en Cataluña. Mirar y ver necesitan de serenidad y de paz de espíritu. La mirada en la tierra del chavico se me enturbia demasiado a menudo por muchas razones que no vienen al caso.

También, desde muy pequeño, una de mis primeras manías, yo no sé si al calor de Julio Verne, H.G. Wells, Isaac Asimov o Frank Herbert, fue el estudio de ese cielo abierto bajo el que crecíamos y envejecíamos niños y adultos, amigos y enemigos, pobres y ricos y toda especie de amantes o de renegados. No era algo exclusivo de mí porque aquella fue la época de La Guerra de las Galaxias, Cortocircuito, E.T. El Extraterrestre, Explorers, Juegos de Guerra, 2001, Dune, Tron, Atmósfera Cero, Encuentros en la Tercera Fase... Las modas literarias, en la actualidad, han girado completamente el eje del péndulo y lo mismo que en aquellos años se estilaba la ciencia ficción, últimamente es la novela histórica la que está en boga... De mirar para adelante, la cultura novelesca ha girado a mirar para detrás. Aunque parece que el subgénero negro y policíaco está resurgiendo con fuerza.

Yo devoraba manuales de astronomía y astrofísica, sabía el tenor de la atmósfera de los planetas y que sus diferencias se debían, entre otras cosas, a la distancia de sus órbitas respecto al Sol, (los más densos son los más cercanos, los gigantes gaseosos orbitan en la periferia... et cétera). Carlos de Reyes Lejárraga y su hermano Luis, junto con el mío y yo mismo, durante algunos veranos, lo estudiábamos por un buen telescopio que conseguí arrancarle a mi padre. Mi abuela, por otra parte, me trajo un microscopio de Mónaco -era casi un juguete-, a través del que observé el agua de las macetas: estaban llenas de hormiguillas móviles, llamadas paramecios, que pude observar claramente, como en la pesadilla de un alcohólico en pleno Delirium Tremens. Carlos murió muy joven y mi telescopio se quedó arrumbado por el olvido, con un bollo en su espejo, en el sótano de la depuradora del chalet que mi padre tuvo que vender andando el tiempo. Si nadie lo recuperó, lo limpió y lo puso en funcionamiento, todavía debe de estar allí, cubriéndose de telarañas en aquella oscuridad sorda y deshabitada.

¿A qué viene todo esto? Pues a sacarme la espina de una mis vocaciones tempranas, que fue la de astrofísico. A los quince años me apresuré a comprar *Historia del Tiempo*, el famoso *best seller* del aún más famoso Stephen Hawking. Lo estuve releendo hasta los dieciocho años, cuando salí del colegio para la Universidad. Antes de ello también

cayó en mis manos un libro de Timothy Ferrys, en la misma editorial Crítica que había publicado aquél.

Pero no he visto mencionar, en toda la literatura que conozco, una hipótesis verosímil sobre el origen de parte de la radiación calórica que emite el Sol. Tradicionalmente se asume que toda ella proviene de reacciones nucleares de fusión. Pero nadie ha sugerido que parte de ella se pueda deber a fenómenos de combustión. Si entre los elementos que se forjan en el interior estelar también está el oxígeno, es seguro que, dadas las temperaturas, sus núcleos, o las bolsas que se formen de ellos, o las capas estelares que mejor se acomoden a su densidad nuclear, ardan al mero contacto con los electrones, que se hallan en forma de iones a causa de su gran energía; al reaccionar con el oxígeno, incendian el hidrógeno y el helio de que está compuesto el Sol; estos dos últimos son gases muy combustibles. Así podría explicarse la diferencia de temperatura entre la corona solar y el cuerpo nuclear de la estrella. Se sabe que la primera está mucho más caliente (emite un millón de grados Celsius) que la segunda. Puede ser por la misma razón por la que la mayor temperatura se da en la parte más elevada, e invisible, de las llamas o lenguas del fuego de una combustión. En fin, esto es todo.

Las disyuntivas. A vueltas con la lógica. El Grillo de Aristóteles y la inmortalidad del alma.

Reza un proverbio chino que todos los asuntos tienen dos asas: una por la que se pueden coger, y otra por la que no se pueden coger. Así también, un proverbio del Islam dice que *Alá hace que la noche siga al día y en todos los frutos puso dos parejas... Ciertamente hay en esto signos para las gentes que reflexionan*. Nuestro Señor dijo: *En vuestra mano está, sois libres de escoger la vida o la muerte*. Pero la manera más dura y personal que tuvo Dios de expresar esta realidad que los seres humanos tenemos que afrontar es la siguiente: *El que no está conmigo, está contra mí*. Puede parecer la prepotencia de un capo mafioso o de un tirano dictador, pero, conociendo a Dios como el viejo pecador que soy, estoy convencido de que lo dijo de pleno derecho, sin la usucapión de Ibrahim Pérez de Ostolaza y con toda la verdad, la dura verdad de Su Cruz, por delante. También en el Antiguo Testamento dijo el Padre: No a los muy fríos ni a los muy calientes, si no a los tibios vomitaré yo de mi boca.

Es una realidad que la vida nos presenta siempre dos facetas, que son una en ella, de las cuales sólo podemos escoger la correcta. Porque la otra es un callejón sin salida. También es así que el tema del movimiento, en la filosofía griega, no iba del movimiento espaciotemporal, es decir, de la cinética de la física moderna. Para ellos, el movimiento era más bien el proceso orgánico por el que la vida madura y se transforma, un proceso misterioso que la ciencia de la autorreplicación celular, desde el cigoto hasta la muerte del ser humano, no ha conseguido entender. Es en este sentido en el que hay que entender las afirmaciones sobredichas. Escoger el mal camino nos lleva a la involución

interior, a la barbarie profunda y al infantilismo... El infantilismo entendido en toda su cruda realidad: los niños son capaces de ser muy crueles, tan crueles como las personas de más edad.

Montaigne dijo que hay que odiar a los viciosos o imitarlos. Yo me doy cuenta muchas veces de que si vivimos y medramos en este mundo y en esta vida es porque se nos permite (quizás por clemencia, no lo sé), cierto grado de ambigüedad y de matiz. Puestos a buscar culpables, yo les podría presentar a más de uno, incluido un servidor. Churchill, en su libro de memorias *My early life*, explicó una coincidencia en su vida diciendo que ciego azar y predestinación tal vez sean dos caras de una misma moneda. Lo cierto es que los católicos, antes que de predestinación, hablamos de providencia divina. El Cordero de Dios sabía para qué había venido al mundo y toda Su predicación pública está transida de la conciencia y aceptación de Su destino, que aceptó mansamente al ser crucificado. Sólo Su resurrección puso la última tilde, el acento final con el que predica nuestra mayor libertad, la de ser libres en, por y para la Verdad.

Si por Hamlet fuera no tendríamos más remedio que empuñar el cuchillo contra nuestros prójimos o contra nosotros mismos. Harold Bloom escribió algo en su estudio sobre Kafka relativo a esto; dijo que según el autor checo las maneras que tiene el ser humano de tirar para adelante cuando ya no puede dar ni un paso más son destructivas... en el caso de Kafka autodestructivas. Quizás sea sobreinterpretar a Cervantes pero, siguiendo la lectura quijotesca de Unamuno, la locura de Don Quijote, quien no siempre fue un loco inofensivo, si no que anduvo dando problemas a la Santa Hermandad por toda la Mancha, tiene esta misma raíz: frisando los cincuenta cogió las armas, ensilló a Rocinante y salió a combatir, inspirado no sólo por los libros de caballerías que idealizaban puerilmente la violencia y las mujeres, sino también por el inextinguible afán de vivir y de perdurar. Cuando nos fallan las fuerzas, sólo queda tirar de la épica; y la vida se comprende como una guerra que sólo conoce treguas transitorias y que todos los mortales estamos condenados a perder. Al menos, la vida corporal, que es de la que dependen aquéllas. Compare esto el avisado lector con la doctrina católica de la

salvación personal e íntegra, aquélla que afirmamos en el Credo Romano cuando pronunciamos la resurrección de la carne. Es un asunto en el que Aristóteles y el cristianismo difieren. En la salvación íntegra y verdadera, la del alma más personal e intransferible de cada uno de nosotros. Cuando se pudieron recuperar todos los textos del Filósofo, se leyó en el *De Ánima* que sólo es una parte del alma humana la que sobrevive a la muerte: la más impersonal de nosotros, aquella que no consta de las vivencias, las emociones y los recuerdos que nos distinguen de los demás, si no el entendimiento o *nous* común que nos diferencia a todos de los animales; vaya, nuestra diferencia específica con respecto a un animal de bellota, no la que diferencia a los vascos y a los catalanes del resto de españoles y del resto de la Humanidad. Pero yo creo que Aristóteles también dejó abierta una puerta a la duda en este asunto; en las traducciones al castellano que yo leí (no sé leer el griego clásico, ni tampoco el latín ni, ya puestos, el turcomano, el godo, el huno, el gépido, el euskera, el bable, el perigordino, ni el provenzal), esta afirmación viene precedida de un seguramente... desconozco el vocablo griego en cuestión, pero a mí ese "seguramente" me da a entender que Aristóteles no estaba muy seguro del tema. Yo lo leo más bien como un quizá. Cuando Aristóteles escribió, la filosofía estaba ya lo bastante desarrollada como para tener claras algunas cuestiones; creo que por eso, en una nueva paradoja, empezó a abundar en tecnicismos, en terminología y en jerga, de la que el Filósofo fue su mayor ceca. Con la consiguiente costumbre de convertir a las palabras en moneda débil, que cuanto más se acuña menos vale, abunda como todo lo malo, y se propaga más rápido que la valiosa. Por eso leer algunos filósofos es profundizar casi a tientas en la oscuridad de una cueva alumbrado por un pequeño candil... Y remacho la palabra *profundizar*, porque muchas veces parece uno adentrarse en ella, en vez salir de sus tinieblas, como hizo el sabio del mito de la Caverna. Es curioso que este filósofo que aclaró muchas cosas también medró y escribió con muy alto grado de ambigüedad, sobre todo en las cuestiones decisivas. Por ejemplo, sus dioses son uno o muchos; el estatus de su metafísica está también expuesto en términos ambiguos; y la regla científica que después de Newton le pareció

a Immanuel Kant universal y necesaria, para Aristóteles se cumplía siempre o *en la mayoría de los casos*. Parece que resolver la disyuntiva le resultara indiferente. Pero éste último extremo de la disyunción es el que David Hume subrayó, despertando a Kant de su sueño dogmático.

Retomando el tema del movimiento, Aristóteles lo define como el acto de la potencia en tanto está en potencia. El tiempo, ese tiempo que tanto angustiaba a Heidegger y del que habla todo el Apocalipsis de San Juan, era para él el número del movimiento según el antes y el después. Retrocediendo a Platón, encontramos una expresión inenarrablemente bella: el tiempo es el *espejo móvil de la Eternidad*... una expresión pareja de la que me comentó en privado mi primo Jorge, ayuso expuesta. Pero nadie en la Antigüedad pudo resolver las paradojas de Zenón, que manifestaron, antes de que Platón y Aristóteles filosofaran, las aporías inherentes al movimiento, las cuales constituyeron la verdadera obsesión de la gran filosofía griega. Porque lo Eterno, aquello que no está sujeto al turbulento devenir de la Historia y a su violento peregrinaje, no puede reducirse a la inmovilidad de lo muerto. Antes bien tiene que estar profundamente vivo y de manera sempiterna, como si cada día que cumpliera lo estuviese más honda y poderosamente. Y además, ser la suma de todas las perfecciones que conocemos y de las que hablamos de manera consabida y superficial, empujándonos a juzgar apresuradamente (un prejuicio es un conocimiento a priori *sólo si es conocimiento*). Ni tampoco hemos podido nosotros resolver estas aporías. En la ciencia persiste una visión dualista, la Teoría de la Relatividad y la Mecánica Cuántica son inconsistentes la una con la otra... siguiendo a Karl Popper y a Kurt Gödel, quizás es por eso que todas sus afirmaciones se pueden falsar, y probar o refutar.

Oscar Wilde, en su *De Profundis*, se acabó dando cuenta de lo mismo que dicen dos personajes de mi única novela, esto es, que, al hacerse viejos, habían descubierto que la vida era siempre la misma, y que ninguna novedad podía alterarla. Quizás tanto Platón como Wilde acabaron entendiendo la identidad empírica que Parménides expresó abstractamente en su poema: lo que es, es, y lo que no es, no puede ser... y además es

imposible. Pero lo cierto es que, llegados a estas alturas de la Historia, los seres humanos, como comunidad, como especie hablante, como género animal, no tenemos otra manera de sobrevivir a nosotros mismos si no cogiendo los asuntos por el asa por la que se pueden coger. Y también dijo el Señor que si antes de acostarnos nos quedaba algún hermano ofendido en el día que dejamos atrás, nos reconciliásemos con él. Hasta ahora, la Historia ha sido una fiesta de bofetadas y una somanta de palos. Pero en este punto, sólo nos queda la opción de convivir pacíficamente. Porque la otra opción es la M.A.D... *mutual assured destruction*. Por la vía de los hechos hemos topado con el muro de ese callejón que sólo tiene una salida: el desandarlos por donde vinimos y tomar el camino correcto. De manera que se nos ofrece la oportunidad milagrosa de romper con una larga y violenta tradición de resolver los asuntos cogiéndolos por el asa por la que no se pueden coger. Ya que la norma puede conocer una excepción por arriba o por abajo. Esta última opción es la que no contempla el pavo inductivista y por eso el día de Acción de Gracias le pilla picoteando en el corral. Pero nosotros, como dijo el Señor, somos libres de elegir. Escarmiento le hay de sobra, en la Historia Antigua, en la Moderna y en estos tiempos en que vivimos y respiramos. Recogiendo el hilo con el que empezó este libro, a veces tenemos que renunciar al honor y conformarnos con el humor.

También se debe entender que el estudio del movimiento de los griegos no sólo se aplicaba a la vida corporal y a la maduración orgánica... Además comprendía la maduración espiritual, aquello que distingue a un niño de un adulto sin tener en cuenta su tamaño relativo. Ni siquiera los psicólogos se ponen de acuerdo en esto: ¿Qué distingue a la madurez del infantilismo? Tenemos la tendencia a considerar a los niños seres inofensivos que muchas veces son víctimas inocentes de los adultos. Pero ningún sicólogo se atreve a pronunciar lo que todos ellos piensan: que, por contraposición a lo anterior, un adulto sólo se distingue de un niño por su mayor fuerza y su consiguiente mayor capacidad de ejercer la violencia, esto es, meramente por el tamaño. La *Realpolitik* de la psicología es más bien pudibunda, modosa y calladita. Sigmund Freud definió la plena madurez como la capacidad para amar bien y para trabajar bien. Yo soy una

persona célibe y solitaria, que no célebre y solidaria, con un pasado turbulento y una larga experiencia de los puteríos de Granada, que al presente se dedica a beber, a escribir y a pasear por esta hermosa ciudad. Son pocos los palos que le pego al agua al cabo del día. He sido paciente de un psicoanalista... y no encuentro ninguna distinción de madurez entre Sigmund Freud y yo mismo. Si yo soy un bebedor al que le han arrebatado la privacidad de su vida cotidiana, él fue un cocainómano que metió las narices en asuntos que no eran de su incumbencia.

Todos los filósofos amaron la Sabiduría. Y su pregunta también es la siguiente: ¿en qué consiste madurar? Porque es bien difícil congraciarse con esta vida en términos justos, sabios y maduros. Mi primo Jorge, que siempre supo expresarse de una manera más sencilla y menos pedante que aquélla en la que estaban escritas las oposiciones que cursó, me lo dijo de esta manera:

-Las luchas más duras son siempre las que se libran con uno mismo.

Y ya que estamos hablando de disyuntivas, los procedimientos de deducción lógica son esencialmente binarios. Es decir, todos se reducen a un sencillo condicional del tipo Si A... ¿entonces B?. La deducción consiste en responder de manera binaria a este interrogante, lo que quiere decir averiguar si de A (las premisas) se concluye necesariamente B (la conclusión). Aunque sean capaces de manejar una paleta con millones de colores, también las máquinas son, esencialmente, mecanismos binarios, y en verdad, se las puede reducir a cuatro simples operadores matemáticos, siendo los esenciales la suma y la multiplicación, con sus derivados, la resta y la división. La matemática binaria también es única entre todas en que sus operaciones son, al mismo tiempo y sin subsiguiente operación, lógicas ¹¹. Las unas con las otras son intercambiables. En los condicionales del tipo *if... then...*, la diferencia con una deducción lógica es que las premisas son una comprobación empírica en la que, si su expresión es

¹¹ El sueño de Bertrand Russell, quien quiso reducir la matemática a la lógica.

igual a 1, se ejecuta el fragmento de código subsiguiente o, si es igual a 0, es posible saltárselo y ejecutar un fragmento de código alternativo. Para que se vea más claro, si la lógica deductiva se pregunta Si A... ¿entonces B?, en el condicional computacional los signos de interrogación se cambian de sitio y se ponen de la siguiente manera: ¿A?... entonces B. Además, lo repito, a cada operador lógico le corresponde un operador matemático, es decir, no hay ninguna diferencia entre un OR lógico, que es el operador de la disyuntiva, y el de la suma, ni tampoco entre un AND, que es el de la conjuntiva y la operación matemática de la multiplicación. El matiz que las diferencia es que, de todas ellas, en su función lógica sólo se toma el bit significativo, aquél que decide sobre la interrogación; el resto, llamado ...offset, se deshecha. En su función matemática, todos los bits son significativos, y representan el montante total de la operación. Para ilustrarlo, tomemos el operador OR, que representa la disyunción, en su función lógica.

A = 1

B = 1

Si A ó B entonces ...

Matemáticamente, la suma produce un dos (2), dicho en notación decimal. La operación en la máquina produce un 10, el equivalente binario al número dos. Aquí, el bit significativo es el izquierdo, el otro, el offset, se deshecha. Por eso la comprobación empírica de la disyunción equivale al número 1, que para el caso que nos ocupa es equivalente al valor *true*, que se traduce al cristiano por *verdadero*. Por lo tanto, se ejecuta el fragmento de código dependiente de la expresión *entonces*. En realidad, al margen de todo lo antedicho, y en lo que hace al operador OR, basta con que en la celda de la memoria que contenga el resultado de la operación haya uno cualquiera de los bits encendidos para que el resultado sea 1(true o verdadero). Seguramente el hardware

moderno, con la arquitectura de cada procesador, tendrá sus maneras de operar con la mayor eficiencia. No estoy al corriente. Aunque lo esencial queda dicho.

Pero a lo que voy. Existe un tipo de operando OR que sirve perfectamente para ilustrar lo que el Señor nos dijo y lo que todas las religiones, y todas las maneras de santidad expresan, que no es otra cosa que lo dolorosamente inequívoco, lo rotundo y lo consecuente de la decisión que debemos tomar, en un momento u otro de nuestra vida, en favor del bien, sea éste lo que cada tradición intente comunicar. En mi caso, ya que estamos hablando de tomar decisiones, y aunque sepa que no siempre estoy con las lámparas llenas de aceite como las vírgenes diligentes, esta elección se traduce en Jesús de Nazaret. Respecto de él, lo mismo que Platón respecto de Sócrates, lo mismo que los musulmanes respecto de Mahoma, considero mi obligación decir que intento seguirle hasta dónde alcanzan mis fuerzas y mi inteligencia, aunque no profese ni el sacerdocio ni una entera virtud católicamente laica. Mi vida sólo está tejida de renunciaciones. Pero conforme cumplo años, las que me parecieron intolerables en mi juventud cada vez me parecen más ligeras de sobrellevar.

La disyunción XOR es la operación binaria, lógica y matemática de la que hablo. Sólo se verifica, esto es, produce un uno (1), si los dos operandos difieren. Esta es su tabla de verdad:

- A = 0 1 0 1

- B = 0 0 1 1

A xor B = 0 1 1 0

Ya sé que parece ridículo comparar semejante lucha interior, la de todos nosotros, con un minúsculo operando binario que, en un ordenador, seguramente se mide en nanómetros. Mi abuela decía que todos esos inventos eran cosas del Enemigo; yo bromeo con mi tío, el maestro de primaria, diciéndole que, puestos a mortificarnos, hasta el ventilador, el brasero eléctrico y la televisión son pecado. Pero los que no desprecian

lo que no comprenden, lo odian o lo temen. En Don Camilo siempre fue difícil separar sus poses de sus auténticas convicciones; a mí me parece que echaba sobre sí la obligación de parecer interesante e ingenioso a todas horas, incluso a costa de pasar por extravagante y soez; tenía un ordenador, pero decía que no lo tocaba por si daba calambre. Pero es así de binaria una elección inequívoca; lo mismo que en esta tabla de verdad, hay veces en la vida, que suelen ser definitivas y decisorias, en las que se debe escoger entre dos opciones antitéticas de una manera radical; aquí no se puede ser ambiguo, ni poner una vela a Dios y otra al diablo; Juan, 15:19 ... "Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero como no sois del mundo, sino que yo os escogí de entre el mundo, por eso el mundo os odia".

La operación se llama OR exclusivo. Søren Kierkegaard, quien fue el único gran pensador religioso de todo el siglo XIX, escribió un ensayo titulado *O lo uno o lo otro*. No he leído a Kierkegaard, pero como buen esquizofrénico conozco perfectamente lo que significa contradecirse a uno mismo profundamente, algo que la mayoría de los políticos, las élites y las instituciones hacen cotidianamente sin el menor pudor ni vergüenza, e incluso hasta con pitorreo; contradecirse siempre es un valioso recurso de la hipocresía pública. Por eso la llamada tercera vía, durante muchos años lo único que sostuvo fue el corrupto negocio de la independencia de Cataluña, y ahora, con el *Procés*, se encuentra ante las decisiones que ha venido tomando y que sólo tienen una salida consecuente, que es, roto el negocio ambiguo del término medio, seguir envileciendo moral, jurídica y materialmente a Cataluña y al resto de España, junto con Pedro II El Cagón de la Mareta, hasta la consumación final. Todo ello debido a lo que en la lógica se llama principio del tercero excluso, o en latín, *tertium non datur*. Que la gente se preocupe más de su estado de ánimo, de su alegría y de su bienestar material y mental, no invalida la más elemental manifestación de la cordura.

Nosotros, los seres humanos, no somos máquinas precisamente por la misma razón por la que se nos podría considerar meros mecanismos: estamos vivos, y la vida que conocemos tiene una parte corporal que va desde los pies hasta la cabeza. Esto significa

que una gran parte de nuestra vida no está en nuestras manos; quiero decir, como seres corporales, pertenecemos a un ámbito en el que enterramos dolorosamente a las personas que queremos, en el que sufrimos los achaques de la edad y en el que somos más o menos conscientes de que algún día también seremos ceniza y polvo. Para una persona como yo, con un historial psiquiátrico, es palmario el hecho de que no siempre estoy en mis propias manos...También pertenezco a mi cuerpo, y no siempre lo doblego a voluntad; además, intentar dominar mi cerebro, y tratar de meterlo por la vereda por la que yo quiero que vaya, ha sido la manera más recurrente en mi vida de que se me escapen el corderillo perdido y el hijo pródigo por dónde no los deseo. La única manera de seguir tirando ha sido para mí el ayudarme de un sentido del humor casi descabellado, algo que me convirtió en gran medida en el hazmerreír de Granada. Y conste que sufrí y me dolió este papelón durante toda mi vida y que, sin embargo, lo prefiero a la terrible cordura del idiota.

Ni tampoco soy dueño de mi corazón; yo no elegí de quién me enamoré. Nunca lo hice, y creo que nunca estuvo en mi mano hacerlo, que es una de las cosas más grandes que tiene el enamoramiento, gozar de esa miel que es la derrota ante un ser superior. Y la suya es una paradójica esclavitud, un oxímoron, que lo llamarían los literatos; porque nos libera y nos da la oportunidad de vivir de manera más íntegra y comprehensiva la persona que somos por el mero hecho de entregarla a otra, y de saber que por amarla estamos ya en sus manos. Y en el periodo de tiempo de una vida humana, es el descubrimiento más grande al alcance de cualquiera de nosotros, uno tan personal e intransferible como el Nuevo Mundo para Cristóbal Colón, o como el bosón de marras para Peter Higgs. Aunque, en mi opinión, requiere más del valor del genovés que de la inteligencia del inglés. Porque para todos los hombres enamorados es un salto al vacío y un tiro a ciegas, como el hacerse a la Mar Océana echándose en las manos De Dios. Declararse a una mujer es un acto de fe. También por su causa, como en la Ilíada, muchos se condenan y muchos mueren, aunque sea en vida. La maduración, de la que veníamos hablando a cuenta de la Sabiduría, es un proceso con una parte muy desagradable,

porque ante el hombre que despierta a la luz del amor, también se abre la sima de todos los infiernos. Y es otra manera de averiguar que algunas de las cosas más importantes de nuestra vida no dependen sólo de nosotros. Por eso están las cárceles llenas de hombres que se hartaron de la parienta y la plantaron fuego, los ministerios de tías que no tienen ni puta idea de lo que es un hombre y los putiferios de personas que no encontraron otra salida, de las cuales yo hice siempre un uso respetuoso de los servicios de profesionales de ambos sexos. Y veo que la peor hipocresía es la sentimental y en el sexo empieza por la tendencia de las mujeres al eufemismo y la preferencia de los hombres por la hipérbole.

Ahora que las circunstancias han mostrado a las claras que en esta disyuntiva, la de tomar partido por Ucrania, que es la de tomar partido por la libertad, con la carga que supone tener que aguantar el peso de la opinión pública, de la incompreensión, los escraches y la estupidez común de la gente, y la tiranía de Vladimir Putin, cuya manera de tratar a sus críticos es contratar a sicarios para que los envenenen con polonio radioactivo, con gases neurotóxicos o para dispararles por la espalda; ahora en la que estamos todos obligados a tomar partido, dije, digo, Diego, se multiplican en los periódicos las editoriales sobre aquellos buenos tiempos de antaño en los que la miopía era una ventaja mental, porque acostumbraba a entender que cada cosa que se ve en el mundo tiene contornos borrosos y límites difusos que confunden al objeto con su ámbito. Al paso que vamos, la gente que tiene la vista clara va a tener que bajarse de la cátedra o dejar de decir lo que se ve, para que sean los ciegos de la O.N.C.E. los que guíen al pobre lazarillo, como en la picaresca más antigua del Siglo de Oro. Pero basta de burlas: no hay catedráticos con la vista clara. Todos la tienen cansada de tanto quemarse los ojos leyendo y aprobando *cum laude* a doctorandos como Sánchez, que plagió sus tesis. Si quieren que les diga lo que pienso, yo sólo sé que estoy vivo porque no he vuelto a ver caminar por mi parroquia a ninguna de las personas que enterré. Y cuando me miro al espejo, siempre me veo peor de lo que soy; de manera que una de las mayores sorpresas que la vida me ha reservado ha sido descubrir que es en las

posiciones privilegiadas dónde peor apesta, y que al pie de la calle las cosas se ven más claras, y con menos disfraces; allí, por lo menos, a la mierda se la llama por su nombre y no por su cargo ministerial. Mi gran descubrimiento ha sido ver que mientras yo me empeñaba en negarme y empequeñecerme, debido a mis depresivos hábitos mentales, las élites estaban repletas de gente de cartón piedra que había cursado licenciaturas a las que jamás hacían honor y eran parte de otro paisaje más, ni mejor ni peor que el resto; con la diferencia de que habían llegado a ocupar su puesto en él deshaciéndose de un escrúpulo detrás de otro, de un compinche detrás de otro, y gracias a las chuletas, a los chuletones y al pinganillo en la oreja. Pensando que yo era peor que los demás a veces me hice mejor que muchos de los que piensan lo contrario de sí mismos.

No todas las disyuntivas son un dilema entre una tesis y la antítesis que afirma lo contrario. En el que se nos presenta entre razón y fe, que fue uno de los grandes debates de la época de Tomás de Aquino, a mí me resulta curiosa la fe que tienen los científicos en su razón; sí comprendo, en cambio, la razón que asiste a los religiosos en su fe. Porque sin algo mejor que la justifique, sin un bien superior al que consagrarla, esta vida no tiene ningún sentido, como decía, efectivamente, mi terapeuta Laura. A este bien superior le llamamos Dios. Sin embargo, la tendencia que tenemos los seres humanos es a considerar que es Él quién nos debe las explicaciones a nosotros, como se cuenta en el Libro de Job; el sufrimiento y el dolor son la mejor excusa para no creer en nada más que en el dinero, el poder y el placer. Además, eso nos facilita la laboriosa tarea de diferenciar lo que es una excusa de lo que es una explicación. Aunque al Señor le consagremos alma, vida y corazón, en las penalidades tendemos a considerar que nos ha decepcionado o traicionado. Racionalmente sabemos, desde que se filosofa y se piensa, que no hay otra manera de ver las cosas más que fundándolas en algo Absoluto, algo divino y superior, garante de nuestro conocimiento y nuestra diferencia específica con el resto de la naturaleza. Pero entremezclada con esta evidencia intelectual, está también nuestra vida, que es esencialmente animal y está sujeta a todas las esclavitudes emocionales y apetitivas del reino animal, el cual posee un sistema nervioso; de manera

que, en un principio, no sólo ese algo Divino estuvo vivo, y más hondamente cada día, sino que también lo hicimos, o lo imaginamos, garante del sentido de la vida, garante de que no se echará en saco roto el paso de cada uno de nosotros por esta tierra. Las estelas órficas recomendaban al alma del finado, en su descenso al inframundo, apartarse de la laguna Estigia y sus aguas del Olvido y beber, en cambio, de las aguas de *Mnemósime*, la fontana de la Memoria. A veces es una necesidad imperiosa para cualquiera de nosotros, en el albur de vivirla y de peregrinar por sus violencias, injusticias y arrebatos, el hecho de rezar, como hizo Churchill en mitad de la campiña nocturna de Sudáfrica. Desesa manera, Dios no es sólo garante de nuestro conocimiento, también lo es de nuestra supervivencia, a cuyo cargo Le dejamos aún más allá de la muerte. Y a veces, en mitad del dolor y el sufrimiento, traicionamos no sólo nuestra fe, sino además nuestra razón; y o bien culpamos de ello a Dios, y le pedimos explicaciones, o bien decidimos que no existe... y punto pelota. Ya que Le hicimos y Le imaginamos a nuestra imagen y semejanza podemos enterrarlo a voluntad, asesinarlo, traicionarlo, olvidarlo, renegar de Él o, simplemente, tomarlo por una más de nuestras fantasías, como las sirenas y los unicornios. Todo lo cuál, por supuesto, no le quita ni peso ni realidad a los argumentos y a las razones que obligan a pensar que existe; o ya que obligan a ello y dada la brevedad de la vida humana, también se puede pensar como Protágoras y decir que tanto si existe como si no, sólo nos queda comportarnos *como si existiera*. El que uno se confiese ateo, en nuestras sociedades, no significa que vaya por la vida con permiso para disparar a cualquiera, que es algo de lo que Donald Trump llegó a alardear en una rueda de prensa. Las normas y leyes, los códigos penales y civiles, las morales, los reglamentos... todos los sentidos normativos del concepto de normalidad pueden ser ateos o teístas. Espiritualmente son dos actitudes opuestas; también se contradicen lógicamente y ontológicamente (*Nihil est* es la opuesta negación al *Deus est*). Pero **conductualmente son idénticos**. Lo único que diferencia los corpus legislativos teístas, como la *sharia*, la *Torá* o el *De Monarchía*, de los ateos, e incluso de los aconfesionales,

como la Constitución española, es que estos segundos son irracionales, y los primeros, no sólo conductual, si no también cognitiva, emocional y afectivamente, son racionales.

Cambio de tercio... que suenen las trompetas. Se ruega al respetable que no arroje sus almohadillas al albero al final de la corrida.

La globalización tuvo la virtud, así la considero yo, de diluir el casticismo nacional en todos los países del planeta menos en esa isla del Océano Índico que todavía recibe a flechazos a sus visitantes, y supongo que también en esas tribus de la Amazonia profunda de las que yo me pregunto qué pensarán cada vez que se suben a un árbol y ven un Boeing o un Airbus cruzando el cielo de un horizonte al otro. En la Aldea Global todos éramos un poco más apátridas y un poco menos de nuestro terruño. Ciudadanos del mundo, como Sócrates. Las noticias, las mercancías y las personas podían cruzarlo en sólo un día, y lo *volkish*, lo vernáculo y lo idiosincrásico (o pueblerino, como el lector prefiera) tenían menos peso en la manera de pensar de la gente que lo conocía. Parecíamos una versión americana del sueño alejandrino de un imperio universal, frente a las estrecheces de la política local en las que Aristóteles le instruyó. En verdad, para mí aquello era una virtud; y también un arma de doble filo, porque el coronavirus tardó sólo un par de meses en extenderse desde el mercado de Wuhan a todo el planeta.

Los andaluces no somos mejores que los catalanes sino en un aspecto: que la mayoría de nosotros lo sabemos, y que aquí no ha cundido un nacionalismo cazurro. Un dicho granadino es el de *No seas de tu pueblo*. Y se suelta como reproche o reprimenda contra las personas cerriles que no ven más allá del tranco de la Casa del Pueblo. Pero sí, Cataluña nos llevaba una ventaja abismal a los andaluces prácticamente en todos los índices del progreso, como el de industrialización o el de paro. Tenía eso que se llama sentido reverencial del dinero; es decir, sabía ver el mejor aspecto del vil metal, aquél que lo reconoce como una garantía de paz, de equilibrio, de progreso, de riqueza no sólo material, si no también intelectual, al contrario que la señora Colau y sus socios piojosos, que lo ven como fuente de todo lo malo que le pasa al mundo. El mayor error

de Cataluña ha sido darle marcha atrás a ese reloj e involucionar hacia la barbarie y el infantilismo.

Yo tengo un carácter y un sentido del humor que muchas veces pasan por británicos, pero lo que en ellos es la flema nacional, en mí es sólo el Síndrome de Addison; sencillamente, no puedo permitirme las situaciones de estrés, el médico me tiene prohibido hallarme en los peligros y en los riesgos, que son uno de los dos sitios donde dijo Platón que había que hallarse a tiempo. Lo único que esto tiene de bueno es que no necesito su permiso, porque ya están los demás para ponerme en esas situaciones. No hay peor cuchillo que el de un amigo y aquí los catetos abundan tanto como en Cataluña o en la pérvida Albión; cada vez que Antoñito Banderas destapa el tarro de las esencias me acuerdo de un refrán que solía decir un castizo miserable de Velez-Málaga: *A un padre ni sus hijos le son feos, ni le huelen mal sus peos.*

Conocí a un profesor en la Facultad de Ciencias, cuando presencié algunas clases de Geología, que una vez me pilló distraído mirando por la ventana; me dijo solemnemente:

-Hola. Me llamo Luis López Casado.

Y le faltó añadir:

-Y enseñé sismología en esta institución.

Y a mí, por supuesto, me faltó darle la enhorabuena. Tuve una juventud muy insegura. No es la de todos, me doy cuenta. Peregriné por tantas licenciaturas que llegó un punto en que bromeaba diciendo que me sería más fácil decirles a mis amigos las que no empecé. Nunca me licencié en Filosofía. También mi profesor de matemáticas en el colegio (se apellidaba Villar, pero no recuerdo su nombre) me pilló un día distraído, pero esta vez yo no miraba por ninguna ventana, que sólo estaba ensimismado. Sencillamente me miró y me hizo una pregunta directa. Tuve que volver en mí y regresar a aquella clase de matemáticas en la que estaba sentado a un pupitre. En Filología Hispánica conocí a un alumno, tocayo mío, que llegaría a ser un famosillo escritor de Granada; era de ascendencia argentina y apellido germánico latinizado, Andrés Galán Neuman. Aquí parece que gusta todo lo que suene a extranjero y él solía firmar sus títulos evitando el

primer apellido, el de su padre. Una vez, en aquella licenciatura, solté una burrada tremenda en la clase de un profesor de quién no recuerdo el nombre, pero que estaba obsesionado con el paso de la hominización a la humanización. Era antropólogo y supongo que desde entonces se convenció para siempre de que conmigo había dado con un idiota integral. Tuvo aspiraciones políticas y compitió con Rubalcaba y un tercero en las primarias a la presidencia nacional del P.S.O.E. No debería extrañar, ya que *El Gatopardo* fue escrito cuando Lampedusa observó la notoriedad alcanzada por los versos de un pariente suyo del que tenía constancia clara y manifiesta que era medio imbécil. No es que yo aspire a ninguna responsabilidad política (para terminar de aclarar esto que digo tendría que contar algunas cosas que debo callar). Pero la burrada que solté en aquella clase todavía anda circulando como un chascarrillo por las tertulias del insufrible Carlos Herrera, en la C.O.P.E. A mí no me la quita nadie haberla soltado, pero es curioso cómo el Sumo Sacerdote y su Sanedrín siguen royendo aquella zanahoria veintisiete años después de haberla cosechado para la causa.

Yo no sé cuándo ni dónde volveré a ver a los amigos que tuve que enterrar. El último buen recuerdo que tengo de Carlillos es el verlo haciendo como el amor contra el sillón sobre el que estaba encaramado, diciendo entre gemidos:

-Sandra... Sandra...

No llegó a saber lo que es acostarse con una mujer y lo enterramos con un ataúd blanco. Su cuerpo, el de Jaime, el de Santi, el de Seba, el de Encarna.... Todos yacen en su tierra. De sus almas sólo se me ocurre decir que, si los extremos se tocan, deben de estar ya en gloria De Dios. Ése es todo el nacionalismo del que soy capaz.

Mi padre, últimamente, pierde la noción del espacio; quiero decir que no sabe dónde está, ni si en Granada ni si en cualquier otro lugar. Pregunta por dónde estamos... Mi madre dice que se queda tan dormido en el sillón que para él es como esas veces en las que, al atravesar el umbral de la vigilia, confundimos el lugar en el que despertamos. De todas formas, no hay manera de hacérselo ver; quieren llevarlo otra vez al neurólogo, pero yo sé por experiencia que un exceso de médicos también es una molestia

innecesaria; llegado cierto punto, empieza uno a temer hasta el pulso del corazón que se escucha contra la almohada. Yo he renunciado a hacérmelo mirar cada dos por tres. Si empezase a visitar consultas, sería como si fuera corriendo detrás de mi reputación, que nunca podría dejar de visitarlas; empezarían a sacarme síndromes y achaques hasta que me metieran en un frasco de formol, como un trofeo que enseñar a las visitas:

-Éste es de mis especímenes más preciados. No te imaginas lo que me costó meterlo ahí. ¿Quieres un café, Manolita?

Quizá haya que decirle a Don Andrés, en esos momentos en que no sabe dónde despierta, que este mundo es el otro; que ya ha cruzado esa orilla y puede dormir a pierna suelta y despertarse donde le dé la gana. Quizá. No sé lo que Noam Chomsky le contó a su padre, si es que lo tuvo que enterrar, pero sí sé lo que Pedro II El Cagón de la Mareta está haciendo con Noam Chomsky. Ahora comprendo la insistencia machacona de sus subordinados en remitir la solución del conflicto saharahui a los dictados de Naciones Unidas; a preguntas de diputados y senadores lo repitieron literalmente tantas veces cuantas se les preguntó. Resulta que eran una misma insistencia y una machaconería en diferido, porque pocos días después, al presente, resulta que se entera uno por la tele de que Zelensky va a dirigirse al Congreso de los Diputados a las cinco de la tarde, la hora de los toros, poco después de intervenir por primera vez en la reunión del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Parece que El Cagón se está jugando el pellejo político a través del que se juega Zelensky para lograr lo que Chomsky llama consenso manufacturado, todo ello delante de un Feijóo que acaba de ser elegido presidente del Partido Popular; y parece que, en mitad del riesgo, del peligro y de la vorágine creciente en que ha sumido a este país, quiere que sus empobrecidos ciudadanos asocien la lucha de Ucrania con la que él sostiene en el Congreso y contra el Congreso. Desde que fue elegido el seis de enero de 2020, ha venido pasándoselo por el Arco del Triunfo, agraviando a propios y extraños y dirigiendo este país con la peineta del Decreto Ley. Al final, puede acabar siendo víctima de otra figura retórica del lingüista, la del efecto del falso consenso, algo que yo desearía por encima de todo, el que este

país despertara de su letargo de pensamiento y en vez de tanta saeta y tanta sardana se diera cuenta de lo ridículo, lo infantil y lo peligroso de la feria de cristobicas que este trilero tiene montada con las instituciones del Estado.

Es una hipótesis, claro. Como todo lo que se pueda decir sobre este mundo y su *plus ultra*, su más allá. Pero creo que este gobierno asfixiado y asfixiante lo único que sabe hacer es comprar tiempo en el poder a cambio de vender a su país en diferido. Cualquier sentido de la nobleza de espíritu, cualquier amor por la madre patria, han sido sustituidos por la villanía de hacha y capellina y el hedor que se dice *putor matris*. En tratando de darse importancia y de salvar el culo, El Cagón de la Mareta no le hace ascos a nada. A fin de cuentas es un culo importante, que dirían las unidas, si pudieran.

Pero, regresando a mi tema, el problema de contarle esa milonga a mi padre estaría en su reacción, que probablemente sería colérica; y aún si lograra convencerle, estaría en la interpretación que él hiciera de hallarse allí, más allá de ese umbral. Si de repente nos tuviéramos por muertos, los que temieran tal estado se llenarían, sin duda, de pavor; por eso la insistencia filosófica en aprender a morir; ese umbral, se mire como se mire, no se puede atravesar de cualquier modo y a la ligera. A lo loco se vive mejor, como dice la canción, pero morirse loco, o iracundo, o desesperado, o falto de serenidad y de valor, no es un buen augurio.

Y el estar muerto es la manera más segura de ser, como dice Victor Frankle; el haber sido, cualquier tiempo pasado del verbo ser, es siempre más tranquilizador que su presente o su más o menos dudoso futuro. La inquietud, el desasosiego, la angustia siempre residen en el más acá, in *hac lacrimarum valle*. Si nos llevamos su miedo y su inquietud al otro mundo, una de dos; o bien ya lo conservamos para la Eternidad, o bien, según la religión en la que fui educado, la intermediación De los Santos, los Apóstoles y cuántos viven y vivieron en la amistad del Señor, puede hacer algo por aliviar y sosegar nuestro descanso eterno y gozar de nuestra apoteosis en Dios. Únicamente los que creen que esta vida y su muerte son sólo una mascarada sin importancia pueden vivirla y morirla (o matarla) como si estuvieran actuando en un teatro.

Y el valor no es lo mismo que la soberbia, y la ira no es lo mismo que el odio, y la admiración no es lo mismo que la envidia, ni el amor lo que la lujuria, ni el ocio lo mismo que la pereza. Si el Señor es la semilla ¿Quién ha de abonarla si no aquéllos a los que este mundo llama mierdas, los locos, los parias, los marginados, los harapientos, los desesperados? Y si cae en buena tierra y germina, ¿Quién la cosecha y quién la criba, si no el que la sembró y la abonó y la cuidó?

A mí nunca me gustó que, en el levante andaluz, Granada, Jaén, Almería y también en Murcia, se hicieran los dramones que se hacen, en los que jóvenes y viejos, matronas y muchachas núbiles, costaleros, efebos, mancebos, patriarcas, cofrades y patronos lloran a lágrima tendida el no poder sacar los pasos de Semana Santa por causa de la lluvia. Debe de ser que necesitan sufrir bajo el peso de las imágenes, o llevando cirios en penitencia, descalzos, con capirote o mantilla. Robarle a alguien su sufrimiento es casi peor que infligírselo; así como salvar a un suicida por la fuerza, y no por la razón, es casi como matarle. No es broma, en esto no hay asomo de ironía o sarcasmo. La gente, yo incluido, por la razón que sea, necesitamos tener muestras rituales de dolor, en las que descargar toda la mierda que se viene acumulando en el alma cada año. La Semana Santa es una de ellas. Quesean rituales o ritualizadas, no significa que sean teatrales o insinceras o fingidas. Pero a mí, en estas zonas de la península en las que el agua cae poco y principalmente durante la primavera, y son casi desérticas en algunos lugares, me parece más importante y necesario que llueva que gemir y resoplar bajo una carga autoimpuesta. Desde mi punto de vista, y puesto Dios a obrar milagros, el que llueva es mejor y mayor que los costaleros saquen a una Virgen o a un Cristo; así como es mejor un milagro para toda la eternidad que una Misa cada día de la semana. Pero eso me lo parece porque yo vengo de familia agrícola por parte de mi madre, y de negociantes del campo por parte de mi padre. Nosotros siempre estuvimos ligados a la vida rural andaluza. Por eso, entiendo que a algunos les venga bien el buen tiempo cuando en esta época permite sacar las imágenes y llevarlas en andas. La Granada urbana vive en gran parte del turismo, sus hosteleros necesitan del Sol para que las tradiciones atraigan a la

gente, y la imaginería religiosa es también una parte importante de la vida artística y económica granadina. Pero cuando veo lloriquear a tíos que son como castillos llevo a preguntarme si también son costaleros por amor al arte. Hay mucho en torno al mundo cofrade y la religiosidad andaluza que no tiene nada que ver con la religión bien entendida. Por qué digo esto. La religiosidad puede tener mucho de redundante. Mi novia católica me enseñó que la palabra pecado significa lo mismo o está emparentada con todas las que designan los peores aspectos de la existencia, tal y como la conocemos: la muerte, el dolor, la locura, el sufrimiento físico o espiritual. No es que sea una mala inteligencia llamar pecaminosos a todos los excesos placenteros, sino al ignorar voluntariamente y a conciencia los dolores y sufrimientos consecuentes... verbi gratia se dice que en el pecado se lleva la penitencia. Cuando ella me lo dijo se me ocurrió de inmediato, aunque no se lo repliqué, preguntar qué sentido podría tener entonces el sacramento de la confesión; si el pecado conlleva su penitencia, mencionarlo no nos libra de ella, aunque el cura nos despache con un padrenuestro y tres avemarías. Y sin embargo suponemos que el perdón de los pecados nos libra de su penitencia, lo mismo que decimos con la Biblia que el temor De Dios es el principio de toda sabiduría. Quizá habría aquí que distinguir entre esta penitencia temporal y remediable mediante la enmienda, de las penas del Infierno, que son eternas e irremediables. La Iglesia medieval se inventó el Purgatorio para distinguir su penitencia de las penas del Infierno, tal y como se inventó el Evo para establecer un término medio entre la eternidad y el siglo, o la secularidad. De mil maneras justificó su poderío temporal, económico y espiritual sobre los hombres de mundo, que ganaban y pagaban su honra, su dinero y sus placeres con valor, con sudor y con penitencia.

Todo ello, a menos que se esté dispuesto a admitir que lo peor de uno mismo es absolutamente inaceptable, es decir, al margen de todo relativismo secular o perspectiva histórica. Admitirlo de esta manera es, bien visto y, en consecuencia, intentar reformarse y mejorar en tales aspectos; aceptarlos, en cambio, de aquélla otra, siempre nos garantiza que tendremos cómplices y compinches. Los borrachos siempre encontraremos con

quién beber, o cualquier otra manera de drogarnos; para los puteros siempre habrá una *Niña de los Plataneros*, y si ella no se sienta en un arriate de la Plaza del Campillo siempre podrán preguntar por *Doña Eva*. Lo que yo más odio de la moral sexual es que sus ideólogos, ideólogas e ideólogos nos juzguen a todos por el rasero de los genitales... de los suyos, se entiende. La cabeza está para pensar, los genitales están para disfrutar, en follando, en engendrando, en concibiendo, en meando y en cagando. Ni homosexuales ni heterosexuales deberían juzgar con la porra, la gorra o la gomorra, ni agredir o discriminar a nadie por su orientación sexual.

Kafka, el escritor checo, llegó a identificar esta vida con la otra cuando dijo que la fe o la creencia eran lo mismo que el ser... es decir, que sólo podemos ser plenamente mientras tengamos fe, esperanza y caridad, mientras creamos en un futuro, y en un futuro mejor, y seamos optimistas y generosos para con la vida. De ahí a considerar redundante o superflua toda religión sólo hay un paso; sin embargo, yo lo daría en otro sentido; antes distinguiría entre religiosidad y religión, una distinción que acabo de tomar de Jorge Bustos en su columna de hoy. La religiosidad sería, a mi entender, preferir que salgan los pasos a que llueva en esta tierra estéril que va para desierto... Yo rezaría antes porque lloviese que por que saliesen los pasos, de manera que nuestros nietos no se tengan que vestir con la chilaba, que es la moda más conveniente para el clima de los desiertos del Sahel. Es decir... la religiosidad sería olvidar lo fundamental y centrarse en lo accesorio de la religión. La palabra religión viene del latín *religare*, que significa volver a atar... lo que estaba unido, se entiende. En este mundo misterioso sólo Alejandro Magno se pudo permitir el lujo de cortar el nudo gordiano. La religión, en cambio, puede desembrollar esa madeja, ese enredo minucioso y litúrgico que supone la religiosidad para reajustar este mundo con el otro de una manera más sencilla, elemental y coherente. Sólo es la tibieza humana, que no la misericordia divina, la más frecuente causa de que la religión devenga en religiosidad, la excusa más vieja del mundo para pecar con licencia De Dios. Porque las instituciones religiosas desarrollan la tendencia a

domesticar el hecho religioso, a convertirlo en algo tolerable para el mundo en el que viven.

Pero este tercio se llama *El Grillo* de Aristóteles o de la inmortalidad de alma. Cuando Alejandro subió al trono de su padre Filipo, empezó a demostrar lo que su naturaleza había hecho con lo que sus maestros, el primero entre ellos Aristóteles, le enseñaron. Sencillamente se adueñó de toda la península al sur de su reino, es decir, de un legado cuya tradición secular no tenía, por entonces, parangón conocido. La apoteosis griega, y más en concreto el despertar intelectual ateniense, supuso un salto que se dio por nosotros hace dos mil quinientos años y que alumbró todo lo que hoy conocemos... verbi gratia... lo que se entiende por conocimiento.

Por entonces la Humanidad contaba ya con decenas de miles de años de uso del lenguaje y de las herramientas, de tradición vernácula y religiosa, de enterramiento de cadáveres y monumentos funerarios. Las murallas más antiguas de la Historia, hasta dónde yo la conozco, son las de Jericó, que se datan, según la Gran Enciclopedia Rialp, en ocho mil años antes de Cristo¹²; seguramente muchos antes de ellas el hombre ya

¹² La cifra parece exagerada, teniendo en cuenta que las primeras grandes civilizaciones humanas no tuvieron comienzo hasta el segundo o tercer milenio antes de Cristo. Sin embargo, es la que yo recuerdo haber leído, quizás me falla la memoria o quizás era una errata en la que sobraba un cero. Como dije sobre el licenciado en Sigüenza, no siempre estoy muy seguro de saber lo que sé, pero si tampoco esta vez me falla, al poco tiempo de escribir yo estas líneas en mi domicilio, algún medio local deslizó en las noticias el descubrimiento de una muralla en la provincia con, atentos, trescientos mil años de antigüedad, una evidente burla hacia el autor. Que encuentren errores en este texto, lo encuentro lógico. Que se burlen de ellos, lo encuentro ridículo. Que los encuentren, así como cualquier otra tacha, del tipo que sea, en la privacidad de mi vida doméstica, lo encuentro abusivo y delincuente. Y que se burlen de ellos de manera pública, lo encuentro vergonzoso y despreciable.

hablaba, enterraba a sus muertos y usaba armas y utensilios fabricados por él. Pero en Grecia la Humanidad, entendida en toda su amplitud, hizo eclosión y floreció iluminando al resto de la Historia para siempre. Atenas supuso el despertar de un letargo milenario en que la Humanidad balbuceaba en sueños. No hay nada parecido y nada parecido volverá a existir, porque es como el primer amor de cada uno de nosotros, que nunca dejamos de intentar revivirlo, pero nunca lo gustamos tal y como fue. Toda esa península milagrosa se quedó boquiabierta cuando la ciudad de Tebas, capital de Beocia al noreste de Atenas, venció a Esparta y la doblegó; la victoria de ésta después de la guerra del Peloponeso pareció zanjar una antigua disputa entre los griegos que decantó la primacía en el valor y el arte militar hacia Laconia. De manera que cuando la caballería tebana la derrotó, el mundo griego se quedó boquiabierto. Pero una mayor sorpresa la esperaba desde el Norte, Alejandro Magno, quién, al someter, a su vez, a Tebas, pasó a cuchillo o esclavizó toda su población, y demolió la ciudad hasta sus cimientos, respetando sólo la casa del poeta Píndaro.

Se sabía en Atenas, donde Aristóteles estudió durante veinte años con Platón, que el Filósofo había sido, a su vez, maestro de Alejandro en Macedonia, donde su padre fue médico del padre de éste, llamado Filipo. Por eso, el rechazo social que provocó en Atenas el sometimiento a un Rey bárbaro, un déspota y un tirano en una *polis* ilustrada, en cuya asamblea sus ciudadanos libres e iguales legislaban y decidían el curso de la política, le salpicó también a él y provocó que tuviera que huir para evitar "que los atenienses pecaran contra la filosofía una segunda vez" y para morir en Eubea, una isla vecina cuyas escolleras eran testigo de innumerables batallas y naufragios. Aristóteles murió en 323 a. C., sólo un año antes que su pupilo Alejandro.

El Grillo, uno de sus diálogos de juventud escritos para el gran público, fue la excusa que los atenienses alegaron contra él. El suegro de Aristóteles había muerto torturado por los persas sin revelar los planes de campaña con los que los macedonios pensaban atacarlos, ya cuando Filipo reinaba sobre ellos. Según la acusación, la apología de Hermias era más apropiada para un Dios que para un mortal, con lo que Aristóteles

habría incurrido en el delito religioso de *hubrys*, el traspasar los límites. El diálogo, que se ha perdido, trataba de la inmortalidad del alma. Parece que los escritos de su juventud, destinados a una audiencia pública y principalmente platónica, estaban muy cuidados estilística, retórica y estéticamente. Se comprende bien, porque algunas traducciones al español de su Metafísica, sobre todo la de Tomás Calvo, que enseñó aquí, en Granada, antes de irse a Madrid, revelan en algunos pasajes la gran belleza literaria que este pensador era capaz de alcanzar. Lo dice uno que no sabe griego, ni latín, ni mallorquín, ni aragonés, ni euskera, ni catalán, ni ya puestos, el swägili, el sánscrito, el farsi, el árabe, el uzbeko, el chino mandarín ni cantonés, et cétera. Por cierto, ayer se entregó el premio Cervantes de las letras españolas, concedido por el mismo Gobierno que permitió que la dirección de un colegio catalán haya decidido expulsar a Andy (al menos ése era el titular de la noticia) por pedir sus exámenes en castellano.

El Grillo, según cuenta la tradición, seguía la visión órfica y platónica del más allá... un lugar que era la verdadera madre patria del alma. Entre los dogmas del idealismo griego se discutió la preexistencia de esta, y con ella me refiero a la individual de cada uno de nosotros, que la vivíamos tal y como se nos la concedió... algunos de manera cobarde, otros valiente... algunos débil, otros fuerte... algunos leal, otros traidora... y así. Lo que no se cuestionó en el idealismo platónico fue la preexistencia del objeto de conocimiento, de lo cognoscible o lo que se ve con la mente, de todo aquello que es digno de conocerse; Platón se fue quedando en geómetra al comprobar que no había otro conocimiento de este tipo que el geométrico. Sus diálogos son un intento de averiguar, y definir, algo parecido con respecto a la naturaleza social, política y religiosa del hombre. Podría leérselos como un pathos... un camino que traza la vida de Sócrates guiado por su ethos; un camino durante el cuál encarnó un alma única, poderosa e ilustre por encima de ninguna otra en la Atenas de su tiempo; un alma que se hizo digna de tal nombre. Esta es una lectura legítima porque las concepciones religiosas griegas estaban íntimamente ligadas a la idea de un destino inevitable, personal e intransferible; atar ese destino, entendido como nuestra historia personal, con la preexistencia del alma, la de

cada uno de nosotros, nos convierte, en lo que hace a esta vida, empírica, sensorial, material, casi en sonámbulos que la vivimos medio dormidos, y guiados por nuestro demonio personal, o sino, al que apenas columbramos en lo que aquélla nos dura, pero que es el verdadero motor de nuestras acciones. Vivir de esta manera es casi como un ensueño. La Odisea, un canto de *nostoi*, palabra emparentada con nostalgia, relata el accidentado regreso de Ulises a la Isla de Ítaca, su isla y su reino. Desde ella se conoce en la Hélade la indagación por el principio, por el origen de todo, a lo cuál, en última instancia, regresamos. Por las causas, antes que por las consecuencias. Así la vida entendida, es como un círculo perfecto que termina siempre donde empieza, la única figura idealmente simétrica en todas sus facetas. Desde cualquier punto de observación en ella, desde cualquier punto en el perímetro de un círculo, desde cualquiera en la superficie de una esfera, todo lo que se contempla es idéntico, y la perspectiva no varía con el cambio de lugar. Todos sus puntos son intercambiables con cualquier otro respecto al todo de la figura. Lo mismo que los ríos que van a dar a la mar, vivir y morir son un viaje de ida y vuelta, y una economía tan circular como la Madre Naturaleza.

Yo creo que, si existe una verdadera madre patria para el hombre, para el género humano y para el alma, la personal (o irracional) y la impersonal (o racional) ésta lo son la felicidad y la perfección, el Ideal, lo Óptimo. Porque son un sueño, un ideal y una visión a los que nadie puede renunciar en el fondo de su ser sin romperse para siempre y convertirse en poco más que una bestia. Nadie siembra sin fe, ni esperanza, ni caridad... y mientras vivimos vendiendo periódicos, recogiendo la basura, mientras labramos la tierra o sencillamente mientras deambulamos por la vida, lo vamos buscando de manera íntima y personal. Es así de obtusa la realidad, que sólo puede ser perfecta; porque si no lo es, nada de lo que hacemos cotidianamente tiene sentido y más nos valdría no despertar al día siguiente.

La modernidad. Dos pelechones. Sobre el perdón.

En todo esto, seguramente el lector echará de menos el punto de vista moderno. ¿Y la ciencia? ¿Y la tecnología? ¿Y todo lo que nos ha convertido en seres ahítos de vida, de placeres, de riqueza, de goces de todo tipo? La Humanidad ha vencido casi a todo su pasado, a enfermedades tan incurables como vernáculos y endémicas; ha llegado a pisar la Luna. Además, con Dios muerto se vive mejor, que es lo que no terminan de comprender todos esos árabes fundamentalistas y exportadores de barbarie. ¿Qué sentido podría tener mirar para detrás, a todos esos siglos de oscuridad y de tiniebla intelectual?

Uno de los prejuicios modernos es que el tiempo es igual al progreso. Es decir, que la Humanidad nunca da marcha atrás, que el progreso es un proceso tan natural e inevitable como el discurrir de los días. La Edad Media, que supuso una gran involución material e intelectual con respecto a la Antigüedad, demuestra que este prejuicio no se verifica siempre. Pero hablaré de ello más tarde.

Por lo que respecta a las cuestiones abiertas sobre la modernidad, filosófica, científica y tecnológica, me remito a uno de los siete sabios de Grecia, aquél al que llamaban El Oscuro, Heráclito de Éfeso, que no Batman ni Black Panther. Heráclito se dio cuenta de que cada cosa que en el mundo existe, se apoya en él y está en tensión con todo lo demás; así como la cuerda tensa el arco, éste se apoya contra algo, en tiempo de paz y en tiempo de guerra, contra una pared o contra dos manos. Y estas, a su vez, contra el suelo y contra el hombro y contra el brazo... et cétera.

Son muchos los científicos que leí y algunos aspiraban a conocer los pensamientos De Dios Geómetra y Matemático, en una especie de Teoría del Todo, unificada, coherente y completa. Es decir, a la perfección de su oficio, de su ciencia y de su conocimiento. Si

quieren que les diga lo que pienso, soy de la opinión de que el mundo físico, sensorial y natural existe precisamente por la razón contraria. Siempre hay algo que destaca, una incongruencia entre sus miembros, una tensión que nunca termina de resolverse, algo que se sale de la ecuación. Si el Universo fuera una, sería perfecta e igual a cero; es decir, no existiría. En el Modelo Estándar, en el que subsisten dos visiones incoherentes la una con la otra, y hasta cierto punto contradictorias, que son la Relatividad General y la Mecánica Cuántica, la Cosmología y la Física de partículas, la gente se pregunta ¿Qué insufla vida en las ecuaciones y hace que el mundo exista? Yo respondería que no son ecuaciones y que por eso el mundo tiene vida y existe. Porque en el mundo natural hay misterios tan elementales como el agua, cuyas moléculas se comportan contrariamente a los fluidos de todas las demás, que cuando se enfrían se contraen y cuando se calientan se expanden. Son las incongruencias y las tensiones las que hacen que el mundo gire, y las que generan su movimiento, que es lo mismo que su ser. Se habla del campo de simetría, y de la Supersimetría como se habla de la Teoría de Cuerdas... Y también he leído algún científico conceder que el Universo puede suponer una ruptura de simetría, es decir, que, si existen en ella las cuatro fuerzas elementales conocidas, se debe precisamente a su asimetría... a su asimetría con respecto al cero absoluto en todos los órdenes y con respecto a cada orden cuya fuerza intenta mantener estable y simétrico... Porque, de hecho, el Universo físico, natural y sensorial *tiende* a esa simetría y tiende a la perfección, al cero, y a la equivalencia. Sus fuerzas conocidas (gravitatoria, electromagnética, nuclear fuerte y nuclear débil) son la manifestación de esa tendencia a un equilibrio. Quizás no sean fuerzas entrópicas si no las unas con respecto de las otras. Es decir que no generen desorden si no por influencia mutua y recíproca de las unas en las otras. Lo cierto es que la existencia física, corporal y temporal, humanamente supone, como dijo Heráclito, vivir en tensión irreductible con todo lo demás. En tensión, en incongruencia, en conflicto... Realidades desagradables que también pueden ser estimulantes y liberadoras, bien entendidas y aceptadas. Desde este punto de vista, frente al paradigma moderno de las ciencias exactas y el mundo que han originado en

el Siglo XX, un paraíso tecnológico, liberal y social, cómodo y sin Dios, en el que todo está medido y calculado, me considero una persona propensa a valorar los aspectos más irracionales de la existencia, y de muy buena gana concedo que en la mayoría de las facetas de nuestra vida, el azar, el albur y la Fortuna, esa vieja zorra que nunca se sabe cuándo oficia de diosa y cuándo de tragaperras manipulada, tienen mucho que decir. Lo mismo que el misterio, el enigma, el acertijo y la paradoja son expresiones más vivas y realistas que la fría ecuación de un cálculo resuelto. Si me dieran al mundo en una pintura, pondría el acento en el manchón afortunado, y dejaría volar la imaginación sobre él.

Para explicarlo mejor, hubo una primera época en mi vida en que mi ídolo personal era el físico Stephen Hawking, un hombre al que sólo le quedaba libre la cabeza para pensar, y una especie de símbolo de la monstruosidad moderna, en la que el cuerpo queda postergado en favor del puro intelecto. Ahora veo el oficio de físico y a la persona del británico con cierta sorna, su trabajo, tan humilde como el de un albañil o un topógrafo que se limite a medir... lo mismo la viga de un techo que la linde de un marjal, de las que se sabe que cuando se acaba la linde, el tonto la sigue midiendo¹³. Antes le admiraba y ahora lo imagino persiguiendo a su enfermera por su casa de Cambridge en su silla de ruedas motorizada, hasta arrinconarla en la cocina y decirle a través del sintetizador de voz, con esa sonrisa babosa que siempre tenía:

-Chupa.

Hay que medir muy bien cada pasillo y cada ángulo de una casa para moverse por ella sobre ruedas persiguiendo a una corza con el rijo verriondo y la escopeta cargada y lista.

¹³ De la misma manera que San Agustín, el físico británico consideró tontos a los que siguen preguntando más allá del universo espacio-temporal. Más en concreto, la consideró una pregunta sin sentido, en lo que hace a la física y a la cosmología, como el preguntar por el actual Rey de Francia en pleno siglo XX,

Un siniestro en las condiciones del premio Nobel británico pudiera haber resultado mortal.

Pero es que incluso en las matemáticas más abstractas subsisten reductos insolubles. En la Antigüedad estaba el asunto de la diagonal y los pitagóricos prohibieron hablar de los inconmensurables, aquellos números que nosotros llamamos irracionales. Desde un punto de vista formal, o nominalista, también hay expresiones matemáticas coherentes, es decir, que se siguen y son deducibles a partir de supuestos que damos por válidos, pero que carecen de sentido, es decir que no representan ninguna cantidad conocida, ni se traducen por una físicamente mensurable ni por aproximación, como todos los demás números; son los llamados números "imaginarios", los múltiplos de la raíz cuadrada de menos uno, que son una parte de los números complejos, cuya parte imaginaria se utiliza a modo de un eje cartesiano. También plantearse a principios del siglo XX hablar del "actual Rey de Francia", como hizo Russell, era un ejercicio tan inútil que resulta humorístico, como el arte; y una pérdida de ese tiempo que Benjamin Franklin igualó al oro. La única diferencia entre los números imaginarios y los flatus vocis es que aquéllos son de utilidad, y una preciosa herramienta para lo que los matemáticos llaman renormalizar ciertos cálculos que, sin su ayuda, no se podrían precisar.

Aparte de todo ello, de lo que la educación clásica y el conocimiento de la Antigüedad y el Medioevo puedan aportar a un mundo como el de hoy, yo sólo puedo contar lo que me aportaron a mí durante toda una vida de lecturas. Principalmente me fortificaron el espíritu, me ayudaron a soportar las inclemencias de esta intemperie desorejada que es el mundo moderno y también, en cierta medida, a poner a éste que nos ha tocado vivir en perspectiva, antes que a ver el pasado desde la perspectiva actual, como suelen hacer los maniqueísmos del progreso. Además de ello me hicieron bastante indiferente al albur de la sociedad moderna; incluso al mío personal, y a mi misma vida y existencia. La mayor parte de mi vida la he vivido drogado por alcohol y sustancias ilegales y por potentes medicaciones como la cortisona, los ansiolíticos, los somníferos o los neurolépticos; pero sólo fue el saber que ninguno de aquéllos ejemplos ilustres a los que siempre leí había

sido un monstruo criminal frenó mi mano en muchas ocasiones, en las que el mundo, mis enfermedades y la misma malicia de toda la vida me tentaron acometer actos bárbaros e inhumanos contra otros, enajenado por la pasión de la venganza y el odio personal. Y siempre leí de buena fe aquella frase de Sócrates que nos transmitió Platón en su Apología: que algo mejor le espera al hombre bueno tras la muerte, algo mejor que lo que le espera al malvado. Además, saber que los antiguos tomaban por señales de los dioses muchos de los síntomas que hoy se toman por enfermedades mentales, me hizo ver cómo han cambiado las varas de medir, en lo que se refiere a la locura y a la teología. Fue por una enferma mental granadina, llamada Helena, que recordé algunas cosas muy básicas de mi niñez que el horror de la vida adulta me hizo olvidar, como la belleza de la poesía, inseparable de la ebriedad, la locura y la inspiración divina.

Lejos de mí, sin embargo, todo romanticismo sobre la genialidad y su mitomanía. Lo tuve y lo pagué muy caro en mi juventud, pero a estas alturas ya me importa muy poco y creo que no aporta nada bueno en la vida. El orgullo, justificado o no, antes nos ciega, nos emborracha y nos convierte en sordos que oyen, pero no escuchan. Y dan gran trabajo el andar por la vida ofendido y perdonando la de los demás. El mío ha sido paciente, muy escasamente rupturista, salvo por circunstancias a las que pude sobreponerme en momentos críticos. Yo también leo en la obra cumbre de Don Miguel de Cervantes toda una vida, la del autor, resignada y paciente y capaz de aprender y profundizar. Y a veces casi que se le oye suspirar a través de los coloquios de sus personajes. Para genialidad la de un Beethoven, la de un Shakespeare, la de un Miguel Ángel... Yo sólo he sabido cosechar, labrar y sembrar, un trabajo de paciencia y sufrimiento. Pero a lo nuestro, que hoy toca escardar.

Si hay algún ejemplo o paradigma del nominalismo en la literatura éste lo son las dos obras, *Ulysses* y *Finnegans Wake*, de aquel escritor irlandés del que ayuso hicimos mención, nuestro buen amigo James Joyce. Esta afirmación la explica muy bien otra de uno de sus críticos, no sé si José María Valverde, Richard Ellman o algún contemporáneo suyo, según la cual Joyce “parecía llegar a las palabras a través de las cosas”, al contrario

del modo común de pensar y de escribir, que se escribe y se habla para llegar a las cosas, entenderlas y comunicarlas, mostrarlas, embellecerlas, elogiarlas, afearlas o censurarlas. Léase, como ejemplo, a Juan Ramón Jiménez:

*¡Inteligencia, dame
el nombre esacto de las cosas!
Que mi palabra sea
la cosa misma,
creada por mi alma nuevamente.*

*Que por mí vayan todos
los que no las conocen, a las cosas;
que por mí vayan todos
los que ya las olvidan, a las cosas;
que por mí vayan todos
los mismos que las aman, a las cosas...*

*¡Inteligencia, dame
el nombre esacto, y tuyo,
y suyo, y mío, de las cosas!*

Sin duda, la mayor ambición de un creador verbal, un juglar, un trovador, un clérigo, literato u orador no es sólo hacer presente y vívido, si no crear, literalmente y al instante, lo que nombra; Walt Whitman, el gran poeta de Norteamérica, tenía tendencia a enumerar, simplemente, situaciones, personas y objetos... al modo que un Dios real los hiciera con sólo nombrarlos. De hecho, el personaje literario de Whitman, que es la misma persona del poeta, proteica, esquiva y apenas columbrada en las cadencias de su banjo, es de origen divino y silvestre... como todos nosotros, en el mundo real.

Parece que en Dios conocimiento y creación son uno y el mismo acto. Otorga ser con sólo conocer, por la mera actividad de su esencia. No hay distinción en Él entre Ser y Verdad, como sí la hay en nosotros, que estamos sujetos al error intelectual. Este tipo de conocimiento se mire como se mire, es más parecido al de las filosofías idealistas, en el sentido de que en ellas el conocimiento verdadero es siempre una actividad real, completa y coherente. Para Sócrates era una búsqueda en sociedad de las razones que llevaron al oráculo a marcar su destino cuando le llamó el hombre más sabio de todos. Sócrates lo entendió como la tarea, a la que consagró toda su vida, de interpretarlo correctamente, y el grado de su *pystis*, de su compromiso con esa fe, lo muestra el hecho de aceptar serenamente su muerte a causa de ella. Y el motor, lo hemos dicho ya, de la ontología platónica es la deontología; no lo que las cosas (la verdad, las leyes, las personas, las sociedades) son si no lo que deberían de ser, un elemento esencial al que Aristóteles renunció; y en el idealismo kantiano el sujeto trascendental es una estructura proyectiva... "sólo conocemos de las cosas lo que nosotros mismos ponemos en ellas". Sea como sea, tanto el realismo de corte aristotélico como el idealismo platónico son posibles por un presupuesto básico, que es la realidad humana, de la cual sólo hay un paradigma conocido, que es el hombre y su inteligencia. Quiero decir con esto que suponer, como hacemos cada día, que nuestro modo de conocer, nuestra inteligencia, es la única posible, es ser estrecho de miras y tan antropocéntrico como los griegos que imaginaron a sus dioses con forma y pasiones humanas. En nosotros, el lugar en el que se identifican conocimiento y creación es esa ventana hacia las cosas por la que Juan Ramón suspira. Una ventana verbal, musical, plástica, matemática o lógica; poética, filosófica o científica; las cosas siempre las vemos a través del prisma del artista o el espejo del científico. Aun así, eso no quita, y es un punto de vista que no deberíamos volver a perder, que sean ellas lo que importa y que en todas las lenguas son sólo:

-Palabras, palabras, palabras...

Y que es por ello que subsiste en todo misticismo la idea de que el nombre propio de las cosas es como su religión y que si las nombráramos en sus justos términos,

hablaríamos la lengua de Dios, la lengua originaria que les prestó el ser y las ordenó con su llana e inequívoca gramática.

Hay una diferencia entre la visión estática del ser y del transcurrir de la Historia, y la nuestra. Los seres humanos, para bien o para mal, estamos llamados a ser uno de sus motores. Sería siempre más fácil y divertido, lo he dicho ya, vivir la vida desde su burladero, pero lo cierto es que el mundo nos empuja al centro del albero de vez en cuando, ya para torear, ya para ser toreados. Y a veces es como el tren de carga que nos pasa enloquecido a pocos milímetros y el vacío que deja detrás nos chupa para dentro hacia las vías. Como dice la Carta De Santiago, 1:23:

-Porque si alguno oye la Palabra y no la pone por obra, es como el que se mira en un espejo, y se ríe y no hace nada.

Mi padre, cuando yo era niño, no solía hablar sobre la familia en la que creció. Le recuerdo al volante, serio y abstraído en sus propios pensamientos, "con el piloto automático", como él decía. Era otra cosa notable en él esta capacidad de abstraerse que se llama introversión. Uno podía entrar en el salón donde leía el periódico sin que lo notase en lo más mínimo. Es algo muy diferente del resto de nosotros, que siempre estuvimos atentos al ambiente que nos rodeaba. Pero tiene sus ventajas porque mi padre fue no sólo el que proveyó materialmente a la familia; también fue su persona más estable y serena, y un pilar al que agarrarse cuando las preocupaciones y circunstancias cegaban los ánimos y las perspectivas. Y el primero que a mí me puso límites. Dicho sea de paso, considero de muy mala educación coger el móvil para atender cualquier llamada si con ello se interrumpe la conversación que estamos manteniendo con alguien en persona. Es otra de las paradojas de la tecnología; se supone que son inventos para acercarnos los unos a los otros, pero lo cierto es que favorecen la incomunicación y antes separan a las personas que las juntan. Bueno, a lo que voy.

En la casa de mi madre jamás se usó lenguaje malsonante, que era algo que a mí me daba mucho coraje, el no poder soltar palabrotas y escupir cuando me diera la gana,

como mi padre -como no me dejaban escupir en el suelo por la calle, pues me cerraba en banda a escupir en un pañuelo cuando estaba de mocos hasta arriba por el asma; decían: hijo, parece que te gustan, que te los guardas todos para ti. De hecho, con nosotros, mi hermana y los pelechones, como mi abuelo nos llamaba a mi hermano y a mí, eran tan delicados que ni siquiera nos dejaban ver violencia en la televisión; cuando ocurrió el accidente aéreo en el Aeropuerto de Los Rodeos, en las Canarias, que llenó la televisión de videos del horror de aquella pista maldita, del fuego y de los cadáveres mutilados y quemados, recuerdo perfectamente que en el momento en que saltaron de improviso a la pantalla mi abuela, saliendo al quite, me tapó los ojos con una mano¹⁴. Pero a veces se quedaba dormida en el sofá y una Nochebuena, que las pasábamos en su casa, donde la visita de Pura Vaquero era infalible y celebrada, vi en la tele por vez primera la escena de un asesinato; fue la secuencia de una película: un radioaficionado, no sé si alemán o francés, estaba transmitiendo noticias peligrosas en territorio nazi; entraron de repente una partida de alemanes y le clavaron un puñal en el estómago. Cuando lo vi, me impresionó; me sentí sucio y enfermo, y como que algo precioso se había quebrado y roto dentro de mí. Ahora ya no hago dramones ni tragedias, es más bien mi madre.

Ya he dicho que fueron en Pinos Puente nuestros primeros veraneos y alegrías, y los veranos más felices para ella. Allí teníamos de todo: un patio en el que aprendimos a montar en bici, una piscina, y chavales que conocían aquellos juegos callejeros que hoy se han perdido, en favor del Call of Duty o el Tekken, a los que yo también, todavía, juegos algunos fines de semana. Pero lo que quiero contar es más serio. Es una de las

¹⁴ Aquellos eran los días de estreno de la democracia y recuerdo que rondaron los comentarios, entre mis mayores, sobre lo inédito de la crudeza de las imágenes. Al parecer la televisión española de la dictadura compartía el pudor de mi familia ante la violencia, un pudor que se ha perdido completamente y al que cada vez le queda menos terreno, si alguno.

razones, entre otras, por las que no he tenido hijos, a pesar de desearlos con toda mi alma. Hubo una experiencia que me enseñó que yo no estaba hecho para cuidar de ningún pelechón. Ni siquiera he sido capaz de cuidar de mí mismo.

Mi tío Luis Díaz, que se reía mucho conmigo en el patio de mi tía Antonia, enfrente de casa, al otro lado del Camino de la Estación, tenía una pajarera que a mí me fascinaba. Allí, en Pinos Puente, los chavales que no apedreaban avisperos cogían grillos o apaleaban gatos a bastonazos, como Nicolás, el guarda. Quiero decir que se vivía en plena naturaleza, a veces sangrante y hostil. Me asombraron las luciérnagas nocturnas desde punto y hora que las vi brillar en la noche. Y al acostarme, algunas noches oía una rata royendo la madera de un viejo armario junto a mi cama; ya empezaba a costarme dormir, y en verdad no sólo por miedo infantil, sino que también me parecía una pérdida de tiempo entregar el cuerpo y el alma a la anestesia y la torpeza del sopor. Y a veces, con dolor de cabeza y los bronquios atascados, pasaba despierto hasta muy temprano en la madrugada, oyendo cantar a los grillos; el canto de los grillos, cuando estaba a punto de dormirse, era para mí como ese umbral entre la vigilia y el sueño; y además, como me dijeron que cantaban para atraer a las hembras, también empezó a intrigarme su canto, la rima más simple, monótona y sencilla que se da en la naturaleza. Y también a veces casi que me llegaban a molestar cantando toda la noche debajo de la ventana, como un tuno de parranda que sólo se sabe un par de versos, o como la campana nocturna que repica y no deja dormir a los vecinos. Yo apedreaba avisperos, como todos; algunos chavales se daban mejor maña que yo en sacarle los agujones a estos insectos y luego soltarlos. Pero mi especialidad era capturar grillos en la noche, que los metía por decenas en un bote, vivos y rebullendo. De hecho, muchas de mis manías de niñez y primera juventud tuvieron que ver con la repulsión femenina que las chavalas expresaban de vez en cuando. Si ellas mostraban asco por algo, al instante yo me aplicaba a ello. Mi primer amor en la infancia lo fue porque dijo que creía que las estrellas de cine se besaban a través de un plástico.

- ¡Qué asco, se besan de verdad!

Luego empecé a notar la mano con la que ella me cogía del brazo para escondernos, en aquel juego infantil.

Y lo mismo, o parecido, me pasó con lo de los grillos. Y cuando una mariquita, oronda y roja y llena de puntos negros, se convertía en el objeto de atención del grupo, yo solía decir:

- ¡Oy, no la mates!

Y el grandullón del corro se adelantaba de improviso y la mataba de un pisotón sereno e inapelable. Uno de estos, una vez, nos trajo un guacharro a casa. Una cría de gorrión caída del nido, para que se entienda. Lo quise para mí desde el primer momento, no sé por qué. Y él accedió. El caso es que al poco de quedarme sólo con la cría, en la entrada de la casa, ésta enfiló de inmediato para la luz del patio, que al estar la puerta entreabierta, la iluminaba. Como vi que se escapaba, mi primer impulso fue cerrarla, con el resultado de que pillé su cuerpecillo entre las dos gruesas hojas del portón. Aquel pelechón estuvo agonizando durante todo un día, entre los restos de la hojarasca que mi madre limpió de un manguerazo. Me pasé todo aquél llorando a lágrima tendida, escondido en los sótanos del lugar. Y no podía quitarme de la cabeza el horror que debía de estar pasando, con los huesos rotos y seguramente la columna dorsal, como quiera que se la llame en los pájaros.

Hay muchas cosas que he visto en mi familia y que nunca les he comentado. En la infancia era capaz de equivocarme a propósito por arrancarle a mi madre una risa. Pero también era presuntuoso y creía saber mejor que los adultos muchas cosas que ignoraba. El tema del saber, tal y como yo lo entendía por entonces, empezó a obsesionarme pronto. En fin, el último verano de los que pasamos allí se me fueron acumulando una serie de asuntos pendientes que cristalizaron definitivamente en una sola noche.

Por ejemplo, el trato a los amigos. Yo les tenía prohibido que subieran a verme cuando estaba tendido en una superficie, realizando los molestos ejercicios con los que un fisio terapeuta contratado por mis padres trataba de enseñarme a respirar. Alguno que vi asomado a la ventana mientras yo inspiraba y expiraba bajé a buscarlo cuando terminé

la clase, para darle una tunda. No lo encontré por el patio, ni por ningún sitio. Entonces, como sorprendido, me paré un momento a pensar. Me asaltó una pausa extraña, un pensamiento nuevo. Que no se podía tratar así a las personas, ni andar a palos con los buenos amigos. Fue algo que hasta entonces no se me había ocurrido. En aquellos días yo me preguntaba cómo llegaría a ser mayor, es decir como mi padre, sobre todo a causa de mi cara de niña, algo que me señalaron más de una vez, sin que yo sintiera ofensa. El caso es que por entonces debí darme cuenta, racionalmente, de ciertos límites que uno se debe imponer, si quiere vivir en sociedad. En el colegio, cuando empecé a destacar, empezaron a juntárseme compañeros, y al gastarles bromas vulgares y usar lenguaje malsonante, observé buenos resultados; y me decía para mis adentros que la amistad tenía algo de bueno, de tonificante y de salútfiero. Pero seguí andando sólo por el patio. Todas esas intuiciones vagas sobre los límites se vinieron a condensar en una sola noche, que he relatar.

Creo que poco después de este asunto del amigo, eché mi primer trago de cerveza. Mi padre la bebía sin abusar, lo mismo que mi tío materno. Debió de ser uno de mis berrinches con aquél, seguramente a cuenta de algún capricho, el que me impulsó a robar una litrona. En el patio, al fondo, había un sumidero, una especie de cloaca oscura en la que se escuchaba la turbulencia de las aguas fecales. Me fui para ella, eché mi trago, y después me la puse en los genitales para delante, como si fuera mi pene, y llorando amargamente la derramé en aquella cloaca, como si la estuviera meando en ella.

Otrosí poco después, una amiga de la infancia, que era la novia nominal, por supuesto, de mi hermano (la mía era la Inma), gritó en el Camino de la Estación y yo, por dentro de los terrenos, acertaba a pasar por ahí con la bici; noté perfectamente su tono de miedo y de alarma. Llamaba a mi hermano a gritos, y alcé la voz para responder:

- ¿Qué?

Asustada y jadeante, llegó hasta la cancela y le pude abrir. Algunos gitanillos, según dijo, la habían acorralado en la calle, y cuando echó a correr la persiguieron. A pesar de

haberla salvado (o eso pensaba yo), aquella noche no me libré de mi buena regañina por lo que fuera, que esta vez vino de mi madre. Me dormí pensando en ciertas mujeres de mi entorno... a las que las había visto ciertos rasgos agresivos o momentos de enfado y pérdida del control. Por entonces no estaba seguro de que la agresividad fuera un rasgo exclusivamente masculino, o si por el contrario también lo era femenino. Aquella noche vi algo, mis padres también lo vieron, y no estoy seguro de que fuera enteramente de este mundo. Yo, que siempre fui de sueño difícil, y probablemente el más despierto de toda la casa, empecé a notar, aún dormido, que mis ojos bailaban con perfecta simetría de un lado al otro de sus cuencas. A derecha y a izquierda, como un metrónomo musical, con perfección, serenidad y simetría. No debe de ser muy diferente el péndulo con el que se hipnotiza a las personas. Me sentí asustado por algo mayor que yo, mucho más poderoso. Y ese algo me mandó un mensaje: No sobrepases los límites. No escuché ni voz, ni palabras, pero lo entendí perfecta y claramente. En parte como reproche, en parte como aviso. Pude abrir los ojos en aquel interregno entre dos mundos, y ver a mi padre asomado a la ventana de nuestro cuarto. Cerré los ojos y me dormí sin más. A la mañana siguiente, algunas personas con las que yo estaba relacionado, como mi maestra de párvulos, que por entonces veraneaba en aquel lugar del que hice mención, en cuyo muro un reloj de sol tenía un lema bastante jodido:

El tiempo huye.

Ésta era una de esas mujeres en las que me dormí pensando. En el parvulario, sencillamente harta de los chavales, una vez la vi agitar los pupitres de un lado a otro, soltando gritos de enfado. Algunas otras personas, dije, digo, Diego, vieron también algo extraño aquella noche. Para mi padre fue como el canto de mil grillos, de un millón de grillos en la noche; también a ellos dos, mis padres, ese algo los había despertado del sueño, que fue el motivo por el que mi padre se acercó al dormitorio a vigilar nuestro sueño.

De aquella noche, al día siguiente saqué muchas conclusiones. Lo cierto es que muchos años después, en Mollet del Vallés, se me ocurrió recoger otro guacharro del patio del Centro *Marenostrum*, dirigido por Sol Bacharach, una adicta que tuvo que enterrar a su hermana por las drogas y a su marido por el terrorismo vasco; y que fundó el Centro con la esperanza de recuperar a gente como nosotros, algo que hizo durante años con un gran porcentaje de éxito.

En aquellos momentos, en Mollet, estaban pasando cosas muy raras, y algunos pacientes señalaban lo extraño de lo que les estaba sucediendo. A mí me ocurrió recoger aquel guacharro y llevarlo a casa. Le puse lechuga en el suelo, pero no picó. Me tumbé, me la puse en la boca, y pareció como que se le iluminaba la vida y empezó a picotear. Me fui para mi pequeña oficina, donde por entonces trabajaba con un portátil, con la desgracia de que se me cayó al suelo de entre las manos en las que lo llevaba. Del porrazo que se dio lo recogí para verlo estirar la pata, literalmente, al tiempo que el corazón, visiblemente, se le salía del pecho bombeando. Esta vez, en vez de llorar, me acordé de aquél primer pelechón que se me había muerto por querer cuidarlo. Y tomé una decisión, una que debo callar. De ella sólo puedo decir que mi vida adulta ha sido un desastre casi permanente de la que pocas cosas felices, a primera vista, se podrían entresacar. Pero que hasta un reloj parado acierta dos veces al día.

En fin, años después, en Granada y recaído en el alcohol, leí en la historia del Buda que escribió Karen Armstrong, que el príncipe Siddharta se pasó muchos años torturándose en busca de una respuesta por toda la India, practicando el yoga y juntándose con otros como él, buscadores de la verdad en aquella Axial Age. Al final, su iluminación le vino por un recuerdo de infancia, en el que, desde la linde de un marjal, observó compadecido la muerte de un animalillo cercano. Yo no me considero ni santo, ni budista, ni fundador de nada. De hecho, por la historia de mi vida se podría concluir justo lo contrario y en verdad que algunos miserables de Granada me han venido colgando san Benitos y motes que hablan más a las claras sobre ellos mismos que sobre mí. Incluso me llegaron a considerar el Anticristo o el mismo Satanás, con esos murmullos conspiradores que en

un país que en gran medida vive de la murmuración se van hinchando como una pelota hasta que ya no se consideran monetizables o revientan dejando al aire el culo de muchos de los que las hincharon. Un patriarca gitano me mandaba hasta chulos carcelarios cuando empecé a ser algo conocido por estos textos en la tierra del chavico, mi tierra. Pero siempre se saca algo bueno de todo lo malo. A mi padre, por ejemplo, no creo que ya le importe que le llamen la piedra filosofal, que en la alquimia del medievo se decía que trocaba la mierda en oro. Sobre todo, si se le compara con el espectáculo que ofrecen los partidos y los rétores de hoy en día, que al oro lo convierten en mierda. Y hasta aquí puedo leer.

Cambio de tercio, que el Diamante empiece a calentar la plaza.

He notado que a todos nosotros nos resulta más fácil dar las gracias por un favor que pedir perdón por haber hecho la puñeta. Hoy, por ejemplo, yo tengo que pedirle perdón al hostelero de donde tomo café, porque ayer me pasé en su terraza; quiero decir que me encaré con dos clientes suyos, hasta que pagaron y se fueron. No se debe echar a nadie, no somos quiénes para juzgar; y en este caso concreto, es malo para el negocio del dueño. Los dos clientes estaban hablando de dinero y de juzgados; debían de ser abogados y bromeaban, que para eso están los bares, hablando a la ligera sobre cantidades que a mí me parecen obscenas por lo abultado... doscientos mil euros, cuatrocientos mil... Pillé tal calentón que no pude contenerme. Y esta mañana, lo primero que tengo que hacer es disculparme con este hombre, que no tiene la culpa de nada.

Pero el fondo del asunto sigue siendo el mismo; que hoy en día se dispensan injustificada y gratuitamente cantidades astronómicas como si fueran chucherías para niños. Mientras el agua de la presa de Rules se pudre en balde y el aeropuerto de Castellón sigue cerrado, Plus Ultra, una aerolínea venezolana que caía en picado más rápido que un Boeing 787 MAX, recibió cincuenta y dos millones de euros como si tal cosa, y el comprobante y la factura la pagamos nosotros, hasta el papel en que se firmara. Pero así viene siendo, lo mismo en el fútbol, que nació como un juego y hoy se lo protege porque de él dependen los chascarrillos de barra, el negocio de las televisiones y el de

las casas de apuestas, que a más de un chaval y su familia le amargan la vida; lo mismo en el fútbol, dije, digo, Diego, que en la política o el arte. A un tal Barceló, creo que se llamaba Miquel (para los amigos), la O.N.U. le pagó más de un millón de euros por colgar chuzos de punta en un techo. Y así seguimos... cada vez más hondo en la caverna. Ni Cataluña paga sus facturas, ni se enseñan matemáticas abstractas, sino con un enfoque de género, que es otra metáfora para insinuar cuánto nos mide el ciruelo, de modo que los chavales se comparen unos con otros en el patio de recreo. Ya lo he visto en mi colegio, yo, que me hacía pajas como todos, hasta en clase de inglés; y hay niños que sin venir a cuento y por puro gusto se sacan de los pantalones una pequeña minga enhiesta entre las risotadas de sus compañeros.

Esas cantidades ya me parecían obscenas antes del reventón de la burbuja inmobiliaria. A nosotros, de chavales, se nos educaba para no jugar con las cosas de comer, que es justo lo que seguimos haciendo en este puto país. El pavo inductivista sigue picoteando en el patio, y el cerdo sigue mordiendo las orejas de los incautos. Un plátano pegado con fixo en un marco se vendió por una millonada y en un happening brillante, un visitante de la pinacoteca lo arrancó, lo mondó y se lo comió, sin conseguir más recompensa que las calorías que le aportara la fruta; ni un duro le dieron. Y aunque no tuvo la decencia de por lo menos cagarlo en las macetas del museo, estuvieron a punto de enchironarle.

Dad al César lo que es del César

Y a Dios, lo que es de Dios

La fruta, para los monos,

La paella, para los dos.

O también:

*Veis el grano y el orzuelo
Siempre en el ojo ajeno
Y nunca veis la paella
En el vuestro, y no por ciegos.
Y si no gozais por ella
Lo hacéis por el ojo ciego
Que bien visto con quevedos
Quién no corre es que vuela
Y según un tabernero
Lo que vuela... ¡A la cazuela!*

O ya puestos:

*" ¡Qué cosas se ven más raras...!"
Rezongan siempre los viejos
" ¡Los hijos nos salen ranas...!"
" ¡Y qué decir de los nietos...!"
Y en verdad, bien a las claras
Si en el ojo verdadero
No le buscan el orzuelo
En el otro del trasero
Cuando llaman al tercero*

Le buscan las almorranas.

Una de las preguntas más preocupantes que se hizo Aristóteles es la de si un hombre puede ser feliz cuando su reputación es mala. A mí, por ejemplo, en vez de pedirme perdón por cada cabronada que se me haya gastado, sus autoras y autores se dan por satisfechos con perdonarme la vida cada día y gastar su velar y su dormir entre chascarrillos. Ya lo digo, lo suyo es un negocio redondo... las mismas que engordan mi mala reputación al día siguiente la ordeñan para los suyos. Ese es, solitario y desocupado lector, el verdadero retrato de esta sociedad. Triste y desorejado, como toda intemperie, a cuyos huracanes siempre se les pone nombre de mujer. Y digo triste porque es en el Caribe donde soplan... lo mismo el ron que otros licores. Aquí son todas estériles, las unas y *les altres*. Y por mucho que sigan dando de mamar a sus hijos, también los envenenan con alguna mala reputación, si no es la de su marido la del que más coraje les dé. Las mujeres son una de las criaturas De Dios menos aptas para la civilización; en la España del siglo XXI son las mismas llanteras y plañideras griegas que al punto de enterrar a la señora paran de llorar y saquean su casa, que para eso la han llorado a la orilla de su cama, mientras enferma. Para cuando muerta, poder rebuscarle los bolsillos.

Con todo y ello, compartimos por igual, hombres, mujeres e intermedios, la vida y el corazón, al margen del sexo y de la inteligencia; tenemos sentimientos que no son siempre apetitos... y cuanto más desinteresados y altruistas, menos se parecen a estos. Ambos sexos somos capaces de lo mejor y de lo peor, al margen de los extremos verticales. Pero es cierto que en ellas tienen más poder y siempre las inclinan del lado en el que caen. Por esto digo que es inútil legislar sobre los sentimientos y que más odioso que el odio es el prohibirlo; lo experimentamos cada día de manera cotidiana, y todo lo que nos callamos, nos da el trabajo de disimularlo. Así también, el amor, como dijo algún columnista de El Mundo hace ya muchos años, no se puede merecer, y es una de las cosas más injustas que hay. Si el perdón tiene algo que ver con la justicia, desde luego que no tiene nada que ver con el sexo o los sentimientos. Es una de las cosas más duras

y difíciles que hay, entre otras porque sólo podemos perdonar lo imperdonable, ya que lo demás no tiene importancia.

En cuestión personal, yo nunca he considerado factible perdonar a nadie; es decir, no sé qué clase de sentimiento es, nunca lo he sentido; ya sé que en la cárcel todos son víctimas inocentes de las circunstancias, de una terrible equivocación del abogado, de la policía, de la justicia. Pero quizás el perdón no sea un sentimiento sino una actividad paradójica, una virtud y una obra pasiva que es como el reverso bendito de los pecados de omisión. Es una gracia del que puede ser malo con justicia y con venia, pero sencillamente elige no serlo.

Y a cuenta del sacramento de la confesión, las pocas veces que lo he practicado de adulto ha sido un trámite rápido e insubstancial. Es luego en mi casa, en ciertos momentos, cuando me doy cuenta de que me da demasiada vergüenza volver a intentarlo a fondo, y asistido por la gracia de conocer mis pecados. Es así, creo, para muchos adultos católicos a los que les resulta demasiado duro desenredar todo lo peor de ellos mismos. Entre otras cosas porque hay demasiados siquiatras dedicados a enredarlo y a empeorarlo todavía más, y además, cobrando por ello. Hacer pasar una mala obra, un mal pensamiento, una tentación y una omisión por un fenómeno químico es la mejor manera de decirle a la persona que no es libre, que nunca será libre, y que nunca estuvo en su mano elegir el camino por el que llegó a la consulta del siquiatra, ya sea en la cárcel o en un despacho privado.

Cuando yo era pequeño, imaginaba la eternidad a mi manera; no creía, por ejemplo, que nada de lo que hiciéramos en esta vida, tan pasajera y temporal como inevitable, mereciera un premio o un castigo eterno. Pero luego me hice mayor, y comprendí lo que significa ser malo, y que el mal deja una huella imborrable, inequívoca y horrorosa sobre este mundo. Cuando uno asesina a alguien, cuando le mata o lo ejecuta, lo hace para toda la eternidad; ése ya no se levanta hasta que Dios le dé la vuelta a la Historia Universal. Y también comprendí lo que significan palabras como imperdonable, gracia y

eternidad. Y que lo mismo que el pasado, Josef Stalin dixit, las tres pertenecen a Dios. Lo único que tienen los tiranos son divisiones acorazadas.

Computable, irracional e imputable. La política del trigo.

Nunca he sido bueno en matemáticas; a pesar de saber ya programar en C cuando intenté licenciarme en informática, me echaron para atrás muchas cosas, entre otras la depresión por la que estaba pasando; pero también las asignaturas de Matemáticas, Álgebra, Electrónica... muchas que yo ignoraba y que no tenía ningún empeño ni interés en aprender. Recuerdo las primeras lecciones de análisis algebraico que nos dio una profesora, una señora bien guapa y madura que daba la clase sin descolgarse el bolso del hombro y dejarlo encima de la mesa. Versaban sobre los conceptos de numerable y no numerable. Intentaré desarrollar el tema según lo entiendo, en lo que hace a la computación.

Los conjuntos de los números naturales y enteros no son infinitamente densos. Consideramos que los números reales admiten proporciones entre los naturales y enteros que no son la unidad. La cuestión es si son infinitamente densos, y si los números irracionales son una parte de los números reales, o si, por el contrario, no admiten ninguna medida conocida, y sólo se los puede resolver estrechando el margen de su error; en la Antigüedad se desarrolló el método de la aproximación por triángulos para calcular el irracional π , que entra en todos los cálculos sobre curvas, es decir, secciones cónicas. Luego vinieron la integración y la derivación, que fueron desarrolladas simultáneamente por Newton y por Leibniz.

Aun así, y conste que yo no soy experto, no sabemos si algunos números irracionales existen, es decir, sencillamente puede que sean un real con una proporción que, aunque

profundamente divisible, conoce un límite real. Lo mismo que muchos matemáticos que acabaron perdiendo la cabeza, se han dedicado muchas horas de computación a machacar sobre el número pi, por ver si tiene término y resolución.

La sobredicha señora nos enseñó que los números reales son numerables, lo que quiere decir que hay tanto un número natural como un número entero que pegar, como si fuese una etiqueta o un sello, en cada número real. Esto es así porque esos números son tan infinitos como los reales en *extensión*, aunque en estos también cabe la proporción menor que la unidad.

Todo esto quisiera traerlo a cuenta de la teoría de la computación desarrollada por Alan Turing. Una máquina de Turing es como la de embutir chorizo de nuestras abuelas; uno carga en su embudo de entrada una masa viscosa e informe y con darle a la manivela, el chorizo sale embutido; quiero decir, que una máquina de Turing admite un entrada lineal y secuencial de datos binarios y emite una salida alternativa y procesada por el interior de su caja negra, como una función matemática. Para cada operación en su interior, para cada ciclo completo de computación, existe un número natural o entero. Es decir, toda computación, en las máquinas actuales, es numerable, existe un número entero o natural que pegarle como si fuera una etiqueta.

La más sencilla de todas, y el ciclo completo de computación más breve, es la operación lógico-matemática NOT, es decir, la que invierte el valor de entrada: el cero lo convierte en uno, lo falso en verdadero. Para construirla sólo se necesita un relé, que se puede adquirir fácilmente. AND, OR y XOR requieren de dos operandos, más espacio en la caja negra para por lo menos una célula de memoria y un segundo relé que realice la computación entre el primero y el búfer de esta memoria; y luego una pila o *stack*, hasta dónde se quiera llevar y del tipo que sea, siempre necesaria pero finita, que es por lo que una *recursión*, que es un método especial que se emplea en algunas funciones, si se las escribe mal en el código y se las deja ir hasta lo infinito es capaz de dejarte la máquina con la lengua fuera, la sonrisa tonta y la mirada tuerta que te dejan la embolia o el ictus cerebral.

Una manera revolucionaria que hubo de resolver de un modo más eficiente estas operaciones fue la incorporación del transistor. El transistor tiene tres pines: emisor, base y colector. Y admite para estas operaciones no sólo una entrada lineal o secuencial, si no dos, que son los operandos; colocándoles esas células de memoria y esa pila se multiplica exponencialmente la velocidad y eficiencia de los procesadores. A mí me resultó difícil aprender las propiedades amplificadoras del transistor. Yo siempre lo había considerado como un relé. Pero no sólo sirve como relé, que es lo que le permite actuar también como condicional lógico; además, amplifica la potencia de la señal en el colector, algo que supone un ahorro precioso en la energía que consumen los procesadores. Además, se los puede construir a muy pequeño tamaño; el relé, por contra, tiene que llevar una bobina electromagnética, la cual requiere de más espacio.

En fin, todo esto lo quiero resumir en una sencilla cuestión ¿Son los números irracionales computables o no lo son? Si lo son, no son irracionales y sólo son reales. Si no lo son, algunos números reales son irracionales.

Paradojas de Zenón

Que aprovechan al mamón

Pedro Segundo el Cagón

El del no y no y no.

Esta cuestión la responden los números que conocemos como irracionales periódicos, cuya computación es de incremento fijo, una constante que se añade por la derecha. Su computación no es posible porque ninguna puede ser infinita, dado el tamaño del Universo en que enchufamos los ordenadores a la corriente y los parientes a los cargos públicos, el cual es tan finito como la paciencia humana. Ya he dicho que, para mí, los números irracionales se resuelven en los periódicos, como todos los números naturales

se resuelven en los primos. Y con esto me refiero sobre todo a números como los cincuenta y dos millones de euros que se llevó Plus Ultra... y contando. Es una cifra perfectamente computable pero de la que no hemos visto su justificante ni en concepto de qué se pagó, lo que quiere decir que también es irracional. E imputable, por supuesto. No guardo en la memoria todos los partes judiciales, pero seguramente ya está denunciada. De lo que no me cabe duda es de que la hipotética denuncia no irá a ninguna parte.

Además de todo ello, y ya escardado el asunto, sólo queda quemar los rastrojos, algo que se debe de hacer con más cuidado cada año, dado el calentamiento del clima. A tal efecto, sólo queda decir que la de ser puta es una imputación que sólo se puede hacer en la cama y entre revolcones, no en el juzgado. Es como el mote que le pusieron Luis Buñuel y Salvador Dalí a Lorca, y que a una imaginación traviesa se presta a la fantasía humorística. No es un delito, ni tampoco debería de castigarse penalmente. Por suerte, el Congreso no ha permitido que se colara en el Código Penal, al rechazar un Decreto Ley que era como uno de esos que se negaba a firmar un ministro del granadino Narváez, el espadón de Loja:

-Yo no firmo esa Ley, es un disparate jurídico, antes de firmarla me corto la mano derecha.

-Esa manita no se la corta usted. Esa manita no se la corta usted porque esa manita me hace a mí mucha falta para rascarme los cojones.

A nuestro monarca abdicado y emérito siempre le perseguirá Corinna Zusein Wittgstein por los pasillos de los juzgados ingleses, si es que no le persigue en pelotas por los palacios de su fantasía. La suerte que tienen las putas españolas no es de la mala por no poder enganchar a todo un Rey y cobrarle honorarios inmensos; es la de que, por pura chiripa patria y castiza, la ley española no criminalizará su actividad y su práctica. A veces sólo les queda a los gentiles y a los paganos contentarse con las migajas que caen de la mesa, como así aceptó Nuestro Señor que fuera.

No sé si el lector se habrá venido dando cuenta, pero en este lugar yo no hablo de política. Lo cierto es que se nos la trajo como a la libertad, pero es una más de las

prisiones del ser humano; por la derecha y por la izquierda, por detrás y por delante, el lector ya me entiende. En este país se arguye la orientación política personal como si fuera un fundamento válido y racional de los argumentos que se esgrimen; esto lo hace sobre todo la izquierda, como si el ser de izquierdas fuera *bonum per se*, cuando sólo es otra etiqueta, como la de las maletas de ese narcoestado para el que Ávalos desplegó la alfombra roja de Barajas. Otra cosa es que yo crea o no en el sistema legal vigente, en el Estado de Derecho y el imperio de la Ley. Si me apuran, ya he hablado antes sobre él y he dicho que no merece la pena meterse en pleitos. Pero ¿Para qué le sirvió a España que Ana Oramas advirtiese en el Congreso sobre las intenciones de los socios de Sánchez, salvo para que ella se ganase una sanción por votar en contra de la disciplina de los suyos? ¿De qué le sirvieron los pleitos a Ruiz-Mateos contra el poder de los doce millones de votos que auparon al P.S.O.E. de Felipe González? El ejercicio del poder es discrecional de hecho, que no de derecho, que si la legislatura de Pedro Sánchez ha demostrado algo es que con la ley se puede hacer cuanto a uno le salga -o le entre- por el agujero del culo. Nunca quise ser poderoso, de hecho, he visto muy de cerca y también he sufrido -aunque esté mal decirlo-, cómo trata la sociedad a las personas débiles e indefensas. No sólo la española; yo he visto que hasta los gorriones lo hacen, y que tienen alguna sociedad jerárquica, en la que hay un verdugo y también hay una víctima. De la batalla de Hastings se sabe que durante cientos de años bandadas de cuervos del Mar del Norte se estuvieron reuniendo en sus playas y escarpados, sin duda una memoria y un testimonio colectivo al festín que se dieron con los cadáveres que dejó tras de sí la invasión normanda. Lo mismo que a esas bestias les conviene enfrentar a las personas, así es todo el poder de este mundo, lo mismo que los que cobran por hablar mal de unos y otros en la televisión. Pero he de decir que los peores son los de la C.O.P.E., de los que sé perfectamente que saben cada paso que doy, cuándo entro en mi casa y cuándo salgo de ella, y lo que hago en mi hogar. No sé, Señor, qué poder, ni qué justicia, ni qué razón asiste a estos que no sea el sadismo del voyeur.

Una de mis mayores vocaciones personales ha sido la privacidad y hasta cierto punto, en un mundo desquiciado por la fama y su fanatismo, yo entiendo la literatura más relacionada con la intimidad que con lo público. A veces pienso que me hubiera podido ganar la vida con ella. Pero siempre supe perfectamente lo que es un pelmazo y nunca tuve ganas de verme rodeado de ellos, ni firmando autógrafos ni convidando a otra ronda. Es así que una de las primeras cosas que le dije a un siquiatra es que había perdido, al crecer, el sabor de lo que es convivencia, quiero decir, el buen gusto que tenga, más allá de la conyugal o sexual, y que empuja a unos y otros a llamarse amigos entre ellos, o compatriotas, o a formar un grupo. Luego, andando la vida y pasando el tiempo, me digo a mí mismo que lo más probable es que no me haya perdido nada y que según la trampa principal que comete toda teoría psicológica, estaba confundiendo el efecto con la causa: sencillamente, encuentro ya poco deleite en los demás.

En verdad, lector, que cualquier cosa que venga De Dios, el mundo lo teme, lo odia, lo burla y lo desprecia. Esto es así tanto para los primeros cristianos como para los pocos que queden hoy en día. Todo lo demás son las togas pretextas o las vestiduras cardenalicias. Puede que a las Iglesias vaya la gente a rezar, pero es en la calle donde debiéramos conocernos para convivir, en vez de ir pinchando teléfonos y ordenadores. Es posible que se crean que les debo algún favor del que soy el único que no tiene noticia; como el ir perdonándome la vida y poder burlarse mejor a mis espaldas. Si tengo alguna deuda con ellos, me gustaría que la hicieran pública para que la gente que malvive fuera del Templo sepa quiénes son los unos y quiénes los otros. Porque para mí tengo que es exactamente la misma clase de gente que crucificó al Señor la que se sienta emperifollada en un palco de primera fila, a ver pasar su efigie entre el olor del incienso y el brillo de la orfebrería. En la España de hoy no se crucifica ni al peor de los etarras, que los homenajean los que eran vecinos de sus víctimas. Y antiguamente a la gente que entró por dónde yo he pasado, un pabellón siquiátrico, se los encerraba de por vida y se los echaba en el olvido. Al Señor lo más probable es que lo hubieran frito a Risperdal y como ya no se practica la lobotomía, darle un buen calambrazo sería como si Sánchez

redondeara el insulto implícito en su guiño al docto Terricabras. Es la misma clase de gente interesada en hacerme parecer un indeseable la que vigila en la calle a cualquier persona por la que yo muestre interés y afecto, para luego buscarla y hacerle daño. Los mismos que a mi padre le robaron un reloj, le robaron también a su contable el de la jubilación. Como decía Don Andrés, a buen entendedor, pocas palabras bastan.

Según Karem Armstrong, las instituciones religiosas, como la Iglesia Católica, se defienden de las ideologías, de la ciencia, del ateísmo, de la secularización... en definitiva, de los enemigos de su fe, radicalizando los aspectos divinos de sus fundadores. Es por eso que no leo yo a los Evangelistas Marcos y Lucas... ya median años de por medio entre lo que escribieron sobre Jesús y su muerte... Y resurrección. Es perfectamente comprensible que cualquier cosa que se diga sobre Dios devenga en hagiografía, andando el tiempo. En verdad, de Sócrates sólo se escribió una apología, y de Hermias un panegírico. El caso, curiosamente, es que a ni a Platón ni Aristóteles se les ocurrió escribir ditirambos sobre sátiros y silenos. Para eso estaban los humoristas de la época.

A lo que voy. Es el caso que la Inmaculada Concepción de María no se predicó ex cathedra, es decir, no fue dogma infalible de la fe católica, hasta el siglo diecinueve, cuando la teoría de la evolución de Darwin estaba dejando a Occidente tiritando en la intemperie intelectual, como si dijéramos; se descubrió, y poco a poco se fue comprobando, que nuestro origen es el mundo natural, antes que el que se relata en el Libro del Génesis. Mike Pence, vicepresidente que fue de la legislatura de Donald Trump, pertenece a una rama del protestantismo que niega -y no refuta- la verdad de la teoría de la evolución. A toda Europa, al parecer, se le indigestó el Siglo XX y sus increíbles avances científicos y técnicos... fue un siglo feroz, de guerras terribles cuyas consecuencias y cuyo recuerdo también contribuyeron a mantener cierta medida de paz en Europa; la Unión Europea se fundó con ese propósito, que es el mismo con el que hoy la ha despertado Putin.

Tampoco sabemos cómo fue creciendo poco a poco la fe en la virginidad de María, que es un dogma que ningún católico permitiría que se tocara. Pero lo cierto es que debió

de tener un origen muy temprano y yo, aquí y ahora, no especulo sobre él. En fin. Todo este tema lo saco porque, en el mundo de hoy, me parece necesario hacerlo para hablar de esos dos transcendentales que a veces se alternan en los textos, en concreto los de *bonum* y *pulchrum*. No presentaría mayor problema el relacionarlos más que decir que Dios es amor, y que se comprende perfectamente que fuera un acto de su amor generoso el que engendró a Jesús de María. Al margen de las tentaciones del Santo, que se defendió de una mujer en pelota con un leño ardiendo, el feminismo en tiempos de Tomás de Aquino era el culto mariano, la adoración a Nuestra Señora en sus diversas advocaciones. En estos tiempos se reduce a la marranada de la poetisa de Barcelona. Son ellas las que se rebajan de por sí, hoy en día. Y el problema lo tienen ellas, que antes de ser madres son ya una ONG feminista, Malas Madres, o Madres Contra el Abuso Infantil, o cómo coño la llamen.

Siendo niño, leí en *La Isla Misteriosa*, de Julio Verne, lo que Ciro Smith le contestó a Pencroff cuando el viejo lobo de mar se encontró un grano de trigo que milagrosamente se había salvado en sus bolsillos de la caída en globo y de la furia de las olas. El marino estaba dispuesto a tirarlo, pero Ciro Smith le explicó que cada grano de trigo que germina, no produce una espiga con sólo otro grano; produce una con diez granos de trigo. Los náufragos echaban de menos el pan en la dieta de la isla y el ingeniero dejó a Pencroff la defensa de aquella huerta que empezó con sólo un cereal. Así también es, según nos enseñan los Evangelios, todo lo que viene De Dios. Que el Reino de los Cielos es como un grano de mostaza que, si cae en buena tierra y germina, multiplica sus bendiciones sobre ella.

Teatro, novela y metafísica. Amor meus, pondus meus. Dónde está el dolor, está Dios.

Dicho así, sin anestesia, me matriculé en la carrera de Filosofía al año siguiente de sufrir un brote psicótico por insomnio... siete días con sus noches son la frontera clínica más allá de la cuál se pierde la noción de lo real. Lo primero que me dijo la psiquiatra que me provocó el brote y luego me atendió en el pabellón fue que yo tenía que asumir *mi ser y mi historia...* traducido al cristiano, el ser esquizofrénico y haber llegado a sentarme esperando religiosamente en un banco del psiquiátrico a que ella nos fuera despachando uno por uno.

Rebuscando un año después en la biblioteca de la Facultad di con lo que estaba buscando, un viejo artículo en la Revista de Occidente que hablaba de que cualquier relato que se hacía de los hechos los alteraba no sólo por mano de quién, si no, además, al margen de su realidad presente o futura, también alteraba su realidad *pasada*. Por así decirlo, aquella tesis era como equiparar la teoría de la evolución y el relato de los hechos que nos hace la Biblia en el Génesis... Y viceversa... Si el relato que hacemos de la Historia altera su pasado, *El origen de las especies* de Charles Darwin y la Sagrada Escritura son los dos igualmente válidos en lo que a su verdad se refiere.

Andando el tiempo y las circunstancias, me hallé tumbado en la cama de una clínica siquiátrica de Alicante con un libro sobre la Historia de España llamado *España en la frontera*. Según el autor, el relato de la Historia, en tiempos, que los reinos de Aragón y de Castilla hicieron de sus circunstancias diferían en puntos esenciales. Por ejemplo, el de la vieja Castilla de Fernán González tenía más que ver con el fundamentalismo religioso de Covadonga, la grandeza del pasado godo, y la guerra santa contra el infiel... el *Al-Andalus* musulmán. El de Aragón por contra, era de tipo mercantil, y hallándome

en Alicante me fijé un poco más en éste. Según el autor, el concepto de *bonhomía* aragonés tiene su raíz en los *bones homes*, aquellos que enriquecían el Reino de Aragón comerciando con todas las potencias del Mediterráneo, las cuáles, a su vez, comerciaban siguiendo los viejos usos y costumbres de la Ruta de la Seda y las Especies, aquella que traía el clavo indio, la mirra y el oro y el incienso, y la que siguió Marco Polo hasta el confín de la Tierra, de cuyo relato tenemos el que dictó en una cárcel veneciana a un compañero de celda, *El libro de las maravillas*. Según *España en la frontera*, en aquellos siglos XIII y XIV en la Europa que estaba saliendo de la tiniebla medieval empezaron a ser valorados, estimados y honrados los mercaderes de Aragón, los banqueros genoveses, las familias venecianas... fue como si el viejo caldo del Mediterráneo despertase de un fuego muy lento y empezase a hervir de nuevo, dando lugar al Renacimiento. Hasta entonces todo había sido *ora et labora*, teología, oscurantismo y quema de brujas. Era holandés, o belga, o flamenco, el primer aprendiz que trabajando con lentes se dio cuenta de que combinándolas se multiplicaban sus efectos de aumento. Galileo miró por el telescopio en el siglo XV y su *Mensajero de las Estrellas* se envió a Kepler impreso con el invento de Gutenberg. Todo esto que iba cociéndose vino a cambiarlo radicalmente el gran descubrimiento castellano: el Nuevo Mundo, el saber que navegando hacia el Poniente por la Mar Océana era posible tocar tierra.

De todo ello hace más de medio milenio, de mi encierro en Alicante más de veinte años, pero para que se vean mejor cómo han progresado mi tiempo y mis circunstancias, de dónde venimos y a dónde vamos, dije, digo, Diego, me entero ayer por la prensa de que en Santander se obligará a todos los profesores y alumnos, que a fin de cuentas tendrán que aprobarlo por igual, a dar tres seminarios lectivos sobre la perspectiva de género en cada materia... geología, socioeconomía, matemáticas. No sabemos quiénes serán los docentes, está por ver, maguer que de seguro no faltarán candidatos que levanten la mano para cachondearse del tribunal que los elija a dedo, por supuesto; porque a los alumnos aplicados que vean tomando nota o mordiendo el lápiz los echarán a la calle con dos orejas y un rabo; la campaña electoral que el PCE de Madrid le pagó al contado

al ahora director del Instituto Cervantes, el insigne poeta que escribió *Completamente Viernes*, se anunciaba con un cartel que hoy, con la gasóleos y la luz eléctrica a precio de oro, parece casi antediluviano:

-*Construiríamos la luz...* -decía el anuncio.

Los seminarios de Santander se llaman *Construir la conciencia*. Para qué seguir. San Mateo 5, 14-15:

No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte. Ni tampoco se enciende una lámpara y la ponen debajo del celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa.

Sub specie aeternitatis todo es posible en Granada, como que Cecilio siga pidiendo cigarros; se viste y desde primera hora camina por la calle, a pasito corto y tirándole los tejos a todas las chavalas que encuentra; si no le dan lumbre, procura prendérsela; si no le devuelven la mano que les ofrece procura con ella medirles las piernas hasta la pantorrilla, todo muy a su sabor. Yo, que voy con un zipo, cuando me la piden les digo que tengan cuidado, no vayan a quemarse. Algunas se lo toman a mal, cómo un piropo o una provocación, pero las llamas del zipo y las del cipote las carga por igual el diablo. A mí, como granadino, me han rebajado la categoría. Me he quedado en el mote con el que empecé, *el negro*. Ése soy yo. Que, si no lo escribo, otros me ahorrarán el trabajo. Vamos, como el tal... ¿cómo se llama? ¡Mecachis en la mar! Lo he tenido que buscar en la Wikipedia.... Luís García Montero, cuando puso en poemario una versión de *Robinson Crusoe*.

Frente a la narrativa, el relato, o el género literario que conocemos como novela, ya sea el culebrón venezolano de Podemos, o cualquier otro cuento chino que nos quieran endilgar las autoridades, el teatro presenta una novedad singularísima que fue descubierta en Grecia; la diferencia teatral está en que es posible *fingir la enfermedad, la locura y la muerte* sobre unas tablas, y ofrecer un relato externo, completo y conclusivo, algo que la mitología, la narrativa del ser, o el "contar cuentos sobre el ente", son incapaces de hacer. El espectador es testigo de ellas en la figura del actor... y de ahí

deviene el nombre de *histrión*, gente capaz de fingirlas. A estos, desde la República, en la Roma Antigua, se les tenía prohibido officiar en las ceremonias religiosas más señaladas. Téngase en cuenta que en esta época no se concebía la muerte como hecho biológico. Toda enfermedad y toda locura parecían inseparables de alguna culpa. Eran algo tan terrible y sagrado, tan *deinotés*, que simplemente el verlas simular debía de dar repeluz, como dicen aquí los que conservan el léxico de las viejas supersticiones. Por eso la tarea de los grandes trágicos atenienses tuvo fascinada a la cultura helénica desde su más temprano despertar.

De la lectura de Martin Heidegger yo saqué, entre otras conclusiones, la que la vida ya me había enseñado: que todo relato personal se queda incompleto, porque la muerte es una frontera ambigua cuyo tránsito es inenarrable en uno de sus dos extremos. No se han de contar cuentos sobre el ente porque el ser es inenarrable, salvo en la tercera persona del plural o del singular. Porque este un tema filosófico, en el fondo y bien entendido. En el de la muerte de Sócrates que Platón nos hizo en el *Fedón* se puede escuchar, aunque sea a través de una traducción, lo que significa la palabra *serenidad*, una nota muy fina y templada sostenida hasta el final. Yo personalmente creo que, si hay alguna moneda válida en el Cielo, es el amor más abnegado y generoso, que comporta siempre una innegable carga de *pystis*, de dolor y de sufrimiento... quiero decir el de un padre o una madre por un hijo, el de los hermanos entre sí, el de los esposos, amantes y amigos... et cétera. También por eso leemos en Aristóteles que la vida no es un juego; ni música celestial, ya sea la de las esferas o la de Bach. Aunque sea hacer un chiste murciano, de los que prohibió una premática de algún Rey español, leeremos este cuarteto del *Jardín de las víboras*, de Jaime Campmany:

Lo coronaron de espinas

Y a poco lo dejan tuerto

¡Si serán hijos de puta...!

¿No es pa cagarse en sus muertos?

En concluyendo, lector, cada cual la afrontará como pueda. La muerte quiero decir. Es una calzada muy cabrona la que tenemos que recorrer por este mundo, siempre a Dios rogando y con el mazo dando. Y en su final, a todos nos aguarda un mismo destino.

Si afirma la Biblia que los caminos del Señor son infinitos, reza el dicho popular que todos llevan a Roma. Para algunas cosas no hace falta saber ni latín, ni griego, ni turcomano, ni godo, ni gépido, ni euskera, ni catalán. Sin duda el avisado lector se habrá dado cuenta de que este tercio viene nombrado por su epígrafe latino. Pero el culto, además, sabrá que es una famosa sentencia del más grande de los padres de la Iglesia, el obispo de Hipona San Agustín. En mi colegio escuché, en una homilía y siendo yo niño, antes de recibir mi primera comunión, que Orígenes, uno de los primeros herejes de la Iglesia, había llegado a tal extremo de virtud que se castró a sí mismo para evitar las tentaciones del más poderoso y placentero de los apetitos que desarrollamos al crecer, el sexual. Luego supe, al seguir leyendo, que fue anatema por defender que hasta el peor de los Ángeles será salvado con toda su tropa en la *Parousía*, la segunda venida del Cristo al final de los tiempos. San Agustín conservó una lujuria sana, esto es, y según su época, heterosexual y completa, hasta bien entrada la madurez, cuando menos aprieta y más se sosiega. Su paganismo, es decir, los años que vivió antes de convertirse al Cristo, fue neoplatónico. Entrado en años y empezando a envejecer comprendió que toda palabrería sobra y que los pedantes de hoy son como los de ayer, los sofistas por los que Sócrates perdió su vida y contra los que escribió Platón sus Diálogos; o el Sanedrín de los fariseos, con el corazón cerrado a la verdad y las manos aferradas al solio. Antes de su conversión, fue el último de los grandes rétores romanos y escribió en el latín más culto, el de Cicerón y Julio César. En el siglo III d. C. la lengua hablada en el Lacio, de raíz sabina, se había vulgarizado hasta un extremo comparable al castellano moderno de los SMS, Pablo Hasel o Valtonic. Leí sus *Confesiones* pero tengo que confesar que abandoné cuando empezó a especular sobre la naturaleza del tiempo. Es cierto, por lo que sabemos de su misma mano y por otras fuentes contemporáneas, que su vida espiritual fue toda

ella un peregrinaje del que recaló en el cristianismo por obra de San Ambrosio, después de haber escuchado en Roma todas las fábulas gnósticas que por entonces estaban tratando de interpretar esta nueva religión a la luz de la filosofía griega.

Étienne Gilson menciona en su *Historia de la filosofía en la baja Edad Media* que los primeros padres, algunos de ellos muy poco conocidos, intentaron enseñar el cristianismo siguiendo la estela del Apóstol Juan, que introdujo términos en griego en su Evangelio. Y la de Pablo de Tarso, que predicó en Atenas ante la Asamblea. Pero también señala que los gnósticos encararon el cristianismo de la manera contraria; Simón Mago fue un gnóstico del siglo II d. C. al que también se le conoció por lo que hoy se llamaría "ilusionismo"; un prestidigitador como Houdini pero, además, versado en letras. El autor francés también señala algo en lo que no se había reparado en la historiografía filosófica y es que, al final, en una claudicación más del moribundo Imperio, el gnosticismo tuvo que incluir al Cristo en sus teorías y fábulas y que, de hecho, el Señor pasó a ser un tema de especulación sofística entre el patriciado romano del Bajo Imperio. Gilson matiza que este proceso se produjo de manera ambivalente: al mismo tiempo que se intentaba traducir a términos griegos el cristianismo, el gnosticismo también acabó por cristianizarse. Se dio una ambivalencia moral y fueron procesos de intercambio recíproco la renovación, mano a mano, del platonismo a luz de la nueva religión y la nueva religión traducida a los viejos términos filosóficos.

Para retomar el asunto, San Ambrosio logró lo que ninguno de ellos; darle ese pequeño empujoncito al jardín dónde, en un apartado secreto del vergel, escuchó a dos soldados hablar entre ellos de sus propias conversiones. Trinó el gorrión y sonó la campana en el corazón de Agustín, que dedicó todos los años que le quedaban de vida a proseguir su búsqueda, pero esta vez de algo diferente, algo más alto y mejor que la vieja palabrería. Fue una inteligencia como la suya la que alumbró a la nueva Roma y sacó al cristianismo de los márgenes de su sociedad.

Al Cristo lo llamamos *Unigénito de Dios*. El de unicidad, es decir, la constancia de que cada uno de nosotros, en lo que tengamos de real, somos únicos en nuestra especie, fue

un concepto ajeno a la cultura griega. Y en general, todo lo que tenga que ver con este concepto es ajeno a las filosofías helenas, obsesionadas con la esencia y las generalizaciones o universales. Lo mismo que el culto a la personalidad es un fenómeno moderno, el de la unicidad es un concepto más próximo al de existencia y al existencialismo, que es una filosofía emparentada con el judaísmo y el cristianismo, y su Dios creador *ex nihilo*; el sólo rastro que encontré de él fue en Aristóteles cuando dijo que el universo es numéricamente uno.

En Toledo, los sefardíes y árabes aljamiados, conocedores de Averroes y de Maimónides, seguramente tuvieron que redactar sus traducciones con un grillete aferrado al banco de la escribanía, y sobre la marcha encontrar una manera de desambiguar en ellas los múltiples significados del ser en Aristóteles, esto es, las categorías, influidos por las teologías hebrea y musulmana de la península, que ya eran expertas en explicar los Textos Sagrados en árabe y hebreo usando el método de la *analogía*. Este término griego significa casi lo mismo que el de metáfora en castellano, aunque una metáfora conlleva una comparación estética, es decir, con un fuerte componente sensorial. Analogía es una comparación mucho más elaborada y compleja, y conlleva sutiles inflexiones y matices de carácter abstracto. Además, el lexema *Ana* del griego se traduce del árabe por la palabra castellana "Yo"; por la de "Ego", del latín, y del "Ego sum qui sum", de la Biblia de San Jerónimo y el Yavhé del original hebreo.

Para terminar de confesarme, he de decir que han sido los libros, aún más que las drogas o la medicación, la gran esclavitud de mi vida; una tan paradójica como el amor, y a la que me aferré contra viento y marea. Según escribo estas líneas, el mismo tiempo que me ocupan me libera muy agradecidamente de las que ya no leo, ni me empeño en repasar. Por la vida supe lo que son el orgullo y la vanidad. Por los libros, que son pocos los que han perdurado abundando en ellas, y que como en los que escribió Nietzsche en ningunos se las encuentra con tan fértil variedad. Yo no sé francés... para que nos entendamos de aquí en adelante, la única lengua foránea que hablo es el inglés; también, aunque ni lo hable ni lo escriba, entiendo el catalán, es casi más fácil que la germanía

pastoril de la huerta y de la vega granadina, la misma que exporta marihuana por toda Europa. De euskera, ni pajolera. Pero a través de su traducción me impresionó uno de los poemas que la moral pública francesa prohibió en su tiempo, llamado Castigo del Orgullo, de la obra *Las flores del mal*, escrito por Charles Baudelaire, uno de los más célebres poetas malditos, cuya nómina incluye a Safo de Lesbos, a Ovidio de Italia, y al mismo Lorca de cuyo negocio, después de ochenta y cuatro años que lleva enterrado, se aprovechan todavía las instituciones culturales granadinas, andaluzas y españolas. Dice así:

CHÂTIMENT DE L'ORGUEIL

*En ces temps merveilleux où la Théologie
Fleurit avec le plus de sève et d'énergie,
On raconte qu'un jour un docteur des plus grands,
— Après avoir forcé les cœurs indifférents ;
Les avoir remués dans leurs profondeurs noires ;
Après avoir franchi vers les célestes gloires
Des chemins singuliers à lui-même inconnus,
Où les purs Esprits seuls peut-être étaient venus, —
Comme un homme monté trop haut, pris de panique,
S'écria, transporté d'un orgueil satanique :
« Jésus, petit Jésus ! je t'ai poussé bien haut !
Mais, si j'avais voulu t'attaquer au défaut
De l'armure, ta honte égalerait ta gloire,
Et tu ne serais plus qu'un fœtus dérisoire ! »*

Immédiatement sa raison s'en alla.

*L'éclat de ce soleil d'un crêpe se voila ;
Tout le chaos roula dans cette intelligence,
Temple autrefois vivant, plein d'ordre et d'opulence,
Sous les plafonds duquel tant de pompe avait lui.
Le silence et la nuit s'installèrent en lui,
Comme dans un caveau dont la clef est perdue.
Dès lors il fut semblable aux bêtes de la rue,
Et, quand il s'en allait sans rien voir, à travers
Les champs, sans distinguer les étés des hivers,
Sale, inutile et laid comme une chose usée,
Il faisait des enfants la joie et la risée.*

LA CONDENA DEL ORGULLO

*En esos días maravillosos donde la Teología
floreció con la mayor savia y energía,
se dice que un día un doctor de los mejores,
— después de haber obligado a los corazones indiferentes;
de haberlos removido en sus negras profundidades;
después de haber cruzado hacia las glorias celestes
los caminos peculiares para él mismo desconocidos,
donde los puros Espíritus solitarios quizá habían llegado, —
como un hombre encaramado a lo alto, presa del pánico,
exclamó, conducido por un orgullo satánico:
"¡Jesús, jesúsito! ¡te he llevado muy en alto!
pero si hubiera querido atacarte por falta
de armadura, tu deshonra igualaría a tu gloria,
¡y no serías más que un nonato ridículo!*

*Inmediatamente su cordura se esfumó
el resplandor de ese sol de un crespón se cubrió;
todo el caos rodó en esa inteligencia,
templo otrora viviente, lleno de orden y opulencia,
bajo los techos del cual, tanta pompa había lucido.
El silencio y la noche se instalaron en él,
como en una cripta cuya llave se pierde.
Por ello quedose igual que las bestias de la calle,
y cuando se marchaba sin ver nada, cruzando
los campos, sin distinguir los veranos de los inviernos,
sucio, inútil y feo como una cosa usada
sirvió a los niños de hazmerreír y felicidad.*

Por la vida, dije, y por la mía, digo, supe lo que son el orgullo y la vanidad. Las veo muy fácilmente en otros porque las he concebido hasta extremos satánicos y no he necesitado para ello más droga que la lectura de Nietzsche. Ya eran de los rasgos de mi carácter que más odiaba en mi niñez y ante el panorama de mi juventud no pude atravesar la frontera de los veintiún años sin enloquecer. En los esquizofrénicos se da una batalla muy cruel -y cruenta, según las estadísticas de suicidio- entre las ganas de vivir, que para nosotros es lo mismo que sufrir, la tentación de actuar en consecuencia y la ambivalencia ante la mayor culpa que hay, el de liquidarnos de un día para otro, sin hacer las maletas y sin más ayuda que la medicación que nos mantiene en la misma raya que a los demás. Estadísticamente también, al llegar a los cuarenta, una conquista difícil para la que yo tuve toda la ayuda del mundo, entre la de propios y la de extraños, se observa que la esquizofrenia se estabiliza y es como una meseta mucho más plácida desde la cual emprendemos el mismo camino cuesta abajo que todos... con la consecuencia evidente de que se lo puede recorrer de mejor grado y más a gusto que

los que no saben lo que es un pabellón siquiátrico y quieren dar lecciones sobre cristianismo. Baudelaire dijo que sentía una honda preocupación por cualquiera que no amase la muerte. Yo conozco este amor, pero con Dios y ayuda sigo viviendo.

Y donde está el dolor, está Dios, al que hay que amar sobre todas las cosas. En el muñón herido, en la privación, en la enfermedad, en la miseria, en la pobreza del tipo que sea, en el sufrimiento. No está en la plenitud de las fuerzas y la salud, ni en la perfección mayúscula, aunque sepamos que Él es la fuente de todas estas cosas. La luz que conocemos es abrasiva y puede ser cegadora, la verdad que conocemos es elusiva y puede ser desalentadora, la vida que conocemos es mortal y puede ser dolorosa. Nuestras culpas corren más que nuestras buenas intenciones y nos alcanzan antes. En la mirada rota del David de Miguel Ángel, que parece avistar una tormenta en el horizonte, en el cuadro por Tuhoy de un John Joyce atormentado y con los ojos acuosos, ahí está Dios. Así las cosas, la serenidad es la mayor de las virtudes paganas y el *Fedón*, dónde se narra la muerte de Sócrates, es el mayor evangelio para los hombres de razón. Pero yo cargaría una buena parte del peso de Sócrates a su religiosidad. Aunque se lo represente como la misma encarnación de la Razón, toda su vida y su muerte son el mayor ejemplo de la religiosidad ateniense de la época, y él es el más fiel servidor de aquellos dioses.

APÉNDICE I.

Hay en Hesíodo unas líneas muy reveladoras de la tendencia que tenían los griegos primitivos a **sustantivar** todas las facetas de la vida humana y natural, convirtiéndolas en algo *par excellence*, en un dios de realidad suprema. El poeta habla de la murmuración y del rumor social como una fuerza dominante a veces entre el pueblo y la gente; y termina diciendo que "sin duda, también ella es un dios". Zeus es, por su naturaleza tormentosa, el más parecido al Yavhé bíblico. Apolo, que hiere de lejos, representa también la parábola que acecha en las cosas, como si fuera su lección maestra; y el dios de la adivinación se revela en el destino secreto a que nos conducen nuestras decisiones. Para ellos cualquier concepto que tuviera peso en el discurso o el *logos*, o en el discurrir de la historia y del *pragma*, se convertía instantáneamente en algo real en lo que detenerse con embeleso, en una substancia llena de realce que contemplar o que examinar detenidamente. La substancia u *ousía*, fue objeto principal de atención desde los albores del pensamiento griego, porque era algo en lo que se *convertía* cualquier concepto motor, cualquier fuerza de la imaginación, del discurso racional o del transcurso de los acontecimientos. Y también por la misma razón, era algo dinámico, algo en lo que se transformaba, realzada y suprema, cualquier realidad. Debajo de todas las apariencias, debajo de toda la imaginación griega, está la tarea de contemplarla o averiguarla. Cuando Anaximandro habla de lo limitado y lo ilimitado, quizás podríamos entender lo definido y lo indefinido, también como la tarea de delimitar cuidadosamente el margen y el perfil de estas realidades substanciales, a semejanza de la socrática, para mejor contemplarlas. En un mundo dominado por el instinto, como es el primitivo, cosas y personas no son siempre lo que parecen; los dioses se transforman en seres que se revelan de una manera o de otra, y los límites entre la oscuridad y la luz tienen más que ver con lo *perfectible* que con lo *perceptible*; es decir, con un proceso vinculado al ser

humano por el que éste necesita, sencillamente, esclarecer lo oculto, iluminar las sombras y perfeccionar la idea.

Por otra parte, no existe en toda la literatura clásica griega la palabra "perfecto". La de paradigma significa "ejemplo" o "modelo" de lo que se viene diciendo y/o también demostración de ello. Lo que sí abundan son los términos comparativos, hasta en su grado supremo. Por ejemplo "Sócrates es el más justo de todos los hombres", "el más sabio de todos los hombres". La que más se le acerca es la palabra *ariston*, que significa "lo mejor, lo óptimo", y que sugiere también la comparación sobresaliente con todo lo demás, esto dicho al margen de su significado social, pues es un apelativo que se aplicaba a la aristocracia griega. De todas estas realidades substanciadas en el pensamiento griego, existe su grado máximo, que es el modelo o patrón con el que se miden todos los demás. La conclusión es que, para los griegos, hasta lo perfecto sería mejorable, pues también este grado máximo lo es comparativamente.

Cuando Platón habla de la "Belleza en sí", el "Bien en sí", está intentando quitarles esta connotación comparativa para convertirlos en algo absoluto, el final y el resultado de un proceso psicológico que empieza por la dicha tendencia a substantivar los aspectos más relevantes y de más peso en el logos primitivo, en una trayectoria que pasa por la mitología y la imaginación desatada de la religión griega. Al quitarles este aspecto comparativo, Platón también les quita el reverso negativo de ser mejorables, y los convierte, sencillamente, en perfectos o *inmejorables*. En todos sus diálogos se resalta continuamente lo corruptible de la materia; su existencia es un mero tránsito engañoso como todo lo sensorial y esta aguda conciencia también se revela en su concepto de los valores como realidades absolutas y sin comparación con nada sensible, pues intentar mejorar lo perfecto es, sencillamente, estropearlo y empeorarlo, una experiencia común en el devenir de las cosas. Así también, en toda nuestra vida, más que alcanzar la sabiduría, lo único de lo que somos capaces es de amarla. Porque, a decir verdad, si los griegos tuvieron un dios éste fue el intelecto, en todas sus facetas, desde las argucias y

ardides del astuto Ulises, hasta el *nous* de Anaxágoras, una substantivación que, estando en el origen de todas las cosas, llamó poderosamente la atención de Sócrates.

El modo comparativo de valorar y de juzgar es más propio del que vive en el mundo sensorial y se va encontrando en él con "lo mayor *que...*", "lo menor *que...*", o con lo "mejor *que...*", "lo peor *que...*". Todo lo que encontramos en esta vida lo conocemos por su diferencia con todo lo demás, incluyendo lo de su misma especie. Y esta diferencia es lo que resulta mensurable según las comparaciones antedichas. El tema de la justicia, entre los griegos, viene particularmente al caso porque este modo de pensar comparativo los empujó a creer que sólo cabía "negociar" o, si se quiere, "razonar" entre iguales en fuerza y poderío; es decir, que toda diplomacia entre las *polis*, todo tratado o argumentación legal presuponía una comparación previa entre el poder y el estatus de los litigantes. Los débiles debían someterse a los fuertes, las minorías a las mayorías, los peores a los mejores.... et cétera.

Ahora bien, sustantivar un concepto, un valor, una idea, es justo el proceso contrario de abstraer de un objeto perceptible sus características no materiales. La tendencia a sustantivar es la contraria a la de abstraer. Sustantivar significa presarle peso, materia, realidad, substancia a un concepto. Al quitarles ese matiz comparativo, Platón no se limitó, o más bien, no redujo sus Formas o Ideas a una mera abstracción, al modo de Aristóteles. Más bien las convirtió en realidades que hoy se dirían "transversales" y antiguamente se dijeron *trascendentales*, es decir, realidades que todo lo tocan, todo lo permean al modo de una lluvia fina y con ello, a todo le prestan realidad y ser. Son ellas, más bien, las que **sustantivan** este mundo, la vida perceptible y sensorial. Lo que se evidencia en todos los diálogos de Platón es esta tensión entre lo sustantivo y lo abstracto y en ellos se examina desde todos los ángulos posibles para dar expresión a su teoría de las Ideas. Pero a través de las conversaciones de Sócrates, como un guiño secreto entre cómplices, se manifiestan todas esas realidades superiores que no tienen expresión verbal completa pero que son la verdadera realidad, por muy mutilada que se halle entre el cinismo de los sofistas y la vulgaridad del pueblo llano.

Esta tendencia a sustantivar también la encontramos en las concepciones religiosas del inframundo. En él, las sombras de los que fueron mortales están deseosas de cuerpo y vagan inertes por el *Hades* como buscando dónde o con qué corporeizarse. Los espíritus o ánimas, la *psiqué*, siempre conserva algún rastro de materia y cierta sustancia, un resto de ser que les garantiza una inmortalidad más o menos penosa.

Por cierto que la encarnación del Señor sería, desde todo punto de vista, la máxima expresión de lo que venimos diciendo. ¿Qué mayor ejemplo de ello puede haber, si no que el mismísimo Dios vivo se encarne de una mujer y predique en forma humana sobre las colinas de Jerusalén? Para entonces, Grecia ya estaba muerta intelectualmente. Habían pasado más de tres siglos desde la muerte de Aristóteles y como dice algún cronista de la predicación de Pablo de Tarso en el ágora, allí ya no se hablaba si no de novedades sin importancia. Tampoco ninguno de los primeros padres de la Iglesia parece haber tomado nota de esta conclusión; al margen de que la judía y la grecolatina eran tradiciones muy diferentes. El mismo Dios parece haber prestado más atención a nuestra necesidad humana de lo substancial y material al instituir el Sacramento de la Eucaristía, del que muchos decían: "Dura es esta doctrina. ¿Quién podrá soportarla?" Más bien fueron los gnósticos quienes parecen haber sacado esta conclusión porque, al incluir al Señor en sus fábulas, y al hilo del neoplatonismo, hicieron hincapié en su encarnación convirtiéndole en cierto protagonista de ellas, con un papel definido y esencial.

El modo comparativo de pensar y de juzgar y valorar favoreció mucho la pulsión matemática griega. Se dieron cuenta de que era posible pensar en tales términos sin necesidad de substanciarlos con ejemplos materiales. La geometría euclidiana no necesita saber de qué están hechos sus rectángulos y círculos, si con tiza en la pizarra o con surcos en la arena. Si no las proporciones que guardan sus elementos entre sí. Como dijo Aristóteles, era posible separar estos elementos de su materia, de su figura perceptible con los sentidos, un proceso que bien podría llamarse tanto *abstracción* como *idealización*. En el verdadero Platón, aquél que podríamos llamar "esotérico", al

modo en que nombramos al estagirita, la influencia del pitagorismo fue más profunda de lo que revelan sus *Diálogos*, y aún en algunos de ellos se deja sentir, en las especulaciones sobre alma como armonía o proporción, en el *Menandro* con la evidencia de lo preexistente o en el *Timeo* y su construcción del Universo. En verdad, este modo de pensar es consubstancial a la física moderna; pero también es de un empirismo profundo y radical; el pavo inductivista nunca ve más allá de lo que encuentra, el maíz en el suelo de todos los días. No tiene la experiencia alternativa de sus compañeros sacrificados. Tampoco nosotros, si no lo que encontramos día tras día. Y sólo somos capaces de comparar una experiencia con otra en virtud de haberlas vivido, de haberlas medido o de imaginar su alternativa. Conocemos por la diferencia y la diferencia es lo único que conocemos, según el mundo físico y sensorial. Lo más cerca que el griego medio estaba de una experiencia alternativa era su asistencia al teatro, en el que podían contemplar cómo sería vivir lo que no vivían, pero que podían reconocer en ellos mismos. A un nivel más profundo, su visita de iniciación a los misterios de Eleusis les proporcionaba también una experiencia alternativa. Además, éste modo de pensar, no sólo entre los griegos, si no en el espíritu mismo de los códigos penales y los sistemas jurídicos modernos, está relacionado con la justicia o *diké*. Las penas y los castigos deben ser *proporcionales* a los delitos cometidos. El trato de favor que los gobiernos dan al País Vasco y Cataluña son agravios *comparativos* para con el resto de la población española. El fiel de la balanza debe ser *equitativo*, no inclinarse de un lado o del otro... et cétera.

No se ha dicho nunca pero me atrevo a insinuar que *ousía* y *areté* estaban íntimamente emparentadas en el imaginario griego. La paridad de substancia y excelencia puede parecer típica de una cultura hedonista como la criticada en el *Gorgias*. Dicho de una manera barragana, Sancho no tiene mejor manera de elogiar el vino del narigante escudero que llamarlo *católico*. En los griegos, un pueblo enamorado de la belleza dónde los halla, y enamorado de ella sin debilidad, se da siempre la tendencia a sustantivar lo mejor, lo óptimo, lo *ariston*. Los peores aspectos de la existencia, que fueron muy subrayados por el cristianismo, en Grecia se descartan o se desatienden como los males

menores del simple vivir, las servidumbres sin importancia a que estamos atados en virtud de nuestro cuerpo. Lo mismo el *Olimpeion* que los vencedores en el pugilato, la carrera o la lucha, se anteponen a todo lo demás y los más afortunados entre los mejores son aquéllos que contemplan sus triunfos. Platón, al conocer a Sócrates, debió de sentirse como uno de ellos.

APÉNDICE II

El humor es de las cosas más difíciles de sujetar, bien lo sabe Dios. Es algo rayano entre lo que nos pide el cuerpo y lo que deseáramos de otra manera, o con otro órgano diferente, no necesariamente corporal. Ni siquiera los siquiátras son capaces de acabar con él en sus pacientes lobotomizándolos con neurolépticos.

Imaginen una cita importante para los melómanos cultos de la ciudad. Se representa una obra de Wagner y quién más, quién menos, aprovecha para desempolvar del armario sus mejores galas. En la puerta del auditorio, llegado el momento, los asistentes se agrupan según van llegando y casi cada uno tiene algo interesante que decir a propósito de la obra que están a punto de presenciar. Se abren las puertas y en una cola ordenada van entregando sus papeletas al entrar. Al buscar los asientos, el murmullo del respetable parece una música casi tan amena como la mejor sinfonía, pero con el aliciente de la expectación común. Se hace el silencio y se aprestan los prismáticos, las lentes y los libretos. La orquesta ya está colocada, cada uno en su sitio, y cuando el director considera suficiente el clímax de la calma y el reposo, el telón se abre y comienza la epopeya: Sigfried y Tristán, los Nibelungos o Isolda empiezan a representar su papel.

Y cuando los dos amantes de Bretaña se dan el beso cumbre, cuando Sigfried rinde el callo y se sacrifica por un bien mayor, un murmullo se extiende entre el público; cunde el desconcierto en algunos, la orquesta duda, el director mira a su espalda como buscando algo. Y entonces se ve claramente la causa del alboroto porque un hombre,

quizás Woody Allen o mi vecino de enfrente, corre desnudo hacia la platea. Le arrebató los platillos a un intérprete y se sube al escenario golpeándolos entre risotadas y haciendo mil disparates con la heroína del drama, a la que protagonista y secundarios tienen que defender arrancándola de sus embistes. El personal del auditorio lo reduce y para cuando se lo llevan hay un coche de policía y una ambulancia esperando en el exterior. Al final, el oficial superior se decanta por la ambulancia, pero lo meten esposado en ella, para ser trasladado al psiquiátrico. Cuando lo interrogan allí, después de algunos días de sedación, dice que mientras atendía a la obra se acordó del tipo que se comió un plátano pegado con fixo en un marco; de los espontáneos del toreo; de los que corren desnudos por el campo de fútbol, en mitad de una final importante; del teatro interactivo y de la estética cuántica; de Tristán Tzara y de Dadá. Dice que se pasó la mitad de la ópera intentando sujetar las juguetas de su mente traviesa. Ni siquiera estaba borracho, sencillamente miraba a su alrededor y el público le parecía estar representando un papel estirado y mustio, y que había tenido la sensación, justo antes de su número circense, de que tendría que salir inmediatamente del auditorio para no estallar en carcajadas durante aquélla. Al cabo de un mes, lo despachan para su casa enganchado a las benzodiacepinas, despeinado, sin afeitar, y vestido con las galas, ya arrugadas, que llevó durante el espectáculo.

También un diputado autonómico andaluz, llamado Santaella, al subirse al estrado para soltar su discurso fue presa de un ataque incontenible de risa que le impidió pronunciarlo. Pero cuando hablo de humor no me refiero sólo al bueno. Ni tampoco afirmo que todo el que no sea bueno sea malo, como el enfado. También la tristeza y la alegría lo son y en general me refiero a cualquier emoción, de las que es muy cierto hoy en día que está muy mal vista su cándida efusión. ¿No sucede que al reír o llorar descontroladamente y en situaciones inoportunas desearíamos evitarlo a toda costa y que esta represión potencia las carcajadas o los sollozos? En general, la psiquiatría y los modelos modernos nos imponen la cara de póker del que no revela sus sentimientos o debilidades y los manuales DSM llevan al extremo esta tendencia cuando limitan a dos

semanas el duelo sano por la muerte de un ser querido. Las llanteras griegas están proscritas y arrancarse los cabellos o las barbas tiene ya, seguramente, el nombre de algún síndrome mental. Cuando murió el padre de mi primo Jorge y su esposa empezó a llorarle en los pasillos del hospital, lo primero que hizo una enfermera que pasaba por allí fue amenazarla con algún sedante. Por lo visto, las lágrimas sinceras sólo son un tesoro cuando las recoge alguna cámara de televisión. Y una de las cosas a las que más le temo cuando estoy mal es que me pregunten cómo estoy. Una vez, incluso, me eché directamente a llorar cuando me descerrajaron de improviso esa formalidad social.

Y luego están las emociones que sobrepasan cualquier forma de expresión. La pena que no se puede llorar ni con lágrimas y la alegría que no tiene forma humana de risa ni de sonrisa. Si el alcohol produce incontinencia emocional, éstas parecen ancladas en una sobriedad real, definitiva y profunda; a ellas no llegan ni los abrazos de ánimo, ni la compasión ajena, ni los insultos, ni las vejaciones humillantes, ni las torturas de los congéneres. Es en ellas dónde somos una isla solitaria, que arría o iza su bandera. El amor que no conoce poema, la dulzura de los mártires cristianos, la serenidad de la alegría ecuánime.

Metafísicamente, la vida es perfecta. Nuestra vida y la de todos. Somos nosotros los que la embarramos intentando arreglarla a nuestra imagen y semejanza. Pero es perfecta precisamente por transitoria y mortal. Si se pudiera enseñar alguna virtud, como se discute en el Protágoras, yo enseñaría lo poquito que deberíamos preocuparnos. Todos somos triviales y nimios, y esto es, como decía mi siquiatra, lo que más descanso debería proporcionarnos, sin ser por ello vulgares o mediocres. En verdad que la sencillez de los hechos no nos convierte en despreciables o aborrecibles, si no en antiguos; nos convierte en clásicos griegos y romanos, nos devuelve a esa fuente de la que mana la perfección y así desnudos estamos mejor que con el disfraz de nuestras modas, poses y manías; nos desposee de toda nuestra frivolidad y así nos enriquece.

Para un hombre tan perro y tan vago como yo resulta doblemente penoso que la única manera sana que tenemos los seres humanos de aliviar la pena por la muerte de un ser

querido consista en un esfuerzo suplementario llamado "la labor del duelo". Además del pecado que no cometimos tenemos que hacer la penitencia que no nos merecemos. La primera manera de hacerla que tuvimos fue construir esos monumentos funerarios, los túmulos megalíticos o las pirámides egipcias, en cuya construcción se lloraba *con sudor* la muerte de sus héroes. Con sudor, antes que con lágrimas. Hoy en día, las funerarias y los cementerios públicos nos ahorran ese trabajo, a menos que uno quiera significarse como el cabecilla del clan de los Tontos. Mi padre hasta nos evitó el entierro, mandándose incinerar. No dijo ni pío y se fue sin avisar. No hubo dramones en su lecho, ni unas últimas palabras de despedida. Sin hacer ni un ruido. El que lo despertó aquella mañana se lo encontró muerto cuando ya le tenía el desayuno y los demás avíos dispuestos. Lo mejor que intenté hacer por él, en sus últimos años, fue preservar la intimidad de su enfermedad y de su muerte, pero ni la C.O.P.E. ni A3 Media, ni otros intereses públicos o privados me lo permitieron. Ahora ya, ninguno de ellos puede tocarle, ni molestarle.

Muchas veces, y en mitad de mi dolor, he intentado indicar cualquier lugar menos éste, el cuerpo que ocupó, el espacio que habito, las emociones que siento. Me he sentido como un guardia de tráfico y también como ese lugareño al que le pregunta el turista por alguna calle o monumento. Deprisa y corriendo, viví como si fuera una calle que pisaran los demás, cualquiera menos yo, la calle que pisa y que transita una multitud de extraños. La consecuencia de tener un ego débil, como es el mío, es que se te llena la cabeza con los demás y te enajenas hasta lo irreconocible. Este fenómeno también es un producto de las prisas modernas, dónde todo va muy rápido y es difícil detenerse sin que te arrolle la multitud. "Circulen, por favor" podría perfectamente ser la inscripción en mi lápida. Todo está lleno de carteles y señales indicadoras, todo está mapeado en el móvil y la tromba ciudadana y su millón de estímulos es de las peores borrascas.

No es que haya mucho más que ver en mí que en los demás. Ya he dicho que temo a las mujeres y al amor heterosexual y que decidí no compartir mi vida con un hombre. Sé que hay juramentos que más valen la pena de romper que de mantener. Lo cierto es que

son mis sentimientos los que me han aislado de este modo y no he dejado que entre en mi vida un cuerpo ajeno que en mí se detenga con embeleso y mantenga alguna convivencia sostenida. No he pasado una sola noche en toda mi vida acostado en el mismo lecho que otro. De este modo he llegado a ser ese vacío que sólo puede indicar cualquier otro lugar, cosa o persona. Por no dejar entrar nadie, he llegado a ser menos yo mismo.

Y luego, claro, están los demás. Lo mismo que me han proscrito de la divulgación pública en la prensa, también han cancelado este libro. Si los periodistas y columnistas, si la radio o la televisión que lo han exprimido para su materia tuvieran vergüenza deberían conocerla al leerlo. Yo la he sentido ajena durante mucho tiempo. Todos los fines de semana hay zorras venenosas por las cercanías de mi casa que repiten de viva voz sus últimas líneas escritas, aún antes de ser publicadas; lo mismo que oyen cualquier cosa que se diga en mi casa o en la de mi madre. La denuncia está puesta, pero la policía no la tramita. Mi vecina de arriba borró de este mismo ordenador uno de mis mejores poemas, después de preguntar a la mafia local por lo que hubiera decidido sobre mí:

- ¿Lo matáis o no lo matáis?

A decir verdad, hay poco más que añadir.